
HECHA
DE
ESTRELLAS
ASHLEY HERRING BLAKE
VR
YA

El libro más poderoso que leerás en tu vida, por la autora de *Cómo pedir un deseo*.

Incluso las chicas hechas de estrellas son prisioneras.
Las atrapan por las muñecas, las intercambian como objetos.
No se las escucha. No se les cree.
No valen la pena a menos que tengan algo para ofrecer.

Incluso las chicas hechas de estrellas a veces creen esas mentiras...

Mara y **Owen** son los gemelos más cercanos del mundo. Así que cuando él es acusado de violación, ella no sabe qué pensar.

¿Puede su hermano ser culpable de algo tan atroz?

Dividida entre el amor por su familia y su sentido de la justicia, Mara deberá hacerle frente a un trauma del pasado que le impide ser libre y ser fuerte para enfrentar la realidad de su presente.

Con sensibilidad y franqueza, esta novela encara el abuso sexual, la culpa que enfrentan las víctimas y los límites del consentimiento.



Para ti. Tu historia vale la pena.



Una estrella paseaba por las nubes una noche,

y yo le dije: "Consúmeme".

Virginia Woolf, Las olas.







C1

Charlie se rehúsa a responder mis mensajes. O tiene el teléfono en silencio. O se olvidó de cargar la batería. O sufrió un ataque de ira excepcional, tiró el teléfono en el retrete y lo rompió.

Cualquiera sea el caso, esta falta de comunicación entre nosotras decididamente no es normal.

Miro fijamente mi teléfono algunos segundos más, analizando el último mensaje que le envié. Es una pregunta simple:

Irás a la reunión de Empoderar la próxima semana?

Así que no entiendo por qué no responde. Sí o no. ¿Qué tan difícil es? Pero bueno, Charlie nunca se perdió una reunión de Empoderar así que probablemente puede ver más allá de mi desesperado intento de ser indiferente.

Gruño a la pantalla sin notificaciones, lanzo el teléfono sobre mi cama y abro la ventana. Siento en mi piel y en mi cabello una de las primeras brisas de otoño que trae el aroma de las hojas quemándose y del cedro de las sillas mecedoras de nuestro porche delantero. Paso una pierna por el alféizar y curvo mi cuerpo para salir por la ventana hacia el techo plano del porche. A la distancia, el atardecer tiñe el cielo con los últimos dejos de color lavanda, que se transforma en un violeta oscuro. Aparecen las primeras estrellas, parpadeando, y me recuesto sobre las tejas ásperas, mis ojos ya están buscando a Géminis en la casi oscuridad. En realidad, no se puede ver la constelación en esta época del año, pero yo sé que los gemelos se esconden en algún lugar hacia el oeste.

–Están allí –dice Owen mientras atraviesa la ventana y se recuesta a mi lado. Señala hacia el este con su mano.

–Eres un mentiroso.

–¿Qué? Están justo allí.

–Eso es Cáncer... o algo.

–Conozco a mis gemelos, mujer.

Me río y me relajo por la familiaridad de la situación. Owen, con cabello despeinado y vestido con una camisa de franela y jeans al cuerpo, haciendo ostentación de sus conocimientos de astrología. Nos quedamos recostados en silencio un momento, los sonidos de la noche se incrementan en la oscuridad.

–Había una vez... –Owen susurra y sonrío. Esto también es familiar, todo su acto de bravucón se desmorona y se convierte en mi hermano gemelo contándome una historia bajo el cielo abovedado.

–... un hermano y una hermana que vivían con las estrellas. Eran felices y tenían aventuras salvajes explorando el cielo –termino, completando el inicio de nuestra historia de la misma manera en que lo hago desde que éramos niños.

–Un día, los hermanos partieron en la búsqueda del amor verdadero –sigue Owen.

–Ay, por Dios, eres un sentimental.

–Cállate, mi gemelo hace lo que yo quiera.

–Está bien –fijo la mirada en un punto en el cielo cada vez más oscuro con la esperanza de ver una estrella fugaz–. Pero la hermana gemela no quiere saber nada con el amor verdadero, por lo tanto...

–¿Y yo soy el mentiroso?

–Ella decidió probar su fortuna en una galaxia cercana.

–Pero Andrómeda se cruzó en su camino y pensó: al diablo con la fortuna, ¡quiero ese trasero!

–Eres un ser humano vil.

–No soy un ser humano. Soy una constelación.

–La mitad de una constelación.

–La mejor mitad.

Gruño dramáticamente e intento darle un empujón en el hombro, pero Owen me esquiva, cierra su brazo alrededor de mi cuello y hace ruidos burlones en mi nuca.

–Hablando de otras mitades –dice cuando me libera–, ¿por qué Charlie no está pegada a tu persona en este momento? Espera, ¿la tienes en el bolsillo?

Se inclina hacia mí como si estuviera intentando ver en mi bolsillo literalmente, y lo alejo con la mano.

–Estos leggins no tienen bolsillos y tú sabes por qué no está aquí ahora mismo.

Hace una "o" con la boca.

–Cierto –me mira con los ojos entrecerrados y menea la cabeza–. No, lo lamento. No puedo imaginarme a una de ustedes sin la otra.

Mi sonrisa desaparece. Me siento erguida, envuelvo un mechón de cabello en mi dedo índice. Charlie siempre amó jugar con mi cabello y hacer pequeñas trenzas con las puntas. Es un hábito de muchos años, nació en primero del secundario cuando me senté delante de ella en Literatura Americana y mi cabello ondulado, que casi llegaba a mi cintura, cayó sobre el respaldo de mi silla. Ese año, estaba hecha un manojo de nervios por el inicio de clases, pero los largos dedos de Charlie zigzagueando sobre mi cabello me ayudaron

a relajarme y a sentirme como yo misma otra vez. En este momento, mi mejor amiga que se convirtió en mi novia y luego en mi exnovia, ha levantado una pared de silencio entre nosotras y me siento como cualquier cosa menos como yo misma.

–Por eso mismo corté con ella ahora –digo–. Antes de que fuera muy tarde.

Owen simula toser y dice “mentirosa” en su puño, decido ignorar su provocación.

–Vamos a estar bien –aseguro–. Recuerdas hace dos años, la vez que la convencí de que podía cortarle el cabello.

–Mara, destruiste su cabello. Parecía un animal atropellado por un camión.

–Lo que ocasionó que un profesional se lo arreglara al día siguiente y así nació su adorado estilo actual. Así que, en realidad, debería haberme agradecido.

–Estoy bastante seguro de que no te habló por una semana.

–Y lo superamos. Solo estás probando mi punto.

Inclina su cabeza hacia mí.

–Esto es ligeramente distinto a un corte de cabello, Mar.

Trago el repentino nudo que siento en la garganta. Mis dedos ruegan por mi teléfono, mi mente ya está redactando otro mensaje,

solo para saber cómo está. Tal vez debería decirle que voy a ir a la fiesta en el lago con Owen y Alex. Seguro que al menos se dignaría a enviarme un emoji que llora de felicidad. En cambio, me obligo a quedarme quieta, literalmente presionando mi trasero contra el techo.

–Vamos a estar bien –repito. Porque vamos a estarlo. Tenemos que estar bien.

Ruedas crujiendo sobre gravilla llaman nuestra atención hacia la entrada del garaje y vemos al escarabajo Volkswagen amarillo brillante de Alexander Tan estacionar frente a la casa.

–Nunca voy a acostumbrarme a su auto –digo, me pongo de pie y sacudo la mugre del techo de mi vestido tipo túnica.

–Tiene suerte de no estar yendo de un lado a otro en una bicicleta de playa Huffy. Además, ama a esa cosa. Hasta pone florecitas en un jarrón cerca del volante.

–Solo cuando tú se las regalas. ¿Se están cortejando?

Owen finge estar en shock mientras su mejor amigo sale del auto. El cabello de Alex es tan oscuro que se pierde con el resto de la noche y casi desaparece. El resto de su cuerpo es muy, muy visible. Camisa a cuadros debajo de un sweater gris. Jeans oscuros al cuerpo y botas. Es la definición de elegancia al extremo.

–¿Estás lista para esto? –pregunta Owen, ya de pie y estirándose como un gato.

–Uh, sí –respondo inexpresiva–. Una noche evitando chicos con aliento a cerveza y erecciones eternas. No puedo esperar.

–Tal vez te dejen en paz si piensan que sigues con Charlie. No creo que la ruptura sea de público conocimiento aún.

Suelto una carcajada. Creer que no estoy soltera es lo último que podría evitar que me acosen algunos de los cretinos disfrazados de adolescentes de nuestra escuela. Fue bastante malo cuando me declaré bisexual el año pasado. Pero ¿salir con una chica? Significaba escuchar todo el tiempo chistes sobre tríos, comentarios pasivo-agresivos y que me tildaran de prostituta cada vez que me aventuraba por un pasillo. Por suerte, el periódico mensual Empoderar tiene muchos lectores este año, por lo que puedo eviscerar a cada uno de esos idiotas con regularidad. Al menos en papel.

–¿Por qué están en el techo? –grita Alex, sus pulgares en los bolsillos de su jean y su cabeza inclinada hacia atrás para vernos.

–Pensamos en catapultarnos hasta el auto esta noche –respondo–. ¿Te parece bien?

–La sangre y yo no somos precisamente amigos.

–Cobarde –murmura Owen mientras dobla su cuerpo para volver a entrar por la ventana. Él y Alex tienen una de esas molestas amistades de amor/odio. Los tres nos conocemos desde primer año, cuando nos sentamos en la misma mesa en el aula del señor Froman y compartimos una caja de crayones y unas tijeras para niños. Constantemente se molestan y reprenden entre sí, pero no pueden

pasar más de un par de horas sin enviarse un mensaje. Son como Charlie y yo… sin todos los besos.

Y sin la reciente incomodidad extrema. No nos olvidemos de eso.

–Mmm… ¿Quieres que te atrape o algo? –pregunta Alex, y me doy cuenta de que lo he estado mirando un minuto entero. Me acerco hacia el borde y agito un pie en el aire.

–Tal vez…

–Mara McHale, ni se te ocurra –Alex se abalanza en mi dirección y alza las manos, extiende sus largos dedos de violinista como si realmente pudiera evitar mi caída si llegara a saltar.

–No me digas qué hacer –replico, y sigo agitando mi pie sobre el borde.

–No seas estúpida –involuntariamente, lo miro con desprecio.

–No seas bruto.

–No seas tan… mala.

La tensión se va de mi cuerpo y no puedo evitar reírme. Alex nunca puede articular una respuesta ingeniosa. Es algo adorable.

–Por Dios, Mar, deja de antagonizar con todo el mundo –grita Owen, mientras sale por la puerta principal de la casa, debajo de mí. Le da una palmada a Alex en la espalda y me mira–. Vamos.

Todos necesitamos un trago.

No sé si necesito un trago, pero definitivamente necesito algo. Entro en mi habitación y me obligo a dejar el teléfono sobre mi edredón azul.

Dos personas pueden jugar a ignorarse.





C2

Después de viajar en el asiento trasero del escarabajo mientras Owen y Alex no paran de hablar sobre esto y aquello de la orquesta –corrección: Owen habla y Alex solo dice ajá–, decido que, de hecho, necesito un trago.

Alex se detiene en el estacionamiento de tierra, frente a una gran extensión de pasto que rodea el lago Bree. Linternas oscilan en la oscuridad, podemos ver el brillo ámbar de una pequeña fogata y las sombras de nuestros pares entrelazándose con la luz. Una línea de bajo retumba, siento las vibraciones en mis pies apenas bajo del auto.

–Ah, ¡huelan las feromonas! –exclama Owen, extendiendo sus brazos e inhalando profundamente.

–Creo que es el alcohol –replica Alex, guardando las llaves del auto en su bolsillo.

–Es lo mismo –mi hermano sonríe ante la escena frente a él y puedo ver como todo el estrés que carga durante el año escolar se evapora sobre sus hombros. Owen solo tiene dieces y practica con su violín de sol a sol. En casa, su habitación es excesivamente ordenada y sus papeles de la escuela están organizados meticulosamente en carpetas y cuadernos codificados con colores. Nunca llegó tarde a una clase, ni hablar de faltar sin permiso. Aspira a ser parte de orquestas en Broadway y a tocar en la sala de conciertos Symphony Hall en Boston. Pero cuando se junta con sus amigos, se transforma. Si me preguntan a mí, actúa como un completo idiota en estas fiestas. Pero es su manera de relajarse: cerveza, bromas y música alternativa cargada de graves que puedes sentir latir en los dedos de tus pies y manos.

Caminamos a través del lecho de pino hacia la fiesta, Owen casi me arrastra. Esto no es lo mío, para nada. No es que no disfrute pasar un buen momento con mis amigos, pero seamos honestos: las multitudes me llevan al límite, y los chicos llenos de cerveza y fanfarronería me ponen nerviosa.

Parece que la totalidad de nuestra pequeña esquina de Pebblebrook High School está aquí. Es una escuela público grande ubicado en Frederick, Tennessee, pero alberga al Centro Municipal Nicholson para Excelencia en Artes Escénicas, un programa especial abierto a cualquier chico que desee hacer una audición. Si es aceptado, el estudiante es transportado en autobús hasta la escuela, entrena en su disciplina específica dentro del programa y comparte el resto de las clases con chicos que no forman parte del programa.

Esta noche, como siempre, todos están divididos por disciplinas. Los actores y los de teatro musical por un lado, la gente

del coro por otro, los de la orquesta, los bailarines, etcétera. No está mal visto juntarse con los de otro grupo o con los chicos que no forman parte del programa. En la práctica, pasamos tanto tiempo con los de nuestra disciplina que no hay mucho tiempo para otra cosa. Entre las clases y los ensayos después de clases, para conciertos y musicales u obras, rápidamente formamos nuestras pequeñas comunidades. Owen y Alex viven saltándose, cariñosamente, al cuello por ocupar la primera silla (Owen tiene el honor este semestre, pero Alex fue primera silla el semestre pasado). El único motivo por el cual pasan tanto tiempo con nosotras, las chicas del coro, es que Owen y yo compartimos el útero materno.

–¡Hola, chicos!

Entrecierro los ojos para ajustarme a la oscuridad y veo a Hannah esquivando a algunas bailarinas que reconozco de mi clase de Teoría Musical. Tiene puesto un vestido bohemio suelto, con los colores del amanecer, y unas sandalias de cuero teñidas color coñac, cuyos lazos envuelven sus pantorrillas. Es un vestido sin hombros, la brisa fría de la noche causa que sus brazos se tornen morados. Como siempre, su cabello rojizo dorado es una maraña rebelde. Tiene largas trenzas desarregladas entremezcladas con el resto de su cabello, lo que enloquece a su madre, pero creo que eso forma justamente parte del encanto. A pesar de sus elegantes padres sureños, Hannah es nuestra pequeña hippie. Pura risas y horóscopos. Un tarareo salvaje acompaña todo lo que hace y dice.

Durante los últimos dos meses, Hannah ha estado canalizado sus energías en mi hermano, lo que solo ha consolidado nuestra amistad. Fue la primera persona a la que llamé cuando Charlie y yo terminamos –porque justamente no podía llamar a Charlie– y me

llevó a Delia's Café, en el centro, para ahogar mis penas en macarrones de lavanda y té de salvia.

–Cariño, luces asombrosa –dice Owen deslizando una mano alrededor de su cintura y hundiendo el rostro en su cabello.

–¿Sí? –Hannah sonríe y me guiña un ojo.

–¿Caminaste hasta aquí? –pregunto.

–Sip.

Hannah vive en un lindo vecindario del otro lado del lago. Su familia incluso tiene su propio muelle.

–¿Sabes? Esta semana fue agotadora –dice Owen mientras sigue hurgando en el cuello de Hannah–. Creo que deberíamos caminar hasta tu casa y recostarnos un rato.

Hannah contiene la risa y alza un hombro, golpeando el mentón de Owen en broma.

–Ahora no, Romeo.

La sonrisa de Owen se amplía y comienza a empujar a Hannah hacia el barril.

–Espera –dice ella mirando a su alrededor–, ¿dónde está Charlie?

–¡Shh! –la calla Owen y tapa la boca de Hannah con una mano. Ella se libera de un tirón inmediatamente–. No menciones a la Innombrable.

–Owen, no seas un imbécil –le espeto–. No es así.

–Sí es así, en realidad. La incomodidad abunda y solo intento ser un hermano mayor leal.

–Mayor en tus sueños.

–¡Por tres minutos!

–Ya quisieras.

Owen se ríe ante mi habitual insistencia en sostener que nuestros certificados de nacimiento sencillamente están equivocados.

–Además, yo soy más madura –digo.

–¿En qué te basas?

–Simple observación.

–Doy fe –agrega Hannah. Alex se ríe mientras Owen la pellizca y Hannah deja escapar un pequeño aullido–. En serio, ¿está todo bien? –me pregunta alejándose un paso de Owen e inclinándose hacia adelante para que solo yo pueda oírla. Owen se lamenta como un niño y Alex le da un codazo.

–Sí –respondo.

Hannah levanta su detector de mentiras con forma de ceja.

–No lo sé –digo encogiéndome de hombros–. No responde mis mensajes.

Hannah asiente con la cabeza, claramente no está sorprendida.

–Solo dale tiempo. Ambas tienen que acostumbrarse a esta nueva cosa entre ustedes.

–Pero no es nueva. Es vieja. Años tiene. Ese era justamente el punto de cortar.

–¿Lo era? –Hannah inclina la cabeza y me sonríe. Casi que odio ese gesto, es una de esas sonrisas que dice Ay, pobrecilla.

–Oh, cállate –replico, Hannah se ríe y golpea suavemente su hombro con el mío.

Antes de seguir hablando de todo eso, prefiero no hablar en absoluto. Owen cierra su brazo alrededor de la cintura de Hannah y la acerca hacia él.

–Cariño, vamos.

–¿Te veo más tarde? –se despide Hannah mientras Owen presiona la cara en su cuello otra vez.

La saludo con la mano y fuerzo otra sonrisa.

–Sí, seguro. Vayan a besuquearse o lo que sea.

Owen me despeina cuando pasan a mi lado, sin duda en búsqueda de algo para beber antes de escabullirse en el sendero que serpentea el bosque que rodea al lago, también conocido como el Laberinto de los Besos. Su mano está incrustada en uno de los amplios bolsillos del vestido de Hannah.

–Son casi asquerosos –digo riéndome.

–Para decirlo con delicadeza –añade Alex–. ¿Quieres algo de tomar?

–¿No eres el conductor designado?

–Lo soy. Un refresco para mí, un repugnante trago con vodka para ti.

–Suena irresistible.

Caminamos en dirección al agua y al barril de cerveza. A su lado, hay una mesa llena de vasos rojos de plástico y una jarra azul gigante llena de, tal cual predijo Alex, una especie de mezcla de jugo de frutas y vodka. Es bastante asquerosa, pero hace que el nudo que tengo en el estómago se afloje un poco.

Damos un par de vueltas por la fiesta, hablamos con chicos de nuestra escuela. Estampo una sonrisa en mi rostro e intento no pensar en mi teléfono sobre mi cama, en casa, seguramente sin mensajes. Tristemente, sin mensajes. Mis compañeros me miran con confusión, sus ojos dan una vuelta a mi alrededor y luego fruncen el

ceño cuando a la única persona que ven es a Alex. Es infernalmente molesto. Les molesta cuando tomo a Charlie de la mano y les molesta cuando no lo hago.

Cuando más o menos pasa una hora, veo de lejos a Owen adentrándose en el sendero con Hannah. Tiene una mano en su trasero y la otra en el aire con un vaso, un líquido rojo se desparrama sobre su brazo. Grita y festeja mientras Hannah intenta callarlo tapando su boca con una mano.
Está totalmente borracho.

–Sabía que iba a terminar así –le digo a Alex, gesticulando hacia mi hermano justo cuando él y Hannah desaparecen entre los árboles.

–El hombre ama ese ponche con vodka.

–Un poco demasiado, si me lo preguntas.

–Hablando de eso –dice Alex asomando su nariz en mi vaso vacío–, ¿otro más?

–Mmm, ¿por qué no? Pero si comienzo a tomarte del trasero y a vociferar como una idiota, detenme.

Se ríe y luego se sonroja, da un poco de ternura. Nos abrimos camino hacia el barril, que parece estar todavía más cerca del lago. El pasto debajo está pisoteado y embarrado.

–¿Cuánto tiempo crees que pase antes de que alguien se caiga al agua mientras intenta llenar su vaso? –pregunta Alex mientras abre una Sprite de una hielera.

–Una hora, como máximo.

Alex maniobra alrededor del barril asediado de chicos y mira como el agua tranquila del lago se asoma sobre el pastizal y los arbustos.

–No es el lugar más inteligente para guardar el alcohol.

–Probablemente no es el mejor lugar para pasar el rato –respondo.

Alguien me golpea por atrás y me empuja hacia adelante causando que colisione contra el pecho del Alex, quien me toma por los brazos, pero mi bebida se derrama sobre su suéter de todas formas.

–Ay, demonios, lo lamento –me disculpo mientras me doy vuelta para ver quién más ya está borracho a las ocho y media de la noche.

–Culpable –canturrea Greta Christiansen. Su cabello rubio cae sobre sus ojos super maquillados.

–No pasa absolutamente nada –digo inyectando la mayor cantidad de dulzura posible en mi voz. Me niego a dejar que Greta me afecte. Es una alto excelente, por eso representó a Lucille en el musical de otoño No, No, Nanette, y una de mis compañeras en Empoderar. Por otro lado, piensa que mi liderazgo del grupo es débil y cree que siempre canto fuera de tono (está completamente equivocada). Básicamente, está amargada conmigo porque no le

hablé bien de ella a Owen cuando estaba interesada en él el año pasado. Por el bien de la camaradería femenina, somos dulces entre nosotras, el tipo de dulzura que podría ocasionarte una carie monumental.

–Voy a buscarte otro trago, Mara –dice, toma un vaso, lo llena con un centímetro de líquido y me lo da.

–Muchas gracias. Eres tan considerada –bebo el contenido del vaso de un trago y luego la rozo levemente en búsqueda de servilletas de papel. Alex sigue allí parado, observando el intercambio pasivo-agresivo entre nosotras mientras su suéter sufre las consecuencias.

–Ey, tengo algunas servilletas en mi auto –dice, tocando mi codo–. Vamos.

Sin volver a mirar a Greta, sigo a Alex hasta su coche, feliz de alejarme de la manada. Alex abre la puerta del acompañante y revuelve la guantera hasta sacar una pila de servilletas de Sonic el erizo, las presiona levemente sobre su suéter sin resultados. Pronto se rinde y lanza el suéter teñido de rosa sobre el asiento trasero. Se apoya sobre el auto y pasa una mano por su cabello.

–No es tu tipo de fiesta, ¿verdad? –pregunto.

–No realmente, no. Vengo porque Owen me molesta hasta que acepto.

–No creo eso ni por un segundo.

Se ríe.

–Además, intento asegurarme de que no se comporte como un idiota.

–Eso sí lo creo. Por muchos segundos.

La sonrisa de Alex se agranda y mira hacia abajo golpeando uno de sus borceguís contra el otro.

–¿Cuál es tu tipo de fiesta? –indago. Alex siempre ha sido una especie de rompecabezas. Bueno, no tanto un rompecabezas sino más bien una anomalía entre los chicos adolescentes, especialmente considerando que su mejor amigo es Owen. Mientras que mi hermano es puro ruido y alboroto, Alex es la superficie tranquila de un lago. Pebblebrook puede tornarse altamente competitivo, especialmente para aquellos en roles de liderazgo como Owen y Alex, pero Alex nunca se altera. Es un chico coreano-americano tranquilo, que se encoge de hombros cuando Owen ocupa la primera silla, casi como si estuviera aliviado. Frecuenta el gimnasio por lo menos tres veces por semana porque sus brazos son celestialmente hermosos, y lee novelas de Stephen King en su tiempo libre.

Alex se encoge de hombros y desvía la mirada, una pequeña sonrisa se asoma en su boca. Ese gesto sin palabras no es algo nuevo y por eso mismo, después de años de amistad por parentesco, todavía no conozco tan bien a Alex. Es más que económico con sus palabras. Extrañamente, no da la impresión de ser frío o de que no quiere hablar contigo. Es más como si no encontrara las palabras correctas todavía y se rehusara a hacerte perder el tiempo.

–¿Cuál es la historia de este auto? –pregunto cuando es claro que no piensa decir nada más. Le doy una palmada al capó amarillo.

–Oh, Dios –suelta una carcajada y arrastra su mano por su rostro–. Mmm, mi hermana se lo ganó.

–¿En serio? ¿En un sorteo o algo por el estilo?

–No... en el programa de televisión, ¿El precio justo?

Intento aguantarme la risa y fracaso, ahogándome un poquito.

–¿Eso es una pregunta?

–Es un "no puedo creer que estoy diciendo estas palabras en una oración afirmativa".

–¿Realmente estuvo en El precio justo?

–Sip. Hace unos meses, ella y un grupo de sus amigos de la universidad tomaron un autobús hasta Los Ángeles por el fin de semana y esperaron en una fila por horas. Estoy bastante seguro de que seguían borrachos de la noche anterior. ¿Quién hubiera dicho que era un savant adivinando precios?

–Y, ¿no se lo quiso quedar ella?

–No tiene mucho sentido que tenga un auto en Berkeley, así que mis padres hicieron que lo conduzca hasta aquí y voilà: tengo un auto del color de una camisa de polo de un idiota, que tu hermano

llena de flores e insiste en llamarlo "La Luciérnaga". LL para abreviar.

–Esta es mi historia preferida del mundo entero. Te das cuenta, ¿no?

–Solo dile a Owen que prefiero flores silvestres, ¿ok?

–Se lo voy a escribir con labial en el espejo de nuestro baño.

–Se agradece –Alex toma impulso en la LL y señala a la fiesta con su cabeza–. Entonces, ¿quieres...?

Su voz queda opacada por una carcajada estridente. Ese sonido familiar hace que mi corazón suba hasta mi garganta. Mi cuerpo se pone en alerta, buscando el origen.

Y lo encuentra.

De la mano de una chica que nunca había visto antes. Admito que Frederick, que está solo a veinte minutos al sur de Nashville, no es un pueblo tan pequeño como para conocer a todos. Pero conozco a todas las personas que Charlie conoce y estoy cien por ciento segura de que no sé quién es esa chica.

–Ok, probablemente esta fiesta sea un asco, así que no digas que no te advertí. Cuando quieras marcharte, solo...

Charlie no termina la oración mientras ella y esa chica esquivan un par de autos estacionados, su mirada se clava en la mía. Sus ojos se incrustan en los míos literalmente: clic. Tiene puesta una camiseta

negra al cuerpo, jeans negros y la corbata de seda roja y dorada de Gryffindor, que le regalé para Navidad, atada holgadamente alrededor su cuello. Su cabello oscuro y corto es salvaje e incontenible y parece que busca alcanzar las estrellas.

Charlie levanta su mentón puntiagudo y su expresión es casi desafiante, pero mi rostro debe lucir patéticamente herido y sorprendido, porque su seguridad se desvanece, relaja sus gestos y deja caer los hombros. Pero su mano no se mueve. Sigue entrelazada con la de esa chica de cabello pelirrojo oscuro. Vestida con una falda corta de jean. Que tiene curvas suaves y labios prominentes.

Ambas se detienen, pero solo por un segundo. Charlie posa sus ojos en Alex y luego en mi otra vez. Su boca sigue abierta, está a punto de hablar. Pero luego, la chica dice algo sobre haber escuchado sonar su canción preferida y jala de Charlie hasta que se pierden entre los cuerpos bailando y la música vibrante.

Parte de mí quiere seguirlas. Parte de mí quiere tomar a Alex y besarlo. Parte de mí quiere otro trago, lleno hasta el borde. Parte de mí quiere sumergirse en el lago y flotar a la deriva. Parte de mí esto, parte de mí aquello, tantas caras y divisiones.

A mi lado, Alex aclara la garganta, pero apenas reacciono. Me siento entumecida y prendida fuego al mismo tiempo.

–¿Quieres… que te lleve a casa? –pregunta suavemente.

–¿Podrías hacerlo?

–Sí. Le enviaré un mensaje a Owen para que lo sepa –saca su teléfono y presiona el botón de inicio, un suave brillo blanco ilumina su rostro–. Demonios, no hay señal en el bosque. Déjame ir a buscarlo, ¿de acuerdo? ¿Puedes esperar aquí? ¿Estás bien?

–Sí –encojo los hombros, trago saliva, y sonrío y asiento con la cabeza, y hago demasiadas cosas a la vez–. Estoy bien.

Inclina su cabeza hacia mí y su expresión destila una cantidad exasperante de lástima. Antes de irse, quita el seguro de LL y me abre la puerta. Me deslizo en el asiento del acompañante, feliz de estar sentada en la oscuridad por un rato.

La figura de Alex desparece entre los árboles y en ese momento me golpea el silencio ensordecedor. Escucho el latido amortiguado de la música de la fiesta, pero no es suficiente para ahogar la quietud. Hundo mi cabeza contra el asiento, inhalando por la nariz e intentando controlar la velocidad de la exhalación, pero todo el aire sale al mismo tiempo en una ola de pánico. Siento un cosquilleo en la punta de mis dedos y una presión cada vez más fuerte en mi pecho. Tengo la boca seca.

Cálmate, Mara, me digo a mí misma. Clavo mis uñas en mis leggins.

Pequeña perra estúpida.

La voz sale de la nada y suena con un sorprendente desprecio en mi cabeza. Cierro los ojos con fuerza, intento controlar mi respiración e ignorar las palabras que retumban en mi cerebro.

Pequeña perra estúpida.

Pequeña perra estúpida.

Inhala, dos, tres, cuatro…

Exhala, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho…

Lentamente, la voz se desvanece y la sangre vuelve a circular por mis dedos y mi pecho. Deslizo mis manos por mi cabello, sintiendo los rizos, los mechones que se llenaron de frizz por la humedad de Tennessee y recuerdo que estoy en una fiesta, sentada en un auto amarillo y que caminar de la mano no significa nada necesariamente. Charlie y yo caminamos tomadas de la mano durante años antes de que surgiera algo romántico entre nosotras. Incluso si sí significa algo, ¿cuál es el problema? Charlie y yo solo somos amigas. Mejores amigas.

No soy una estúpida.

No soy una tonta.

Las frases se repiten en mi cabeza y sigo controlando mi respiración hasta que veo a Alex pasar por delante del auto y abrir la puerta del conductor. Inhalo profundamente una vez más y paso el cinturón de seguridad sobre mi cadera para asegurarlo. Alex se sienta apesadumbrado, una pierna sigue afuera del auto, en la tierra. Cierro los ojos y espero a que encienda el motor, lista para ir a casa y darme una ducha de agua hirviendo para sacarme esta noche de encima.

En mi cerebro se filtran imágenes de Charlie y esa chica y siento otra vez la presión en mi pecho.

–¿Podemos irnos, por favor? –pregunto, mi voz tiene un filo involuntario. Sin embargo, Alex no se da cuenta, no se mueve. Lo miro. Sigue con un pie en el estacionamiento y mira hacia el lago–. ¿Alex?

Nada.

–¡Alex!

Reacciona y me mira bruscamente.

–Mmm… lo lamento.

–¿Estás bien?

Arrastra su pierna dentro del auto, cierra la puerta y desliza sus manos sobre el volante. Incluso en la oscuridad, puedo ver que está pestañeando rápidamente y que tiene un nudo en la garganta.

–Alex, ¿qué…?

–Sí, estoy bien. Lo lamento. Solo… nada. Está bien.

–¿Encontraste a Owen?

–Sí. Está bien. Está bien, está con Hannah.

–De acuerdo.

Se ríe y se refriega los ojos.

–Dios, estoy más cansado de lo que creía. Ha sido una mala semana. Hasta ahora, el último año apesta.

–Estoy de acuerdo, así que larguémonos de aquí de una vez y durmamos todo el fin de semana, ¿te parece?

–Sí. Sí, suena como un plan.

Mete la llave en el encendido y el motor cobra vida. El auto se llena de música, una canción de estilo bluegrass, con instrumentos de cuerdas predominantes, que nunca había escuchado. Sin pensarlo, miro hacia el lago una vez más, buscando a Charlie.

Siempre busco a Charlie. Con la excepción de que esta vez, no la encuentro.





C3

El resto del fin de semana incluye muchas siestas y maratones de Netflix. Subsisto a base de recipientes de cereal. Mi teléfono no hace ni pío. Supuse que Alex le habría dicho a Owen por qué nos habíamos ido más temprano y que Owen le habría dicho a Hannah. Y que ella, por lo menos, me enviaría un mensaje e intentaría convencerme de salir de mi cueva cuidadosamente controlada, pero no. Ni una palabra. Y díganme inocente, pero realmente esperaba que Charlie me llamara y explicara quién era esa chica. De nuevo, un "no" monumental. Además de todo eso, mis padres están ocupados con la tienda de muebles que tienen en el centro y estoy bastante segura de que Owen estaba recuperándose de una resaca legendaria, por lo que, hasta la mañana del lunes, solo vi fugazmente a mi familia al ir de mi habitación a la cocina y viceversa.

–¿Cómo estás, hija mía? –pregunta mamá mientras arrastro los pies hasta el refrigerador buscando yogur.

–Gruñido.

–¿Alguna novedad? Tu papá y yo no te vimos en todo el fin de semana.

–Gruñido y gemido.

Se ríe y me alcanza una cuchara. Abro la tapa de papel aluminio de un yogur griego de arándanos.

–¿Cómo están las cosas con Charlie? –pregunta.

–Quejido, quejido.

–Mara Lynn.

–Están bien, mamá. Solo... raras todavía.

–Lo siento, cariño –acomoda un rizo rebelde detrás mi oreja.

Espero un poco más de consuelo, pero no dice más nada. Mis padres son padres bastante relajados. Confían en Owen y en mí. Tienen sentido del humor. Saben cuándo retroceder y cuándo presionar. No se vuelven locos cuando traemos a casa una calificación menor a un nueve. Y fueron generalmente comprensivos cuando les conté que también me gustaban las chicas mientras desayunábamos una mañana durante las últimas vacaciones de Acción de Gracias. Pero "oh" y "de acuerdo" y "queremos que seas feliz" son la extensión de su apoyo. Y bueno, eso es más de lo que muchos chicos reciben, especialmente en el sur, donde salir a la calle como *queer* puede ser como atravesar un campo minado en puntas de pie.

Sin embargo, cuando comencé a salir con Charlie, mamá se puso un poco nerviosa. Sus ojos se detenían en nuestras manos entrelazadas un poco más de lo normal y hacía preguntas sobre cómo habían cambiado las cosas entre nosotras. En su defensa, no creo que le importe el género de mis citas o de quien me guste. En lo que a Charlie respecta, sinceramente le preocupaba que el romance arruinara la relación con mi mejor amiga.

Una mejor amiga es una persona irremplazable en la vida de una chica, Mara, me ha dicho más de una vez.

Era molesto, pero al final le di la razón. Al menos eso fue lo que le dije. En realidad, me preocupaba mi relación con Charlie porque yo era incapaz de ser una novia normal. Una buena novia. Era defectuosa, y al final de cuentas, sabía que Charlie lo iba a notar.

No es que le haya contado a mi mamá algo de eso. Mi madre y yo… bueno, solo comunicamos lo que es absolutamente necesario que la otra sepa. Cuando era más pequeña, éramos tan cercanas que la llamaba a la medianoche cuando intentaba quedarme a dormir en la casa de una amiga. Ella venía a buscarme y yo dormía el resto de la noche acurrucada entre ella y papá. Owen se nos unía a la mañana siguiente, arremetía contra la puerta de la habitación y se lanzaba sobre el colchón. Entonces era feliz. Tenía amigos, pero simplemente no me gustaba estar lejos de casa, lejos de las personas en las que más confiaba.

Las personas que sabía que no dejarían que nada malo me sucediera.

Todo eso cambió después de primero del secundario. Intenté comportarme como siempre, intenté sentirme cerca de mi mamá de nuevo, le contaba pequeñas cosas sobre mi vida en un intento desesperado de conectar con ella. Pero todo se sentía fingido. Sé que ella lo sintió también, y estaba completamente confundida y herida por ello.

–¿Ya elegiste lo que te vas a poner? –me pregunta mamá con una sonrisa en el rostro mientras se sirve otra taza de café. El cambio de tema es notoriamente obvio, pero es mejor que un te lo dije. Sin embargo, no puedo evitar que se me escape una sonrisita al pensar en la nueva misión de Empoderar: enfrentarse al código de vestimenta violentamente inequitativo de Pebblebrook. Empoderar es el grupo feminista y el periódico que fundé en segundo año, y mi plan es forzar las reglas del código de vestimenta sin romperlas realmente. Seguramente más de una vez me arrastrarán hasta la oficina del director Carr, quien ante su incapacidad de encontrar una violación a las reglas con su práctica cinta métrica, exigirá que me cambie. Dirá que soy una distracción. Dirá que los chicos siempre serán chicos. Dirá que, si soy una chica buena, debería ser más sensata. Porque eso es lo que le dice a toda chica que muestra un hombro, o que tiene piernas naturalmente largas debajo de su falda, o cuya talla de sujetador no se encuentre en la sección para niñas.

Y en ese momento, escupiré fuego.

Por un segundo, me pierdo en la simple belleza de la situación. La forma en la que lo derrotaré con palabras, con resistencia, con fría lógica y argumentos pensados. Solo pensar en eso me calma y me hace sentir en control. Charlie dice que estoy obsesionada con tener el control. Y tiene un poco de razón, aunque no sabe el porqué.

El sabotaje al código de vestimenta es una de las pocas cosas que compartí con mamá. Sabía que le encantaría la idea y, a decir verdad, quería asegurarme de que no me castigaría hasta el fin de los tiempos si terminaba en detención.

Como era de esperar, mamá literalmente chilló cuando le conté. La mujer tiene dos grandes pasiones en su vida: restaurar muebles antiguos para que parezcan todavía más antiguos y el feminismo. Antes de que papá y ella abrieran la tienda cinco años atrás, solía escribir notas de opinión para la revista feminista Ms. y todavía lo hace algunas veces al año. Siempre intentó que Owen y yo tuviéramos posturas propias sobre distintos temas y cuando fundé Empoderar, lloró. Lágrimas de verdad que necesitaron un pañuelo.

–Nada es definitivo, pero sí, tengo un par de ideas –respondo, limpio la cuchara con la lengua y la lanzo en el fregadero.

–Dime si necesitas ayuda. Rompí unas cuantas reglas en mi época.

–¿Quemaste tu sujetador en el patio de la escuela?

–No, me gustaba mi sujetador. Aunque sí me vengué de mi novio infiel de la secundaria y llené su casillero de globos de agua.

–¿Globos de agua?

–Eran globos de agua muy especiales –me guiña un ojo y no puedo evitar reír.

Mamá se ríe conmigo, los rizos rubios castaños que heredé caen sobre su rostro, pero luego su expresión se torna sobria. Apoya su taza, se acerca hacia mí y toma mi cara con sus manos.

–Sabes que estoy muy orgullosa de ti. Hay que ser valiente para desafiar a la misoginia institucional del sistema patriarcal.

Aunque quiero poner los ojos en blanco por las palabras dramáticas de mamá, un destello de calidez se expande en mi pecho. Pero desaparece con la siguiente exhalación. Mamá no sabe qué tan cobarde soy en realidad. Escribiría una impactante nota de opinión admonitoria si supiera el verdadero motivo por el cual inicié Empoderar.

–Ugh, ¿por qué existen los lunes? –pregunta Owen mientras entra a la cocina y se pone una sudadera verde oscura de Pebblebrook.

–Es la consecuencia inevitable del fin de semana –respondo. Mamá me da una palmadita en las mejillas una vez más y me suelta.

–Buen día, hijo mío.

–Gruñido –estallo de risa al mismo tiempo que mamá le da un golpe en la nuca a Owen con una revista enrollada.

–Ve a la escuela. Pórtate bien.

–Siempre me porto bien –responde alegre como siempre, aunque todavía luce exhausto y con resaca. Debe haber sido una gran fiesta.

Mamá nos obliga a soportar besos en la frente, tomamos nuestras mochilas y salimos al mismo tiempo. Owen le frunce el ceño a su teléfono cuando abro el Civic y lanzo mis cosas en el asiento trasero.

–¿Qué pasa? –pregunto y su expresión se intensifica.

–Nada. Solo que... Hannah no responde mis mensajes ni mis llamadas.

–¿Se pelearon?

Me mira, sus cejas están hechas un nudo.

–No.

–Tal vez se quedó sin batería. Yo tampoco hablé con ella. –Sí –sus labios forman una línea fina al guardar su teléfono en un bolsillo–. De todas formas, ¿puedes llevarme a la escuela?

–Es tu auto también.

No hablamos en todo el camino, lo que es extraño, pero agradable. Necesito los minutos para repasar en mi mente lo que le voy a decir a Charlie. Además de Empoderar, tenemos tres clases juntas. Decidí que voy a actuar como si no hubiera pasado nada y que le voy a preguntar sobre esa chica porque eso es lo que hacen las amigas. Se escuchan y se hacen bromas sobre las personas que les gustan y sobre el inevitable incómodo momento del primer beso.

Los labios prominentes de esa chica pasan por mi mente y trago el nudo que se me forma en la garganta.

–Eso es lo que hacen las amigas –susurro para mí misma mientras aparco en el estacionamiento de la escuela.

–¿Eh? –pregunta Owen.

–Nada.

–Suenas muy convincente.

–En serio, no es nada.

–¿Así que la pelirroja que estaba con Charlie el viernes se llama "nada"? –hago una mueca de dolor.

–¿Las viste juntas?

Agita una mano.

–Tengo un vago recuerdo de algo colorado en las proximidades de Charlie. Pero bueno, tal vez era un vaso rojo gigante.

–¿Estabas tan borracho? –refriega su frente con ambas manos.

–¿Tienes que gritar todas tus preguntas? –me río y bajo un poco el volumen de la música.

–Por suerte tienes a Hannah para cuidarte.

Suspira, deja caer las manos sobre su regazo y gira hacia la ventana.

–Sí.

Se dispara una alarma en mi interior, una conexión de gemelos.

–¿Qué pasa? ¿Seguro que no pelearon?

Solo niega con la cabeza y vuelve a subir el volumen de la música. No puedo evitar poner los ojos en blanco. Claramente sí, se pelearon y seguro fue porque Owen se comporta como un idiota de fraternidad cuando bebe alcohol. Hannah se lo ha reclamado más de una vez.

–Buena suerte con Charlie –me dice cuando entramos a la escuela y nos separamos en el vestíbulo principal para dirigirnos a nuestras respectivas clases.

–Gracias. Buena suerte con Hannah.

Frunce el ceño, pero me despide con la mano y desaparece en una multitud de sus siempre risueños amigos de la orquesta.

Lo observo, pero mis ojos no se quedan en él demasiado tiempo. Casi inmediatamente, están buscando a Charlie. Repaso en mi mente las preguntas en tono tranquilo sobre la chica una y otra vez, determinada a ser una buena mejor amiga.

Salvo que nunca tengo la oportunidad de probar que soy una buena mejor amiga porque Charlie no viene a la escuela. Tampoco

Hannah, y ninguna responde mis mensajes. En consecuencia, no solo paso todo el día obsesionándome con lo que le diría a Charlie, sino que ni siquiera puedo hablarlo con Hannah en el almuerzo o mediante mensaje de texto. En conclusión, al final del día soy un volcán a punto de entrar en erupción.

Y para finalizar el postre con una cereza podrida, Greta me aborda mientras camino hacia mi auto.

–Hola, ¿Owen está bien? –pregunta.

–¿Qué quieres decir?

–Lo sacaron del aula en Cálculo y no regresó.

–¿No regresó? –frunzo el ceño.

–Espero que no esté enfermo. Dile que digo "hola".

Pongo los ojos en blanco cuando llegamos al coche y ella se va. Tomo el teléfono para enviarle un mensaje. Los autos a mi alrededor desaparecen y Owen todavía no aparece ni me responde.

–¿Qué demonios le pasa a todo el mundo hoy? –medio susurro, medio grito al sentarme en el asiento delantero. Repentinamente, me siento abandonada en una isla desierta, mis amigos no están por ningún lado. Antes de irme del estacionamiento, le envío un mensaje a Alex para preguntarle si sabe qué le pasó a Owen. Sorpresa, sorpresa, tampoco responde. Apago mi teléfono, ya no soporto ver la pantalla sin notificaciones.

Cuando estaciono en casa, mi estómago se inquieta inmediatamente. Los autos de mis padres están en el garaje, lo que es inaudito a las tres de la tarde.

Estaciono y troto a través del sinnúmero de herramientas y latas de pintura y de barniz para muebles de papá, cuidadosamente almacenadas. Abro la puerta que une el garaje con la cocina. Por costumbre, me saco los zapatos. Mis sandalias apenas se unen a las Chuck andrajosas de Owen cuando lo escucho.

–... lo juro por Dios, mamá. Esto es... no entiendo –su voz se filtra desde la sala de estar. Nuestra casa no tiene uno de esos diseños elegantes de concepto abierto. Cada habitación tiene forma de caja, así que una pared gigante de alacenas bloquea la visión de mi hermano, pero no necesito verlo para escuchar el temblor en sus palabras. Ese sonido hace que me detenga en seco.

–Dice que el fiscal podría acusarte criminalmente, Owen –dice mamá con tono parejo, pero hay un filo en su voz, el mismo que aparece cuando lidia con un cliente furioso–. Y tú me dices que no tienes idea de por qué.

–¡No! Lo juro. Sí, había bebido un poco, pero... –un sollozo corta sus palabras y escucho como respira con dificultad.

Papá murmura algo que no puedo entender, su voz es suave como siempre. Sin embargo, hay algo que no está bien en su voz tampoco.

–Owen –dice mamá–, estás seguro de que preguntaste...

–Ella quería –Owen responde atragantándose–. Lo juro por Dios, ella quería.

–Cariño –dice mamá y escucho el chirrido de un cuerpo moviéndose en nuestro viejo sofá de cuero–, vamos a solucionar todo esto. Estoy segura de que solo es un malentendido. Tiene que serlo, ¿verdad?

–Nunca haría una cosa así –se defiende Owen, su voz está alterada al extremo–. No…

–Por supuesto que no, cariño –responde mamá con suavidad, tratando de calmarlo, pero dudo que funcione. Soy la única persona que puede tranquilizar a Owen cuando está estresado o borracho. Bueno, Hannah y yo.

–Voy a llamar a los Prior otra vez –dice mi papá, su voz se acerca a mí–. Seguramente podemos solucionar esto sin hacer un escándalo.

–Ya no depende de ellos, Chris –interviene mamá–. Es decisión del Estado.

–Bueno, de todos modos creo que debería llamar.

–Gracias, papá –Owen suena tan pequeño. No puedo contenerme más. Dejo caer mi mochila en el piso de la cocina y casi choco con papá al entrar en la sala de estar.

–Mara –dice, sus ojos se agrandan detrás de sus lentes con marco negro. Su cabello con algunas canas está despeinado, como si

hubiera pasado las manos por su cabeza una y otra vez–, ¿cuándo llegaste a...?

–¿Cuál es el problema? –pregunto–. ¿Qué está pasando?

No espero a que papá responda. En cambio, lo esquivo, necesito ver que Owen esté bien. Está acurrucado en una esquina del sofá, los brazos de mi madre están entrelazados entre su espalda y su pecho, unidos en su hombro. Está inclinado sobre ella, su cabello desordenado está más descontrolado que nunca y sus ojos están rojos.

–¿Qué pasó? –pregunto.

Los ojos de Owen se clavan en los míos, su expresión emana algo parecido al miedo.

–Nada –responde mamá categóricamente–. Es solo un malentendido.

–¿Sobre qué? ¿Por qué papá va a llamar a los Prior? –Prior es el apellido de Hannah–. ¿Hannah está enferma o algo?

Owen abre la boca y espero que cuente una broma, como hace siempre que las cosas se ponen serias. Cuando la abuela, la mamá de mamá, tuvo un derrame cerebral, pasó las cuatro horas del viaje hasta Kentucky citando a Monty Python y el Santo Grial. A un desconocido le hubiera parecido insensible, inoportuno y grosero. Pero conozco a Owen. Lo hizo para hacerme reír. Para hacer reír a mamá. Para que todos respiremos con un poco más de tranquilidad hasta que tuviéramos que lidiar con la realidad.

Pero no dice una broma. Me mira unos segundos más y luego baja la mirada hacia su regazo y se pone a jugar con una hilacha de su camiseta.

–¿Mamá? –digo, dando un paso hacia él–. Por favor, me estás asustando.

Mamá suspira, libera a Owen lo suficiente como para refregarse un ojo antes de volver a abrazarlo.

–Como dije, cariño, es un malentendido. Aparentemente... Hannah siente que... ella piensa que...
–mamá parpadea rápido, el color de su cara desaparece lentamente.

–¿Qué piensa? –le ordeno a mis pies que se muevan y que vayan hasta el sofá para tomar a Owen de la mano, pero algo me mantiene anclada en donde estoy.

Mamá cierra los ojos con fuerza y toma aire profundamente.

–Hannah siente que Owen... se aprovechó de ella en el lago la otra noche.

–Espera. Piensa que Owen... –pero mis palabras pierden fuerza al mismo tiempo que la situación empieza a tomar forma en mi cabeza.

Dice que el fiscal podría acusarte criminalmente, Owen.

Ella quería. Lo juro por Dios, ella quería.

–¿Que se aprovechó de ella? –murmuro y Owen levanta su cabeza para mirarme a los ojos.

–No lo hice, Mar. Sabes que no lo hice.

–¿Qué se... aprovechó de ella?

Pero todos sabemos que esa no es la palabra indicada. La palabra que deberíamos estar utilizando arremete contra mi garganta, intenta desenredar mi lengua.

–¿La... –trago la palabra. No hay forma de que pueda decirla. No puede ser la palabra indicada en realidad–. Owen, ¿la obligaste a hacer algo que no quería?

–¡Mara! –mamá se pone de pie de un salto, sus ojos echan fuego, sus rizos descontrolados. En el sofá, Owen se encoge hundiéndose todavía más en los almohadones.

–¡No! Por Dios. Sabes que nunca haría eso, Mar.

–Sé que no lo harías. Lo sé. Pero ¿por qué ella diría que lo hiciste?

–Es suficiente, Mara –interviene mamá, pero no es suficiente. Y no puedo detenerme. Necesito entender. Necesito que Owen me explique esto. Porque sí, sé que Owen nunca haría una cosa así, pero también sé que Hannah nunca mentiría sobre una cosa así. Ama a Owen, así que ¿por qué mentiría?

–Nos peleamos, eso es todo –dice Owen, rastrillando su cabello con ambas manos. Las deja allí, las palmas sobre su frente.

–Esta mañana me dijiste que no se habían peleado –replico. Mis ojos sienten el ardor de lágrimas que todavía no derramé; mis pensamientos están enredados y dispersos y no puedo aferrarme a uno el tiempo suficiente para darle algún sentido a algo de esto. Tiene que tener sentido de alguna forma.

–Está bien, suficiente –dice mamá–. Ve a tu habitación, Mara.

–¿Qué? –la miro perpleja.

–No estás ayudando. Ve a tu habitación y cálmate.

–No. Necesito… tenemos que… Owen, solo dime qué pasó –sigue con la cabeza entre las manos–. ¡Owen!

–Ve –repite mamá–. Ahora mismo –pone una mano sobre mi hombro y me empuja con gentileza hacia el vestíbulo. Me siento débil, sin fuerza, así que me marcho.

–Todo va a estar bien, cariño –dice mamá–. Conoces a tu hermano. Es solo un malentendido.

Me deja en el pie de las escaleras y presiona suavemente mi mano. Ese es todo el consuelo que me ofrece. Escucho a papá en la cocina balbucear al teléfono. En la sala de estar, escucho a Owen ponerse a llorar otra vez, mamá lo consuela con susurros.

Me quedo sola, de pie en el vestíbulo, la palabra que no se dijo rebota en mi mente como si fuera otro idioma. Las escaleras se encuentran delante de mí, pero no puedo impulsarme para subir. En cambio, busco mis llaves y me desplazo como un fantasma hacia la puerta principal.

Abro.

Cierro.

Puerta del auto. Llaves en el encendido. Mi cuerpo se mueve, pero mis pensamientos... ¿dónde están? Mis ojos se desvían hacia el cielo todavía celeste.

No se ve ni una sola estrella.

Diez minutos después, estaciono en el frente de la casa de Charlie.





C4

Tardo otros diez minutos en salir del auto, y solo lo hago porque Charlie sale de su casa y da un golpecito en mi ventana. Giro mi cabeza lentamente hacia el ruido, mis ojos asimilan su camiseta rasgada de Nirvana y su cara de preocupación. Estoy bajo agua, ahogándome en la palabra que no se dijo y necesito aire.

Al mismo tiempo que desabrocho mi cinturón de seguridad, abro la puerta del auto. Charlie se mueve del camino con gracia e indiferencia.

–¿Dónde estuviste hoy? –pregunto. Mis pies se raspan con la gravilla del asfalto y hago un gesto de dolor.

Charlie frunce el ceño al ver mis pies.

–¿Dónde diablos están tus zapatos?

–Vaya, supongo que los dejé en casa –espeto avanzando–. ¿Dónde estuviste? ¿Estuviste con ella? ¿Con esa chica? ¿Quién es? ¿Dónde la conociste?

Charlie inclina su cabeza, mitad con curiosidad, mitad triste.

–¿Realmente quieres hablar de eso ahora mismo?

–Sí –cierro la puerta bruscamente–. Sí. Eso es lo que hacen los amigos, ¿verdad? Hablamos de nuestras citas y de lo que se siente besarlas, y sobre cómo esto y aquello nos hizo sentir atolondrados, y sobre cómo ni siquiera necesitaste beber en la fiesta porque esa chica era suficiente distracción para ti y, oh, ¿no es linda? Guau, es tan linda. No puedo creer lo linda que es. Diablos, Charlotte, tienes tanta suerte.

Siento un ardor frío en la espalda cuando Charlie me presiona suavemente contra el metal del auto, su mano en mi estómago y sus ojos clavados en los míos.

–Detente.

–Solo cuéntame.

–Voy a dejar pasar esto porque sé que estás molesta en este momento. Pero solo para dejar las cosas claras, no te debo ninguna explicación, ni historia, ni siquiera un detalle jugoso. Tú pusiste esto en marcha, Mara. Solo estoy haciendo lo que dijiste que debíamos hacer.

Deja caer su mano y siento que todas mis células están demasiado débiles, como si estuvieran a punto de desviarse en diferentes direcciones.

–Y no me llames Charlotte –agrega tomando mi mano y jalándome hacia su puerta principal.

Dejo que me guíe y me concentro en la familiar sensación de su mano en la mía, todas mis moléculas se vuelven a agrupar lentamente.

Dentro de la casa de Charlie, más familiaridad calma mi respiración. El suave aroma de la loción de afeitar de su padre, los muebles modernos, el millón de fotos de Charlie de bebé, de niña, de preadolescente, y así. Ella está en todos lados, la hija milagro de sus padres después de años de tratamientos de fertilidad.

Suelta mi mano mientras subimos las escaleras. Una vez en su cuarto, inmediatamente reproduce una música melancólica en su computadora. Sabe que no soporto el crudo silencio. Me siento en su cama con cuidado de no tocar la guitarra sobre su almohada. Hay un cuaderno abierto sobre su edredón azul marino, su letra inclinada mitad cursiva, mitad imprenta desparramada sobre la página.

–¿Estás escribiendo una canción nueva? –pregunto, resistiendo el deseo de tomar el cuaderno y devorar sus palabras. Charlie es una compositora increíble. Una cantante increíble. Una guitarrista increíble.

–Sí –cierra el cuaderno y coloca su guitarra en el soporte de la esquina. El resto de su habitación está bastante desordenado. Hay

ropa por todos lados y posters pegados con cinta en la pared de cantantes que conozco solo por Charlie. Sus suministros para tejer están apilados en una esquina, dentro de una canasta desbordada de agujas y bufandas y gorros a medio terminar, que terminan cayendo hasta el suelo. Ovillos de colores azules y plateados y dorados y rojos: los colores de nuestras casas de Hogwarts. Su habitación es una pesadilla para una persona con personalidad tipo A.

–¿Tus padres la escucharon? –pregunto.

–¿Escuchar qué?

–La canción.

Solo me mira, aparece entre sus ojos esa arruga que siempre deseo alisar con mi pulgar. Los padres de Charlie la enviaron al Centro Municipal Nicholson en Pebblebrook porque ha estado cantando, y cantando bien, desde que tenía cinco años. Creen que adora los arias y las grandes piezas pensadas para salas de conciertos gigantes. Y no es que no le guste eso. Solo que ama muchísimo más su guitarra, un pequeño escenario, un reflector tenue sobre un taburete.

–Lo lamento –digo pasando mi dedo sobre un casi agujero en mis jeans.

–¿Por qué? –Charlie alza sus cejas oscuras.

–Por llamarte Charlotte.

Suelta un suspiro y su cama se hunde cuando se sienta a mi lado. Espero que extienda su mano y que comience a jugar con mi cabello o que masajee gentilmente mi nuca, como lo hace a veces, cuando se da cuenta de que estoy tensa. Hasta aceptaría un empujón en el hombro. Cualquier cosa para conectarme con ella, para sentirnos como nosotras.

Pero no hace nada. Solo se sienta allí y se entretiene con un callo en la punta de su dedo mayor.

–¿Dónde estuviste hoy? –pregunto de nuevo, me mira con sus ojos oscuros–. ¿Estás enferma?
No luces enferma.

–No estoy enferma.

–Entonces, ¿faltaste sin permiso? –Charlie nunca falta, dice que es una mentira sin sentido. Sus padres tienen puestos administrativos en dos escuelas primarias diferentes en el condado vecino y es casi imposible mentirles sobre temas escolares. Discuten con chicos de trece años, llenos de hormonas, todo el día por un motivo. Aún así, Charlie trabaja duro para retratar cierta imagen de ella misma cuando está cerca de ellos, una imagen llena de verdades a medias y sonrisas forzadas. "Miento con buenas intenciones" dijo una vez, en broma, cuando le pregunté por qué no les decía a sus padres cuánto odiaba que la llamaran Charlotte. Cosa que hacen siempre. Siempre.

–No falté sin permiso –responde–. Estaba con...

–No estabas en la escuela. No estás enferma, así que te escapaste. ¿Por qué no...?

–Mara.

–No entiendo. ¿Es porque ya no estamos juntas? Te dije por qué. Coincidiste en que nuestra amistad era más importante.

–Coincidí en parte.

–Coincidir en parte sigue siendo coincidir.

–Mara, siéntate.

No me había dado cuenta de que me había levantado, pero no hago lo que me dice y camino de una punta a otra de la alfombra bordó sobre el piso de madera. Necesito respuestas. Necesito que esto tenga sentido. Necesito tener, de alguna forma, toda la información sobre la mesa y ver la situación completa: el qué, el por qué y el cómo.

–Estabas con ella, ¿no? Esa pelirroja. Solo dilo, Charlie.

Frunce el ceño y peina su cabello con sus dedos. Un pequeño mechón cae sobre sus ojos y lo deja allí.

–Estaba con Hannah.

Su voz es suave, suena como si estuviera intentando persuadir a un animal salvaje para que salga de su cueva, pero no importa. El nombre explota en mis oídos igual.

—¿Por qué? —las dos palabras salen en un suspiro y mis rodillas se vuelven de goma. Debo estar balanceándome porque Charlie toma mi mano y me obliga a sentarme de vuelta en la cama.

—Porque se siente mal y está asustada, sus padres prácticamente la están asfixiando y solo quería estar con alguien que no la haga tragar más sopa de pollo.

—¿Por qué? —pregunto de nuevo. La mano de Charlie sigue unida a la mía y no la dejaré alejarse.
Si lo hace, es probable que esta vez me parta en pedacitos.

—¿Has estado en tu casa? —pregunta—. ¿Has hablado con tu mamá? O... ¿con tu hermano?

La miro.

—Mara...

—No es verdad. No puede ser verdad. Tiene que haber algún tipo de...

—Es verdad, Mara.

Se me cierra la garganta por la delicadeza con la que dice mi nombre, las vocales casi melódicas. Parte de mí se da cuenta de que está intentando mantenerme tranquila. A otra parte de mí no le importa.

—¿Cómo? —pregunto. Los ojos se me llenan de lágrimas—. Owen no lo haría. Nunca lo haría.

–Vi a Owen en el lago y estaba completamente borracho.

–Lo sé. También lo vi.

–Estaba comportándose como un imbécil con sus amigos de la orquesta.

–Eso es lo que hace en fiestas, Charlie. No significa que...

–Solo déjame hablar –me interrumpe con cuidado, estira su mano y estruja levemente mi rodilla. Lo único que hace es desesperarme más, pero me obligo a morderme la lengua. Charlie respira profundo». Hannah no estaba con él y cuando le pregunté dónde estaba, solo me miró y balbuceó algo sobre buscar otra cerveza. No te podía encontrar por ningún lado y mi teléfono no tenía señal, así que Tess y yo fuimos a buscar a Hannah.

Registro vagamente el nombre que no conozco. Ahora parece tan tonto.

–Me había ido a casa –susurro, pero no estoy segura de que Charlie me haya escuchado.

–La encontré en el sendero –continua, alejando su mano de la mía. Respira profundamente algunas veces más, su mirada se nubla–. Estaba sentada en un banco, en uno de esos miradores, como a cien metros de la fiesta, mirando fijamente al agua. Su vestido estaba estirado sobre sus hombros y no pude lograr que me dijera algo durante diez minutos, más o menos. Al finnal, balbuceó algo sobre Owen que no entendí y la tuve que ayudar a llegar hasta mi auto. Iba

a llevarla a su casa, pero después de que dejé a Tess en su casa, Hannah seguía sin decir una palabra y estaba sosteniendo su brazo de manera extraña, como si le doliera. Yo estaba en pánico total. Intenté llamar a mis padres, pero estaban en una recaudación de fondos para la escuela de mi papá y no me respondían así que la llevé al hospital Memorial. No sabía qué otra cosa hacer.

–Y dijeron que ella estaba bien, ¿no? ¿No estaba herida?

Charlie desvió la mirada y presionó la palma de sus manos sobre sus ojos.

–Está herida, Mara. Tiene un esguince en la muñeca. Sus padres llegaron al hospital y quisieron que se hiciera una de esas pruebas de violación, y fue horrible. Hannah gritó durante toda la prueba. Duró horas.

Me encogí de miedo al oír esa palabra. Al oír todas esas las palabras.

–Después de eso, el hospital llamó a la policía.

–¿La policía? –cada palabra que sale de la boca de Charlie parece estar en otro idioma: sílabas extrañas y guturales, vocabulario desconocido, pistas crípticas. Mi propia voz suena extraña al repetir las palabras, como si fuera una niña aprendiendo un idioma que no sabe si desea aprender.

Cierro los ojos con fuerza hasta que veo espirales de colores en mis párpados. Mis dedos dibujan círculos sobre el edredón, me late la sangre en la punta de los dedos. El colchón se mueve al mismo

tiempo que Charlie. Lo próximo que sé es que hay un peso cálido sobre mis muslos. Miro abajo y veo a Charlie arrodillada en el piso, delante de mí, sus antebrazos están sobre mis piernas.

–Dime algo –dice–. Dime qué estás pensando.

Pero no puedo. Necesito dominar ese idioma extranjero, necesito palabras para explicar esta cosa negra que se está filtrando en mi sangre. Ni siquiera estoy segura de qué está compuesta. No puedo pensar en Owen. No puedo unir su nombre al de Hannah en una cama de hospital, con vendas en su muñeca y lágrimas en su hermoso rostro.

No puedo. Cada nombre en esta historia de terror es una cosa separada, cada uno es una viñeta desconectada. Así que cierro el capítulo de Owen y abro el de Hannah, el de Charlie.

Mis manos encuentran las de Charlie apoyadas suavemente en mi cadera y entrelazo nuestros dedos.

–Lo siento tanto –digo y Charlie inclina su cabeza y sus ojos tienen un brillo extraño–. Debería haber estado allí. Debería haber estado contigo, con Hannah. Siento tanto haberme ido. Lamento que hayas tenido que ayudarla tú sola.

–Ey –se impulsa en el suelo hasta que nuestros ojos quedan a la misma altura. Avanza sobre mi espacio, aumenta la presión entre mis dedos y nuestras frentes están a centímetros de apoyarse una con otra–. Esto no es tu culpa. Ninguno de nosotros tenía idea de que esto pasaría. Owen es...

–Es mi hermano. Él no hizo esto y yo soy la que debería haber estado allí. No Tess.

Charlie frunce el ceño y pone un poco de espacio entre nosotras.

–¿Por eso estás así?

–¿Qué quieres decir?

–Tess.

–No. Solo digo que desearía haber estado allí.

Charlie sacude la cabeza, desenlaza nuestras manos y se pone de pie.

–Bueno, sí, yo deseo muchas cosas.

–¿Estás enojada conmigo?

–Siempre estoy un poco enojada contigo, ¿no es cierto?

Busco una sonrisa en sus labios, pero no la encuentro. Están apretados en una línea incolora.
Desde el momento en que nos conocimos en primer año, Charlie siempre me consideró adorablemente exasperante. Cada vez que discutimos sobre qué música escuchamos en el auto, qué película mirar, qué tipo de pizza pedir, ella termina cediendo porque insisto en ser un dolor de cabeza. El "siempre estoy un poco enojada contigo" se ha convertido en un chiste en nuestra relación.

Pero esta vez, no hay humor en la frase. No hay un guiño insinuante ni una sonrisa cariñosa.

–Esto no es sobre tú y yo, o sobre Tess o quien sea –continúa–. Quiero decir, ¿entiendes lo que pasó? ¿Entiendes lo que está pasando, Mara?

Abro mi boca para decir "sí", pero no puedo, porque no lo entiendo. No hay forma de que esto esté pasando, no hay forma de que mi hermano haya hecho eso. Él no sería capaz de hacer algo así y no puedo entender cómo alguien puede pensar que lo es.

–Diablos –exhala Charlie, hundiendo sus manos en su cabello–. Lo lamento. Esto es… no sé qué decir.

Asiento con la cabeza y me pongo de pie, siento a la impotencia asentarse en mis huesos, como la edad.

–Supongo que debería irme.

–Mara…

Pero se guarda lo que sea que estaba a punto de decir. Espero a que continúe, que no deje que me vaya, pero no lo hace. En la puerta de su habitación, me detengo y miro fijamente a la madera pintada de blanco.

–¿Hannah está bien? –pregunto.

Un instante.

–No. No está bien.

Dejamos que la pregunta y la respuesta se asienten entre nosotras. Los sonidos oscuros y las nubes se abren para dar lugar a un rayo de significado.





C5

Casi me estrello contra el padre de Charlie mientras bajo las escaleras, mis pies se hacen un nudo en mi intento de evitar la colisión. Envuelve sus manos gigantes alrededor mis brazos para estabilizarme. Al instante, me pongo dura. Prácticamente, me libero de un tirón y doy dos pasos para atrás.

–Cuidado, Mara –dice, mostrando la palma de sus manos–. ¿Estás bien?

–Sí, sí. Perdón. Solo me sorprendió.

–No hay problema –sonríe y se afloja la corbata. El señor Koenig es un tipo grande. Alto, de hombros anchos y generalmente imponente, con razón los chicos que educa todos los días le tienen miedo. Tiene una cabeza llena de cabello oscuro y una barba que cubre la mitad de su rostro. Es apuesto, para ser un padre, y siempre ha sido muy amable, cordial y gentil conmigo. Solo que como es tan grande, mi primer instinto siempre es encogerme y desparecer.

–¿Estaban por salir? –pregunta, pasando a mi lado hacia su habitación.

–Disculpe, ¿qué?

Se da vuelta, frunce el ceño.

–Es lunes, ¿no sueles ir a jugar a los bolos con Charlotte? Han pasado un par de semanas. Te extrañamos por aquí.

Lo miro con asombro, su sonrisa relajada y normal.

–Ah, cierto –Charlie y yo hemos jugados a los bolos todos los lunes de los últimos años. No se puede fumar y está iluminado con luces de neón. Está lleno de gente vieja con bolsos de boliche personalizados y camisas con monogramas. Observamos a la gente mientras engullimos nachos y refresco y dulces y, sí, mientras les damos una paliza a los pinos. Usualmente, siempre le gano a
Charlie. Extraño mi bola rosa con remolinos preferida, que encuentro cada semana derribando pinos.

El ritual comenzó bastante temprano en nuestra amistad. Un lunes, mientras andábamos en bicicleta por el centro de Frederick, nos enteramos de que habían dos juegos por uno en Queen Pin y eso fue todo. Excepto por los últimos tres lunes, cuando una de nosotras cancelaba con excusas estúpidas como deberes y falta de sueño la noche anterior. La semana pasada, había planeado decirle que no podía ir porque me estaba resfriando, pero nunca tuve la oportunidad. Charlie se me adelantó y alegó un dolor de garganta. Ahora que lo pienso, probablemente estaba con Tess.

–Deberían ir saliendo –dice el señor Koenig, echándole un vistazo a su reloj–. Deirdre llegará en cualquier momento y ya saben cuánto le gusta hablar.

Antes de poder responderle o de que se me ocurra una excusa para salir de su casa sin su hija detrás de mí, se abre la puerta de la habitación de Charlie.

–Papá, ¿con quién estás hablan...? Ah –sus ojos se ensanchan cuando me ve–. Pensé que te habías ido.

–Lo hice, quiero decir, lo estaba haciendo. Me voy.

–Hola, cariño –la saluda el señor Koenig, pasando su mano sobre el cabello corto de Charlie.

–Hola –le devuelve el saludo, pero me mira a mí.

–Diviértanse. No vuelvan muy tarde. Y traten de comer otra cosa que no sea esa basura –luego se aleja por el pasillo hacia su habitación, sus dedos aflojan su corbata.

–¿Bolos? –Charlie me mira con los ojos entrecerrados.

–Bolos –asiento con la cabeza.

–No es obligatorio ir –dice Charlie, cruzando sus brazos sobre su pecho.

Asiento y bajo un escalón, pero en ese momento, mi mente se llena de imágenes borrosas y demasiado brillantes al mismo tiempo, como un sueño. Owen, sentado en el sofá, llorando. Mi madre, desconcertada, intentando consolarlo. La acusación de Hannah. Un susurro que nos sigue por los ambientes de la casa.

–No, creo que deberíamos ir –me retracto.

Charlie me estudia con los ojos, pero solo asiento con la cabeza y me dirijo hacia la puerta principal.

–Vamos, yo conduzco.

–¿Estás segura?

Resoplo.

–Si seguimos esperando, tu mamá llegará a casa y nos quedaremos atascadas aquí por una hora.

Se ríe. La mamá de Charlie le habla hasta a los sordos.

–Es verdad. Déjame buscar mis zapatos.

–¿Podrías prestarme un par?

Les echa un vistazo a mis pies descalzos y pone los ojos en blanco, pero asiente.

Pronto estamos en mi auto, ventanas bajas y viento fuerte. No puedo darme cuenta si es porque nos gusta así o si estamos evitando

entablar una conversación o mirarnos a los ojos, mientras el ocaso se convierte en noche.

En Queen Pin, cambiamos nuestros zapatos y nos abastecemos de regaliz, Coca Cola de cereza, Whoppers, M&M de maní y una bolsa de palomitas de maíz tan grande como mi torso. Normalmente, no compramos tanta comida chatarra, pero la apilamos en una silla en la pista cinco. Busco mi bola rosa en los estantes llenos de esferas coloridas mientras Charlie tipea nuestros nombres en la computadora. Con mi bola debajo de un brazo, veo una bola negra exactamente del tamaño que usa Charlie. En general, le da igual usar cualquiera, siempre y cuando no se le atasquen los dedos y la bola no se le caiga en los pies cuando la balancea para lanzarla. Pero esta bola, esta bola es Charlie. El negro más negro con remolinos dorados y plateados. La tomo y me hago lugar hasta
Charlie.

Se le asoma una sonrisa en los labios cuando la ve, pero no dice nada. En breve, estamos derribando pinos y empachándonos con azúcar y con palomitas de maíz grasosas. Nos reímos del señor Hannigan, un hombre de mediana edad, dueño de una tienda de mascotas en el centro, que viene a jugar todos los lunes a la noche. Pareciera que nunca logra mantener sus pantalones por arriba de la línea de su trasero.

–¿Puedo preguntarte algo? –digo. Vamos por el sexto turno y de lo único que estuvimos hablando fue de golosinas y del concierto de otoño del próximo noviembre.

–Claro –Charlie toma su bola.

–No les contaste, ¿verdad? –se detiene, la bola está en equilibrio sobre la punta de sus dedos.

–¿Qué?

–A tus padres. No les contaste. Sobre nosotras.

Abre la boca y la vuelve a cerrar.

–Yo… no…

–¿Hablas en serio? ¿Tus padres no tienen ni idea de que no estamos más juntas? Ya me parecía que tu papá estaba siendo demasiado amigable.

–Es un tipo demasiado amigable.

–¿Les contaste o no?

Su mandíbula se tensa, se da vuelta y lanza torpemente la bola sobre la madera, como si estuviera lanzando una manta sobre un colchón. La bola repiquetea hasta la canaleta y desaparece detrás de los pinos.

–Sabes que eso es un cero, ¿no? –digo con tono arrogante–. Esperemos que tu segundo tiro sea un poquito mejor.

Charlie vuelve sobre sus pasos y se sienta en la silla junto a mí.

–No. No les he contado.

–¿Por qué?

–Porque… –deja la oración sin terminar, sus ojos se fijan en las luces rojas y blancas con forma de pino del tablero de la pista.

Hablar con sus padres sobre ella, sobre cualquier cosa de ella, siempre ha sido una especie de campo minado para Charlie. Saben que le gustan las chicas solamente porque hace cuatro años su madre la sentó, le dio un brownie de caramelo (el preferido de Charlie) y le preguntó sin rodeos. Charlie nunca les hubiera contado por su cuenta. Por eso, sus relaciones son el único aspecto de su vida ampliamente visible para ellos y siempre han sido muy comprensivos. Cuando comenzamos a salir –solo se enteraron porque volvieron a casa temprano un viernes a la noche y nos encontraron abrazadas en el sofá mirando una película–, la señora Koenig simplemente sonrió y dijo que ya era hora.

Charlie odiaba que supieran. Cuando le pregunté una noche mientras estábamos acurrucadas en su cama, solo se encogió de hombros y dijo que, de todas formas, el motivo no importaba en ese momento.

–Mentira –le respondí. Luego levanté la manta sobre nosotras creando una carpa–. Los secretos están a salvo aquí. Es nuestro pequeño mundo: solo tú y yo.

Suspiró y desvió la mirada.

–Es solo que… mis padres querían un hijo con todas sus fuerzas, ¿sabes? Intentaron durante años y nunca sucedió. Hasta que sí sucedió. Ahora me tienen a mí y yo solo… Dios, suena estúpido.

–Nada de lo que sale de ese cerebro puede ser estúpido –dije dándole un beso en la frente.

–No soy una chica normal, eso ya lo sé.

–Yo tampoco. ¿Qué diablos es normal?

–No, ya lo sé. Pero supongo que lo que quiero decir es que no soy realmente el tipo de hija que los padres sueñan con tener, ¿sabes? A veces, solo me pregunto…

–Charlie. Te gustan las chicas. Eso es normal para ti. No es un factor decisivo. Y tus padres no tienen ningún problema con eso. Rayos, hasta parecen estar felices al respecto.

–Lo sé, pero todos los otros temas –agitó una mano sobre su cuerpo–. Quiero decir, los temas de género asustan a la gente.

–Eso es porque algunas personas son imbéciles. Tus padres no lo son. Todo esto –le di un golpecito en la frente y luego recorrí su brazo con mi mano– también es parte de ti y tus padres te aman.

Frunció el ceño, pero asintió con la cabeza.

–Supongo que parte de mí siempre espera que mis padres se den cuenta.

–¿Se den cuenta de qué?

–De que no soy la hija que siempre soñaron.

No pude responder nada ante eso. Se me partía el corazón por ella, por todas las cosas que temía decirles a sus padres. Básicamente, Charlie tendría que tener otra charla con sus padres. Tendrá que revivir todo otra vez al contarles que es genderqueer, que no se identifica necesariamente con un solo género. Salir del closet una vez fue difícil para mí, así que solo entrelacé mis piernas con las de ella y la besé hasta que paró de temblar.

–¿Puedo hacerte una pregunta? –dije cuando pareció un poco más tranquila.

–Sí, por supuesto.

–¿Te...? Quiero decir, ¿te gusta que la gente use ella cuando se refieren a ti? –sus cejas se enmarañaron sobre su nariz.

–Honestamente, no siempre. Pero él tampoco encaja en este momento.

–¿Qué sí encaja?

Suspiró.

–No estoy segura. ¿Ambos? ¿Ninguno? ¿Otra palabra completamente distinta? Tal vez, con el tiempo élle, una vez que les haya contado a mis padres. Ella funciona por el momento. Élle se siente bien. Estuve leyendo mucho sobre el tema últimamente. Existe un término: no binario. Se usa para alguien que no se identifica solamente como masculino o femenino o tal vez se identifica como

ambos o como ninguno. Así que... creo que ¿esa sería yo? Por lo menos por ahora.

–No binario –le presento el término a mi boca–. Suena bastante *badass.*

Charlie se rio y se impulsó más cerca de mí.

–Sé cómo me siento, pero ponerlo en palabras es difícil.

–Y eso está bien. Lo sabes, ¿no?

Asintió con la cabeza, pero esa pequeña arruga permaneció entre sus cejas.

El recuerdo me provoca un dolor en el estómago y suelto un gran suspiro.

–Les voy a contar, ¿ok? –dice ahora Charlie–. En serio. Es solo que...

–Es otro cambio –interrumpo.

–Sí. Recién me había acostumbrado a que supieran sobre nosotras. Y ahora me van a preguntar por qué.

Suelta las últimas dos palabras como si tuvieran un sabor feo. Hasta arruga un poco su nariz.

–Charlie, estamos bien.

Asiente con la cabeza, refregando la palma de sus manos en sus jeans.

–Por supuesto que estamos bien. Mejores amigas para siempre –luego se pone de pie y toma su bola. La lanza sobre la pista con cero torpeza y derriba a los diez pinos.

–Media chuza –dice mientras se sienta en la computadora. Como si yo no lo supiera.

Jugamos los próximos turnos en silencio. Estoy jugando horrible, mi bola termina en la canaleta más veces que contra lo pinos. Siento una chispa de enojo cada vez que su bola negra brillante derriba un pino, y dejo que la chispa se intensifique hasta formar una llama. Porque esto es exactamente lo que no quería que pasara cuando terminamos. Todo esto… demonios. Toda esta incomodidad y toda esta basura pasivo-agresiva. Y estar enojada con Charlie por cómo se está desarrollando nuestra relación tiene sentido.

Queda claro que Charlie va a ganar. Apenas hablamos durante el resto del juego y odio el silencio. Por primera vez, quiero escuchar mi propia voz, al filo que carga cuando grito. Siento que algo se gesta dentro de mí, una ráfaga caliente sube por mis piernas hasta mi estómago. Cuando el juego termina (187 a 162) Charlie puede ver mis mejillas sonrojadas mientras ata las agujetas de sus Converse. Toma de un tirón nuestros pares de zapatos y los devuelve al mostrador sin decir una palabra. Camino detrás de ella, sosteniendo lo que quedó de regaliz y también me los arranca de un tirón.

–¿Qué diablos, Charlie?

–Yo no soy la persona con la que estás enojada –responde, lanzando las golosinas en el cesto de basura–. Sé que tuviste un mal día y que apesta, pero aún si toda esta basura con Owen y Hannah no estuviera sucediendo, yo no soy la persona con la que estás enojada.

–¿Qué significa eso?

–Sabes qué significa. Esto es tema tuyo, Mara.

–No tengo idea de qué estás hablando.

Cierra los ojos y se muerde el labio inferior.

–Escucha. Deberíamos irnos. Estoy cansada y tú también y, probablemente, deberías ir a casa y hablar con tu mamá.

–No quiero hablar con mi mamá. Quiero hablar con mi mejor amiga.

Se me escapa antes de que pueda detenerme. Un tono frío que nunca había usado con Charlie.
Ni siquiera en los primeros días después de haber cortado.

Entrecierra los ojos, pero su mirada muestra más dolor que enojo. Siento un pinchazo de culpa debajo de mi piel en llamas, pero el calor es condenadamente bueno ahora mismo.

Demasiado entretenido.

Cruzo los brazos y la espero afuera. Estamos hablando de Charlie y de mí. No peleamos. Ninguna puede soportarlo por mucho

tiempo y, maldición, no quiero ser la que tenga que ceder. No esta noche.

Justo cuando creo que va a ceder, a tranquilizarse y a tomar mi mano como siempre lo hace, pasa junto a mí y sale por la puerta sin decir una palabra.





C6

Conducir siempre me tranquiliza. Amo el movimiento continuo, el sonido de las llantas sobre el asfalto y cualquiera sea la música que suene y ocupe mis pensamientos. Cuando Charlie y yo nos vamos de Queen Pin, conduzco hasta que sus palabras dejan de retumbar en mis oídos, hasta que no estoy tan enojada. Y no me importa lo que diga Charlie, yo sigo sin tener idea de con quién estoy enojada.

Sentada a mi lado en silencio, no para de juguetear con su teléfono, cambia todo el tiempo de canción, algo que siempre hace cuando está nerviosa. O enojada. O preocupada. A veces, es difícil entender lo que siente Charlie cuando escucha música porque, para ella, la música transporta todos sus sentimientos, los mece hasta que ella pueda ponerlos en orden.

Cuando mi coche finalmente se detiene, estoy en un vecindario conocido, cerca del lago. Un parque familiar, una casa conocida con ventanas iluminadas suavemente en la calle de enfrente. Le ordeno a

mi cuerpo que se mueva, que salga del auto, presione el timbre y hable con Hannah. Necesito ver con mis propios ojos que está bien.

–¿Mara? –pregunta Charlie, asomando su cabeza por la ventana en la oscuridad–. ¿Qué estamos haciendo aquí?

Miro hacia la casa de Hannah. Parpadeo. Detrás de mi asiento, mi teléfono vibra en mi mochila.

–¿Mara?

–¿Qué pasa si tienes razón? –pregunto–. ¿Y si ella no está bien?

Charlie presiona mi brazo con las yemas de sus dedos e inmediatamente me tenso. Luego me relajo y me vuelvo a tensar otra vez. Es increíble cuántas emociones puedes experimentar en tan solo unos pocos segundos, todo por el tacto de una persona.

–Podemos llamarla –dice Charlie con suavidad–. Ver si tiene ganas de recibir compañía.

Del otro lado del parque, la casa de Hannah luce cálida y tentadora, y estoy extrañamente sor- prendida. Es como si debiera haberse oscurecido bajo un manto azul oscuro, como si debiera ser un caparazón de lo que solía ser. Miro las ventanas, imagino a Hannah dentro y respirando, hecha una bolita en su gran habitación con su propia chimenea. Ese tapiz gigante con un símbolo de la paz de los colores del arcoíris sobre un fondo del cielo estrellado que compró en el festival de arte folk en el centro la primavera pasada, ocupando toda la pared que está frente a su cama. Su madre lo odia,

pero Hannah lo adora. Dice que lo compró porque la hacía acordar a nosotras: a Charlie, a ella y a mí.

En mi mente, separo a Hannah de Owen otra vez, ubico a cada uno en su propio mundo. Ni siquiera se conocen. Lo que sea que Hannah esté sintiendo, Owen no es la causa. Son dos extraños lidiando con asuntos diferentes, con historias y resultados diferentes. Pienso en todo lo que le quiero decir a Hannah, pero no puedo entender nada de todo eso, no puedo separar lo que me han contado de lo que creo y de lo que siento. Todos mis pensamientos son un caos.

Antes de poder tomar conciencia de lo que estoy haciendo, vuelvo a encender el motor y me alejo de la grava del parque.

–Mara, espera –Charlie gira en su asiento, mira la casa de Hannah desaparecer en la ventana trasera–. Pensé que querías...

–Necesito ir a casa –las puntas de mis dedos están heladas sobre el volante–. ¿Acaso no es lo que dijiste? ¿Qué tengo que ir a casa?

La noche pasa volando, un borrón de postes de luz ámbar y siluetas. Puedo sentir que Charlie me mira, puedo sentir cómo inhala con lentitud y cómo exhala todavía más despacio. Finalmente, gira su cuerpo y mira por la ventana mientras deja que se reproduzca una canción entera, una voz aterciopelada canta con melancolía a través de mis parlantes.

Todo está en silencio cuando llego a casa. Demasiado tranquilo, siquiera el balbuceo de los programas preferidos de mamá rompe el silencio. Subo rápidamente las escaleras para llegar a mi cuarto y ni me molesto en revisar si alguien todavía sigue despierto, pero mamá me ve en el pasillo.

–Aquí estás –dice con una taza de té entre las manos. Sigue en jeans y suéter. Generalmente, mamá se pone el pijama apenas termina la cena.

–Aquí estoy.

–No vuelvas a desaparecer así, Mara. No puedes simplemente marcharte y luego no responder el teléfono. Estaba a punto de enviar a tu padre a buscarte.

–Lo lamento –digo, aunque no estoy segura de si lo siento de verdad.

–¿Estas bien?

Asiento con la cabeza, pero mi gesto es tan superficial que mi mamá suelta un suspiro.

–Cariño, esto va a pasar al olvido. Es un malentendido. Conoces a tu hermano.

–Sigues diciendo eso.

–¿Diciendo qué?

–Que es un malentendido. Que conozco a Owen. Pero... mamá, también conozco a Hannah.

–Lo sé –cierra los ojos e inhala lentamente.

Espero a que siga hablando, pero no dice más nada. Solo se queda mirando su taza de té.

–No es capaz de hacer una cosa así, ¿no? –pregunto. Necesito que me lo diga. Es mi mamá, el padre, el adulto, la persona que cuando me quejo sobre mi horario límite para llegar a casa o sobre los trabajos de verano, me recuerda que ella tiene años de experiencia encima.

–Por supuesto que no –dice y todo mi interior se descomprime, solo un poquito. Pero no lo suficiente. Mi estómago sigue enrollado como una serpiente.

–Así que... ¿qué vamos a hacer?

–¿A qué te refieres? –me mira súbitamente a la cara.

–Quiero decir... ¿qué vamos a hacer? ¿Qué va a pasar con Owen? Y Hannah... no podemos simplemente no escucharla. Siempre has dicho que debemos escuchar a las chicas sin importar...

–Él es nuestro, Mara –me interrumpe mamá, hay un asomo de furia en sus palabras–. Es mi hijo.
Y lo amamos. Eso es lo que hacemos.

Asiento con la cabeza y me da un beso en la mejilla al tiempo que pasa junto a mí y baja las escaleras. La veo alejarse, mis pies desean seguirla, hacer todo esto más sencillo para mí también. Pero no puedo moverme en su dirección. En cambio, me encierro en mi habitación. Reviso mi teléfono y veo que tengo un correo de voz de mamá y tres mensajes sin contestar de Owen.

Dónde estás?

Mamá se está volviendo loca y papá está en estado comatoso. Ven a salvarme.

Mar? Por favor.

Me quedo mirando a la pantalla, siento un entumecimiento expandirse por mis miembros. Luego, apago el teléfono y lo lanzo sobre mi cómoda. Después me cambio y me meto en la cama, me pongo boca abajo y abro la cortina de la ventana, buscando las estrellas. Esta noche están tenues, opacadas por el brillo de la luna.

Unos cuantos metros más abajo, en el techo del porche, una forma oscura bloquea a unos árboles distantes.

Owen.

Está sentado con los brazos descansando sobre sus rodillas y la cabeza inclinada hacia el cielo, hasta que gira en mi dirección. Al principio, no estoy segura de si puede verme a través de mi ventana, pero nuestros ojos se encuentran, la luna se refracta en los lentes que usa de noche, luego de sacarse los de contacto. Tengo un par idéntico sobre mi nariz ahora mismo. Compartimos una visión terrible,

heredada de papá. Owen inclina su cabeza, una clara invitación. Luce tan pequeño, como un niño metido en el cuerpo de un adolescente. Inclusive desde aquí, puedo sentirlo preguntando, esperando, necesitando que vaya con él a inventar una historia.

Y quiero hacerlo. Quiero abrazar su cuello y dejar que me despeine. Quiero que todo sea como hace unos días atrás cuando me hizo reír. Cuando nos encontrábamos en el cielo. Owen siempre ha sido ruidoso y un poco grosero con sus amigos, pero cuando está conmigo no es así. Conmigo es un chico hecho de estrellas, cariñoso, tranquilo y seguro. Siempre ha sido así.

Mamá solía contarnos historias antes de dormir. Uno de mis primeros recuerdos es acurrucarme con ella mientras sus dedos peinaban mi cabello, y mi conejito de felpa aferrado contra mi pecho. Owen estaba acurrucado del otro lado de mamá y estábamos uno encima del otro en la cama gigante de nuestros padres. Recién bañados y en nuestros pijamas a juego: estrellas amarillas con cometas atravesando un fondo azul oscuro. Éramos los gemelos estrella, listos para nuestra próxima aventura.

–Había una vez –decía mamá–, un hermano y una hermana que vivían con las estrellas. Eran felices y tenían aventuras salvajes explorando el cielo...

Desde que tengo memoria, las historias son algo importante en nuestra familia. Los gemelos nacidos en junio, Géminis elevándose en el cielo. Hasta hubo algunos años en los que mamá ponía Feliz cumpleaños, Géminis en nuestro pastel junto a pequeñas estrellitas amarillas sobre el chocolate. El tiempo pasó y éramos demasiado adultos y grandes y cool como para acurrucarnos con mamá para

escuchar historias antes de dormir, pero nunca nos desprendimos de esas historias. Eran –son– parte de nuestra sangre. Owen y yo siempre volvíamos a ellas e inventábamos nuevas historias para divertirnos. Las usábamos para darnos golpes pasivo-agresivos cuando discutíamos, como consuelo, como una manera de recordar que no estábamos solos.

Abrí un poco más la cortina, mis ojos clavados en los de mi gemelo.

Le creo, en serio, pero mi cuerpo no me deja acercarme. Me digo a mí misma que solo estoy cansada, exhausta por todo lo que pasó con Charlie y me pregunto por qué, por qué, por qué Hannah diría una cosa así. Apoyo la mano contra la ventana. Owen también levanta su mano, imitándome.
Solo puedo ofrecerle una sonrisa cansada.

Y luego dejo que la cortina vuelva a su lugar.





C7

La luz azulada de la mañana se extiende sobre mi rostro. Estiro mi mano, esperando sentir algo cálido y suave, pero solo encuentro sábanas arrugadas.

Me siento en mi cama, sola, con la camiseta empapada contra mi piel, e intento desvanecer de mis ojos la decepción de que Charlie no se haya quedado a dormir. Por supuesto que no se quedó a dormir. Después de que empezamos a salir, nuestros padres pusieron un alto a las pijamadas bastante rápido, pero jugábamos con nuestras horas límites para llegar a casa y nos enviábamos empalagosos mensajes de buen día apenas irrumpían en la oscuridad los primeros rayos de sol.

Tardé mil horas en dormirme, mitad aterrorizada de soñar con Owen y Hannah y algo que no quería ver. No recuerdo soñar nada en absoluto, pero el dolor en el centro de mi pecho sigue sien- do nítido y afilado.

Hago a un lado mis sábanas, me pongo un par de leggins y el primer vestido túnica que encuentro en mi armario. Todavía es temprano, el sol está bajo y titila a través de mi ventana. Mientras bajo las escaleras en puntas de pie, la casa está tranquila. Demasiado tranquila. Me quedo parada en la cocina, la cafetera sigue ociosa, todo está en su lugar.

Y nada está en su lugar. Nada en mi casa se siente como debería sentirse.

Tiemblo mientras tomo mi mochila de la escuela en el vestíbulo, mis llaves y mi chaqueta. Conduzco el auto que comparto con Owen hasta la escuela una hora antes de lo que debería hacerlo. Mamá me envía un mensaje no mucho tiempo después y le digo que tengo que terminar un proyecto.

No creo que me crea.

Reunión familiar hoy a la noche, sin excusas es la única respuesta que recibo.

Apago el motor, pero dejo la música a todo volumen: una cantautora con voz suave, cuyo nombre no recuerdo, que Charlie me presentó. "Es la mezcla perfecta entre melancolía y pop" me dijo unos meses atrás. Apenas habíamos decidido intentar ser una pareja y, aunque habíamos sido mejores amigas por casi tres años, todo era nuevo y salvaje, y me provocaba cosas extrañas en el estómago.

Apoyo mi cabeza contra el asiento y cierro los ojos, intentando no pensar en ella. Pero cada vez que lo logro, mi mente va a lugares oscuros, cubiertos y enredados. No es exactamente lo que busco.

Prefiero pensar en Charlie. Siempre preferiría a Charlie. Mejores amigas para siempre, después de todo.

Owen solía decir que Charlie y yo terminaríamos siendo más que amigas sin ninguna duda. Lo venía diciendo por casi tres años, inclusive antes de que asumiera la palabra bisexual. Charlie sabía que le gustaban las chicas desde que tenía doce años, así que eso no era un secreto. Yo también lo sabía, pero también me gustaban los chicos, y me tomó un tiempo entender que a uno le pueden gustar ambos de distintas maneras y por distintos motivos y que eso existía.

El año en que conocí a Charlie, no estaba ni cerca de admitir mi sexualidad. Acababa de tener el peor verano de mi vida, ocho semanas encerrada en un aula sin aire acondicionado repitiendo Pre-Álgebra porque había reprobado el último semestre de primer año.

Salvo que no había reprobado. Mi profesor, el señor Knoll, me reprobó.

De todas formas, tuve que ir a la escuela de verano. Mis padres estaban completamente sorprendidos y decepcionados de que me haya ganado una calificación insuficiente. En consecuencia, cuando no estaba sufriendo los temas que ya sabía, estaba castigada. Me encerraba en mi cuarto, reflexionaba sobre ese día lluvioso en el salón del señor Knoll en la Butler Middle School, revivía ese momento una y otra vez. Cuán silenciosa estaba la habitación. El olor a marcadores para pizarra y a sudor de adolescentes. Las semanas del verano pasaban lentamente, una rutina que me destrozaba por dentro. Mis padres asumieron que estaba malhumorada. Owen me entendía mejor. Casi todos los días, intentaba forzarme a que me

sentara en el techo, prometía historias, pero nada ayudaba realmente a cambiarme el ánimo.

Todo lo que conocía pareció cambiar después del último día del primer año. Yo cambié. El señor Knoll, mirándome con esa sonrisita en su rostro, me despojó de mi capacidad de elegir, de mi control, de la seguridad de la escuela, de los maestros y de mi propio cuerpo.

Cuando comencé el segundo año en Pebblebrook, el espejo siempre reflejaba cabello sin brillo, medialunas púrpuras debajo de mis ojos, una mirada en blanco y una línea recta en mi boca.

El primer día de clases, conocí a Charlie en Literatura Norteamericana. Se sentó detrás de mí, me dijo su nombre y cuánto le gustaba mi cabello. Me preguntó si podía trenzarlo. Nunca olvidaré cuánto me sorprendió su pregunta, casi estaba escandalizada. Me di vuelta en mi asiento, mis ojos buscando los de ella y Charlie solo sonrió. Parecía tan segura de sí misma. Sin embargo, había cierto cansancio en su sonrisa y me aferré a ese eso, lo acerqué a mi propio agotamiento emocional.

Charlie tenía puesta una camisa a cuadros con un top con un detalle de encaje que se asomaba por abajo y jeans ajustados. Sus piernas estaban extendidas debajo de su escritorio. “Seguro, no hay problema”, mi autorización me sorprendió a mí también. No había dejado que nadie me tocara en todo el verano. Mi madre estrujaba mi brazo o intentaba abrazarme antes de dormir y me petrificaba, todos mis sentidos se ponían en alerta instantáneamente. Sabía que le dolía, pero no podía decirle el porqué. Ni siquiera estaban permitidos los choques de hombros en broma de Owen cuando nos cruzábamos en

el pasillo. Me alejaba de todos. Mi papá ni siquiera lo intentó, pero la expresión de tristeza en sus ojos cada vez que me alejaba de él era clara.

Pero cuando Charlie comenzó a entrelazar sus dedos con mi cabello, me relajé instantáneamente. Empecé a respirar con mayor facilidad. Todavía no sé por qué. Más adelante, Charlie y yo nos reímos de nuestro primer encuentro, bromeamos sobre lo extraña que ella fue.

–Me gusta el cabello, ¿de acuerdo? –dijo, enrollando un mechón mío en su dedo–. El tuyo en particular.

–Así que tienes un fetiche con el cabello. Es lo que estás diciendo, ¿no?

Se rio y acomodó el mechón con delicadeza, pero sus ojos estaban serios.

Casi un año después, cuando nuestra amistad ya había florecido en algo irremplazable en nuestras vidas, estábamos acostadas en mi cama. Con nuestras extremidades enredadas debajo del disfraz de solo amigas, Charlie me confesó que odiaba su cabello largo.

–No sé por qué –había susurrado en la oscuridad de mi habitación. Pasábamos al menos una noche del fin de semana juntas en mi casa o en la de ella, comíamos pizza y mirábamos películas de los ochenta–. Cuando me miro en el espejo, no me siento yo.

–Creo que luces hermosa –Charlie sonrió, pero su sonrisa era medio triste–. Si no te gusta, deberías cortarlo.

–No creo que mi mamá me deje. Lo quiero bien corto.

–¿Le has preguntado?

Frunció los labios y negó con la cabeza suavemente, desviando la mirada.

–Yo te lo cortaré –dije. Solo quería que sonriera otra vez.

–¿En serio? –rio.

–Seguro, ¿qué tan difícil puede ser?

Charlie sonrió, su pie rozaba mi pantorrilla. Una semana después, mutilé su cabello.

Lentamente, volvía a sentirme en mi propia piel. Lentamente, el recuerdo del señor Knoll se desvanecía y se convertía en un zumbido apagado en el fondo de mi mente. Lentamente, comencé a necesitar más. Hacer más. Pelear más. Había pasado meses sintiéndome pequeña e intrascendente. No digo que Charlie haya sido completamente responsable del cambio, pero definitivamente ayudó. Me hizo sentir segura, que estaba bien ser quien necesitara ser. Charlie lidiaba con tantas cosas en su cabeza, escondía tanto de sus padres, pero nunca se ocultó conmigo. Dejaba que viera cuán confusas eran las cosas para ella a veces. Todos los imbéciles de nuestra escuela que la chocaban en los pasillos y le preguntaban en voz alta y de manera ofensiva si era una chica o un chico. Cada vez que su madre quería llevarla a comprar vestidos. Cada vez que su papá la abrazaba y le susurraba qué tan agradecido estaba de tener a

su hermosa hija. Soportaba todo con el mentón en alto y una mirada de acero, con una gracia que yo envidiaba. En ese tiempo, le ocultaba muchas cosas todavía, pero me hacía sentir que algún día podría contarle todo, me hacía sentir muchos algún día.

Empoderar fue mi idea, pero Charlie y yo la iniciamos juntas, en realidad. Un espacio para hablar de la basura que las chicas y los chicos queer tienen que soportar todos los días. Un medio para escribir sobre eso. Conseguimos la aprobación de la escuela y convencimos a nuestra profesora de coro, la señorita Rodríguez, para que sea nuestra tutora del cuerpo académico. Y por la primera vez en meses, sentí como si estuviera al timón de mi propia vida. Navegando en la dirección que yo quería. No temía pronunciarme sobre ningún tema y rápidamente me bautizaron como la Reina Arpía, lo que encendía cada fibra de mi cuerpo. Dediqué un artículo entero para explicar por qué ese apodo me hacía sentir deliciosamente empoderada, que terminó siendo una crónica mordaz y divertida, uno de mis preferidos de todos los tiempos. Recuerdo tipearlo furiosamente en mi laptop en la habitación de Charlie. Ella estaba sentada en su cama, con los tobillos cruzados mientras intentaba tejer un sombrero de Ravenclaw con lana azul y gris, que sabía que era para mí porque ella era Gryffindor de pies a cabeza. Cada tanto, el golpeteo de sus agujas se detenía y nos mirábamos.
Su expresión de orgullo era energía para mis dedos.

Casi al final de cuarto año, pulimos los últimos detalles de un número excelente que abordaba el doble estándar relacionado con el sexo: los chicos son animales salvajes locos por el sexo y las chicas lo hacen solo para conseguir una conexión emocional. Entrevistamos a un montón de estudiantes, de todos los géneros, todas las orientaciones, diferentes razas y etnias. Algunos admitieron ser

vírgenes, otros hablaron con orgullo de encuentros de una sola noche, otros comentaron cuánto los estresaba la idea de tener relaciones sexuales, otros confesaron un total desinterés en el sexo. Fue el mejor número de todo el año y sabíamos que la gente iba a hablar de él por meses. El director Carr no estaba del todo complacido cuando leyó el borrador para autorizarlo y casi no nos permite publicarlo, pero la señorita Rodríguez lo tranquilizó. No sé qué fue lo que le dijo, pero me sentí casi drogada ese día en su salón de coro cuando presioné "imprimir".

–Esto es realmente increíble –había dicho Charlie mientras releía los artículos en la computa- dora. Habíamos escrito uno juntas, en formato de diálogo, donde ella y yo hablábamos sobre el que a ella le gustaran las chicas y el que yo fuera bi y de nuestros pensamientos generales sobre el sexo. Quería incluir algo sobre la identidad de género de Charlie, pero no quiso hablar del tema en público. A menos que ella mencionara el asunto, raramente hablábamos de eso, aunque sabía que era algo con lo que lidiaba todos los días.

–Estoy de acuerdo –le había respondido–. Gracias por tu ayuda –estaba resplandeciente, la adrenalina corría por mis venas, el papel en mis manos todavía estaba caliente por la impresora.
Charlie me miró sobre su laptop, su cabello casi imposiblemente alto.

–Tus mejillas están rojas –se puso de pie y caminó hacia mí. Le echó un vistazo a la oficina vacía de la señorita Rodríguez cuando cruzó la habitación. Me reí.

–Es solo que se siente bien.

–¿Qué se siente bien?

–*Hacer* algo. Lo que sea.

Charlie me había mirado con una pregunta en sus ojos, pero no llegó hasta su boca. En cambio, estiró su mano para envolver mi mentón.

–Estoy orgullosa de ti, de verdad.

Una oración tan sencilla. Pero algo en esas palabras me acercó lentamente a la línea borrosa de nuestra relación. Tal vez era el hecho de que habíamos creado algo poderoso y hermoso, que habíamos dicho algo importante, y que lo habíamos hecho juntas. Tal vez estaba destinado a suceder, como decía Owen.

Lo que sea que haya sido, la distancia entre nosotras seguía acortándose cada vez más, hasta que nuestros labios se encontraron. Inmediatamente, ella sonrió contra mi boca y abrazó mi cintura con un brazo, la otra mano reposaba delicadamente sobre mi mejilla. Mis propias manos estaban un poco más inseguras. Ella era solo la segunda chica que había besado. La primera chica fue algo de una sola vez en una fiesta al final de tercer año, e inclusive ese beso estuvo empapado de ansiedad. Con esa chica, fingí una migraña y proseguí a tener un ataque de pánico de quince minutos en el baño. No sabía si iba a poder besar a otra persona alguna vez. Se suponía que era divertido y terminó siendo aterrorizante.

Pero con Charlie fue distinto. Cuando finalmente registré lo que estaba pasando, me puse rígida y ella se alejó, sus ojos preocupados buscaban a los míos. Yo estaba mareada y nerviosa, pero también me sentía segura y muy excitada. Así que le sonreí y mis dedos

encontraron su delgada cintura y la acerqué hacía mí, profundizando el beso. Charlie sabía a goma de mascar de canela, sus labios suaves sobre los míos, su lengua gentil y lenta, buscaba y encontraba la mía una y otra vez. Por primera vez en mucho tiempo, tal vez en mi vida, realmente deseaba a alguien.

Y ese fue el principio de una transición natural entre lo que habíamos sido y a lo que, desde siempre, nos estábamos convirtiendo. Por un tiempo fue bueno. Tan bueno. Estaba sorprendida de lo bueno que era. Y luego, mi mamá no dejaba de mirarnos con preocupación y Owen hacía chistes sobre cómo, en teoría, el mundo terminaría si alguna vez cortábamos. Pero el problema real no era que nuestra amistad estaba cambiando. No en realidad. Charlie no tenía ningún problema con lo que hiciéramos o no hiciéramos físicamente, pero yo sabía que ella debía de preguntarse por qué nunca dejaba que sus manos exploraran debajo de mi cintura y por qué nunca la toqué de esa manera tampoco. No podía ser su novia de la manera que yo quería. De la manera en que ella se merecía. Sentía que el control se me escapaba, la preocupación de que arruinaría todo era un peso palpable en mi pecho.

Porque, ¿quién era yo sin Charlie? ¿Quién era ella? ¿Cómo nos involucramos tanto al punto de no poder imaginar una vida sin ella?

Y ¿qué tan justo era para ella que yo no pudiera tocarla? ¿Y que no pudiera ser tocada?

Tres semanas atrás, el barco se hundió y yo fui la que bombardeó la proa.

Estábamos cenando tacos en mi casa, el naranja vibrante del atardecer se transformaba en un cielo color lavanda a medida que avanzaba la noche. Mamá y papá estaban de viaje en Chattanooga, deseaban llegar a una venta de muebles apenas amaneciera y adquirir otra cama con dosel o un escritorio antiguo para su tienda de muebles. Probablemente, Owen estaba en el lago con
Hannah, empapándose en los últimos rayos de sol. No recuerdo ahora mismo. Sí recuerdo haber alzado la vista para ver a Charlie, su bella piel pálida casi estaba violeta en el crepúsculo, y todas esas preocupaciones desbordaron finalmente.

Así que le dije que extrañaba a mi mejor amiga.

Ella dijo lo mismo, aunque seguro sabía que había algo más.

Pero ahora, la extraño todavía más.

Pebblebrook es una escuela grande, pero en nuestro pequeño programa lleno de artistas, no se necesita mucho tiempo para que un susurro se filtre en los pasillos, destruyendo todo en su camino hasta transformarse en un grito. Estoy a la mitad de una notación en Teoría Musical, en la segunda hora de clases, cuando el murmullo comienza.

Pasé los primeros noventa minutos de clases obligándome a mantener la cabeza en alto en los pasillos y a concentrarme en mis notas durante clase. Tengo asignaturas distintas que Owen y Hannah, así que no sé si alguno de ellos vino a la escuela. No sé qué haría con esa información incluso si la tuviera.

Ahora, la sonata Claro de Luna de Beethoven suena sombríamente a través del sistema de parlantes de la doctora Baylor, mientras garabateo en mi pentagrama. Estoy luchando para anotar cada acorde y cada silencio de negra. Añado un símbolo de crescendo cuando las escucho.

Voces, susurrando.

–¿De verdad?

–Eso es lo que escuché.

–Qué perra.

Giro mi cabeza en sentido del murmullo. Un grupo de los chicos de orquesta están inclinados hacia adelante en sus sillas, con las cabezas agrupadas y los pentagramas desparramados y olvidados entre ellos. Todos comparten expresiones de asco con un dejo de enojo subyacente.

–Esta mañana, Owen me contó que discutieron justo después de... ya saben –dice Jaden Abbot, alzando sus cejas. Quiero arrancárselas–. Luego, le dijo que tal vez deberían tomarse un tiempo. Un tiempo, ¿saben? Ella se volvió loca y ahora dice que la violó.

Mi corazón se detuvo y mis ojos buscan a Charlie instintivamente. Está un par de filas más adelante y ya me estaba mirando, su boca dibuja un pequeño círculo de sorpresa.

–No puede ser –dice Rachel Nix–. Están juntos hace meses, ¿me estás diciendo que nunca lo habían hecho?

–Eso es justamente lo que no estoy diciendo –Jaden sonríe.

–No hay forma de que no haya estado ya en esa pequeña falda –agrega Peter Muldano.

–Varias veces –añade Jaden, y el grupo estalla en risa.

–Suficiente –grita la doctora Baylor mientras camina por el salón–. Este trabajo se entrega al final de la clase. Les sugiero que escuchen y escriban.

–Sí, señora –dice Peter y siendo el idiota que es, hace el saludo militar.

La doctora Baylor pone los ojos en blanco y la intercepto cuando pasa por mi fila.

–¿Puedo ir al baño? –susurro.

–Perdón, ¿qué? –se inclina hacia mí y sus lentes se deslizan por su nariz.

Me aclaro la garganta y trago, intento forzar algo de audibilidad en mi voz.

–Mmm... ¿el baño? ¿Por favor?

–Que sea rápido –le echa un vistazo a mi trabajo a medio completar mientras me acompaña a la puerta del aula.

La puerta que está al otro extremo del aula.

Me pongo de pie y siento los ojos de Jaden y de su grupo analizándome como si fuera una curiosidad durante todo el recorrido hasta la puerta.

–Ella debe odiar a Hannah –Rachel le susurra a Peter cuando paso. Las palabras son como fuegos artificiales en mis oídos, mis pies casi se enredan entre ellos. Me apoyo con un brazo en un escritorio cerca de la salida, ni siquiera sé de quién es, y luego me deslizo en el pasillo silencioso.

Empiezo a correr. Los casilleros están borrosos en mi periferia, un profesor que no está dando clases me llama la atención desde el otro extremo del pasillo, pero no me detengo hasta llegar al baño. Mi respiración agitada empaña el espejo sobre los lavatorios.

–Mara, ¿estás bien?

Me sorprende, pero más por la dulzura en el tono de voz que por la voz en sí. Greta está parada a dos lavatorios de distancia, secándose las manos en un papel marrón con tranquilidad.

–Sí –digo y abro la canilla de mi propio lavatorio.

–No es necesario que pretendas conmigo.

–No estoy haciendo nada contigo, Greta. Estoy lavando mis malditas manos.

–Ok. Pero necesitamos ver cómo vamos a manejar esto en la reunión de Empoderar mañana.

Me quedo mirándola, luchando por mantener mi expresión en blanco, pero algo parecido al pánico comienza a trepar lentamente por mi garganta.

–¿Manejar qué?

–Interesante –levanta sus cejas perfectamente definidas.

–¿Qué es interesante? –me alejo de la canilla, mis dedos chorrean agua en el piso.

Greta alza las palmas de sus manos.

–Sé que esto es muy raro para ti.

–Oh, por Dios, Greta, no tienes idea de lo que estás hablando.

–Una de nosotras claramente no sabe de lo que está hablando.

–Mira, yo no...

La puerta principal del baño cruje al abrirse, callándome. Charlie está de pie en la entrada, piernas largas en jeans grises. Sus ojos saltan entre Greta y yo.

–¿Todo bien aquí? –pregunta.

–Justo me estaba yendo –responde Greta, encontrando mi mirada una vez más, a través del espejo–. Nos vemos en coro, chicas.

Charlie hace una mueca, pero logra sonreírle a Greta mientras sale.

Cuando desaparece en el pasillo, mis rodillas se quiebran. Me dejo caer hasta quedar en cuclillas, mis pies siguen en el piso y envuelvo mis piernas con mis brazos. Mis manos siguen húmedas y resbaladizas sobre en mis codos.

–Mierda –escucho que Charlie masculla entre dientes. Luego está delante de mí, sus manos sobre mis hombros mientras lucho por respirar otra vez.

–¿Es...? ¿Es...verdad? –pregunto–. ¿De verdad Owen quiso cortar con Hannah? Me dijo que se habían peleado. Quiero decir, dijo que no lo habían hecho, pero después dijo que sí y no sé... No sé...

–Ey, ey, solo respira –Charlie me empuja contra la pared, forzándome a sentarme sobre mi trasero. Se acomoda a mi lado, sus piernas bloquean la puerta del baño. Masajea círculos en mi espalda, pasa sus manos por mi cabello antes de volver a masajear mi espalda–. Respira.

Y eso hago. Una y otra vez, de manera controlada y estable, hasta que ya no siento el cosquilleo en la punta de mis dedos, hasta que pasan las olas de nauseas.

–¿Es verdad? –vuelvo a preguntar.

–Mara. Sabes la respuesta a esa pregunta.

–No la sé. Tal vez pasó algo en la fiesta. Algo que no sabemos.

Charlie se mueve para quedar enfrentada a mí.

–Owen no está diciendo la verdad. ¿Cómo no puedes ver eso? Hannah me contó lo que pasó: estaban tonteando en el sendero. Se puso intenso. Ella cambió de opinión. Él no la dejó. Fin de la historia.

–Pero ellos... ellos ya han tenido sexo antes.

No hace falta que Charlie lo diga para que me de cuenta qué tan ridícula sueno. Cuán impropio de mí. Llena de excusas y condiciones. Pero para mí no son excusas. Estamos hablando de mi hermano.

–Esto no tiene ningún sentido. Esto no... –Esto no suena como mi hermano, quiero decir. Nunca lastimaría a Hannah. Pero eso significaría que Hannah es una mentirosa y ella no es así tampoco. La conozco. Me he sentado a su lado en reuniones de Empoderar, la he escuchado hablar sobre cómo sus pechos se desarrollaron en cuarto año y cómo eso la hacía sentir cohibida y extraña en su propio cuerpo. Sobre cómo la primera vez que tuvo la menstruación, tuvo que entender todo por su cuenta porque su madre no le había hablado de eso todavía. Recuerdo asentir con la cabeza con reticencia

cuando me dijo que fuera paciente con Greta, incluso cuando Greta se comportaba como una arpía hambrienta de poder.

–Somos nosotras contra el mundo, Mara –me dijo Hannah una vez–. Si no nos cuidamos entre nosotras, ¿quién lo hará?

–No lo puedo creer –lágrimas contenidas alteran mi voz–. No puedo a un nivel físico. ¿Cómo puedo creerle a uno de ellos? ¿Cómo puedo no creerles?

–No lo sé –responde Charlie suavemente, sus manos siguen en mi espalda–. Él es tu hermano, lo entiendo. Pero… –exhala con fuerza, su aliento a canela invade el espacio entre nosotras–. Necesito que sepas que le creo a Hannah. Y apesta. Todo esto es una porquería. Quiero decir, yo también quería a Owen.

Quería. Tiempo pasado. Charlie ya se decidió, eligió un lado y marchó hacia adelante, y yo todavía estoy intentando despertarme de una pesadilla.

–Te ayudaré a atravesar esto –dice–. Haré todo lo que pueda, Mara. Solo…

–¿Solo qué?

–No te olvides de Hannah, ¿sí? Está completamente devastada.

–Ella amaba a Owen –susurro, y Charlie asiente. Sus manos se deslizan a mi nuca, su pulgar se posiciona justo en un punto de pulso. Puedo sentir mi sangre latir contra su piel. Hannah amaba a mi hermano. Él también la amaba.

–No puedo estar aquí hoy –digo, alejando las manos de Charlie y poniéndome de pie.

–¿A dónde irás?

–No sé… Solo no pudo estar aquí.

–Iré contigo. No quiero que estés sola.

–No. No, necesito estar sola.

–Mara…

Muevo sus piernas de mi camino y abro la puerta. Instantáneamente, me encuentro entre una manada de estudiantes en el medio de un cambio de clases. El nombre de Hannah un susurro constante en el aire.





C8

Terminé en el cementerio de Orange Street. Es una extraña obsesión mía, pero siempre he amado esa paz escalofriante que solo hay en los cementerios. Todas las vidas ya vividas, que ya terminaron con el trabajo duro y ahora, con suerte, descansan. Es triste y esperanzador al mismo tiempo, y puedo pasar horas deambulando entre las lápidas centenarias, preguntándome sobre los que duermen debajo de mis pies. Este cementerio en particular limita con el río Harpeth, así que nunca está completamente en silencio, inclusive en un día sin viento. El sonido del agua corriendo suavemente sobre las piedras es un murmullo de fondo constante.

Me dejo llevar entre las filas de lápidas, la hierba sin cortar a su alrededor se marchita a medida que se acerca el invierno. El aire huele a otoño e inhalo el aroma de hojas quemadas y agua de río, un perfume rocoso y mineral. No hay muchas flores u otros tributos adornando las tumbas, la mayoría de los habitantes partieron hace tanto tiempo que ya solo son un mero recuerdo en el mundo.

Me detengo en una lápida antigua, el gravado casi desapareció de la superficie. Cuando me inclino hacia adelante, encuentro el nombre de una chica joven.

Elizabeth Ruby Duncan

Hija amada y hermana valiente

3 de mayo de 1879 - 26 de noviembre de 1897

Tenía dieciocho años, era apenas más grande que yo. Una hermana. Me pregunto si tenía un hermano, si eran cercanos, por qué valiente es el adjetivo que la familia eligió poner en su lugar de descanso final. Me pregunto cómo murió, por qué tan joven. Me pregunto si alguien en que ella confiaba la hizo sentir pequeña e indefensa.

Si se defendió.

En mi mente, veo a una chica en un vestido blanco, con rizos oscuros y una sonrisa feroz. Deli- cada y agradable. Siempre dijo la verdad, pero el mundo se la llevó de todas maneras.

Paso mis dedos sobre el nombre de Elizabeth. Susurro "hermana valiente". De repente, quiero encontrar más. Más chicas, más hermanas, más pruebas de vidas vividas audazmente sin importar qué tan cortas o largas hayan sido. Camino por la hierba, mis ojos escanean las lápidas, una búsqueda desesperada, me detengo a leer el epitafio de cada chica. Cuando casi llego a la orilla del río y encuentro a Virginia Howard una madre audaz, escucho mi nombre por encima del ruido del agua turbulenta.

–¡Mara!

Me doy vuelta y veo a Alex caminando rápidamente hacia mí desde la sección más nueva del cementerio, las tumbas están marcadas con flores falsas y placas incrustadas en el suelo. Tiene las manos en los bolsillos de su jean oscuro, su cabello casi negro vuela con el viento, un cárdigan gris abotonado sobre una camisa azul cielo.

–Hola –saludo, ligeramente sin aliento por haber estado corriendo por el cementerio durante la última hora.

–Hola –se detiene en frente de mí con una pregunta en sus cejas rectas–. ¿Qué estás haciendo?
¿Estás bien?

Intento responder con un sí automático, pero parece que no puedo articular la palabra. En cambio, los últimos días se enmarañan en mi garganta, un nudo gigante que dice no estoy bien. Alex debe ver todo esto fusionarse en mis ojos, porque respira profundamente y pasa una mano por su cabello. Luego, de golpe sus brazos me rodean y mi rostro está contra su pecho, inhalando una especie de aroma de hierbas, ni masculino ni femenino. Simplemente limpio. Simplemente Alex.

–Sí –dice con suavidad–. Yo tampoco.

Mis brazos se enganchan debajo de los suyos, aferrándose a él. O tal vez, me aferro a mí misma. De cualquier forma, puedo sentir cuán cansado está, como si todo su agotamiento se filtrara por sus huesos hasta su piel y siguiera camino hasta las yemas de mis dedos.

–Lo lamento –dice, alejándose.

–No lo lamentes. Oh, demonios, lo lamento –intento limpiar un círculo húmedo en su suéter, una mancha de máscara de pestañas negra con lágrimas.

–Eh, no importa –responde, ni siquiera mira a la mancha mientras limpio debajo de mis ojos.

–Parece que tengo la costumbre de arruinar tus suéteres –Alex me da una pequeña sonrisa.

–Así que, ¿qué haces corriendo por aquí en el medio de la tarde?

–¿Qué haces tú viéndome correr por aquí en el medio de la tarde?

–Pregunta válida –comienza a caminar sin prisa hacia el río y lo sigo–. Te vi salir de la escuela. Lucías molesta.

–¿Me seguiste?

–No de una manera perturbadora. Solo... quería saber cómo estabas. Además, vengo aquí algunas veces para despejar mi mente. Me gusta leer las lápidas. Es interesante.

–Alex Tan, conversando con los muertos.

Sonríe.

–Oh, tú me conoces. Generalmente traigo mi violín y les toco una canción –me río, lo que hace que su sonrisa se amplíe–. Además, mis papás trabajan desde casa, así que no puedo ir a casa todavía. No podía soportar estar en la escuela hoy.

–Sí –replico suspirando–, yo tampoco.

Un silencio cae entre nosotros, pero no lo soporto por mucho tiempo.

–Alex, ¿qué pasó? ¿Has hablado con él?

–Hoy no –se muerde el labio inferior.

–Pero ¿desde la fiesta? ¿Dijo algo sobre Hannah?

–No.

–Pero tú lo viste con Hannah en el lago, ¿verdad? Cuando fuiste a decirle que me ibas a llevar a casa.

Alex se inclina para tomar una ramita obstinada y la lanza en el agua.

–Sí, lo vi.

–Y estaba bien, ¿no? ¿Hannah estaba bien?

Suspira y se queda callado durante un minuto largo.

–Estaban… bastante enfrascados el uno con el otro. No quise interrumpirlos –me detengo y pongo una mano en su brazo.

–¿Le crees a Hannah? Lo conoces casi tan bien como yo. Owen no haría una cosa así.

–No hay forma. Quiero decir… nunca hubiera pensado… –suspira otra vez y se refriega los ojos–.
No sé qué mierda pensar en este momento. Él es mi mejor amigo, pero…

No termina la oración. Ese pero queda en el aire condensado, su agotamiento y su confusión es tan familiar que hace que me duela el estómago. Queremos que todos tengan razón y que nadie tenga razón.

–Hagamos algo –digo.

–¿Eh?

–Algo divertido.

–Pero si te estabas divirtiendo mucho brincando entre los muertos.

–Mira quién habla –lucha por suprimir una sonrisa.

–Definitivamente, no estaba brincando –responde y me hace reír.

–Bueno, si bien disfruté mi tiempo con los residentes del cementerio de Orange Street, estoy pensando en algo menos...

–¿Difunto?

–Sí, exactamente. Algo tonto donde no tengamos que pensar en nada por una hora o dos.

Alex me mira por un par de segundos, sus ojos se fijan en mis leggins estampados con galaxias con tanta intensidad que puedo sentir cómo me sonrojo. Luego una sonrisa parte sus labios delicados.

–Creo que conozco el lugar indicado.

–Estás bromeando, ¿verdad? –digo, mirando las letras fluorescentes en el frente del edificio.

–Ey, dijiste tonto y divertido. Yo solo cumplo.

Me río y bajo de La Luciérnaga.

–Lo de divertido está por verse.

–Oh, espera y verás.

Adentro, Galaxia Resplandeciente huele como desinfectante industrial y goma. Una señora que luce aburrida detrás el mostrador juega a un juego ruidoso en su celular. Detrás de ella están las puertas

que llevan a la habitación principal, las ventanas en el centro están totalmente a oscuras.

–Hola –saluda Alex y la señora alza la cabeza de un latigazo, sorprendida–. Dos, por favor.

Nos estudia con la mirada y puedo verla preguntándose si debería cuestionar nuestra presencia en el lugar a nuestra edad un martes a esta hora. Finalmente, se encoge de hombros, tipea algo en la computadora a su lado.

–Diecinueve con cincuenta. Pueden dejar sus zapatos en el cubo que está del otro lado de la puerta –señala con su mentón hacia la habitación principal–. Nada de empujarse, nada de golpearse, nada de escupir.

Alex levanta sus cejas mientras le entrega un billete de veinte.

–¿Escupir?

–Te sorprenderías –responde mientras deja caer dos monedas en la palma de su mano, luego hace un gesto para que extendamos nuestros brazos. Nos pone dos brazaletes de papel verde fluorescente–. Que tengan un tiempo resplandeciente.

–Ah –dice Alex–, qué ingeniosa.

La mujer lo mira inexpresiva y vuelve a su juego.

–Simpática –digo mientras caminamos hacia la habitación principal.

–Interrumpimos su juego, ten compasión.

Sonrío mientras me abre la puerta, sorprendida por sus chistes rápidos y sencillos. Generalmente, Alex es callado, siempre un poco opacado al lado del brillo de Owen. No estoy segura de si está compensando por toda la basura que está pasando o si así es verdaderamente cuando lo separas de mi hermano. Alex sin diluir.

No tengo mucho tiempo para pensar en eso porque somos inmediatamente absorbidos por la oscuridad y por la línea de bajo de una canción de Taylor Swift. La habitación es gigante y fría y la oscuridad total está interrumpida por luces brillantes rojas, azules, verdes y naranjas.

–Demonios –digo asimilando el campo de minigolf, la casa inflable, el tobogán inflable, el pelotero y la cancha de baloncesto. Todos brillan en la oscuridad.

–¿Lo ves? –responde Alex mientras se saca sus Converse negras y las deja en el cubo para zapatos–. Una galaxia propiamente dicha.

–¿Qué deberíamos probar primero? –guardo mis botas.

–No estoy seguro, pero creo que tenemos que hablar de tus dientes.

–¿Mis dientes? –mi mano vuela hasta mi boca.

Abre su boca y río. Sus dientes son blanco radioactivo.

–Por lo menos podré encontrarte en la oscuridad –digo. Tengo un vestido tipo túnica azul marino y su suéter es lo suficientemente oscuro para no brillar en la luz ultravioleta. Las únicas cosas visibles son nuestros dientes y nuestros calcetines.

–¿A dónde vamos? –pregunta, esperando a que tome la iniciativa.

Observo con dificultad a través del brillo fluorescente. Parece que tenemos el lugar solo para nosotros. Con la mayoría de los niños en la escuela, imagino que Galaxia Resplandeciente no tiene mucho movimiento un día de semana.

–A la casa inflable –respondo, tomándolo de la mano y guiándolo hacia la estructura gigante que brilla en la oscuridad.

–Creo que quieres decir castillo inflable.

Nos deslizamos por debajo de la red que, aparentemente, también funciona como un puente levadizo. Al principio, damos saltitos en la tela de vinilo tirante. Estaría mintiendo si dijera que no se siente un poco ridículo. Sin conversación de por medio y mi cuerpo moviéndose con lentitud, el día vuelve a mi mente. Owen. Hannah. Todos los susurros en la escuela. Los ojos oscuros de Charlie mirándome con intensidad mientras intenta descifrar cómo ayudarme.

Cerrando los ojos con fuerza, arrojo mi cuerpo al aire y levanto mis piernas para aterrizar sobre mi trasero. Reboto contra el vinilo y termino cayendo de costado y rodando hasta una esquina.

–Guau –dice Alex–. Entrega total. Me gusta.

–O lo hacemos bien o volvemos a la escuela, supongo.

Alex se balancea por el lugar mientras me pongo de pie. Esta vez, salto un poquito más alto, hasta que casi estoy a unos treinta centímetros de la superficie y mi cabello vuela alrededor de mi rostro. Pronto, Alex también está saltando. La gravedad nos obliga a reírnos.

–No me escupas –le digo.

–Haré mi mejor esfuerzo.

Se impulsa en la pared de red y gana un poco más de altura. Luego se lanza hacia adelante con los brazos extendidos como Superman. Aterriza sobre su estómago, rebota una vez más y se da una vuelta antes de caer en la pendiente otra vez.

–Lo único que vi fue una dentadura voladora –digo y Alex se ríe por un rato.

Seguimos con el tobogán. Mide al menos tres pisos, y casi no puedo subir por las escaleras inflables porque no puedo parar de reírme.

–Tus calcetines son mi guía en lugares tenebrosos –dice Alex, detrás de mí. Tengo que detenerme porque más risa me debilita y se lleva mi fuerza.

El tobogán es revitalizante. Subimos las escaleras y nos lanzamos por lo menos diez veces. Algunas veces de espalda, otras

veces sobre nuestros estómagos, con los pies primero, de cabeza. La última vez, Alex baja dando volteretas y lo único que puedo ver son sus calcetines mientras rodaba hecho una pequeña bola. Es tonto y divertido.

Es perfecto.

Seguimos con el minigolf y Alex me destruye, básicamente, pero luego lo aniquilo en la pequeña cancha de baloncesto, así que quedamos a mano.

–No hay forma de que me meta en ese pelotero –digo mientras recuperamos el aliento.

–Oh, por favor, estoy seguro de que limpian cada bola con un cepillo de dientes cada una hora.

–No hay forma –repito, y sonríe mirando el resto de nuestras opciones.

–Ah, el planetario.

–¿El qué?

Me toma de la mano y me guía a un pequeño rincón en una de las puntas del lugar. Es del tamaño de mi habitación, sillones puff que brillan en la oscuridad están dispersos por el suelo. Alex se acomoda en uno naranja fluorescente y me empuja sobre uno verde.

Sobre nosotros se arremolina un cielo nocturno con luces de neón.

–¿Acaso no es genial? –dice, hundiéndose todavía más en su puff.

–Sí –respondo con vaguedad, mis ojos en el cielo. La encuentro inmediatamente, conecto las líneas en mi mente y formo la U dada vuelta. La estrella más brillante de la constelación, Pólux, parpadea en un tono naranja. No estoy segura de si alguna vez vi a Géminis sin Owen a mi lado. Cada vez que estoy con otra persona, nunca miro hacia arriba. Además, en esta época del año, los gemelos se esconden en el oeste, esperando al invierno y a la primavera.

Mi cabeza se siente ligera y mareada, así que miro hacia abajo por unos segundos, clavo la mirada en la tela brillante de mi puff. Es tonto, sé que estas estrellas no son reales, pero lucen reales. Lucen vivas.

–¿Estás bien? –pregunta Alex dando un empujoncito a mi puff con su pie.

Asiento con la cabeza. Alex no sabe sobre Owen, Géminis y yo. Tampoco saben Charlie o Hannah. La constelación es nuestra, de Owen y mía. Siempre ha sido solo nuestra, nuestro escape del mundo, nuestro recreo de padres molestos, de malas calificaciones, o de audiciones poco exitosas, o de rupturas.

Echo otro vistazo al cielo e intento ver a Géminis como lo haría Alex, una constelación que es un poco difícil de identificar, una fila de estrellas conectadas por otras. Un patrón en el cielo, nada más, nada menos. Pero no puedo hacerlo. Esas estrellas son Owen y yo. Siempre lo serán.

–Ey –le digo a Alex y se inclina hacia mí–, ¿podemos irnos?

–Sí, seguro.

Nos desenterramos de los puffs y tomamos nuestros zapatos. La señora de la entrada fue reemplazada por un tipo más animado con un bigote estilo francés quien nos desea que tengamos un día resplandeciente cuando salimos.

Afuera, el sol es absurdamente brillante después de pasar una hora en la oscuridad.
Parpadeamos por la luz mientras caminamos hacia el auto. Ya en el camino, Alex baja el volumen de la música.

–Mmm... ¿Qué pasó en el planetario? ¿Estás bien?

–Sí. Solo que... –giro para mirarlo. Sus dedos largos se mueven sobre el volante mientras dobla por la calle Orange–. Gracias por eso. Era exactamente lo que necesitaba.

–Yo también.

–Solo necesito ir a casa, ¿sabes?

Me mira y asiente con la cabeza, su boca es una línea. Estaciona en el cementerio, al lado de mi Civic. El sol apenas comienza a tocar la copa de los árboles, la luz pesada y perezosa del atardecer.

–¿Quieres que te acompañe? –pregunta mientras me desabrocho el cinturón de seguridad. Niego con la cabeza.

–Mamá quiere una reunión familiar.

–Dios.

–Lo sé –mi estómago se revuelve de nervios. En realidad, no he hablado con Owen desde el viernes a la noche, desde que lo vi alejarse felizmente con su brazo alrededor de la cintura de Hannah. Sé que es hora, pero eso no hace que enfrentarlo sea más fácil.

–Gracias –repito. Luego, antes de registrar lo que estoy haciendo, me inclino y le doy un beso en la mejilla. Él alza su mano y me coloca un mechón de cabello detrás de la oreja, su contacto está allí un segundo y luego desaparece.

–De nada –susurra mientras me alejo. Envuelve las manos en el volante, ligeramente ruborizado.

–¿Nos vemos mañana? –pregunto y él asiente como respuesta.

Partimos en distintas direcciones cuando salimos del cementerio, dejando a todas las niñas valientes detrás de nosotros.





C9

Después de pasar todo un día intentando no mirar a mi hermano, ahora no puedo dejar de mirarlo. Su grueso cabello ondulado rubio castaño, la forma en la que se posiciona en el sofá, con las piernas abiertas y un brazo descansando sobre los almohadones del respaldo. Ese pequeño niño que se acurrucaba en su madre ayer ya no está más, lo reemplazó con su seguridad y tranquilidad de siempre. Ese es el chico que conozco. El chico que amo, el chico al que le creo. El chico al que le tengo que creer.

–¿Por qué te fuiste de la escuela hoy? –me pregunta. Estoy hundida en un sillón frente a él mientras esperamos a nuestros padres, quienes están susurrando en la cocina, pero pretenden que solamente están preparando té. Ambos aman el té caliente. Papá piensa que puede resolver casi todo.

–¿Fuiste hoy? –indago, aunque sé que fue. Si no ¿cómo había escuchado Jaden lo de la supuesta ruptura?

Owen asiente con la cabeza.

–No le diré a mamá. Que te fuiste.

–Gracias –uno las palmas sudadas de mis manos sobre mi regazo justo cuando papá entra en la habitación con una bandeja. Un dulce aroma a menta invade el ambiente. Deja la bandeja sobre la otomana y comienza a repartir tazas blancas lisas.

–Con una gotita de miel, como te gusta –me dice, dándome mi té.

–Gracias, papá –susurro y cierro mis manos alrededor de la taza caliente.

Mamá se acomoda en el sofá, junto a Owen, y posiciona sus piernas vestidas con jean debajo de ella. Hoy su cabello está lacio, una lámina dorada que enmarca su rostro. Owen y yo lucimos exactamente igual a ella: ojos grises azulados, cejas rectas, cabello que parece tener vida propia a menos que nos ocupemos de domarlo. Luce mucho más tranquila hoy, con determinación establecida en su mentón.

–Bueno –dice mientras papá se sienta en la silla a mi lado–, estos días han sido difíciles, así que su padre y yo queríamos conversar con los dos para asegurarnos de que todos estemos en la misma página.

–¿En la misma página? –pregunto.

–Solo déjame terminar, Mara.

Aprieto mis labios y ella inhala lentamente por la nariz.

–Hemos hablado con Owen y nos ha contado lo que pasó, pero creo que necesitas escuchar su versión, Mara, porque la gente en la escuela va a empezar a hablar una vez que esto se sepa.

Owen me estudia y casi puedo sentir cómo intenta hurgar en mis pensamientos.

–Bueno... ¿qué pasó? –le pregunto.

Aclara su la garganta y se inclina hacia adelante, sus brazos reposan sobre sus rodillas.

–Hannah solo está enojada, Mara. Va a tranquilizarse.

–Owen, ¿qué pasó?

–Por favor no uses ese tono –dice mamá. Papá se estira y estruja una vez mi rodilla–. Solo escucha.

–Eso intento. No está diciendo nada.

Owen se apoya sobre el respaldo al mismo tiempo que hunde su pulgar y dedo índice en sus ojos.

–Esto es extraño, ¿ok? Básicamente, estoy ventilando mi vida sexual con mis padres y mi hermana.

–Está bien. Estoy escuchando.

–Estábamos en el sendero –sigue Owen, mirándome a los ojos–. Nos detuvimos en el mirador, ese que tiene los bancos y la placa sobre una batalla de la Guerra Civil que sucedió por allí cerca que nadie lee. De todas formas, nos sentamos y comenzamos a... bueno, ya sabes... besarnos y esas cosas, y luego... ya sabes.

–¿Lo sé?

–No me hagas decirlo.

–Creo que necesitas decirlo.

–Mara, por el amor de Dios –interviene mamá.

–Tuvimos sexo, ¿de acuerdo? –dice Owen–. No me digas que no entendías lo que estaba diciendo.

Trago fuerte, mi garganta se tensiona. Todo lo que dice tiene sentido. Sin embargo, hay algo que no se siente bien, como cuando comes algo grasoso en ayuno.

–Entonces... ¿cómo se lastimó la muñeca?

–Estábamos en un maldito banco de piedra, Mar. No era justamente una cama de plumas. Para ser honesto, era raro e incómodo.

Papá se mueve en su asiento junto a mí, suspirando y pasando una mano por su cabello.

–Luego...bueno, se enojó mucho –termina Owen.

–¿Por qué?

Sus dedos juegan con su labio inferior, inclusive mientras habla.

–Por su muñeca. Ella... se apoyó mal o algo. Tiene un examen de piano en estos días y se puso como loca por eso. Le dije que lo sentía, que tal vez deberíamos haberlo pensado mejor, pero juro por Dios que ella había dicho que sí antes. Pero seguía reclamándome. Sabes cómo se pone. Es apasionada. Y, honestamente, estoy un poquito cansado de su drama. Así que me enojé, y sí, es- taba un poco ebrio y le dije que tal vez deberíamos tomarnos un tiempo y ella estuvo de acuerdo y me fui mientras ella respiraba fuego y eso fue todo. Lo próximo que sé es que ignoraba mis mensajes y mamá me viene a buscar a la escuela diciéndome que recibió un llamado de los padres de Hannah.

Mientras contaba su historia, Owen seguía jugando con su labio. Su codo está apoyado sobre su rodilla y está tocando la comisura de su boca. Es un gesto tan sutil que mis padres no lo registran. No creo que él registre que lo está haciendo. Me mira directamente a los ojos, su voz es estable y su expresión es la mezcla perfecta entre vergüenza y seguridad. Mamá asiente con la cabeza a medida que él habla, bebiendo su té, como si estuviéramos hablando de una riña entre niños en el patio de juegos.

Pero mientras lo escucho hablar y lo observo siento como si mi piel se estuviera desprendiendo de mi cuerpo, luchando por revelar a esta nueva chica que no estoy segura de que quiera ser. Es como si las

estrellas se estuvieran dividiendo en dos en el cielo, no queda más que oscuridad.

Porque sé que mi hermano está mintiendo. Las mejores mentiras se esconden entre verdades sólidas, sé eso mejor que nadie. Y Owen es un narrador cuidadoso, cubre cada falsedad con una mentira. Pero no es lo suficientemente cuidadoso. Lo conozco demasiado bien, vivimos muchas cosas juntos, y por la primera vez en mi vida, desearía que esto fuera distinto. Ni siquiera estoy segura qué es exactamente, esta certeza nebulosa en mis entrañas de que está mintiendo, al menos sobre parte de la historia. Tal vez es cosa de gemelos, esa incapacidad, casi sobrenatural, de mentirnos entre nosotros. Finalmente, Owen deja de hablar. Sé que debería decir algo, pero solo logro posar mi mirada sobre sus dedos y luego sobre su labio una y otra vez. Me ve haciéndolo y, con tranquilidad, deja caer su mano sobre su regazo.

–Así que esa es nuestra historia –dice mamá, abrazando la taza con sus manos.

–¿Nuestra historia? –digo y mamá hace una mueca al darse cuenta de cómo sonaron sus palabras.

–Eso es lo que pasó –se corrige–. Los Prior no se han contactado con nosotros desde ayer, así que espero que el fiscal se de cuenta cuán ridículo es esto después de que hable con Owen mañana a la tarde. Pase lo que pase, tenemos que estar unidos. Como familia.

–¿Qué significa eso? –pregunto.

–Significa que no debes hablar con nadie sobre esto –dice papá con tranquilidad–. Los chicos van a rumorear, pero necesitamos que te abstengas, Mara. Solo ignóralos. Apoya a tu hermano.

No puedo dejar de mirar a Owen. Quieren que mienta está en la punta de mi lengua, pero para mis padres, no es una mentira. No puede ser. No para ellos. Es su hijo y se tragaron completamente su historia. Ahora, es parte de ellos.

El pánico aumenta con rapidez, siento que un rayo me parte en dos. Hija y hermana contra el latido frenético de mi corazón en mi pecho.

Mi familia me observa, espera que diga por supuesto, lo que necesiten, pero no puedo articular esas palabras.

No lo haré.

–Necesito un minuto –digo, poniéndome de pie tan rápido que mi cadera choca con la parte de la mesa más cercana a mi silla, ocasionando que mi taza salpique té sobre la madera pulida.

–Mara, siéntate –interviene mamá. Papá va a la cocina a buscar algo para secar.

–Solo necesito un minuto, mamá. Esto es demasiado, ¿está bien? Hannah es mi amiga –verdades esconden todo lo que no puedo decir.

–Owen es tu hermano.

–Eso ya lo sé –digo, pero mi voz es apenas un susurro.

–Déjala ir, mamá –interviene Owen, sus ojos en mí. Algo se está gestando en ellos, algo parecido al dolor y a la soledad. Desvío la mirada–. Ya conoces a Mar, necesita tiempo para procesar. Recuerdas esa vez que cambiaste nuestro dentífrico por esa cosa natural hace unos años. Boicoteó la hora de lavarse los dientes por una semana.

Mamá se ríe, pero su risa es fugaz y superficial.

–Tienes razón. Sé que esto es lo último que cualquiera de nosotros esperaba que sucediera –me mira–. Mara, tú sabes que siempre hemos adorado a Hannah.

Papá vuelve a la habitación con una toalla en la mano y limpia mi derrame. Está todavía más callado que lo normal y deseo poder leer su mente. Sé que apoyará a mi madre y a Owen, pero papá siempre ha sido un poco más filosófico. Se esfuerza en ver todos los puntos de vista, nos enseñó que nada es blanco o negro.

–Lo siento, mamá –Owen hace círculos en la espalda de mamá.

–Oh, cariño, yo también. Sé que debe doler mucho que Hannah esté diciendo estas cosas horribles. Ojalá pudiéramos hablar con ella.

Parpadeo, intentando entender cómo esta mujer que tengo en frente es la misma cuyos ojos resplandecían por la mera idea de que Empoderar desafiara al patriarcado ayer. La posibilidad de que

Hannah esté diciendo la verdad nunca pasó por la mente de mi madre, pero no está demonizando a Hannah tampoco. Ha habido un malentendido. Cualquier duda sobre eso fue fugaz y endeble, rápidamente la hundió en una montaña de confianza incondicional.

Por esto. Por esto nunca dije nada.

Porque nunca nadie le cree a la chica.

Mi hermano se encoje de hombros y desvía la mirada, la imagen de enfrentar a los problemas. Mamá apoya su taza en la mesa de café y lo abraza. Me muerdo fuertemente el labio y camino para atrás hacia las escaleras para detenerme a mí misma y no unirme a ellos. Mis manos me piden abrazar a mi familia, a mantenerla unida.

Pero ya estamos partidos en pedazos.

Más tarde, me escabullo en la cocina para beber un poco de agua. Es tarde, la casa está a oscuras y en silencio. El brillo ámbar sobre el fregadero de la cocina es la única luz que guía mi camino. Lleno un vaso de agua y lo bebo de un trago.

En ese momento, lo escucho.

Bum. Bum. Bum-bum-bum.

Me inclino sobre el regadero de la cocina y me asomo por la ventana en la oscuridad y veo hacia afuera, donde el reflector del

garaje brilla sobre la entrada para autos. Allí, mi hermano bota un balón de baloncesto en círculos descuidados, se detiene de vez en cuando e intenta lograr un tiro perfecto.

Mis pies me llevan hacia la puerta del costado, ese hilo invisible y constante entre Owen y yo se tensa y me empuja lentamente hacia él. Y extraño a mi hermano. Estoy acostumbrada a sus bromas y miradas cómplices de todos los días. Estoy acostumbrada a mucho más que este silencio, esta evasión y esta duda. Siento el aire frío y húmedo sobre mi rostro y mis brazos, mi camiseta no ayuda mucho para resguardarme del frío otoñal. Camino lentamente, mis pies sobre el cemento de piedritas y mi corazón, una piedra en mi garganta.

Owen lanza y el balón rebota en el aro y rueda por el suelo en mi dirección. Lo detengo con mi talón y lo acerco con mi pie antes de levantarlo.

Cuando me paro erguida, sus ojos ya están sobre mí.

–Hola –dice con tanta naturalidad.

–Hola.

–¿No puedes dormir?

Niego con la cabeza.

–Tomé demasiado refresco en la cena –dice, con una sonrisa vergonzosa en su rostro.

–¿En serio? ¿Demasiada cafeína es lo único que te mantiene despierto?

Suspira y tira la cabeza hacia atrás. Hay un manto de nubes sobre las estrellas que hace que todo el cielo sea borroso e indescifrable.

–Alex se está comportando de manera extraña –dice–. Y Hannah... Dios. Ni siquiera sé qué está pasando –baja la cabeza para mirarme a los ojos–. ¿Puedes creer todo esto?

Balanceo el balón de una mano a otra. Odio su tono, habla como si fuéramos las únicas dos personas sensatas en la faz de la tierra y todos los demás estuvieran mintiendo. La superficie del balón ya es casi lisa pero todavía tiene algo de agarre. Pongo mis dedos en posición, planto mis pies y lanzo el balón a aire oscuro. Golpea el tablero y cae dentro de la red.

–Buen tiro –dice Owen.

–Sí, bueno, siempre he sido mejor que tú en baloncesto.

Se ríe y juro que hay un rastro de alivio en su risa. Recupera el balón y driblea antes de acertar un tiro desde la línea pintada a mano, bautizada hace años como el extremo de la llave de común acuerdo.

–Tuviste suerte –digo.

Después de eso, entramos en nuestro ritmo habitual. Un ritmo demasiado sencillo. Demasiado familiar, demasiado natural, probablemente demasiado bueno para ser cierto. Noches de verano,

grillos cantando, el olor de barbacoa en el aire mientras un hermano y una hermana lanzan al aro. Porque aquí, debajo del cielo vacío, él es solo mi hermano. Mi hermano gemelo quien nunca me lastimaría, quien nunca podría imaginarme lastimando a nadie. Entre pases y dribles, me encuentro observándolo, buscando signos de que no es el chico mentiroso de nuestra reunión familiar. O que yo había imaginado todo, que había invocado una especie de sexto sentido de gemelos porque podía sentir cómo desaparecíamos, el él y yo que siempre había conocido y con que contaba. Tal vez el miedo de sentir que nunca lo había conocido en realidad era más fuerte que cualquier otra cosa.

Aquí afuera, tal vez no es un mentiroso. Tal vez, solo necesito confiar en él. Confiar en nosotros.

–Así que –dice después de unos lanzamientos más–, ¿cómo está Charlie?

Su nombre vuelve a poner todo en foco, toda la sumatoria de cosas de este día. Todos los susurros en la escuela, esa farsa de reunión familiar. Todo es demasiado brillante y ruidoso y duro.

Todo excepto Alex, su mano en la mía mientras corríamos a través de la galaxia fluorescente.

–Ella está bien –digo, gesticulando para que me pase el balón. Mi voz suena muerta, un mal actor repitiendo un libreto mal escrito.

Owen frunce el ceño, pausa a la mitad de su disparo, los brazos extendidos delante de él.

–¿Todavía no se reconciliaron?

–No hay nada por lo que nos tengamos que reconciliar. Solo estamos… estamos bien.

–Bien. Seguro –deja el balón debajo de su brazo.

–No me hables así.

–¿Así cómo?

–Esa basura de sí, Mara, lo que tú digas.

–¿Qué debería decir? ¿Qué pienso que eres una tonta por cortar con ella?

Me pasa el balón y lo atrapo, pero no antes de que se estampe contra mi pecho, su pase fue demasiado fuerte y demasiado rápido.

–¿Qué pasa con Alex? –pregunto.

–¿A qué te refieres?

Respiro profundo, mi pecho está caliente y tenso.

–Dijiste que está actuando extraño, ¿por qué?

–No lo sé, pregúntale a él.

–¿Hablas en serio?

Arroja sus manos al aire.

–Sí, Dios. ¿Qué demonios le pasa a todo el mundo?

Sus palabras, su... todo. Todo sobre él en este momento me enfurece. Como si todo esto le estuviera pasando a él.

–Repito, ¿hablas en serio?

–Pensé que estábamos hablando de Charlie y tú.

–Bueno, tú crees que le estoy mintiendo a ella y a mí misma, así que parece que estamos hablando sobre honestidad.

Me mira con ojos entrecerrados, su boca ligeramente abierta. Le lanzo el balón y lo atrapa sin problemas.

–No me crees, ¿no? –pregunta–. Toda esta ridiculez con Hannah. ¿Le crees a ella en vez de a mí?

Su voz destila dolor, pero es mi garganta la que nuble. Como si lo compartiéramos.

–Quiero hacerlo –susurro.

–¿Quieres qué? –deja caer el balón que se aleja rebotando, chocando con los arbustos.

–Creerte –respondo.

–Pero no... no me crees.

Me encojo de hombros y se siente tan inapropiado, de repente Atlas está demasiado débil, el mundo quiebra sus hombros.

–¿Por qué? –me pregunta, sus manos se cierran en puños –. ¿Por qué? ¿Qué diablos hice? Te dije lo que pasó. Ella... malinterpretó la situación. Está enojada. No puedo controlar eso. Ese es su problema, no mío.

Cada una de sus palabras es un balazo en mi pecho.

–Solo intento entender lo que pasó, Owen. Nada de esto concuerda con la Hannah que conozco.

–Pero ¿concuerda con el yo que conoces? Así que, ¿no tienes ningún inconveniente en creer que soy una especie de depredador sexual que le haría eso a Hannah? ¿Es tan sencillo para ti?

Me encojo de dolor, todo el aire se va de mis pulmones.

–No. No, no es sencillo. Yo no...quiero...

Creer eso tampoco es lo que intento decir. Pero no tengo el oxígeno suficiente. El tono de voz de Owen es poderoso y cargado de dolor, pero esconde una fría tranquilidad y me hace sentir pequeña y estúpida y horrible.

Pequeña perra estúpida.

Siento palpitaciones en mi cabeza, o tal vez en mi corazón, o en mi sangre o en mis venas. Las puntas de mis dedos burbujean y crujen, siento que mis costillas están a punto de abrirse en dos.

–Demonios –de repente, Owen está frente a mí, sus manos en mis codos, su cuerpo inclinado hacia adelante para mirarme a los ojos–. Respira, Mara.

–No... puedo...

Me da vuelta gentilmente y presiona mi espalda contra su pecho, envolviendo mis hombros con sus brazos y sosteniéndome contra él.

–Respira conmigo –dice–. Siente mi respiración e intenta imitarla –su pecho se infla y desinfla, continua y profundamente. Me aferro a sus antebrazos, clavo las uñas en su piel. No protesta. Solo me sostiene, respira conmigo, hasta que nuestras respiraciones se sincronizan.

Esto ha pasado antes. Un par de veces ese verano antes de primer año de secundaria y tal vez una o dos veces más. Ataques de pánico, repentinos y devastadores. La mayoría delas veces podía controlarlos, respiraba hasta que pasaban, pero de vez en cuando, caían como un martillo gigante sobre un pequeño clavo. Y cada vez, Owen me acompañaba.

–No has tenido uno de esos en un tiempo –dice después de algunos instantes de respiración estable.

Asiento con la cabeza, mis ojos húmedos con las lágrimas inevitables que vienen con los ataques.

–¿Me vas a contar alguna vez por qué empezaron?

–Yo... solo aparecieron.

Me va a soltar, pero tenso mi agarre sobre sus antebrazos. Necesito esto, este pequeño momento donde él es mi hermano y yo soy su hermana y me ayuda a atravesar, a derribar esta ansiedad invisible.

Suspira y descansa su mejilla sobre mi cabeza.

–Soy yo, Mara –dice, leyendo mi mente como siempre–. Por favor. Sigo siendo yo. Solo yo.

La desesperación en su voz hace que mi respiración tiemble y se irregularice otra vez. Un millón de pensamientos y dudas florecen en la superficie de mi piel, goteando como sangre. Y no entiendo por qué. Por qué Owen tiene que sonar tan desesperado. Por qué estamos aquí, en nuestra entrada de autos en el medio de la noche, creencias y cuestionamientos enmarañados con una conexión que nunca puedo romper.

–Te quiero Owen –digo, mi voz un mero susurro. Lo digo porque es verdad, porque necesito decirlo. Porque sé que necesita escucharlo.

–Yo también te quiero, Mar.

Asiento con la cabeza y siento como se relaja su cuerpo detrás de mí. Pero mis propios músculos están tensos, como los de un animal espantado. Nuestros consuelos solo suman a las manchas de verdades y mentiras a mi cabeza.





C10

Al día siguiente, Charlie se desliza en la silla que está junto a mí, la funda de su guitarra desparramada en el suelo, pero no aparto la vista de mi computadora. He estado sentada en el salón de coro de la señorita Rodríguez desde la última campana, preparándome para la reunión de Empoderar. Logré sobrevivir el día con éxito, evitando a Charlie, escondiéndome en la biblioteca en el almuerzo e intentando cerrar mis ojos y oídos ante los susurros incesantes y las miradas indiscretas.

–Hola –dice.

–Hola.

Y eso es todo. Todo literalmente. No me pregunta cómo están las cosas. No me pregunta nada. Y yo tampoco puedo forzar alguna pregunta así que nos quedamos sentadas en una nube de rareza mientras pretendo tipear en mi computadora y ella saca la novela que tenemos que leer para Liter- atura Avanzada.

–¿Shmerda? –pregunta después de unos minutos.

–¿Eh? –alzo la mirada y la veo observando a la pantalla de mi computadora donde efectivamente tipeé shmerda. Y también frenisk y mywot –. Oh –busco la tecla de borrar, el sonido hace eco entre las paredes con paneles acústicos.

–¿Intentas hacer más de una cosa a la vez?

–Algo así –balbuceo, odiando esta maldita charla trivial.

Charlie hace un sonido de mmm y vuelve a su libro, pero no puede haber leído más que un par de oraciones cuando lo cierra abruptamente y lo deja caer en su regazo.

–Bueno, necesito preguntarte algo –no gira para enfrentarme, mantiene la mirada en el frente y entrelaza sus dedos.

–¿Qué pasa?

Le parpadea al suelo y llena sus pulmones con varias inhalaciones profundas antes de liberar el aire.

–Voy a tocar en 3rd & Lindsley. Mañana a la noche.

–Oh, por Dios. ¿En serio? ¡Charlie, eso es increíble! –ese bar es uno de los espacios musicales más importantes de Nashville.

Asiente con la cabeza.

–Este mes, tienen una serie con artistas jóvenes donde un par de músicos tocan cada noche. Tienes que tener entre dieciséis y veintidós años para poder participar, y le envié mi demo a la persona que se encarga de la programación, hace unos meses. Supongo que le gustó.

–"¿Supongo?" Por supuesto que le gustó. Eres tú.

Charlie desestima el cumplido con la mano, pero un color carmesí se asoma en sus mejillas y sonríe.

–Me enteré hace un par de semanas. ¿Vendrías conmigo?

–¿En serio?

–Por supuesto. ¿A quién se lo pediría?

–¿Irán tus padres?

Charlie frunce el ceño y mira hacia abajo.

–Charlie...

–No estoy lista para eso, Mara. Sabes que no lo estoy.

–Pero tus canciones son tú. Amarían escucharlas, sabes que es cierto.

–Sí. Son yo. Demasiado yo.

Me apoyo en el respaldo de mi silla, refregándome los ojos. Desearía tener las palabras indicadas para ella. Palabras que apacigüen todos sus miedos sobre sus canciones, pero no las tengo. Yo puedo cantar y canto bien. Por eso estoy en Pebblebrook, pero comparada con Charlie soy un par de platillos, así que puedo entender los nervios por tocar en vivo. Pero no puedo escribir canciones. No puedo manipular las cuerdas de una guitarra para que suenen como una extensión de mi voz. Puede ser que nunca lo haya intentado realmente. Todo ese... yo, entrando en los oídos de la gente. Tiemblo de solo pensarlo. Sin embargo, mis problemas para abrirme ante los demás son completamente distintos. No tengo idea de lo que está sintiendo en realidad.

–Por favor, Mara –dice–. Te necesito conmigo. Somos mejores amigas, ¿no? ¿Acaso, todo esto no se trata de eso?

No sé con exactitud a qué se refiere con todo esto, aunque sí puedo imaginármelo.

–Sí, por supuesto.

–Entonces, por favor, ven conmigo. –la observo, sus ojos son desesperado mientras me devuelve la mirada.

–Sabes que no me perdería verte en ese escenario –respondo y sus hombros descienden visiblemente.

–Gracias.

Después de eso, nos ponemos en movimiento. Charlie coloca las sillas del aula en un círculo y yo enciendo la lámpara de pie que

está cerca del piano y apago las luces fluorescentes para que la iluminación sea más suave. Todo lo que no decimos pesa como un collar de amigas para siempre sobre nuestras gargantas.

Naturalmente, Greta es la primera persona en llegar a la reunión. Su cortina de cabello rubio está peinada en una trenza espiga de costado y se sienta a mi lado con un anotador azul oscuro en su regazo. Saluda únicamente con una sonrisa con la boca cerrada.

Empoderar es un grupo pequeño. Nuestros miembros varían cada semana, pero los regulares de siempre son Hannah, Charlie, Greta, Jasmine Fuentes (la mejor amiga de Greta), una grácil bailarina de ballet llamada Ellie Branson y Hudson Slavovsky, el único chico de Empoderar, estoy bastante segura de que viene solamente porque sale con Jasmine. De todas formas, es un buen muchacho y contribuye cada mes con un cómic hilarante: A decir verdad.

Mi estómago se revuelve mientras asimilo la ausencia de Hannah. Todos los demás están aquí, incluyendo a una chica de teatro, Leah Lawrence. O tal vez es Landon. Viene con tan poca frecuencia que la mitad de las veces, olvido su apellido. Estoy convencida de que se acerca cada tanto para cumplir con algún tipo de requisito de actividades extracurriculares para sus solicitudes de ingreso a la universidad.

Todos se acomodan, sacan botellas de agua y barras de cereal, y aprovecho para hacer tiempo. Mitad esperanzada y mitad aterrorizada de que Hannah entre por la puerta.

–Todavía no volvió a la escuela –susurra Charlie, estrujando mi brazo.

–Lo sé –y sé por qué Hannah no está aquí. Pero parte de mí todavía espera que toda esta situación sea un sueño elaborado y que todos despertaremos en cualquier momento. Abro mi computadora, pretendiendo repasar mis notas por enésima vez mientras controlo mi respiración.

–Bueno. Bienvenidos –miro al grupo, intentando inyectar algo de vida en mi voz. Estas reuniones son bastante informales generalmente. Todos se ríen y hablan de su semana, felices de estar juntos en un espacio seguro. Pero ahora mismo, todos están en silencio e inquietos. Al límite–. Bueno, mmm, esta semana, nuestro primer punto a tratar es tomar algunas decisiones sobre el Sabotaje al Código de Vest...

–Hay un asunto urgente de mayor importancia que nuestras faldas y camisetas, Mara –dice
Greta, con postura erguida–. ¿Puedo hablar?

–Por supuesto, Greta, continúa –respondo dulcemente. Ni siquiera me devuelve una sonrisa falsa. Es totalmente estoica y determinada.

–Todos nos hemos enterado de lo que le pasó a Hannah y sé que todos nos sentimos horrible.
Algunos de ustedes me han preguntado qué podemos hacer para ayudar.

Mi estómago se da vuelta, ni siquiera puedo procesar lo que está diciendo antes de que continúe hablando.

–Y no quiero que este grupo de desmorone a causa de esto –dice–. Todos ustedes son realmente importantes para mí. Cuando mis padres se divorciaron el año pasado, nuestras reuniones eran el único momento de la semana cuando no quería darme la cabeza contra la pared. Pero… –inhala temblorosamente. Está… ¿nerviosa?–, no creo que Mara sea capaz de liderarnos efectivamente en este momento.

Siento como todo el color huye de mi rostro.

–Disculpa… ¿qué?

–Por favor, Mara –responde–. No hagas esto más difícil de lo que tiene que ser.

–No estoy haciendo nada.

–Tenías que saber que esto iba a pasar –interviene Jasmine. Hudson se inclina hacia adelante y apoya sus codos en sus rodillas, ojos clavados al suelo.

Greta suspira, su voz se suaviza.

–Escucha, sé que esto es difícil para ti. No estoy intentando ser una perra al respecto. Pero Hannah es una de nosotras y esta escuela se está convirtiendo en un caldero de Equipo Owen.

–Equipo... ¿Equipo Owen? –las palmas de mis manos comienzan a sudar instantáneamente y me late la sangre de la cabeza. Porque ni siquiera necesito una explicación de lo que está diciendo. Owen está hablando, y hablando fuerte, difundiendo su versión por todos los rincones de la escuela.

–Asumo que también eres Equipo Owen –dice Greta.

Más silencio. Ni siquiera Charlie alza la voz. Todos los ojos están clavados en mí, esperando.

Esperando a que declare mi lealtad. A que elija un lado.

–No sabes de lo que estás hablando –digo, mi voz apenas un susurro quebradizo.

–Incluso si no lo sé –replica Greta con igual suavidad–, necesitamos ayudar a Hannah. Somos su familia en esta escuela, algunos de quienes la apoyan, y que nos lideres es un conflicto de intereses.

Miro alrededor del círculo, buscando a alguien que esté en desacuerdo. Nadie habla. Ellie evita mi mirada, sus pestañas ridículamente largas abanican sus mejillas. Leah luce incómoda, como si realmente deseara no haber elegido justo hoy para venir a la reunión. Hudson no hace contacto visual con nadie, sus hombros casi cubren sus orejas.

–Propongo que pausemos el proyecto del código de vestimenta y hablemos sobre lo que podemos hacer para ayudar a Hannah y a su

familia cuando vuelva a la escuela –dice Greta–. Y que yo reemplace temporalmente a Mara como líder de Empoderar.

Silencio. Luego, una voz familiar.

–Secundo la moción.

Giro mi cabeza y encuentro los ojos de Charlie. No aleja la mirada. No sonríe. Solo se estira y pone su mano sobre mi espalda. Estoy tan sorprendida que ni siquiera puedo alejarme de su mano.

–¿A favor? –pregunta Greta.

Seis manos se alzan en el aire.

Me pongo de pie lentamente, aferrándome a mi computadora inútil.

–Mara, no tienes que irte –dice Greta.

–No, está bien. Debería... tienes razón. No... debería irme.

Tambaleo hasta salir de la habitación, mis ojos ya están llenos de lágrimas. Ser destituida no es nada importante. Y maldita sea, Greta tiene razón. No soy la persona indicada para liderar al grupo. Ahora mismo, el foco está en Hannah, como debe ser. Pero es solo algo más gritándome que no tengo idea qué demonios debo pensar, quién soy, de qué lado estoy y por qué lo elegí.

Es una cosa más que me quita la voz.

Espero a que Charlie me siga, que venga a buscarme como siempre lo hemos hecho la una por la otra, sin que nada más importara, pero el pasillo está en silencio, el aire seco del aire acondicionado hace que me ardan los ojos.

Camino hacia la salida, lista para irme, pero no puedo.

No quiero ir a casa. No así, cuando siento como si algo nuevo y crudo está intentando filtrarse por mi piel.

Por favor, ven aquí le escribo a Charlie. Mis palabras son desesperadas y tal vez sueno totalmente patética, pero la necesito.

Apenas treinta segundos después, Charlie sale al pasillo. Cuando se me acerca, doy la vuelta y la guío hasta la puerta principal y hacia la luz del atardecer. El sol poniente cae sobre su cabello, resaltando asomos de rojo en la oscuridad. Charlie me mira de frente, en silencio, su cabeza leve- mente inclinada y sus ojos compasivos, condenadamente compasivos.

–Me echaste –digo y ella suspira.

–Eso no fue lo que hice y lo sabes.

Asiento con la cabeza intentando analizar lo que sí sé. Qué es verdad. Qué no lo es.

–Ey –susurra. Extiende las manos y envuelve mis codos, las yemas de sus dedos tan suaves sobre mi piel delicada.

Y de repente es demasiado. Estar de pie en el gran porche de ladrillo, con columnas rodeándonos, Charlie dulce y fuerte en frente de mí. No puedo contenerme más. La represa colapsa, liberando lágrimas acumuladas hace días.

–Creo que está mintiendo –logro decir casi ahogada–. Owen está mintiendo sobre algo o sobre todo y no sé qué hacer. No sé cómo hacer esto.

El rostro de Charlie se derrumba. Nunca llora sus propias lágrimas. No, en realidad. Incluso en sus peores días, cuando jura que su voz no encaja con ella y que no tiene idea de cómo decirles a sus padres cómo se siente o cómo piensa sobre sí misma, nunca llora. Se le pueden llenar los ojos de lágrimas, pero nunca caen. Al menos, no delante de mí. Solo cuando yo rompo a llorar, ella se desmorona también. Ahora acorta el ya pequeño espacio entre nosotras, lentamente, como si intentara evitar asustarme. Pero no estoy asustada. No de ella. Estoy desesperada. Desesperada por hacer que este sentimiento desaparezca, y la única solución es Charlie. Deslizo mis manos alrededor de su cintura y hundo mi rostro en su cuello, inhalando entrecortadamente. Al principio, la siento tensa, pero luego siento sus manos en mi cabello, peinándome y envolviéndolo.

–Sé que no lo sabes –dice–. Lo lamento tanto.

–¿Qué hago? Dime qué hacer.

–Desearía poder hacerlo.

Las lágrimas no cesan, mi nariz se aplasta contra su garganta. Son casi un alivio, cálidas y gentiles, y cuando caen sobre mi rostro

siento la misma sensación de ser mecida hasta dormirme. Su mejilla descansa sobre mi frente. Todo lo que tendría que hacer es alzar un poco mi mentón y nuestros labios se tocarían. Presiono mis dedos contra su espalda, acercándola. Acercándome. Destruyendo cualquier espacio entre nosotras. Puedo sentir su corazón latir contra el mío y, por primera vez en días, me siento bien. Levanto mi cabeza y fijo mis ojos en sus labios.

Luego ella aclara su garganta y me libera. Sigue sosteniendo una de mis manos, pero ahora hay tanto espacio entre nosotras. Demasiado espacio.

–¿Cómo sabes? –pregunta.

–¿Cómo… cómo sé qué?

–Que Owen está mintiendo.

Respiro hondo e intento aclarar mi cabeza.

–Tuvimos una reunión familiar ayer a la noche y mamá quería que me contara qué había pasado así todos estábamos en la misma página –hago comillas en el aire cuando digo las últimas dos palabras–. Él solo… solo lo sé. Toda su historia no tiene sentido. Hannah no se hubiera enojado por su muñeca si hubiera querido tener sexo. Se hubiera enojado con ella misma, no con él.

Charlie asiente con la cabeza.

–Lo sé.

Nos quedamos paradas en silencio, mirándonos la una a la otra. Estoy agitada, como si hubiera estado corriendo vueltas alrededor de la escuela.

–Pero es más que eso. Es como si...Dios, como si pudiera sentir la mentira en su lengua o algo –abrazo mi estómago, intentando mantenerme unida–. Y luego, jugamos baloncesto y se sintió tan... tan... normal y, al mismo tiempo, se sentía tan mal. Y no podía darme cuenta por qué y lo único que se me ocurre es que él en realidad... que él...

–Shhh –me calma, estrujando mis dedos–. Está bien. Respira.

Lo hago, lentamente, tal cual lo hice anoche durante mi ataque de pánico, pero esta vez por mi cuenta. El pulgar de Charlie forma círculos en mi mano.

–Él es mi hermano –digo cuando mi pecho se siente lo suficientemente descomprimido–. Lo amo, Charlie.

No dice nada, solo me mira, la tristeza es algo físico entre nosotras.

Cierro los ojos. Mi hermano. Es el chico que me sonreía cariñosamente desde la otra punta de la mesa cuando le conté a nuestros padres que era bi, como si siempre lo hubiera sabido. No se alejó de mi lado ese horrible verano antes del primer año del secundario, se reusaba a permitirme obsesionarme con lo que había pasado, incluso cuando le gritaba y gruñía. Nunca había estado sin él, no podía imaginarlo lastimando a alguien. Siempre había confiado en él.

Pero el chico del bosque en el lago, el chico que se pavoneaba por los pasillos de la escuela estos últimos días dejando atrás un nuevo tipo de historia, una horrible historia, ese chico no es mi hermano. Ya no lo es. No es alguien en quien pueda confiar otra vez.

–Necesito verla –digo–. Necesito ver a Hannah.

Charlie levanta una ceja.

–¿Estás lista para eso?

Mi corazón se estampa contra mis costillas. Lista es la palabra equivocada. No estoy lista para nada de esto. Pero Hannah tampoco estaba lista.

–¿Crees que quiera verme?

–Quiere. Ha preguntado por ti más de una vez.

–¿En serio?

–Ha estado preocupada. Quiero decir, está preocupada por mucha basura, pero también ha estado preocupada por su amistad.

–Dios.

–Vayamos ahora. Iré contigo. Solo necesito ir a buscar mis cosas.

–Y ¿qué pasa con la reunión?

–La reunión es sobre cómo ayudar a Hannah –Charlie entrelaza sus dedos con los míos–. Vayamos a ayudarla.





C11

Hannah vive en una gran casa blanca con un porche envolvente. Casi ruega que bebas un té dulce en el crepúsculo mientras tus pies se balancean en el banco colgante pintado de verde, al mismo tiempo que luciérnagas titilan en la atmósfera brumosa. Su padre es abogado y su madre pasa la mitad de su tiempo como curadora en una pequeña galería de arte en Nashville y la otra mitad re- viviendo su juventud perdida a través de su hija. Por eso, Hannah se deleita, en un nivel cómico, en ser un clavo incrustado en los nervios de su madre. Solo se viste con vestidos bohemios que la señora Prior dice que lucen como “algo que te pondrías para fumar marihuana”, con calzas de colores estridentes debajo de shorts de jean y evita usar sujetador cada vez que puede. Sin embargo, la señora Prior raramente se pierde un evento en Pebblebrook. Hasta vino a una reunión de Empoderar una vez. Hannah estuvo toda la hora desparramada en su silla con los brazos cruzados mientras el resto de nosotros sonreía educadamente a las historias de su madre sobre cuando conoció y se casó con el papá de Hannah cuando tenía diecinueve años. Fue más que extraño.

Cuando Charlie estaciona su camioneta en frente del gran porche de la casa, pienso en la primera vez que conocí a Hannah. Su papá quería ser anfitrión de una barbacoa por el Día del Trabajador para todo el segundo año. Charlie y yo vinimos juntas y básicamente no interactuamos con nadie.

Pero Hannah nos encontró de todas formas.

Nos habíamos aventurado en el patio trasero, el lago resplandeciente invadía nuestra visión. Chicos que acabábamos de conocer se lanzaban desde el muelle hacia el agua, gritando con una especie de alegría que hacía que algo en mí comenzara a doler. El recuerdo es demasiado punzante. Estar allí de pie, el césped, prolijamente mantenido, suave debajo de mis pies, preguntándome si alguna vez me sentiría tan feliz y salvaje como esos chicos lanzándose al lago.

–De cerca es todavía mejor –una voz me había dicho al oído. Giré, me encontré un par de ojos verdes brillantes y un cabello rojizo tan claro que casi parecía rosa. Hannah sonrió y tomó mi mano. Apenas pude tomar el brazo de Charlie antes de que Hannah comenzara a correr hacia el muelle, sus dedos seguían pegados a los míos.

No dejó de correr hasta que las tres caímos en el lago, sin importarle la ropa que cubría nuestros trajes de baño.

Sonrío ante el recuerdo, pero la sonrisa se desvanece apenas pongo un pie fuera del auto. La casa es acogedora como siempre, las hojas de otoño fueron barridas del porche, una corona con flores

naranjas y violetas entretejidas cuelga sobre la puerta, algunas ventanas están iluminadas. Tan normal. De todas formas, nervios invaden mis entrañas. Porque esto es cualquier cosa menos normal.

–Esta es una mala idea –digo.

Charlie no responde, solo bordea el auto y enlaza su brazo con el mío, guiándome por las escaleras con gentileza. Presiona el timbre con un dedo.

–Sabe que estamos aquí –dice.

–¿Sí?

–Le envié un mensaje. No le agradan las sorpresas últimamente.

Me quedo sin aire, concentro mi atención en el bucle de hierba que bordea las flores falsas de la corona.

–Lo lamento –se disculpa Charlie, mirándome–. No debería haber dicho eso.

–Es verdad, ¿no es cierto?

Asiente con la cabeza y escuchamos pasos en el interior. Intensifico mi agarre en el brazo de Charlie, luego me relajo y la suelto. El cerrojo se mueve y de repente soy solo piernas y brazos, no tengo idea de qué hacer con mis manos, mis pies o mi rostro.

La pesada puerta de madera se abre y Hannah se asoma en el suave brillo de la luz del porche. Y también abre la cerradura de la puerta de vidrio para tormenta.

–Hola –saluda Charlie.

–Hola –responde, y su voz es tan... Hannah, pero más fina, como si estuviera astillada.

Intento decir hola, mi boca se abre y se cierra, pero no logro emitir ningún sonido. Siquiera puedo mirarla. Mientras entramos en su casa, clavo la vista en las uñas de sus pies, pintadas de plateado, y luego en sus talones delgados que emergen de sus pantalones negros de yoga.

–Mis padres salieron a hacer algunos recados y a comprar algo para cenar –dice al serpentear a través de las habitaciones que siempre han lucido como algo salido de un catálogo de Pottery Barn.

–Me sorprende que te hayan dejado sola –dice Charlie

Comenzamos a subir las escaleras de madera brillante hacia el segundo piso y Hannah suprime una risa.

–Tuve que prometer que dormiría una siesta.

–¿Cómo te está yendo?

–Excelente –replica Hannah con seriedad fingida–. ¿No te das cuenta?

Charlie le regala una pequeña risa. Mi rostro comienza a sonreír, pero Dios, la sonrisa se siente tan extraña en mi rostro ahora mismo, casi duele.

Llegamos a la habitación de Hannah, la última puerta en un largo pasillo. Dentro, un fuego crepita en un hogar a gas con leña falsa, los signos de la hibernación de Hannah están por todos lados. Las cortinas color coral de su cama con dosel están atadas con una cinta dorada. El edredón añade más coral, dorado y carmesí. Todos los colores se mezclan en un estampado de mandalas. Almohadones a juego y las sábanas que cubren el colchón en un desorden arrugado. Hay libros sobre la cama, algunos abiertos y otros dados vuelta. Su computadora está acomodada sobre un almohadón, la pantalla está en pausa con un superhéroe haciendo una mueca en el medio de una batalla. La habitación entera huele a una combinación de té de jazmín y Vicks VapoRub, hay un tubo en su mesita de luz. La mamá de Hannah usa esa cosa para todo desde dolores de cabeza y cortes con papel hasta virus estomacales.

Hannah camina hasta su cama y empuja todo a un costado. Un par de libros caen al piso, pero no los levanta. En cambio, sube a su colchón. Escucho un suave pap pap y sé que está haciendo palmaditas en el lugar al lado de ella como invitación, pero el movimiento es una mancha en mi visión periférica. Charlie me empuja suavemente con una mano sobre mi espalda, mis pies se acercan cada vez más.

Charlie se acomoda al lado de Hannah y yo me siento frente a ellas, encima de una de mis piernas mientras la otra se balancea. Nos cubre una manta de silencio, solo se escucha el ocasional crepitar del fuego. Miro fijo mis jeans, los hilos individuales que forman un todo.

–Mara.

Un susurro, demasiado gentil.

–Mara, por favor.

Lentamente, alzo los ojos y la miro. Tengo que hacerlo. Sin importar el motivo, quiere que la mire y no puedo negárselo. No puedo negarle nada nunca más. Mis ojos finalmente encuentran su rostro, siento el ardor de las lágrimas instantáneamente.

Es mi Hannah, mi mejor amiga junto a Charlie, pero no es ella. Hay huellas oscuras debajo de sus ojos, y sus mejillas están más hundidas que lo normal, realzando todavía más sus finos pómulos.

Incluso a pesar de todo eso, sigue siendo hermosa. Sigue siendo ella. Quiero decirle eso, pero ni siquiera estoy segura de qué significa. No es sobre cómo luce, no en realidad. Es la forma en que me mira. La forma en que sostiene la mano de Charlie. La forma en que me invitó a su casa, en primer lugar.

Sus ojos rojos están un poco húmedos y levanta su mano libre para secarlos, su muñeca está cubierta con una venda beige.

–Dios, lo lamento tanto –dice, mientras se seca las lágrimas. Pero vienen demasiado rápido para ella, precipitándose por sus mejillas.

–¿Qué? –la sorpresa me hace hablar–. ¿Por qué, Hannah?

Se encoje de hombros.

–Solo... tal vez si yo... –cierra fuerte los ojos y no sé qué decir, si es que hay algo para decir. Charlie solo espera, paciente, Hannah le estruja la mano tan fuerte que la deja blanca.

Finalmente, Hannah respira hondo.

–Estaba tan borracho.

Todo mi cuerpo se congela al darme cuenta de que está a punto de contar lo que pasó. Un frío ardiente se esparce en mi pecho, medio aterrorizada de lo que está a punto de decir, medio aliviada por no tener que preguntar.

–Todo estaba bien –sigue, me mira y luego desvía la mirada–. Quiero decir, tú nos viste. Bebimos un poco y bailamos un poco, pero volvió una y otra vez a buscar ese ponche hasta que lo convencí de ir a dar una vuelta. Llegamos a ese mirador y teníamos una broma interna desde hacía un tiempo de que sería un lugar divertido para tener... para tener... –traga y se moja los labios con la legua–. Para tener sexo. Así que empezamos a besarnos, y lo próximo que sé es que estamos recostados sobre el banco y estaba a punto de pasar y me desesperé. Tenía frío y estaba incómoda y no podía parar de imaginar que alguien nos encontraría. Le dije que se detuviera.

Sus ojos se vuelven brillosos y estiro una mano, la apoyo con delicadeza sobre su rodilla. Me mira a los ojos.

–Le dije que se detenga, Mara.

Mis ojos se llenan de lágrimas, pero dejo que caigan. Se sienten bien. También las palabras en mi cabeza, así que las dejo salir.

–Sé que lo hiciste.

Mi convicción parece quebrarla. Me quiebra a mí también. Creerle a una persona es no creerle a la otra. Pánico niebla mi mente y de repente solo quiero a mi mamá, quiero hablar de esto con ella, conseguir que me escuche, hacer que me escuche. Pero Hannah comienza a llorar desconsoladamente, dejándose caer hasta que su cabeza llega a mi regazo, y sé que mi lealtad le pertenece a ella. No puedo pensar en el otro lado de la moneda en este momento, ese ínfimo recelo quedó en el pasado.

–Lo lamento, lo lamento, lo lamento –dice Hannah, con la respiración entrecortada. Lloro con ella, pasando mis manos por su cabello.

–Lamento que haya sido él –sigue–. Lamento que haya sido Owen.

Dios, se está disculpando conmigo, porque es mi hermano.

–Shhh –digo, cubriéndola con mi cuerpo para poder contenerla.

Charlie se inclina hacia adelante también, sus manos se deslizan sobre mis brazos, así que estamos las tres enredadas.

No estoy segura cuánto tiempo nos quedamos así, un pequeño nudo de amigas y miedos. Final- mente, desenlazamos nuestros

brazos y piernas y Charlie toma una caja de pañuelos de la mesita de luz de Hannah.

–Tal vez si hubiera dicho que no más fuerte –dice Hannah–. O... no sé. Tal vez si hubiéramos tenido sexo antes, o...

–Detente –Charlie la interrumpe con voz tensa–. Eso pone la culpa sobre ti Hannah, y eso es basura. Incluso si estaba borracho. Dijiste que no, así de sencillo.

–Pero no lo es –dice Hannah casi como en un sueño, como si estuviera hablando con ella misma–. No es sencillo. Lo amaba. Confiaba en él. Nunca pensé que podría... –no termina la oración y sacude la cabeza antes de continuar–. Luego, en el hospital, todo pasó tan rápido una vez que llegaron mis papás. El hospital llamó a la policía sin siquiera preguntarme y después mamá quiso que me hiciera una prueba de violación y yo... –traga y mira al suelo–. Fue tan horrible. Fue la peor experiencia de mi vida y tomó horas. Y luego el fiscal era tan... Dios, no sé. Era tan rígido. Fue una pesadilla, una y otra vez. Y seguía preguntándole a mis padres si yo estaba segura de lo que había ocurrido en realidad. ¿Por qué nadie me preguntaba a mí?

–Cariño –dice Charlie, pasando un pañuelo debajo de los ojos de Hannah–, tus padres estaban asustados. Y realmente enojados.

Hannah asiente con la cabeza.

–Espera –intervengo–, ¿no quieres presentar cargos criminales?

–No lo sé –responde Hannah–. De todas formas, no importa, mis padres quieren. No sé si le hubiera dicho algo a alguien si Charlie no me hubiera encontrado. Pero no depende de mis padres, al final de cuentas. Mi papá dice que el fiscal decide si cree que tiene un caso. Así que no sé. No sé qué quiero que suceda. Solo… desearía que no… –lanza un suspiro–. Todo esto es un desastre. La gente de la escuela ya me odia, ¿no?

Charlie y yo nos miramos, nuestros ojos hacen contacto y salen disparados en otra dirección, pero es suficiente para decirle a Hannah todo lo que jamás le diríamos con palabras.

–Owen es el único que está hablando ahora –dice Charlie. Su nombre suena extraño en mis oídos, como cuando repites una palabra una y otra vez hasta que pierde el sentido–. Eso es todo.

–Y sí que ama hablar –añade Hannah sin emoción.

–Bueno –replica Charlie respirando hondo–, hablemos de otra cosa, solo por un rato.

–Buena idea –digo.

Pero luego, las tres nos sentamos en silencio. Hannah deja caer su cabeza en mi regazo, y mis dedos peinan su cabello, pasando suavemente por sus mechones pelirrojos. No tienen ni un solo nudo. Su cabello está casi lacio de tanto acicalarlo, como si su madre lo hubiera cepillado vigorosamente.

Y Hannah la hubiera dejado.

De alguna manera, mi tristeza se duplica.

–Veamos algo –digo. Acerco la computadora de Hannah–. ¿Qué estabas viendo?

–Los Vengadores –responde Hannah. Levanta su cabeza y se hunde entre las mantas, suspirando fuerte mientras se tapa hasta el mentón.

–Perfecto.

Las tres nos amontonamos todavía más, Hannah en el medio. Presiono el botón para reproducir la película y retoma en el medio de una explosión, hay camiones volando por el aire y un tipo en un traje rojo, zigzagueando por el cielo, mascullando sarcásticamente. Intento dejar que los colores brillantes y las bellas personas adormezcan mis pensamientos, pero no puedo parar de pensar.

No sé si le hubiera dicho algo a alguien si Charlie no me hubiera encontrado.

Mis sentimientos colisionan. Alivio porque tal vez el Estado no presente cargos criminales, porque tal vez todos podremos seguir adelante antes de lo previsto. Y luego, me odio a mí misma por ese pensamiento, porque si separamos a la persona que le hizo esto a Hannah de mi familia, estaría pidiendo su cabeza.

Y luego está mi propio silencio, mi propio miedo, mi propia historia. El señor Knoll y su sonrisa petulante, la manera en la que se paró allí, totalmente inmune. Tenía todo el poder. Podía llamarme

una pequeña perra estúpida y yo no podía hacer ninguna maldita cosa al respecto.

Cuán distintos habrían sido los últimos tres años de mi vida si alguien hubiera entrado, si alguien me hubiera encontrado mientras salía corriendo de esa aula, llorando con tanta intensidad que no podía ni ver.

Si hubiera confiado en la madre que siempre había estado allí.

Sentí un golpecito en mi hombro y miro hacia Hannah, acurrucada entre las mantas medio dormida. Charlie me sonríe, estiró su brazo debajo del cuello de Hannah para alcanzar a mi hombro, sus dedos juegan con las puntas de mi cabello.

Podría contarle. Podría contarle cualquier cosa a Charlie. Le he contado todo. Todo menos esto. Pero pasó hace tanto tiempo, y lo único que puede salir de una confesión así es vergüenza por haber esperado tres años para abrir la boca.

Los créditos finales comienzan a aparecer en la pantalla cuando se escucha un golpecito en la puerta. Hannah se sacude a mi lado, luego se relaja y se comienza a sentar cuando su mamá asoma su cabello rubio a la habitación.

–Hannah, ¿ese es el auto de Charlie? Pregúntale si quiere quedarse a...

La señora Prior se ahoga cuando me ve. Se queda completamente petrificada en la puerta, vestida impecable como siempre en su falda lápiz y su blusa entallada. Es la personificación de

la prolijidad. Excepto por su expresión, que solo puede ser descripta como horror puro. Boquiabierta. Luego, de repente, cierra la boca, el sonido de sus dientes colisionando retumban en la habitación en silencio.

–¿Todo está bien, Melanie? –pregunta el señor Prior, apareciendo detrás de su esposa y asomándose en la habitación. Mientras que el rostro de la señora Prior se palideció, un color carmesí se expandió por el cuello y las mejillas del señor Prior y sus ojos parecían estar a punto de salir de su rostro.

Hannah se quita las mantas de encima, pasa por encima de Charlie y baja de la cama.

–Papá. No.

–Vete –dice el señor Prior entre dientes. Abre la puerta de un golpe y la señora Prior sale de su camino, su rostro sigue pálido y se abraza con sus brazos. Lo miro, confundida, mientras Hannah niega con la cabeza.

–Papá...

–¡Dije que te vayas de mi casa! –los ojos del señor Prior siguen clavados en mí.

Oh, por Dios.

Me está hablando a mí.

Con las manos temblando, quito las mantas de mi cuerpo y me pongo de pie. Espero que mis piernas se desarmen, pero de alguna forma, me sostienen y me acercan a la puerta.

–Cómo te atreves a venir aquí –dice el señor Prior.

–¡Ay por Dios, papá! –dice Hannah, tomando el brazo de su padre–. No es su culpa.

–¿Acaso tu familia no ha hecho suficiente? –continúa el señor Prior, sin siquiera reconocer lo que Hannah dijo–. Tienes que venir aquí, y ¿hacer que reviva todo? Tu hermano tiene suerte de que no haya ido a tu casa a darle una paliza.

–Deténgase, señor Prior –dice Charlie, a mi lado. No registré cuándo cruzó la habitación. Estoy adormecida, atrapada en una mirada dolida y llena de odio–. Mara quería ver a Hannah. Ella no es…

–Oh, estoy seguro de que quería verla. Pero me temo que no es apropiado en este momento. Tienes que saber eso, Charlie –el señor Prior no despega los ojos de mí–. Por favor, deja a mi hija en paz.

–Lo lamento –digo. No estoy segura por qué, pero parece lo único que puedo decir.

–Mara, no te vayas –dice Hannah con voz firme–. Esto es ridículo. Papá, ¡ella me cree! No puedes simplemente echarla. Mamá, dile.

–Hannah –interviene la señora Prior, deslizando su mano por el suave cabello de Hannah–, por favor, cálmate.

–Cariño, has pasado por mucho –dice el señor Prior, su voz se suaviza automáticamente–. Pero Mara no puede estar aquí ahora. Es su hermano.

Asiento con la cabeza cuando intento atravesar al señor Prior para llegar al pasillo, pero Hannah me detiene con una mano sobre mi brazo.

–Mara.

–No quiero hacer esto más difícil –digo suavemente. Siento una necesidad insufrible de susurrar, de esconderme.

–No lo haces –dice, lágrimas caen por su rostro libremente. Hannah no solía llorar tan espontáneamente. Ella y Charlie son parecidas en ese sentido. Mantienen las cosas adentro hasta que no pueden hacer nada más que explotar. Tal vez todas éramos así, antes. Ahora, solo luce cansada, lágrimas listas para filtrarse en cualquier momento.

El señor Prior no dice nada más, solo entra en la habitación de Hannah y comienza a acomodar la cama, dándole golpes a los almohadones como si estuviera intentando remover todo rastro de mí.

–Lo lamento –se disculpa Hannah–. Solo están…

–Está bien –intento sonreírle porque realmente no quiero hacer esto más difícil para ella. Charlie le dice algo a Hannah que no llego a escuchar mientras doy marcha atrás por el pasillo y Hannah asiente con la cabeza. Pronto, Charlie está a mi lado, mi mano en la suya. Siempre mi mano en la suya.

Salimos y me lanzo en el auto de Charlie.

–No quiero hablar –digo antes de que Charlie pueda comenzar con los clichés. Antes de que pueda decir no es tu culpa, o sus padres solo están molestos o no están enojados contigo en realidad. Todas afirmaciones verdaderas, en la superficie. Pero en algún lugar debajo de mi piel, sé que no son cien por cien verdades.

No, ninguno de nosotros pensó que Owen podría hacer una cosa así. Pero tal vez los signos estaban allí, una oscuridad escondida que justifiqué como espíritu o pasión o ambición. De hecho, Owen nunca ha sido violento conmigo o con nadie. Nunca ha estado en una pelea física. Nunca ha hablado de las chicas como si solo fueran un pedazo de carne, por lo menos no cerca de mí. Así que, ¿qué se me pasó por alto? Porque me tengo que haber perdido algo en algún momento. ¿No? Soy su gemela. Él es mi mitad. Yo soy su mitad.

Cierro los ojos y dejo que el tarareo de las llantas sobre el asfalto me tranquilice. No pasé nada por alto. No pude haberlo hecho.

Porque ese tipo que lastimó a Hannah…

No lo conozco en absoluto





C12

Estoy sentada en el último escalón del porche de mi casa, posponiendo el momento en el que tenga que entrar cuando se abre la puerta principal. La voz de mi madre se desvanece en el aire nocturno, habla con tanta suavidad que solo puedo escuchar algunas de sus palabras.

–...gracias por visitar... necesita en este momento... tan buen amigo....

Pronto la puerta se cierra y escucho pasos sobre mi cabeza, giro y encuentro los ojos oscuros de
Alex.

Baja las escaleras y se sienta a mi lado.

–Hola –dice.

–Hola, ¿ya te vas?

–Solo vine para darle a Owen la partitura de su parte en la orquesta y su iPad. Lo dejó en mi casa la semana pasada –su boca se retuerce cuando habla, como si estuviera reprimiendo una mueca.

–¿Dónde está tu auto? –miro hacia la entrada de autos otra vez. Estaba tan desencajada cuando Charlie me trajo a casa que no me sorprendería haber pasado por alto su auto, amarillo brillante y todo.

–Caminé.

–¿Caminaste? Son cinco kilómetros.

–¿Y?

Tira de un hilo suelto en sus jeans. Tira y tira hasta que el hilo se separa de su pantalón. Lo enrosca en su dedo y luego lo lanza al suelo. Lo observo por unos segundos más, preguntándome por qué no se quedará a cenar. Generalmente cena con nosotros un par de veces a la semana, al igual que Charlie. Son una extensión de Owen y de mí, nuestras estrellas vecinas. Pero no estoy segura si Charlie volverá a poner un pie en mi casa. Empiezo a asimilar lentamente la idea de que nunca volverá a ser como antes.

–¿Tú y Owen se pelearon? –pregunto. Alex no se mueve, pero la piel alrededor de sus ojos se tensa.

–Por supuesto que no. Quiero decir, soy un buen amigo.

Se impulsa para ponerse de pie y comienza a alejarse.

–Ey, espera –digo, parándome también. Echo un vistazo a mi casa, las ventanas cálidamente iluminadas, la cena que mis padres probablemente están sirviendo en la mesa, cuatro platos en los lugares indicados. La pequeña familia perfecta–. ¿Quieres que te lleve?

La luz del porche apenas ilumina su rostro y sus manos están dentro de sus bolsillos. Alex nunca ha sido fácil de leer, pero casi puedo sentir algo inclinándolo hacia mí, de la misma forma que yo me inclino hacia él.

–Sí, bueno.

Saco las llaves de mi bolso y pronto estamos encerrados dentro del auto que comparto con Owen, las llantas chillan cuando saco el auto del estacionamiento demasiado rápido. Mi casa se desvanece en el espejo retrovisor y es como si me sacara un peso de encima. Bajo las ventanillas y paso mi mano libre por la apertura, sintiendo el aire frío de la noche en mis dedos y en mi cabello. Alex hace lo mismo, reposando su cabeza contra el asiento, su brazo colgando de la ventana.

Cerca al centro, la calle de la casa de Alex se asoma por la derecha y enciendo las luces de giro, disminuyendo la velocidad para girar. Lentamente… lentamente…

Sobre la consola, encuentro su mirada. No dice nada, ni siquiera parpadea, pero el rastro de la sonrisa más pequeña se asoma en su boca suavizando la expresión tensa que tenía en mi casa. Es suficiente para que acelere y pase de largo por su calle.

Paseamos en el auto por un rato, satisfechos con escuchar música y sentir cómo nos movemos por la tierra. Cuando estaciono en el cementerio de Orange Street, Alex se ríe.

–Sabes que me gusta ir a otros lugares también –dice.

–¿En serio? –saco las llaves del encendido–. Pensé que eras fanático de las lápidas a tiempo completo.

Chasca sus dedos dramáticamente.

–Maldición, me olvidé el violín otra vez.

Río, feliz de ver al Alex de Galaxia Resplandeciente, al Alex libre de Owen quien estoy comenzando a sospechar es el verdadero Alex. Los rayos de la luna llena atraviesan la ventana y el brillo plateado hace que sus ojos bailen.

–Bueno, no es sobre las lápidas para mí –replico–. Es sobre las historias.

Me sigue cuando salgo del auto y subimos la pequeña colina que tiene una cresta antes de hundirse en una especie de valle, las lápidas parecen brillar en la oscuridad. El río resplandece más allá de ellas, su superficie destella debajo de la luna.

–Guau –suspira Alex.

–Sí. Es hermoso.

–De una manera escalofríate.

–Es más sombrío que escalofriante. Sombrío y hermoso.

–Has pasado demasiado tiempo con Charlie.

Intento reírme ante el comentario, pero la risa se atasca en mi garganta. En cambio, entrelazo mis dedos con los suyos y comienzo a bajar por la colina. No se aleja, solo envuelve mi mano con la suya, casi haciéndola desaparecer.

Cuando llegamos abajo, lo suelto. El sentimiento de una mano en la mía es tan familiar, pero tan diferente con Alex. Es intenso y da miedo, y un destello de culpa se enciende en algún lugar de mi pecho. Me alejo un paso de él, recuperando el aliento mientras leo el primer epitafio.

Deambulamos entre las lápidas por un rato y Alex se da cuenta bastante rápido de que estoy buscando a chicas que tengan más que hija o madre o esposa en sus lápidas.

–Aquí hay una hermosa amiga –dice, en cuclillas de frente a una piedra que parece ser antiquísima.

Me uno, arrodillándome sobre el césped teñido de plata.

–*Naomi Lark, 1899-1920.* Dios, hay tantas mujeres jóvenes aquí.

Asiente con la cabeza, pasando los dedos gentilmente sobre las palabras gravadas en la piedra, se me forma un nudo en la garganta.

–Me gustaría que, algún día, eso esté escrito en mi lápida –dice poniéndose de pie y desempolvándose las manos–. Hermoso amigo. Es sencillo, pero... diablos, qué legado.

Le sonrío, pero pienso en Hannah, Charlie y yo hoy más temprano. Había cierta belleza en nosotras tres amuchadas y llorando en la cama de Hannah, manteniéndonos enteras las unas a las otras. Una especie de belleza, pero también una especie de fealdad por el motivo por el que estábamos allí, por la persona por la que estábamos allí. Por la sensación de desmoronamiento que sentía debajo de mi piel, como una constelación que está siendo dividida en dos.

–Hoy el señor Prior me echó de su casa –digo.

–¿Fuiste a ver a Hannah? –Alex alza una ceja y yo asiento–. ¿Cómo... está?

Comienzo a caminar hacia el río y Alex me sigue. No respondo por un tiempo, de repente parece una pregunta muy complicada. El agua corre sobre sí misma, nos invita a acercarnos, la luna se refracta en la superficie del río. La escena parece estar sacada de una vieja película en blanco y negro.

–Está triste –respondo finalmente, deteniéndome donde el terreno se hunde y la hierba es más larga a los costados del río–. Y enojada.

Junto a mí, Alex suspira.

–¿Y su padre te echó?

–Sí. También está triste y enojado.

–Pero tú no hiciste nada. Owen fue el que…

Mis ojos en los suyos hacen que no termine la oración. Desvía la mirada, pero incluso en la oscuridad, puedo ver la fuerte confusión en su rostro. Su mano encuentra la mía y nuestros dedos se entrelazan torpemente en un intento desesperado de aferrarse a algo.

Nos quedamos allí parados por unos minutos, callados, los muertos descansan detrás de nosotros y la vida palpitante del río delante nuestro. Fluye con tranquilidad, como si estuviera intentando lograr la paz en el medio del caos. De repente, todo se siente demasiado pesado. Me hundo en la hierba, mis piernas dobladas debajo de mí.

–¿Por qué nunca hemos hecho esto antes? –pregunto. Alex se sienta a mi lado, con los codos sobre sus rodillas.

–¿Qué? ¿Brincar por un cementerio? Hicimos eso ayer.

Golpeo su hombro y se ríe.

–Me refería a pasar tiempo juntos.

–Hemos pasado tiempo juntos.

–No solo nosotros.

Se encoge de hombros.

–No sé por qué. Deberíamos haberlo hecho. Al menos, lo estamos haciendo ahora.

Levanto la vista y encuentro un cielo despejado. El cementerio está lo suficientemente alejado del centro de Frederick como para que las estrellas parezcan miles de pequeñas luces nocturnas encendidas en la oscuridad.

Aunque nos conocemos desde siempre y hemos compartido clases y hemos participado en los mismos conciertos de Navidad por años, Alex y yo nunca hemos pertenecido el uno al otro, nunca nos hemos buscado.

Y nunca me sentí tan desesperada por cambiar eso, por los dos.

–Cuéntame algo –digo.

–¿Cómo qué?

–Algo que no sepa sobre ti.

Frunce los labios, se le asoma una pequeña sonrisa.

–Oh, Dios –digo–. Pasear por el cementerio con tu violín es tu único hobby, ¿no?

Alex suelta una carcajada y asiente con la cabeza.

–Me descubriste.

Una brisa helada pasa entre nosotros y me acerco un poco más hacia él.

–En serio.

Suspira.

–¿En serio? Odio actuar.

–Oh. Solo estamos hablando.

Me da un suave empujoncito, pero no se aleja.

–No. Quiero decir, eso es lo que te estoy contando. Odio actuar, tocar el violín en público.

–¿En serio? Pero... eres increíble.

Se encoje de hombros.

–Me gusta tocar, no me malentiendas. En mi habitación. O en los ensayos solo con la orquesta.
Pero odio los conciertos. Todos esos ojos sobre mí mientras les entrego pedacitos de mi alma. Me estresa.

–Guau, ¿pedacitos de tu alma? –bromeo, pero entiendo lo que está diciendo. Por eso mismo nunca aprendí a tocar la guitarra o a escribir canciones, aún cuando he querido hacerlo desde la primera vez que Charlie se ofreció a enseñarme en segundo año. Es solo demasiado... yo. Los artículos para Empoderar son distintos, partes

de mi mente y opiniones que tengo que exteriorizar porque no estoy diciendo tantas otras cosas. Pero la música… es emoción pura.

Alex se encoje de hombros.

–Compito por primera silla porque es algo que siento que tengo que hacer, ¿sabes? Estoy en una escuela de artes escénicas porque a mis padres les gusta el programa académico y porque es bueno para las aplicaciones para la universidad. Soy capaz de ser primera silla. Por lo tanto, lo hago.

–*¿Qué quieres hacer?*

Se frota la nuca.

–¿Honestamente? Estudiar historia. Tal vez ser profesor algún día. Realmente disfruto la clase de la señorita Cabrero. Se divierte, ¿sabes?

–¿De verdad? La mamá de Charlie era profesora de historia antes de ser directora.

Inmediatamente, deseo poder retractar la comparación. ¿Por qué estoy hablando de Charlie en este momento? Por suerte, Alex solo sonríe y asiente con la cabeza.

–Me gustan las historias –continua–. La forma en que un evento puede impactar los siguientes cien años, la forma en que podemos solo… saber que estas vidas fueron vividas y cuánto hemos sido cambiados por ellas.

–*Guau.*

–Ese es el verdadero motivo por el cuál vengo al cementerio a veces. Quiero decir, me gusta la tranquilidad, pero tienes razón: es sobre las historias, vidas ya vividas. Me hace sentir… –su voz se fue apagando, sus ojos distantes.

–¿Qué? ¿Cómo te hace sentir?

Me mira a los ojos.

–Valiente. No tan solo.

Mi garganta se tensa y lo único que puedo hacer es mover la cabeza y asentir.

–¿Qué hay de ti? –pregunta, acercándose. Podría rozar su frente con la mía si me moviera unos centímetros.

–¿Qué hay sobre mí?

–¿Te gusta cantar? ¿Eso es lo que quieres hacer?

–¿Honestamente? No lo sé. Me gusta. A veces, hasta me encanta, pero siento algo parecido a ti.
La parte de actuar en público me resulta difícil. Por eso nunca me presento a audiciones para solos o para los roles importantes en los musicales.

–Deberías –dice–. Te he escuchado cantar. Eres asombrosa.

Se me revuelve el estómago.

–Bueno, tú también eres asombroso en el violín. Eso no significa que eso es lo que debemos hacer. Creo que serías un historiador increíble.

Sonríe.

–Pero –continúo–, no sé qué otra cosa haría.

–Tus artículos de Empoderar son realmente buenos. ¿No te gustaría ser periodista? ¿O escribir libros? ¿O algo así?

–¿Lees mis artículos de Empoderar?

–Cada uno de ellos desde que comenzaste.

–¿En serio? Owen cree que son ridículos, como si fuera un gran chiste.

Alex sacude la cabeza. Luego extiende una mano y toma el mechón de cabello que cae sobre mi mejilla. No jala ni peina el mechón, solo lo acomoda detrás de mi oreja. Siento escalofríos en mi brazo y no puedo darme cuenta si me gustan o no.

–No son ridículos. Son tú, Mara. Ese sobre el doble estándar del sexo del año pasado, ¿recuerdas? Se lo envié a mi hermana. Le encantó, hizo que lo leyeran todos sus amigos. Y todos en la escuela hablaron de eso por días. Fue importante.

Solo lo miro, con lágrimas ardiendo en mis ojos.

Porque tiene razón. Esos artículos son lo que quiero decir, las palabras que puedo decir, porque estoy demasiado asustada y soy demasiado pequeña para decir otras palabras. Las palabras correctas.

–Greta tomó mi lugar en Empoderar –le digo.

–¿Qué? ¿Renunciaste?

–No exactamente. Fue más parecido a una invitación a renunciar.

–Oh. Guau. ¿Puede hacer eso?

–Era lo que correspondía. Por ahora –me encojo de hombros. Su rostro cambia cuando entiende lo que estoy diciendo.

–Oh.

–Sí.

–Lo lamento.

–No es tu culpa.

Asiente y pasan unos segundos antes de que vuelva a hablar.

–Es la culpa de alguien –sus mejillas y sus labios se crispan, su voz es gruesa y baja, y me doy cuenta de que está intentando no llorar.

Siento mi corazón débil y frágil en mi pecho, porque ambos sabemos quién es ese alguien. Tomo impulso y me apoyo en mis rodillas y acorto los pocos centímetros entre nosotros.

–Alex –deslizo mis manos por sus brazos, su suéter suave y mullido debajo de mis dedos. Él cierra los ojos y respira entrecortadamente. Tomo sus hombros y luego paso mis manos por su cuello, y por su rostro. No sé por qué. No sé qué estoy haciendo. Estoy asustada y los recuerdos amenazan con asomarse y comerme viva, pero hay algo que necesito aquí. Algo que me necesita.
Algo sobre esto se siente bien, y sí que necesito que algo se sienta bien.

Él también se impulsa, se apoya sobre sus rodillas y me envuelve con sus brazos, los desliza alrededor de mi cintura lentamente, como si estuviera esperando a que me alejara. No lo hago. En cambio, acerco su rostro al mío hasta casi chocar nuestras frentes. Luego nuestras narices.

–¿Estás... estás segura? –susurra, su aliento es cálido sobre mi boca.

Por un segundo no lo estoy, cuando recuerdo que mi corazón está a kilómetros de distancia con una guitarrista morena y, probablemente, siempre estará con ella. Hay otra fracción de segundo en la que todos mis sentidos asimilan su expresión, analizan la presión de sus dedos, buscan una amenaza. Pero no encuentran ninguna, y todos esos segundos se concentran en un pozo profundo de necesidad en mis entrañas.

Lo beso. Simplemente poso mis labios sobre los suyos una vez. La leve aspereza de sus mejillas me raspa la piel y me hace desear un rostro más suave, pero también es embriagador. Diferente. Presiono mi boca sobre la suya, abriendo sus labios con los míos. Él responde al beso suspirando en mi boca y deslizando una mano hacia arriba para tomar la parte de atrás de mi cabeza. Todo inicia con delicadeza, pero luego nuestro beso aumenta de temperatura, de desesperación. Manos en un apuro demencial por un tipo de contacto que casi nunca sentí en los últimos cuatro años a menos que sea con Charlie. Hay algo triste en este beso, y eso también se siente bien.

Siento formarse una ola de pánico, pero no se asienta. El pánico soy yo, no es él, y realmente quiero esto. Quiero ser capaz de quererlo, y más que eso, de efectivamente tenerlo. Me acerco a él, aferrándome, y su boca se aleja de la mía y se posiciona justo debajo de mi oreja, pasea por mi cuello y prende fuego mi piel, incluso con el aire frío que nos rodea. La llanura de su pecho, la aspereza de su mandíbula sobre mi piel, la sensación de él se siente increíble. No he besado a un chico desde segundo año del secundario, cuando salí con Mathias Dole por un par de meses. Era aburrido y seguro, me dejaba elegir a dónde ir en citas, me dejaba iniciar todo contacto físico entre nosotros, lo que casi nunca hacía. Nada más que besos. No he estado con otro chico desde ese momento.

Para ese entonces, ya estaba demasiado interesada en Charlie.

Las manos de Alex se mueven por mis costillas y una parte de mí sabe que lo sigo estando. A la mayor parte de mí, no le importa. Tomé mi decisión y ella me dejó.

Presiono mi cabeza sobre su cuello, inhalar su aroma me recuerda al otoño y a los campamentos y a correr. Poco a poco, nuestros movimientos se lentifican, nuestros besos se disipan, pero sigo acurrucada en él y nos quedamos así por un largo rato, arrodillados sobre la hierba. Mi cabeza acomodada en su hombro, sus brazos subiendo y bajando por mi espalda, creamos nuestro pequeño rincón en el mundo. No nos volvemos a besar. No lo necesitamos. Solo necesitamos esto.

Aquí, no existe Owen. Ningún hermano gemelo. Ni siquiera existen Charlie o Tess. Solo estamos Alex y yo. Toda nuestra confusión y dolor se transforman en consuelo.

Y por ahora, eso es suficiente.





C13

Para cuando dejo a Alex y estaciono en mi casa, son casi las nueve de la noche. Reviso mi teléfono por primera vez en toda la noche después de estacionar. Mamá me ha enviado mensajes y llamado unas cinco veces, así que sabé que estoy en serios problemas con ella.

Saliendo del auto, siento una repentina urgencia de hablar con Charlie. Siento algo en mi pecho que no puedo describir, parte alivio, parte culpa. Sé que ese último sentimiento no tiene ninguna razón para estar allí, pero me sigue molestando mientras subo las escaleras. Tal vez si solo hablo con ella y le cuento que estuve un par de horas con Alex, tal vez hasta podría contarle que nos besamos, porque eso es lo que hacen las mejores amigas. Necesito que me diga que está bien.

Antes de que pueda pensarlo dos veces, tecleo su nombre en mi pantalla. Charlie odia hablar por teléfono, pero necesito su voz. Solo tendrá que superar el tema de la llamada. Suena un par de veces

hasta que el clic característico suena en mi oído, pero no hay ningún saludo desde el otro lado, solo algunos crujidos.

–¿Hola? –digo.

–No lo… –escucho a Charlie decir, pero su voz es distante. Como si no fuera ella quien sostiene el teléfono.

–Oh, por favor, debería hablar con ella, ¿no te parece? –una voz femenina que no reconozco. Una risa.

–Tess, te pedí que no respondieras…

Hay más ruidos extraños, otra risa y luego otro clic cuando alguien termina la llamada.

Miro a la pantalla, intentado reprimir las lágrimas punzantes. Meto mi teléfono en el bolsillo trasero de mi pantalón y me obligo a subir las escaleras y a entrar en mi casa.

Mamá me aborda en el minuto que cierro la puerta. Está parada en el vestíbulo de entrada, mirándome con las manos en las caderas y sus curvas están peinadas en un rodete descuidado.
Luce cansada. Últimamente, pareciera que todos están cansados todo el tiempo. De repente, también me siento así, toda la euforia del río y Alex disuelta por esa pequeña risita en el teléfono.

–¿Dónde has estado? –pregunta mamá.

–Afuera –la rodeo y entro en la cocina. Abro el congelador de par en par y tomo un pote de helado de crema y galletas que recuerdo haber visto esta mañana.

–¿Afuera? –repite siguiéndome–. ¿Eso es todo lo que tienes para decir? Hace días que apenas te veo.

–Estaba en lo de Charlie, eso es todo –la mentira quema como hielo sobre mi lengua, más frío que el helado que estoy metiendo en mi boca. Doy otro cucharón y encamino hacia las escaleras–.
Tengo tarea.

Me detiene con una mano sobre mi brazo.

–Mara, ¿qué está pasando? Habla conmigo, cariño.

Hay tantas cosas que quiero decirle. Cuánto extraño a Charlie, que recién había besado a Alex debajo de la luna. Cosas que una hija debería poder hablar con su madre bebiendo té caliente. Pero hay tantas cosas que no dije que me impiden decir algo en absoluto. Cómo siento a mi hermano, mi familia y a mí partirnos en dos. Cuán asustada estoy todo el tiempo. Cómo, por los últimos tres años, al menos una vez por semana, tengo una pesadilla en la que pierdo mi voz, los dedos del señor Knoll me arrancan las cuerdas vocales de mi garganta.

Cómo, ayer por la noche, tuve el mismo sueño, excepto que esta vez, eran los dedos de Owen y mi voz brillaba como un diamante opaco en la palma de su mano. Estaba literalmente sin palabras, nada más que un corazón roto.

–Estoy cansada, mamá.

Frunce el ceño, pero libera mi brazo y asiente con la cabeza, sus ojos se deslizan hasta mi hela- do.

–Eso no es una cena. Podría calentarte unas sobras.

–Estoy bien.

Me estudia por unos largos segundos, con los ojos entrecerrados. Mamá siempre ha creído que una buena competencia de miradas termina con alguien confesando. Cuando tenía diez años y rompí un portarretratos que estaba en el marco de la chimenea mientras corría por la casa intentando golpear a Owen con una manta, culpé al gato que teníamos en el momento, Zipper. Mamá se cruzó de brazos y me miró fijamente con una expresión de Ah, ¿en serio? Hasta que cedí. Se ha mantenido fiel a esta táctica, incluso cuando dejó de ser efectiva. El verano después de lo del señor Knoll, me miraba durante la cena, el único momento cuando me aventuraba fuera de mi habitación. Sus ojos destellaban una especie de hambre mientras esperaba que hablara con ella. No me quebré en ese momento y no me voy a quebrar ahora. Esto no es un portarretratos roto.

–Está bien –dice finalmente–. Pero saluda a Owen, ¿sí? Mencionó que no te ha visto mucho últimamente. Te extraña.

Me detengo a medio camino, siento un grito subir por mi garganta como una inundación. Odio que suene tan tranquila, que se comporte tan normal, cuán segura está de que Owen sigue siendo el

mismo Owen con el que crecí, el Owen que sostenía mi mano en las estrellas.

Como si sintiera mi vacilación, suspira.

–Mara, por favor. Te necesita.

Mi hermano solía necesitarme, pienso. Owen McHale no me necesita.

Pero luego, la triste voz solitaria de ayer por la noche se filtra en mi cabeza, el delicado humo de una vela. Por favor, sigo siendo yo. Solo yo.

Sin mediar otra palabra, subo las escaleras. Gotas de condensación se acumulan entre mis dedos, el cartón del helado se ablanda. Me meto otro cucharón en la boca, pero casi no puedo tragarlo. En camino a mi habitación, lanzo el pote de helado con la cuchara incluida en el cesto de basura del baño.

–¡Mar! –su voz hace que se me revuelva el estómago. No esperaba eso, la forma en que su voz me sobresalta tanto. Camino hacia su habitación meticulosamente ordenada, algo rojo llama mi atención.

Algo rojo y otra voz femenina que no reconozco.

Me detengo en su puerta. Está sentado sobre su cama, con la espalda contra la cabecera, y un libro de texto abierto sobre su regazo.

Hay una chica al lado de él. Su cabello es extremadamente liso y casi negro, su camiseta rojo cereza es brillante y vibrante. La risa en sus labios desaparece cuando me ve.

–Hola, Mar –me saluda Owen, sonriendo–. ¿Qué cuentas?

–Nada –respondo.

–Conoces a Angie, ¿no? –señala con la cabeza a la chica–. Toca la flauta.

–Sí, claro –la estudio, recuerdo su nombre de mi clase de Historia de la Música del año pasado, pero el cabello de esa chica tenía tantos rulos que casi parecía estar vivo–. Alistaste tu cabello.

–Oh, sí –se ríe nerviosamente, jalando de su cabello–. A veces, me lo aliso –sigue retorciendo su cabello, sus ojos van de Owen a su libro, una y otra vez. Él la golpea suavemente con el codo y su sonrisa se amplía.

–Estamos estudiando para Cálculo –dice Owen–. Un dolor de cabeza, ¿quieres unirte?

Lo escucho hablar, pero mi cabeza ya está en otro lugar, ya salió de casa y atravesó los árboles hasta el lago, y está con Hannah, llorando en su cama.

–¿Mar?

Me sobresalto, mi nombre me trae devuelta a la habitación de Owen. Hay algo casi maníaco en sus ojos. Un brillo febril, una

especie de expectativa, como si fuera mamá esperando que ceda, como si esperara que la anoche anterior hubiera arreglado algo entre nosotros. Respondió alguna pregunta. Pero sé que no lo hizo. Lo sabía en ese momento y ahora lo sé todavía más. Sin embargo, me siento imitando sus movimientos, como siempre lo he hecho. Es instintivo. Una cosa de gemelos que siempre he amado.

–No –respondo–. Estoy bien, paso.

Su sonrisa esperanzada se desvanece, pero asiente e inclina la cabeza hacia su ventana.

–¿Géminis más tarde? –a su lado, Angie alza una ceja, claramente curiosa, pero él no ofrece una explicación. Solo me mira, las puntas de sus dedos juegan con las esquinas de las hojas del libro.

–Mmm…

–Vamos, Mara. Nuestros gemelos han sido seriamente descuidados –una leve sonrisa se asoma en su boca–. ¿Por favor?

–Estoy… estoy muy cansada. Solo… pronto. Lo haremos pronto, ¿sí?

Se desploma contra la cabecera de la cama, pero asiente con la cabeza.

–Sí. Ok. Pronto.

–Buenas noches, Angie –digo suavemente. Siento que estoy temblando, pronto, una esperanza desesperada aporrea mi corazón contra mis costillas.





C14

La noche siguiente, el viaje en auto a Nashville con Charlie está lleno de mucha música y nada de conversación. La escuela fue un asco, susurros me seguían en los pasillos como fantasmas maliciosos. Cada vez que veía a los amigos de Owen riéndose, no podía decidir si querría llorar una hora en el baño o arrancarles la cabeza. Me conformé por ninguna, mantuve la cabeza baja en los pasillos y mi boca cerrada en clase. El nombre de Owen estaba por todos lados, pero no lo vi en todo el día, lo que fue un alivio.

Estuve más sola que nunca.

Entre el segundo y el tercer período, Angie me saludó con la mano en el pasillo. Y sonrío. Y dijo "Hola, Mara". Su sonrisa desapareció cuando solo me quedé mirándola, congelada por la suave expresión en sus ojos. Desvió la mirada rápidamente y se aferró a los libros que abrazaba contra su pecho. Para cuando salí del trance y me di cuenta de que me estaba comportando como una idiota, ya se había ido.

Almorcé con Alex en la escalera principal, no estoy segura si Charlie nos vio. Tampoco estoy segura si le importaría siquiera. Ahora mismo, no sé qué decirle, tengo un millón de preguntas sobre Tess en mi cabeza, pero no tengo derecho a hacerle esas preguntas. Me besé con un chico hace menos de veinticuatro horas.

Y no me arrepiento. Quería besarlo. Pero hay algo más que se arremolina en mi pecho que no puedo comprender. No es arrepentimiento, es como una sensación de que… falta algo. Probablemente, por eso mismo ni Alex ni yo mencionamos el beso durante el almuerzo. No nos tocamos. No nos tomamos de la mano, ni siquiera nos saludamos con un abrazo. Solo hablamos de cosas sin importancia y comimos nuestras hamburguesas con queso recalentadas de la cafetería y estuvo bien.

Ahora, después de clases, Charlie está inquieta junto a mí, en su auto. Ajusta la temperatura, la velocidad del ventilador, cambia de canción, el volumen y revisa el espejo retrovisor una y otra vez.
Es sorprendente cuánto se puede mover una persona mientras conduce.

–¿Nerviosa? –le pregunto después de que escucha más o menos diez segundos de cada canción de un disco entero de Silversun Pickups antes de rendirse y decidirse por el último EP de Flaurie.

–No, por supuesto que no –responde sin expresión–. Estoy a punto de tocar en uno de los mejores escenarios de Nashville, nada más y nada menos. Nada importante.

–Lo lamento, fue una pregunta tonta.

Charlie exhala ruidosamente.

–Es solo que... ¿y si a nadie le gusta lo que toco? ¿Y si me abuchean hasta que salga del escenario? ¿Y si...?

Charlie pasa sus dedos sobre el dobladillo de su camiseta con encaje debajo de una camiseta amplia.

–¿Luzco como... luzco como un chico?

–Luces como Charlie –respondo automáticamente, no porque esté intentando apaciguarla, sino porque es verdad. Charlie es hermosa y fuerte. Ama la máscara de pestañas y las corbatas de hombres, las botas de combate grandes y los jeans ajustados. Ama las canciones melancólicas de cantantes femeninas y los waffles con mantequilla de maní y a Harry Potter casi más que a la vida misma. Ella es Charlie, como yo soy Mara y como Hannah es Hannah–. ¿Cómo quién quieres lucir?

Se encoje de hombros.

–Hoy me siento mucho más... femenina, supongo, pero ¿por lo menos luzco femenina? Quiero lucir como yo misma. ¿Sabes? Expresarme.

–Pero sí luces como tú.

–No siempre siento que sea así, ¿sabes?

–Creo que todos nos sentimos un poquito así. Por lo menos, a veces –asiente con la cabeza e inmediatamente me siento horrible–. Lo siento. No quise sonar como que no es algo importante.

Charlie se relaja y me sonríe suavemente.

–No entiendo cómo me siento la mitad del tiempo. Bueno, eso no es verdad. Sí lo sé. Sé cómo me siento. Creo que solo quedo en el medio de cómo me siento y de cómo creo que debería sentirme. Nací siendo chica, ¿no? Así que debería sentirme como una chica todo el tiempo, ¿no es así?

–¿Deberías? ¿Según quién?

–De todas formas, ¿qué significa sentirse como una chica? –presiona sus labios en una línea recta.

–Exactamente.

Suspira y suelta un ugh. Quiero tomar su mano, decirle que la quiero. Eso es verdad sin importar cómo se sienta, más allá de Tess o Alex.

Así que lo hago. Tomo sus dedos que están bailando cerca del botón de descongelar, a pesar de los casi veinte grados de afuera, y los entrelazo con los míos.

–Te quiero. Lo sabes, ¿no? –intento no colmar las palabras de sentimiento, o por lo menos, de cualquier tipo de anhelo, inyectando fortaleza y estabilidad en mi voz.

Ella asiente con la cabeza y estruja mi mano, manteniendo los ojos en el camino y no me suelta hasta que llegamos al estacionamiento de 3rd & Lindsley.

–Mara –dice apagando el motor. Nuestras manos se separan–, sobre lo que pasó anoche. No quise que Tess…

–Está bien –la interrumpo desabrochando el cinturón de seguridad y abriendo la puerta del auto. Si hablamos de Tess, hablamos de Alex, y no quiero hablar de ninguno de los dos.

–Pero…

–Tienes una audiencia que cautivar –empujo su hombro hacia su lado de la puerta–. Así que vamos a cautivarla.

Sonríe, pero su expresión se transforma rápidamente, los nervios se filtran en su rostro.

–A cautivar –repito otra vez, deteniéndome en cada sílaba e inclinando mi cabeza para que tenga que verme a los ojos.

Asiente con la cabeza, respira bien profundo y toma mi mano, estrujándola una vez más.

3rd & Lindsley es un bar oscuro con pisos negros y camareros llenos de perforaciones y tatuajes. En el segundo piso hay un montón de mesas, sillas y gente cenando y bebiendo cerveza. El primer piso

es donde está toda la acción: un escenario gigante con un set de batería, varios pies de micrófonos y un montón de cables. Frente al escenario, una multitud espera a que comience el espectáculo

Me empujan por todos lados mientras Charlie y yo seguimos, por un costado de la habitación, a un tipo llamado Grant, que tiene una afinidad por la palabra amigo, para que Charlie pueda hacer una prueba de sonido. Cómo la hacen con una multitud de personas, no tengo idea.

–¡El tipo del sonido tiene auriculares! –Charlie grita cuando le transmito mi pregunta.

–Bien, amiga –dice Grant, deteniéndose en la puerta que conduce tras bastidores. Su cabeza rapada brilla debajo de las luces del escenario–. Sigue por aquí y deja tus cosas, luego acomoda tu guitarra en el escenario. Tocarás tercera, así que puedes esperar tras bambalinas hasta que sea tu turno, ¿te parece bien?

–Sí –responde Charlie vagamente, con los ojos muy abiertos mientras asimila la situación.

–¿Está todo bien? –pregunto. Grito, en realidad.

Asiente con la cabeza, tragando fuerte.

–¿Puedo ir con ella? –le pregunto a Grant.

–Lo siento, amiga. Solamente músicos. Vamos a cuidarla. Puedes buscar un lugar entre el público.

–¿Estarás bien por tu cuenta? –Charlie me pregunta al mismo tiempo que Grant gesticula hacia la puerta.

–Sí, por supuesto –respondo, pero ya me siento atrapada, todos esos cuerpos detrás de mí, encerrándome como paredes–. Buena suerte. Sonarás genial, lo sé.

Presiona su mano libre contra su estómago, su otra mano está tensa en la funda de su guitarra.

–Intenta conseguir un lugar cerca, ¿sí? ¿Para poder verte?

–Por supuesto.

–Bien. Bien, adiós.

Sin embargo, no se mueve, solo se queda allí, mordiéndose el labio. Detrás de ella, Grant no está nada contento, articula algo parecido a adolescentes mientras mira con odio a su teléfono.

Paso mi mano sobre la cabeza de Charlie, solo una vez, de manera juguetona, luego la hago girar en el lugar y presiono la palma de mi mano contra su espalda, empujándola hacia la puerta. Ella entra y comienzo a esquivar al tumulto de gente para acercarme al escenario. Cuando consigo un lugar a un par de filas del escenario, Charlie ya está de pie afinando su guitarra. Estoy sin aliento y me sudan las manos. Estallan carcajadas a mi izquierda, alguien grita a mi derecha, y algo se derrama de un vaso y termina cerca de mis pies. Encierro mis manos alrededor de mis codos y me mantengo así hasta que las luces se atenúan todavía más y el primer músico sale a escena.

Es un chico más o menos de nuestra edad, con cabello enmarañado y rasgos indefinidos. Canta una canción emo y angustiante sobre lamentar un amor perdido al deambular por el bosque o algo así. Es decente y tiene un tono muy suave, pero no entretiene a la multitud por mucho tiempo. Aun así, varios lo alientan cuando termina, muchos puños en el aire y oh, sí.

La siguiente intérprete es una chica de tez oscura con un hermoso cabello enrulado, y comienza a cantar un aria que reconozco de la escuela, cuyo nombre no puedo recordar. Bajó el tono de la canción y lo acompaña con una guitarra acústica, su voz es muy rústica. De alguna forma, funciona, la multitud presta un poco más de atención que con el chico emo.

Finalmente, la chica se va dando zancadas del escenario. Hay una pausa mientras un técnico sube un poco el micrófono y revisa un pedal en el suelo. Charlie es la siguiente. Los nervios en mi estómago se cierran como un puño.

Y luego está frente a mí, alta y elegante, todo rastro de nerviosismo desapareció. Saluda a la audiencia y dice su nombre en el micrófono, su voz es clara y ligera. Perfecta. Mientras habla, sus ojos nadan entre la gente y encuentran los míos antes de terminar de decir su apellido.

–Esta canción es para ti –dice y vuelve a pasear la mirada entre la multitud.

Luego, comienza a tocar. Los primeros acordes son suficientes para darme cuenta de que nunca he escuchado esta canción antes.

Sal conmigo a caminar,

no te tienes que ocultar,

nuestras máscaras se desmoronan.

Abrumadoras sonrisas bajo nuestros pies,

palabras se mezclan con humo y calor,

un millón de chicas que no pueden hacer un sonido.

Fuerza y belleza,

es una máscara, es un laberinto,

cómo puede ser que sigamos de pie.

Fuerza y belleza,

es una pelea, es una etapa,

no me digas que no conozco mi lugar.

Charlie no vuelve a mirarme, pero no puedo apartar la vista de ella. La habitación está mucho más silenciosa que ante los últimos dos artistas, todos están absortos. Su voz es ronca, pero también suave como el río que fluye sobre las rocas. La canción… Dios, esta canción. Casi duele, es tan cruda. Tan… Charlie. Ni siquiera puedo pensar mientras la escucho, intento memorizar la letra para poder repetirla una y otra vez en mi cabeza más tarde.

–Diablos, es muy buena. Es realmente asombrosa –dice un tipo a mi lado. No sé si me está hablando a mí, a sus amigos o al universo mismo, pero no importa. Sonrío con facilidad al escuchar a un extraño, sin ninguna relación con Charlie o conmigo, alabarla. Viéndola realmente.

–Sí. Es mágica, ¿no? –replico.

Nadie responde, pero no necesito que lo hagan. Solo necesito esto. A Charlie.

Me escurro entre la multitud, necesito acercarme todavía más al escenario, Charlie es electricidad sobre mí. La canción se intensifica, febril mientras repite el estribillo otra vez.

Fuerza y belleza,

es una máscara, es un laberinto...

Se mueve con gracia en el escenario, no se desplaza demasiado, pero lo suficiente como para captar la atención de cualquiera que la mire. Su cabello corto, su blusa con encaje, sus botas de combate y su guitarra. No tengo idea de por qué quiere esconder todo esto de sus padres. Amarían verla sobre este escenario.

Amarían todo esto.

Cuando canta, apenas puedo quedarme quieta. Siempre ha sido así, algo fluorescente y casi radioactivo arde en mis venas. Y no es solamente porque me gusta su música, su voz, ella. Hay algo dentro

de mí que se enciende cuando toca, una parte fundamental de mí que está anhelando y luchando por liberarse.

Por algo Charlie es ampliamente considerada la mejor cantante en la escuela. Su voz es como el hijo ilegítimo entre Adele y Halsey, atrapa a todos los que la escuchan y los desarma completamente. La primera vez que la escuché, teníamos catorce años y nos habíamos conocido la semana anterior, aunque se sentía como mucho más tiempo. Se sentía como toda una vida. Estábamos en su habitación y yo había hecho una broma sobre que ella era una de esas sirenas de La Odisea.
Ella sonrío, casi con timidez, y comenzó a cantar una vieja canción de una película antigua, su voz era de un estilo folk, sedosa y sensual.

Duerme, pequeño

Duerme, pequeño

Tú, el diablo y yo somos tres

No necesitas otro amor, pequeño

Casi muero en ese momento y casi muero ahora.

Quise besarla en ese momento y quiero besarla ahora. Hacer algo salvaje, algo, todo, para igualar lo que esta canción y sus palabras provocan en mi sangre ahora mismo. Gritar y correr con mis dedos atrapando el aire hasta colapsar.

Su canción termina, un golpe vehemente de su púa sobre las cuerdas de su guitarra, y el sonido vivo se asienta en la habitación.

La multitud entra en erupción.

Quiero decir, explota.

Levanto mis manos, aplaudo junto a todos los demás y salto en puntas de pie, deseando que me mire. Charlie sonríe y saluda a la audiencia con la reverencia más sutil del mundo, es pura elegancia y jadeos. Justo antes de salir del escenario, sus ojos encuentran los míos. Me guiña un ojo. Realmente me guiña un ojo y no puedo evitar reírme, algo atolondrado e infantil burbujea en mi pecho.

La audiencia no se tranquiliza una vez que ella deja el escenario. No siguen vitoreándola en realidad, pero una sensación de revuelo flota sobre la multitud. Una expectativa o un deseo, no sé. Las puntas de mis dedos cosquillean con impaciencia y estiro mi cuello entre la gente, en dirección a la puerta al escenario, esperando que Charlie salga.

Necesito que salga.

Comienzo a caminar hacia la puerta, apenas noto a la multitud estrepitosa. Finalmente, veo su cabellera oscura, sus hombros finos y la sonrisa en sus labios. Cuando me ve, su sonrisa se intensifica y me saluda con la mano, acercándose a mí. Se detiene cada dos pasos para hablar, todos quieren decirle cuán increíble es.

–Hola, oh, por Dios –dice cuando me alcanza, pasa las manos por su cabello, despeinándolo de manera casi cómica–. Esto es una locura, ¿no?

–Sí. Estuviste increíble –mis palabras suenan tan insignificantes, tan pequeñas. Pero junto a toda esa energía, también hay una timidez. La siento cada vez que canta. No estoy segura si es asombro, o envidia, o un poquito de ambas.

–¿Sí? –pregunta.

–Oh, por Dios, sí.

–¿No crees que fue demasiado...?

La interrumpo tomándola de las manos, que siempre encajaron perfectamente en las mías.

–En serio, Charlie. Eso... tú... me transportaste a otro lugar. Transportaste a todos los que estaban en esta habitación a otro lugar.

Se ruboriza.

–Esa canción –sigo, y su sonrisa se amplía– es hermosa. No, hermosa ni siquiera es la palabra indicada. No sé si hay una palabra para describir lo que es esa canción.

–¿De verdad?

–De verdad. ¿Cómo se sintió?

–Perfecto –suspira y cierra los ojos por medio segundo.

–¿Sí? ¿Fue un buen día vocal? –otra sonrisa gigante explota en sus labios.

–Lo fue. Se sintió tan bien, Mara. Y se siente tan condenadamente bien que se haya sentido así, ¿sabes?

Asiento con la cabeza, estrujando sus manos. Charlie oscila entre amar y odiar su voz. Algunos días, dice que su voz se siente como ella, que expresa lo que ella quiere y suena bella y única en sus oídos. Otros días, siente que es demasiado aguda o demasiado clara o no lo suficientemente áspera.

"Simplemente, no la siento como mi voz", me dijo una tarde soleada en tercer año. Estaba trabajando en una canción para su profesora de canto y la frustración hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas, que se rehusó a derramar.

–Me alegro –le digo.

–Fue condenadamente increíble –confiesa entre risas. Se lleva las manos a la boca y luego las apunta al escenario, donde el siguiente intérprete está acomodando su guitarra eléctrica.

–Quiero decir, no puedo creer que acabo de hacer eso.

–Lo hiciste. Y fue condenadamente increíble. Yo me sentí increíble. Toda esta habitación se sintió condenadamente increíble.

Se ríe y yo me río con ella y nos sentimos como nosotras. Nos sentimos felices, casi ebrias de euforia. Me había olvidado cuán poderoso es esto, simplemente sentirse feliz con tu mejor amiga.

–¿Me enseñarías? –le pregunto, poniendo mis manos sobre sus hombros. Está rebotando, literalmente. O tal vez soy yo. Creo que las dos estamos saltando.

–¿Enseñarte qué?

–Todo. A tocar la guitarra, escribir canciones –se ríe.

–Estuve intentando enseñarte a tocar la guitarra por los últimos dos años.

–Bueno, ahora estoy lista.

–Cabeza dura.

–Siempre.

Nos sonreímos y siento como si ahora hubiera más oxígeno en la habitación. Esto se siente bien. Esto somos nosotras, todo lo que deberíamos ser.

–Podemos empezar cuando quieras –dice con un dejo de excitación en su voz–. Justamente compré algunos libros para principiantes porque Tess quería…que…

Espero a que termine la oración y me de el golpe final, pero no lo hace. Luego, me doy cuenta de que probablemente se detuvo en seco porque dejé caer mis manos de sus hombros. Puedo sentir el dolor inesperado en mi rostro como una base de maquillaje espesa, cubriendo todas las imperfecciones.

–Oh –es lo único que digo.

–Mara…

–Está bien –saco a Tess de mi cabeza. Tess no está aquí, en una de las noches más importantes en la vida de mi mejor amiga. Yo estoy aquí. Y me niego a renunciar a esto por una persona–. Por supuesto. Podemos empezar la semana que viene.

Charlie duda, pero luego vuelve a sonreír.

–No puedo esperar a escuchar una canción tuya.

Algo afilado y esperanzador quema en mi pecho. Es pequeño, pero está allí. Por primera vez en un largo tiempo, creo que tengo algo que decir. Tal vez, finalmente estoy lista para decirlo.





C15

La mañana siguiente, me levanto famélica. Siento que tengo el estómago vacío, pero es otro tipo de hambre y pareciera que me está razgando por dentro. No puedo decidir si es una buena sensación o no. Después de que Charlie me dejó en casa ayer, pasé toda la noche intentando dormir, sin éxito. Mi cabeza estaba prendida fuego con demasiados pensamientos, canciones y palabras enterradas hace mucho tiempo.

Después me baño, en un intento por lavar la energía que penetra en la superficie de mi piel, me siento en el borde de mi cama y me seco el cabello con una toalla. Mis pies rebotan en la alfombra, siento en el pecho esa sensación de burbujas que me invade antes de un concierto escolar o el día anterior a una publicación de Empoderar. El mismo sentimiento que tuve anoche mientras Charlie tocaba. No puedo eliminar la necesidad de hacer algo, lo que sea.

Concentro mi energía en un tratamiento para el cabello, me pongo un poco de máscara de pestañas y brillo labial, siento la

presión de mis dedos contra el frío mueble del baño. Pequeñeces que ordenan mi mundo, son mi forma de asegurarme de que no voy a desaparecer. Últimamente, todas estas estrategias se estaban esfumando.

Me pongo de pie y me dirijo hacia mi clóset, intento distraerme de esta inquietud con tareas de poca importancia. Camisetas, pantalones, zapatos, cabello recogido o suelto. Mientras tomo un suéter enorme de uno de los estantes empotrados, mi mirada se detiene en una falda negra plisada que cuelga de una percha. Paso mi mano sobre la tela suave de algodón.

Es vieja y demasiado corta para mí ahora. La consideré como una opción para mi plan de sabotear el código de vestimenta, pero considerando que cuando me senté, sentí el frío de la silla de mi escritorio en la mitad de mi trasero, no cumple exactamente con el juego de los límites entre lo aceptable y una infracción.

En mi mesita de luz, vibra mi teléfono. Dejo la falda en su lugar con el resto de mi ropa y deslizo mi dedo sobre la pantalla de mi teléfono para leer el mensaje.

Hoy vuelvo a la escuela. Nos vemos en los casilleros?

Es Hannah.

Sí. Sabes que sí, le respondo inmediatamente. Estoy aquí para lo que necesites.

Me quedo mirando la pantalla mientras mis huesos asimilan el nivel de compromiso que siento con esas palabras. Se me revuelve el

estómago cuando me pregunto con qué tendrá que enfrentarse Hannah cuando ponga un pie en esos pasillos. Corredores ruidosos, con chicos y chicas riéndose, miradas de reojo y susurros. Pasillos llenos de Owen McHale.

Voy de vuelta a mi clóset y arranco la falda de la percha.

La expresión de Alex cuando me ve es casi cómica. Después de vestirme, le envié un mensaje y le pedí que me pase a buscar. No quería que nadie más me viera, Owen y Charlie inclusive, hasta que ya estuviera en la escuela. Me escondí en mi habitación e ignoré los llamados a desayunar de mi madre, hasta que vi un destello amarillo asomarse en la entrada de autos. Corrí por las escaleras, me despedí con un grito y la mochila al hombro. Salí disparada por la puerta antes de que mis padres pudieran verme.

Mientras bajo por las escaleras, intentando no arreglar mi falda, Alex sale del auto.

Me mira perplejo con la boca abierta.

–Hola... qué... mmm... hola.

Me río.

–Buen día para ti también.

Sus ojos recorren mi cuerpo, lujuria y asombro se enfrentan en sus ojos. Combiné la falda negra con una camiseta de Pebblebrook verde oscuro de mi segundo año, que abraza a mis caderas y mis senos donde debe. Mis botas altas de combate negras completan el atuendo.

Alex sigue sin poder articular una palabra y es muy tentador acercarme a él, mirarlo a través de mis pestañas. Hasta casi quiero ronronearle mientras lo hago. Estas prendas me hacen sentir sexy, hacen que quiera tocar y ser tocada, me hacen sentir en control. Pero sigue existiendo esa cosa rara entre Alex y yo. Una brecha que no puedo superar, así que por ahora solo le sonrío y me encojo de hombros inocentemente.

–¿Qué estás…? ¿Por qué estás vestida así? –pregunta.

Encojo los hombros otra vez y le ofrezco una verdad a medias.

–Es algo para *Empoderar*.

–Quiero decir… no es que no… mmm…estés linda, pero van a enviarte a casa.

–Lo sé.

Inclina su cabeza hacia mí.

–¿Tramas algo?

–Puede que sí –me río para encubrir esa mezcla de expectación y ansiedad, euforia y miedo que no puedo quitarme de encima desde que me vestí.

Los ojos de Alex se concentran en los mío, la preocupación en su mirada es inconfundible, pero antes de que pueda decir o hacer algo más, se abre de par en par la puerta de casa detrás de mí.

–Hola, hombre –grita Owen y no me doy vuelta, pero escucho sus pasos mientras baja las es- caleras–. ¿Te pedí que me vengas a buscar dormido o algo?

–Mmm... hola– saluda Alex–. No, Mara me pidió que la venga a buscar.

En ese momento, me doy vuelta. Owen está buscando algo en su mochila y su atención está ocupada en el interior del bolso.

–¿Mara? –dice, sacando su gorro azul oscuro –¿Por qué...?

Y me ve. Realmente me ve y sus ojos se expanden, se hacen cada vez más grandes hasta que estoy segura de que sus párpados van a explotar por la tensión.

–¿Qué...? –se le cae la mandíbula al piso mientras asimila mi atuendo–. Mmm, no. Simplemente no.

–¿Disculpa? –pregunto.

–¿En serio? No hay forma de que permita que mi hermana vaya a la escuela vestida así.

–Disculpa, ¿*permita*?

–Sí, *permita*. ¿Crees que quiero que todos miren tus… tus…? –agita sus manos señalando mis piernas–. ¿Quién se supone que eres? ¿La zorra de la escuela?

Mi corazón casi se detiene por el desprecio en su voz, por la velocidad en la que me puedo convertir en otra persona, en cierto tipo de chica para él, solo por lo que llevo puesto. Owen siempre ha tenido un problema con mantener la boca cerrada cuando está molesto. Cuando teníamos ocho años, el remanente de un huracán cubrió nuestra área de tormentas eléctricas por días, por lo que tuvimos que cancelar nuestra fiesta de cumpleaños en la piscina. Estaba tan enojado cuando mamá se lo dijo que usó todas las malas palabras que conocía y lo enviaron a su cuarto sin comer torta. Nuestros años están llenos de estos pequeños momentos, groserías a espaldas de nuestros profesores y delante de nuestros abuelos, tonos entrecortados y pérdidas de voz antes de audiciones y exámenes finales.

Pero esto es mucho más que un comentario mordaz. Esta soy yo y debería ser más prudente. Debería ser más prudente con muchas otras cosas y, esta vez, no voy a ser yo la que lo calme.

Me inclino hacia él, apretando los dientes para intentar contener mi deseo de gritarle.

–Es exactamente quien se supone que soy.

–Mar, por favor –dice, refregándose la frente–. Alex, dile que es una idea tonta.

A mi lado, Alex irradia tensión. Nunca ha sido muy bueno con los conflictos. Cuando Owen y yo nos peleábamos por el control de la Wii cuando éramos chicos, él intentaba que jugáramos a algún juego de mesa aburrido o algo así, solo para que dejáramos de discutir.

–Por favor, ve a cambiarte –dice Owen con ojos suplicantes.

–No.

–Entonces le diré a mamá. ¿Piensas que va a permitirte ir a la escuela así?

–De vuelta esa palabra permitir.

–Es nuestra madre, Mar. Ella puede permitir o no permitir.

Siento ira corriendo por mis venas, caliente y a toda velocidad. Estoy delirando, furiosa con este sujeto frente a mí utilizando palabras como permitir y zorra. Mareada, me doy media vuelta y abro de un tirón la puerta del auto.

–Mara –una mano sobre mi brazo.

Me suelto con brusquedad.

–¿Cuál es el problema, Owen? ¿Temes que alguien me vaya a violar?

Inmediatamente, me arrepiento de lo que dije. No porque él no esté equivocado sino porque la palabra se me escapó y la sentí como un cuchillo afilado sobre mi piel.

Alex inhala ruidosamente y Owen retrocede como si le hubiera dado una bofetada. Nos miramos el uno al otro y no puedo decidir si está dolido o enojado. No puedo decidir cómo quiero que se sienta.

–¿En serio, Mara? –responde finalmente con voz tan baja que casi no puedo escucharlo–. ¿Qué diablos?

No digo nada. No puedo. En cambio, me doy vuelta y entro en el asiento delantero del auto de Alex, con los ojos en el parabrisas. Afuera, los chicos hablan y la voz de Owen se eleva, pero lo que sea que Alex le haya dicho parece apaciguarlo. No lo miro directamente, pero veo a Owen alejarse, escucho que dice al diablo mientras se dirige a nuestro auto. Después de unos segundos, Alex bordea a LL y entra.

–Está bastante enojado –dice, encendiendo el motor.

–Bien –respondo, pero suena como un susurro, la amenaza de lágrimas se asoma en mi voz.





C16

Para cuando llegamos al estacionamiento de la escuela, toda la energía que tenía de ayer a la noche se transformó en ira. Mi cuerpo palpita y se alimenta de ira, como si una intravenosa hubiera administrado una droga en mis venas durante todo el viaje hasta aquí. La expresión horrorizada de Owen cuando me vio en casa se graba en mi cerebro como una marca indeleble. No había rastro del hermano con quién compartí el mismo techo la última década. Solo había un chico mirando a una chica y no viéndola realmente.

Me acosa un peso de vergüenza, pequeña perra estúpida un susurro entre dientes en mis oídos. Las palabras batallan con mi furia y cuando Alex apaga el motor del auto en el estacionamiento de la escuela y suspira, no estoy segura cuál de las dos va a ganar hoy.

–¿Estás bien? –pregunta. Levanta su brazo y lo mueve en mi dirección como si quisiera tomar mi mano, pero supongo que cambia de opinión porque descansa sus dedos en la palanca de cambios.
Aún no nos hemos tocado desde esa noche en el cementerio.

–Sí –miento.

–Owen puede ser un verdadero idiota, ¿sabes?

–Lo sé –respondo con tono de voz interrogativo, porque hasta una semana atrás, me hubiera reído de esa oración. Hubiera hecho una broma sobre cuán idiota Owen podía ser, sabiendo que mi adoración por él se filtraba en cada sílaba. Quiero decir, sí, puede ser un idiota, pero siempre ha sido del tipo gracioso, del tipo que era divertido en fiestas y que hacía bromas ridículas y que se calmaba cuando estaba conmigo en el techo.

–Solo está… preocupado –sigue Alex–. No quiere que te metas en problemas.

–¿Tú también piensas que soy una zorra? ¿Por lo que tengo puesto? –giro en mi asiento en su dirección, ni siquiera me molesto en bajar la pequeña falda negra que se levanta sobre mis piernas, la tela llega tan cerca de mi cadera que siento piel de gallina en todo mi muslo.

Alex se queda boquiabierto.

–¿Qué? No, yo…

–¿Piensas que vestirme de la forma que quiero vestirme y buscar un poco de control es algo malo? A los chicos les encanta ese tipo de chica, ¿no es así? La desean y secretamente la odian y no tan secretamente la tratan como si fuera menos que un humano y…

–Ey, detente –me interrumpe, sus ojos se clavan en los mío–. No pienso ninguna de esas cosas. Creo que eres inteligente y talentosa y que puedes hacer lo que desees y nunca podría odiarte. Somos amigos.

Inhalo entrecortadamente y asiento con la cabeza.

–Lo lamento.

–No lo lamentes. Owen fue un verdadero idiota. Últimamente, es… –Alex no termina la oración y sacude su cabeza–. No sé.

–Yo tampoco lo sé.

Alex toma su mochila del asiento trasero. Luego me vuelve a mirar, sus labios se curvan significativamente.

–De todas formas, te van a llamar a la Dirección.

Pongo los ojos en blanco, pero logro sonreír.

Al bajar del auto, mi sangre se enfría algunos grados, paso de agua hirviendo a fuego lento. Nos observan, comienzan los susurros al mismo tiempo que los chicos que caminan por el estacionamiento nos ven juntos. Escucho el nombre de Owen un par de veces, escucho la palabra "falda" acompañada de "demonios", más de una vez, pero dejo que todo fluya.

Hasta que veo a Charlie.

O, debería decir, hasta que Charlie me ve.

Está parada en las escaleras principales de la escuela debajo de un cartel gigante con letras rojas y naranjas publicitando el Festival de Otoño del sábado. Está inclinada sobre la baranda de la escalera con los tobillos cruzados, unos pocos libros apretados contra su pecho, se ve tan casual, vestida en su camisa a cuadros por excelencia y sus jeans negros, pero su expresión es una mezcla de... ni siquiera sé de qué. Sonríe, pero levemente y con nerviosismo, sus labios se abren ligeramente mientras me mira. Su rostro hace que se formen un millón de nudos en mi corazón. No estoy segura de qué esperaba sentir después de anoche, pero ahora mismo, siento todo y me está desestabilizando.

Luego recuerdo la voz de Tess en el teléfono la otra noche, una persona de la que todavía no sé absolutamente nada porque mi mejor amiga no me quiere contar. Y recuerdo la pasada noche con Charlie, cuán perfecta fue. Pero la pregunta es si fue perfecta porque estamos mejor como amigas o si porque nunca seremos solo amigas.

La pregunta me marea. Mientras tanto, las manchitas verdes en los ojos marrones de Charlie se acercan y no sé qué más hacer salvo sonreír y obligar a mi mentón a mantenerse firme.

–Hola –digo tan animadamente como me es posible.

–Hola –me saluda, su voz es áspera. Aclara su garganta–. Hola. Hola, Alex.

–Hola, Charlie –puedo sentir como sus ojos van de ella en mí–. Mmm... tengo que ir a mi casillero, ¿nos vemos más tarde?

–Sí –respondo. Saluda con la cabeza a Charlie y desaparece en la escuela.

–Así que… ¿estás pasando tiempo con Alex? –pregunta Charlie.

Me encojo de hombros como si no fuera nada importante. No debería serlo. Pero Charlie sabe mejor que nadie que Alex y yo nunca pasamos tiempo solos. Sin embargo, eso era antes. Antes de todo lo que pasó.

–Un poco –digo y Charlie frunce el ceño.

–¿Desde cuándo?

Abro la boca para responder, pero no emito ningún sonido, ¿desde cuándo? de repente parece una pregunta muy complicada.

–¿Por qué no me contaste ayer? –sigue.

–No me pareció que había nada para contar.

Inclina su cabeza, sus ojos se entrecierran suavemente.

–De acuerdo.

–De acuerdo.

Y este es nuestro baile nuevo, un lento movimiento de cuerpos intentando encontrar la posición indicada. Aún no somos mejores amigas exactamente, pero no somos lo suficientemente valientes para decir por qué. La verdad es que sí tuve la intención de decirle a

Charlie lo de Alex. Hasta quise contarle que nos habíamos besado, aunque estoy bastante segura de que el beso fue algo de una sola vez. Un intento desesperado de aferrarse a… algo. Pero después, Tess respondió el teléfono, luego Charlie estaba en el escenario con su guitarra y su voz me hizo ver magia y estrellas, y estábamos felices, no volví a pensar en Alex en toda la noche. Charlie eclipsó todo, y hay una pequeña luz en mi cabeza que sabe que eso significa algo. ¿Qué exactamente? No lo sé y no me interesa y ahora mismo no me puede interesar.

–Te traje estos –dice Charlie, dándome algunos libros.

Miro hacia abajo y se me da vuelta el estómago ligeramente. Son libros para aprender a tocar la guitarra.

–¿No vas a enseñarme?

–Sí, voy a enseñarte. Solo pensé que querrías echarles un vistazo antes.

¿Tess no los necesita? Las palabras casi se escapan de mi boca, pero las empujé detrás de mis dientes.

–Gracias –digo, en cambio–. ¿Cuándo empezamos?

–Cuando quieras.

–Bien. ¿Este fin de semana?

–Bien.

Es todo tan correcto y educado.

–¿Y esa falda, Mara? –pregunta.

Por un segundo, me había olvidado de lo que tenía puesto.

–Oh. Hoy Hannah vuelve a la escuela

–¿Vuelve hoy? –Charlie alza una ceja.

–Sí. Tenemos que estar atentas.

–Por supuesto. Pero ¿qué tiene que ver eso con tu falda?

Su pregunta me exaspera.

–Todo. Solo... quería ponérmela, ¿sí? Para mí. Para hacer algo, lo que sea. No sé. Y tal vez, si la gente me está mirando a mí, no van a mirar tanto a Hannah.

Charlie inclina su cabeza, pensando. Luego sus ojos pasan de mis pies, por mis piernas hasta mi rosto de vuelta. No es realmente una mirada sexy, sino una observación, pero de todos modos siento un calor adentro mío. Nadie puede afectarme tanto como Charlie. Con ella, no hay dudas, no me pregunto si estoy a salvo, no busco formas en la que todo pueda ponerse feo y sucio y equivocado.

–Bueno, la gente definitivamente va a mirarte –dice–. No es una falda que deje mucho a la imaginación. Van a enviarte a...

–Lo sé.

–De acuerdo. Está bien –alza las manos, rindiéndose.

Instintivamente, nos movemos hacia la entrada caminando hombro a hombro como siempre. Nuestros casilleros están uno al lado del otro, nos abrimos camino entre las masas. Hay tantos chicos en los pasillos antes del inicio de clases que mi falda queda escondida entre los estudiantes.

Por ahora.

Mientras tomo mis libros de Teoría Musical y de Literatura Británica y los meto en mi mochila, un extraño silencio se propaga entre la multitud. Miro a Charlie, nuestros ojos hacen contacto por medio segundo antes de detectar el motivo del silencio repentino. Me pongo en puntitas de pie, estiro el cuello y veo un rastro de cabello rojizo asomarse por el pasillo. Los estudiantes se hacen a un lado para dejarla pasar y es tan surreal que parece la escena de una película. Algunos chicos siguen caminando y hablando, absortos, pero la mayoría de los ojos se posan en Hannah, como si fuera una bomba a punto de detonar.

Su postura es firme como el acero, su expresión es impasible y sus dedos están blancos alrededor de la tira de su mochila. Tiene puestos unos leggins grises, un vestido estilo túnica manga larga de un negro modesto y botas. Su cabello cae suavemente alrededor de su rostro. Demasiado suave. Se parece a Hannah. Y no se parece a Hannah en absoluto.

La saludo con la mano y cuando nos ve, un pequeño destello de alivio brilla en sus ojos. Su paso se acelera y los chicos comienzan a seguir su camino y a seguir hablando.

–Ey, perra, bienvenida de vuelta.

Las palabras cortan el aire y Hannah se congela. Al igual que todos los demás, un par de soplidos de sorpresa se mezclan con risas y Oh, demonios. A mi lado, Charlie entra en acción, se abre paso entre la gente con los hombros para llegar hasta Hannah, que está parada como un animal de presa en la mira de un cazador en el medio del pasillo. Busco en mi alrededor la fuente de la voz masculina, pero hay tantos chicos, demasiadas posibilidades, mientras tanto, la escena se descongela.

Charlie vuelve, su brazo entrelazado con el del Hannah.

–Por Dios –murmura, intentando poner su cuerpo entre Hannah y los demás–. ¿Estás bien?

–No lo sé –Hannah traga fuerte varias veces.

–¿Quieres llamar a tu mamá? –le pregunto y sacude la cabeza.

–No quería que viniera hoy. Pero tenía... tenía que venir. Tengo que... Dios, tengo que superar esto –se frota la frente con ambas manos, las lleva hasta sus ojos y los presiona.

–No estas obligada a hacer nada –dice Charlie suavemente–. No... no sé, pero no estoy segura de que esto sea algo que se supera simplemente, cariño.

–Pero estoy bien –dice Hannah, y suena como cualquier cosa menos como "bien". Me doy cuenta de que su muñeca ya no esta vendada, pero algunos moretones amarillentos siguen manchando su piel–. Ya falté casi una semana. Es tiempo suficiente. Estoy bien.

–Está bien no estar bien –replica Charlie, pero solo causa que Hannah se agite más. Niega con la cabeza una y otra vez. Los ojos se le llenan de lágrimas que comienzan a caer rápidamente, desordenadamente. Hannah intenta deshacerse de ellas con sus manos.

–Ey, perra, bienvenida de vuelta.

Las palabras siguen repitiéndose una y otra vez. Distintas voces masculinas escupen veneno, cada bofeteada verbal es lanzada con tanto cuidado que no puedo identificar al origen. También escucho un par de voces femeninas repetir esas palabras. Giro en círculos, me hierven las venas, estoy desesperada por encontrar a la fuente, pero hay demasiadas personas en el vestíbulo. Todos tienen la boca abierta, se ríen, hablan o hacen alguna broma.

Ey, perra, bienvenida de vuelta.

Ey, perra, bienvenida de vuelta.

Ey, perra, bienvenida de vuelta.

Las voces se mezclan entre sí. Probablemente son solo quince o algo así, pero suenan como un cántico en mis oídos, la repetición de

la misma frase por todo el pasillo con el mismo tono y la misma entonación.

Como si estuviera planeado.

–La voy a sacar de aquí –dice Charlie. Toma el brazo de Hannah y encara hacia el baño más cercano, Hannah está completamente conmocionada. Las veo alejarse y mis ojos siguen buscando al instigador.

Finalmente, encuentro a uno.

Mientras Charlie y Hannah avanzan por el pasillo, pegadas a los casilleros para evitar llamar la atención, veo a Jaden Abbot observándolas con una sonrisita de satisfacción. Abre la boca, y curva los labios para entonar esas horribles palabras.

Ey, perra, bienvenida de vuelta.

Hierve la sangre que corre por mis venas.

Me acerco a él, atravesando a los otros chicos como un cuchillo caliente que atraviesa la mantequilla. No tengo un plan, no sé qué voy a hacer cuando llegue, pero sigo avanzando.

Cuando lo alcanzo, mis brazos se convierten en látigos. Siento el ardor en la palma de mi mano contra la piel y un ínfimo rastro de algo áspero en la punta de mis dedos.

–¿Qué demonios? –retrocede casi cayéndose, su mano vuela hacia su rostro.

Sigo sus movimientos. Lo empujo en el pecho. Le grito. Ni siquiera sé qué estoy diciendo. Es como si estuviera fuera de mí, flotando cerca del techo viendo como sucede todo. La expresión de Jaden se nubla en mis ojos, se transforma en la del señor Knoll. Y luego en la de Owen.

Se forma un círculo a nuestro alrededor y sigo empujándolo. Sigo golpeándolo. Sigo gritando. Sigue trastabillándose hacia atrás.

–¡Maldita perra! –grita, y mi mano se vuelve a arquear en el aire. Esta vez, toma mi muñeca y la aleja de su rostro, pero ni siquiera me importa.

Porque esto. Esto es más que una falda bailando sobre mis muslos. Esto es hacer algo.

–¡Mara! –escucho la voz de Alex, en algún lugar detrás de mí, pero no es real, no está allí realmente. Me duele la garganta de tanto gritar, pero no me detengo, caen palabras incontrolablemente de mi lengua, palabras para este imbécil y para todos los demás.

Mis brazos están en una llave detrás de mi espalda. Ni siquiera me doy vuelta para ver quién me está sosteniendo, solo miro fijamente a Jaden, quien se está alisando la ropa y me devuelve la mirada. La huella roja de la palma de mi mano decora su mejilla, le lagrimea un ojo y lo tiene hinchado.

–Señorita McHale, creo que es suficiente.

El director Carr está parado junto a mí y la señorita Rodríguez a su lado. Nuestro personal de seguridad, el oficial Russell, sostiene mis brazos detrás de mi espalda. Me puedo dar cuenta de que intenta ser gentil, pero no se lo estoy haciendo fácil. Grito y pataleo, algo salvaje se liberó dentro de mí. El hecho de que, probablemente, le estoy mostrando mi ropa interior a la mitad del estudiantado es un tenue oh, demonios en el fondo de mi mente, pero ni siquiera me importa en este momento.

Los tres me arrastran por el pasillo hasta la oficina. Justo antes de que la puerta se cierre detrás de nosotros, veo una masa de rizos rubios castaños cerca de una pared de casilleros. Owen me mira con la boca abierta. Su expresión tranquiliza mi visión afiebrada y quiero liberarme de mis captores, correr hacia él, tomarlo de la camiseta y forzarlo a decirme que no hizo que sus amigos montaran este espectáculo nauseabundo. Que no rompió a Hannah en mil pedacitos.

En ese momento, todo ese sentimiento que creo ver en sus ojos desaparece y se vuelven fríos. Su labio inferior tiembla a pesar de su mandíbula tensa, pero luego se aleja de mí y se pierde en un grupo de chicos frenéticos de segundo año al mismo tiempo que suena la campana.





C17

Hacen que me siente en una silla áspera cubierta con poliéster afuera de la oficina del director Carr hasta que llegan mis padres. La secretaria, la señorita Villanova, quien siempre ha sido muy amable conmigo, lanza miradas de desaprobación a mí y a mis piernas expuestas, lo que no ayuda a calmar el huracán que toma fuerza y arremete en mi cabeza, en este momento.

La puerta de vidrio que une a la oficina con la sala principal se abre y mi madre pasa como una ráfaga, su cabello largo está suelto y deja una estela detrás de ella. Mi padre la sigue de cerca, con las manos mentidas en sus bolsillos.

La señorita Villanova ni siquiera los saluda, solo toma el teléfono, presiona un botón y dice “llegaron los McHale”, antes de colgar.

Mamá me encuentra vibrando en una esquina y sus ojos casi se le caen del rostro. Mira perpleja a mi atuendo, a mi postura tensa, a mi mandíbula apretada.

–Mara –dice papá, rodeando a mamá para poder verme mejor–. Cariño, ¿estás bien?

No puedo responderle. No quiero mentir, pero si digo que no, sé que se arrodillará delante de mí, tomará mi mano y me desarmaré en pedazos.

–Claramente, no está bien, Chris –dice mamá–. Mara, por el amor de Dios, ¿qué tienes puesto?

Solo la miro con furia, odiándola por la expresión de asco en sus ojos. Se encoge de miedo. Mi madre se sobresalta literalmente y disfruto ese momento. Desearía poder sacarme una foto a mí misma en este instante para recordar a esta chica feroz, para aferrarme a ella.

Antes de que mamá pueda decir algo más, se abre la puerta del director Carr y él se asoma, con su traje a rayas, corbata roja y demasiado producto en su cabello canoso. Él y papá se saludan con un apretón de manos, como los hombres masculinos que son, y saluda a mamá asintiendo con la cabeza. Dejo los ojos en blanco con tanta intensidad que duele.

–Gracias por acercarse, señor y señora McHale –dice–. ¿Por qué no entramos en mi oficina?

–Por supuesto –responde mamá y pasa por delante de él mientras el director hace un gesto invitándolos a entrar. Papá duda,

me espera. Me pongo de pie y me tiemblan las piernas, todavía siento que me controla la adrenalina como si fuera una droga. Papá inhala de forma pronunciada, mi atuendo está totalmente expuesto ahora, pero no dice nada.

Una vez que mis padres se acomodaron en los dos sillones que están en frente de un escritorio de caoba gigante –yo estoy sentada en el borde de una silla de plástico–, el director Carr narra una versión triste y compasiva de lo acontecido en el pasillo. Con la salvedad de que está llena de agujeros y verdades a medias, excluye a Hannah y a los susurros maliciosos que se arrastraban por las paredes como una maldita pitón. En cambio, su versión incluye a Mara e inapropiado y violenta y sin provocación.

–Y como si no fuera suficiente –sigue–. Hoy Mara está vestida en flagrante violación a nuestro código de vestimenta.

–Me doy cuenta, director Carr –responde mamá–, y vamos a hablar con ella sobre eso, pero ahora mismo estoy más preocupada por lo de este chico Jaden–. Se entorna hacia mí, su boca es una línea fina de labial rosa–. Ni siquiera sé qué decir, Mara.

–¿Qué tal por qué? –escupo.

–Cuida tu tono, señorita –dice, entrecerrando los ojos.

–¿No quieren saber por qué?

–Por supuesto que quiero. Pero lo lamento si estoy un poco irritable por haber recibido una llamada en el medio de una

restauración informándome que mi hija, generalmente educada, atacó a un pobre chico.

–No es un pobre chico. Es un imbécil.

–Está bien –dice papá–. Calmémonos.

–Y, ¿no era esto lo que querías que hiciera? –le pregunto a mamá, señalando a mi falda–. Acaso no estabas súper emocionada por que iba a, ¿cómo lo llamaste? ¿"Desafiar a la misoginia institucional del sistema patriarcal"?

–Esto no es lo que quise decir y lo sabes. Fuiste demasiado lejos. Esa falda es inapropiada, y todo tipo de violencia sin importar el motivo es inaceptable.

Aprieto los dientes, las palabras que necesito decir siguen luchando por salir. Odio estas palabras, hasta les temo, pero son poderosas y furiosas, prácticamente escupo.

–Creo que le estás hablando al gemelo equivocado.

Un silencio sigue a mis palabras. El director Carr se aclara la garganta, pero nadie le presta atención. Mamá me mira, sus poros desprenden horror prácticamente. También saboreo eso, al mismo tiempo, odio cuán rápido se transformó en una extraña que no reconozco, cómo ya no reconozco a nadie.

Equipo Owen.

El director Carr balbucea unos segundos y luego comienza a detallar los pormenores de mi suspensión de dos días, uno por la violación al código de vestimenta y otro por "comportamiento impropio de una dama". Esas fueron las palabras exactas que usó y quiero escupirle en la cara.

Cuando mamá me levanta de la silla tomándome de un brazo, estoy tan enojada que casi no puedo pensar con claridad. Estoy sin palabras, deshuesada. Mamá me saca del edificio a tirones mientras papá firma el informe en la oficina.

Estamos a medio camino de llegar a casa cuando me doy cuenta de que nunca expliqué el por qué y mamá nunca preguntó, en realidad.

Después de llegar a casa, papá tiene que volver a la tienda de muebles, pero mamá se queda, probablemente para asegurarse de que no intente escapar. Declara que está demasiado enojada como para siquiera mirarme al mismo tiempo que toma una Coca Cola Light del refrigerador.

–Quítate ese disfraz que tienes puesto y piensa sobre lo que hiciste –dice–. Hablaremos de esto más tarde –luego se mete en su habitación, cerrando la puerta de un golpazo, solo en caso de que no haya entendido cuán enojada está.

Me dan ganas de sacarle la lengua. Si me tratas como a una niña, me comportaré como una.

Antes de irse, papá me mira como si ni siquiera supiera quién soy. Probablemente no lo sabe. Ya no sabemos quiénes somos. Años bajo el mismo techo y somos extraños, esquivándonos los unos a los otros y viviendo con ilusiones de felicidad sobre gemelos que vuelan entre las estrellas y padres que los aman tanto que los dejan aventurarse en el cielo.

Deambulo por la casa un rato, mi piel y mi sangre siguen vibrando demasiado como para mantenerme quieta, pero finalmente me desmorono. Termino en mi cuarto, de pie delante de mi espejo de cuerpo completo, mirando mis muslos y los estirones que sufrió mi camiseta sobre mi pecho. Alzo los brazos por instinto, me envuelvo con ellos, no para esconderme, sino para mantenerme armada. Debería sentirme empoderada, hasta orgullosa. La piel de la palma de mi mano derecha sigue ardiendo un poco por abofetear a Jaden, y siento que me pica levemente la garganta de todo lo que le grité.

Pero no me siento empoderada. No me siento orgullosa. Me siento drenada e impotente, cansada y triste.

Me acuesto en mi cama y me envuelvo en la manta, acurrucándome. Mi máquina de ruido blanco está en mi mesita de luz y ni siquiera puedo estirarme lo suficiente como para encenderla. El silencio me rodea y saca a relucir recuerdos.

Un recuerdo en particular. El día en que cierta chica murió y otra nació.





C18

Suena la última campana y la clase estalla. Aplauden y se ríen. Tenemos todo el verano por delante, un océano sin fin sobre la orilla. Desde la otra punta de la habitación, veo a Alex sonriendo. Los últimos tres años de escuela fueron una tortura para él, fue blanco de una catarata de bromas por ser un poco regordete, además de los idiotas que se achinaban los ojos. Sé que ha estado esperando esta última campanada por un largo tiempo. Le sonrío y paso una mano por mi frente haciendo un gesto de alivio. Se ríe y asiente con la cabeza, luego encara hacia el pasillo.

Owen. Está yendo a buscar a Owen. La necesidad de salir a festejar y chocar los cinco con su mejor amigo le gana a la rutina de esperarme y salir del aula conmigo.

Lo saludo con los pulgares arriba y tomo mi mochila, que está más pesada de lo normal por los contenidos de mi casillero: lápices gastados y cuadernos completos, el pequeño estuche de maquillaje

lleno de brillos labiales frutales y perfumes roll-on que convencí a mi madre que tenía que tener en la escuela.

Andrea y Callie, dos amigas de coro que derramaron verdaderas lágrimas el día que les conté que me iba a anotar en Pebblebrook en vez de la secundaria local, al lado de la primaria Butler, caminan conmigo mientras encaro hacia la puerta. Hablan sobre qué van a hacer en el verano, pijamadas y viajes a la playa y días enteros de vagancia a orillas del lago bañadas en protector solar con fragancia de coco. Un sentimiento de felicidad aparece en mi pecho. Libertad, rayos de sol, amigos y risas.

–¿Mara?

Me doy vuelta y veo a los ojos azul profundo del señor Knoll. Mis orejas se ponen coloradas, como lo hacen siempre que mi profesor de Matemáticas me mira directamente. Es alto, con hombros anchos debajo de una camisa azul cielo y una corbata gris. Su cabello rubio ceniza cae sobre su frente de manera natural y espontánea al mismo tiempo. Me sonríe y mi estómago se inquieta.

–Necesito hablar contigo un momento –dice.

Las manos de Andrea y Callie se disparan hacia su boca para disimular la risa.

–Bien –respondo, golpeando al hombro de Andrea con el mío cuando la rodeo.

–Nos vemos en mi casa a las seis, Mara ¿Te parece? –pregunta Callie. Asiento con la cabeza, prometo llevar M&M y mi colección de

películas de High School Musical a la nuestra pijamada de esta noche.

El señor Knoll les desea unas buenas vacaciones y hace alguna broma sobre meterse en problemas o evitarlos o algo completamente esperable e inocuo. Estoy demasiado ocupada preguntándome por qué quiere hablar conmigo, se me seca la boca al recordar todas las veces que mis amigas y yo bromeamos sobre cuán lindo es. Me sacudo levemente y me río porque es asqueroso. Es un profesor joven, pero un profesor joven sigue siendo un anciano.

Cierra la puerta detrás de mis amigas y luego camina hasta su escritorio. Revisa unos papeles y luego, con algunas hojas en la mano, cruza la habitación y se sienta en la mesa que usa a veces para pequeños grupos. Lo sigo, giro mi cuerpo para tenerlo de frente, espero. Pone los papeles a un lado y junta las palmas sobre la superficie de la mesa, mirándome. Hay una pequeña sonrisa en su rostro, una curva apenas visible en un costado de su boca.

–¿Emocionada por las vacaciones? –pregunta.

–Sí.

–¿Muchos planes?

–Solo... lo de siempre, supongo –me encojo de hombros.

–Lo de siempre puede ser divertido –agita su mano señalando al aula–. Cualquier cosa es mejor que estar encerrada aquí un minuto más, ¿no?

–Básicamente –me río.

–Amaba el verano cuando tenía tu edad, todavía lo amo.

Asiento con la cabeza, y ajusto la tira de mi mochila en mi hombro.

–Bueno –continua y aparece otra vez esa pequeña sonrisa–, Mara.

–¿Está… está todo bien? –trago.

Suspira con una expresión de preocupación. Toma los papeles que hizo a un lado, la sonrisa se transforma en un ceño fruncido mientras los revisa.

–Me temo que no.

–¿Qué… qué pasa?

–Háblame sobre esto –me acerca los papeles.

Los tomo y mis ojos escanean los que parecen ser mis últimos tres exámenes con tres dieces en rojo junto a mi nombre.

–¿Qué tienen?

–Son tuyos, ¿correcto?

–Sí.

–Y, ¿trabajaste duro en ellos? ¿Hiciste tu mejor esfuerzo?

–Sí –mi boca se crispa.

Inclina la cabeza con el ceño fruncido y mi estómago da un vuelco. No tengo idea de qué quiere que diga, así que no digo nada.

Finalmente, vuelve a suspirar y cruza los brazos.

–Mara, un estudiante, que no voy a nombrar a pedido suyo, se acercó hoy y me informó que has estado copiándote de su trabajo por varios meses.

–¿Qué? No he...

–Dijo que te copiaste de su tarea y en los exámenes. No habló antes porque tenía miedo de meterse en problemas. Y la gente te aprecia, Mara. Creo que esta persona temía que no le creyera.

Me da vueltas la cabeza, pienso quién podría haber dicho esto. Nos sentamos en filas, uno detrás de otro, y nunca he hablado siquiera con las dos personas que se sientan junto a mí. Gabriel no sé cuánto, un chico tímido cuya voz nunca he escuchado, y Jackson Wes, quien, siendo honesta, es un asco en matemática.

–Pero no lo hice. Lo juro, no hice trampa –digo. Pre-Álgebra no es mi asignatura preferida, pero soy bastante decente. En general, no soy muy buena con los exámenes, pero me saqué casi todos ochos, y mejoré mis calificaciones los últimos meses porque comencé a estudiar mis apuntes en casa antes de los exámenes en vez de solo prestar atención en clase. Hasta ayudé a Owen con algunos conceptos

más complicados, y él tiene a la profesora más fácil, la señorita Sparks.

El señor Knoll extiende la mano para que le devuelva los exámenes. Se los doy y mis pensamientos se enredan mientras los mira otra vez.

–Mara, lo lamento. Pero estas calificaciones son significantemente más altas que las de tus pruebas anteriores.

–Lo sé. Pero yo... Alza una mano.

–Esto se puede arreglar. No voy a reprobarte si estás dispuesta a trabajar un poco.

–¿Reprobarme?

–No puedo aprobar a una persona que manipuló sus calificaciones por más de la mitad del curso.

Lo miro boquiabierta, intentando dilucidar lo que está pasando.

–No entiendo –digo, apenas un susurro.

Asiente con la cabeza, su expresión es comprensiva, pero sus ojos comienzan a recorrer mis piernas y siguen por el resto de mi cuerpo. Tengo puestos unos jeans y una sudadera de Butler holgada. Afuera está fresco, para ser mayo y está lloviendo. Me siento segura en esta sudadera, mis pechos ya desarrollados se esconden debajo del algodón bordó. Pero la forma en la que me mira el señor Knoll hace que se me revuelva el estómago. De repente, me siento desnuda y

una pequeña señal de alarma se dispara en mi mente, pero no sé qué significa. El señor Knoll es un profesor y estoy en la escuela. ¿A qué le temo?

–Es realmente muy sencillo, Mara –dice–. Me has decepcionado, pero sé que eres mejor que esto. En cualquier caso, estas en riesgo de desaprobar y a menos que estés dispuesta a trabajar conmigo, tendrás que repetir el curso en la escuela de verano.

–¿Escuela de verano? Pero... entendí todo lo que aprendí en clase. Y es el último día de clases. Por qué...

–Más allá de que te hayas copiado, has estado distraída, demasiado concentrada en las vacaciones y en el próximo año. Creo que te beneficiaría repetir el curso.

–Pero todos mis maestros me han estado diciendo que tengo que concentrarme en el próximo año –digo y veo rastros de irritación en sus ojos.

–No obstante, seguimos teniendo un problema. ¿Estás dispuesta a trabajar conmigo en esto? Asumo que no quieres pasar el verano encerrada en un aula.

–¡No! Quiero decir, sí. Trabajaré duro. ¿Qué tengo que hacer?

Inhala lentamente por la nariz.

–Nada demasiado difícil, espero.

Nos miramos por un momento y no estoy segura de qué hacer. Algo no encaja, pero estoy demasiado alterada por el hecho de que uno de mis maestros preferidos piensa que soy una tramposa y una mentirosa.

–Acércate –dice el señor Knoll y doy un paso en su dirección. Me observa, no puedo explicar la expresión de sus ojos–. Buena chica.

Mi corazón se golpea con violencia contra mis costillas cuando la mano de mi maestro va a la hebilla de su cinturón y sus pulgares rodean al rectángulo plateado desabrochándolo.

–Creo que podemos arreglar esto ahora mismo, ¿no te parece, Mara?

–No... no lo sé.

Su dedo índice se posiciona en el botón de su pantalón y mi boca se seca y se llena de preguntas.

–¿Qué está haciendo? –pregunto.

–No hagas ruido –responde.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Su voz sigue siendo suave y agradable, como en clase, pero sus palabras esconden algo, su tono. Algo demasiado suave, como un secreto que no quiere que nadie sepa. Siento escalofríos en todo el cuerpo y no de los buenos.

Son una alerta.

Sus dedos desabrochan el botón y, en ese momento, noto un bulto en su entrepierna. El tipo de bulto que hace que los chicos se rían en gimnasia y que las chicas se sonrojen en los vestuarios. Siento una ráfaga de conmoción como una avalancha de nieve. Intento dar un paso hacia atrás, correr hacia la puerta, pero estoy congelada. Mis ojos no pueden creer lo que ven, están muy abiertos y me arden.

El señor Knoll baja el cierre de su pantalón, revelando unos boxers verde menta. El color luce casi infantil, como algo que pudiera estar en la habitación de un bebé. Pero no hay nada infantil en esto. Cierro los ojos con todas mis fuerzas, deseando que sea un sueño, deseando despertar.

–Necesitas trabajar conmigo, Mara –dice suavemente–. Abre los ojos.

Niego con la cabeza, aprieto mis ojos con tanta intensidad que fuegos artificiales explotan detrás de mis párpados.

–Abre los ojos.

Su voz gentil me quema y obedezco. Miro hacia la puerta, pero está bien cerrada, el papel negro que los profesores deben utilizar para bloquear la vista en los simulacros de presencia de intrusos cubre le ventana rectangular.

–Esta es una solución sencilla, Mara –dice el señor Knoll, inclinándose un poco en su asiento–. No seas estúpida.

No sé qué decir, qué hacer. ¿Qué quiere que haga? Solo miro su rostro, mi respiración se acelera y me siento mareada.

Espera, me mira tragar saliva. El silencio es ensordecedor, un chillido en mis oídos que ahoga el sonido de mis pulmones contrayéndose. El aroma punzante de marcadores para pizarra y sudor de chicos adolescentes arde en mi nariz. Mis sentidos están potenciados al máximo. Siento un fuerte sabor amargo en mi lengua y escalofríos que suben y bajan por mis brazos y piernas, incluso debajo de mi sudadera y de mis jeans.

–Estás pensando demasiado, Mara. No es nada importante –dice finalmente–. He visto la forma en que te sonrojas cuando te hablo. Eres una chica hermosa. Está bien. Es natural tener curiosidad y gustar de alguien.

–Yo... yo no... yo...

–No hagas eso. No seas tímida.

Niego con la cabeza, completamente aturdida.

–Acércate.

–No... no puedo...

Pero no me deja terminar la oración. Cierra su mano alrededor de mi muñeca y me acerca hacia él. Me quedo sin aliento, en vez de liberarme, pone mi mano sobre él. Estoy completamente en shock e intento resistirme, pero refuerza su agarre.

–Está bien –susurra.

Mueve mi mano, obligando a mis dedos a hacer lo que él quiere. Me siento una marioneta siendo manipulada por un titiritero sonriente que controla mis extremidades como si estuvieran unidas a hilos.

–¿Ves? –dice, respirando entrecortadamente–. Solo nos estamos divirtiendo, ¿verdad?

–Yo... yo...

Toma mi rostro, su dedo se posa en mi mejilla manchada de lágrimas y luego pone la palma de su mano en mi nuca y me acerca más a él.

–Pronto podrás irte y disfrutar de las vacaciones que planeaste con tus amigos, con tu familia. No querrás arruinar eso, ¿no?

De alguna forma, logro negar con la cabeza y el señor Knoll sonríe.

–Buena chica.

Ahora, lloro en silencio, mis lágrimas se empeñan en escapar de mis ojos como si estuvieran en una misión. Solo puedo pensar en cómo Owen arrugó la nariz cuando una vez le dije que el señor Knoll me parecía un poco lindo. "El tipo es un pervertido" había dicho. Yo había puesto los ojos en blanco y defendí al señor Knoll, quien siempre había sido amable. El señor Knoll que siempre era paciente. El señor Knoll quien siempre sonreía. El señor Knoll que nunca

había tocado a nadie, chico o chica. Ni siquiera una palmada en la espalda.

El señor Knoll, cuya mano está hundida en mi cabello y empujándome hacia él. Sus dedos masajean mi cuello y siento ganas de vomitar. Está ocupado con mi mano en él, y descuida un poco su agarre en mi cuello. Apenas respiro, estoy demasiado aterrorizada como para inhalar profundamente. Solo cuando estoy a punto de soltarme de un tirón, intensifica el agarre de mi cabello, sus dedos se enredan en mis rizos.

De todas formas, me lanzo hacia atrás.

Siento latigazos de dolor en mi cuero cabelludo y me tropiezo con la mochila que dejé caer en el suelo. Aterrizo bruscamente en las baldosas sucias. Lucho por levantarme, poniéndome la mochila al hombro, un sonido animal escapa de mi garganta mientras me alejo de mi maestro y presiono mis omóplatos contra la pared de cemento pintada. El sacapuntas se incrusta en mis costillas, pero casi se siente bien. Se siente como seguridad.

El señor Knoll me mira impasible. Hay un dejo de furia en sus ojos, pero más que nada, luce decepcionado. No hace nada para cubrirse, solo sacude la mano en el aire delante de él. Varios mechones largos rubios de mi cabello caen al piso.

–Eres una pequeña perra estúpida.

No me quedo a escuchar lo que dice después. Con los ojos nublados, los huesos temblando e impulsada solamente por adrenalina, logro abrir la puerta y trastabillar en el pasillo.

Camino rápido, con los ojos en el piso. Llego a casa. Ni siquiera recuerdo cómo, pero esa noche, mamá se molestó por haber llenado la entrada de lodo.

Recuerdo estar bajo la ducha por más de una hora. Agua hirviendo. Limpié mis manos una y otra vez, sin cesar.

Recuerdo estar acostada en mi cama, escuchando música en mi teléfono toda la noche porque, de repente, el silencio en una casa que duerme se sentía como dedos presionando mi nuca.

Recuerdo quedarme dormida con dificultad, las palabras del señor Knoll se convirtieron en una siniestra canción de cuna en mi oído.





C19

Paso el resto del día en relativa soledad. Mi madre sigue tan enojada conmigo que el hablaremos de esto más tarde nunca sucede. Cerca del mediodía, deja una bandeja con un sándwich de queso derretido con pan fermentado y sopa cremosa de tomate, mi comida preferida para hacerme sentir mejor, pero ni siquiera golpea mi puerta. Es como si estuviera intentando hacer las paces sin tener que hablar conmigo, dejo la comida sin tocar en el pasillo, y me alimento de las barras de cereal Luna que guardo en mi mochila como snacks para los ensayos.

Charlie me envía varios mensajes con preguntas benignas sobre cómo estoy y los ignoro. Finalmente, se detiene. Intento no pensar qué significa o qué no significa. Intento no pensar en absoluto. Alex y yo intercambiamos algunos mensajes, pero no hablamos de nada, y la única vez que llama, no respondo.

Siento un dolor constante en mis huesos y una lucidez demasiado afilada en mis pensamientos. Estoy castigada por tiempo

indefinido, pero para el viernes a la noche, ya estoy desesperada por salir de mi casa.

Cerca del horario de cenar, estoy planificando maneras de escaparme cuando Owen golpea la puerta. Sé que es él incluso antes de que diga mi nombre, su golpeteo sincopado lo delata. Considero ignorarlo, hundirme en mis mantas y fingir que estoy dormida, pero tengo la luz encendida, estoy escuchando música y escucho a mi voz decir "¿Qué?" antes de poder detenerme. Abre levemente la puerta y asoma la cabeza, haciendo contacto visual conmigo antes de entrar en la habitación.

–Mamá me dijo que te diga que vamos a salir a comer afuera. Pizza.

–¿Oh? –me siento erguida, uno de los libros para aprender a tocar la guitarra, que me dio Charlie, está abierto en mi regazo. Miro a mi habitación, ropa sucia por todos lados, preguntándome qué me voy a poner y cómo voy a lograr aguantar una comida en público sin gritarle a mi familia. Cómo voy a pretender que todo está bien.

–Te dejó sobras de las pastas de ayer en el microondas –agrega, y siento como todo adentro de mí se apaga.

–Oh –exhalo. Es increíble cuán rápido reticencia y enojo se pueden transformar en decepción y heridas abiertas.

Me acomodo en la cama, escondiendo mis puños entre mis sábanas. Owen me observa, su ceja se arruga. Se pasa una mano por la nuca y espero a que se vaya. Que vaya a cenar felizmente con sus padres amorosos, pero solo se queda allí parado, su mirada va de la

ventana oscurecida a mis ojos, como si estuviera intentando encontrarme en las estrellas y no pudiera ubicarme.

Observo mis piernas y al pantalón de pijama rosa estampado con besos que me puse temprano. Las emociones que se disputan en su rostro son demasiado familiares, demasiado cercanas.

–Realmente, no me crees ¿verdad? –pregunta, tan bajito que casi no lo escucho.

Abro la boca. Instintivamente, abro la boca para responder, porque siempre le he respondido a mi hermano. Nunca había tenido un motivo para no hacerlo. Antes, mi voz estaba lista para entablar una conversación con él, con sus pensamientos, lista para compartir, oídos listos para escuchar. Pero ahora no tengo respuesta, no tengo voz. No puedo decirle sí, pero tampoco puedo decirle no. Ni siquiera puedo decir no sé, porque una parte de mí sí lo sabe, pero está atorada, alojada en una maraña de miedos y hechos en mi cabeza.

Cuando no digo nada, parpadea rápidamente, desvía la mirada y su mandíbula se tensa.

–El fiscal llamó hoy a mamá –dice–. No van a presentar cargos criminales –y luego se va, mi puerta se cierra suavemente mientras sus palabras caen sobre mí como una nevada intensa, hermosa y dolorosamente fría.

Una chica dentro mío, una hermana, quiere salir de la cama de un salto, volar de su habitación y lanzarse por las escaleras hasta caer en los brazos de su hermano. Quiere llorar, quiere contarle todo y dejarlo explicar otra vez por qué existió la posibilidad de que

presentaran cargos criminales en primer lugar. Porque ella lo conoce y sabe que debe haber una explicación. Sabe que, de alguna forma, fue todo un malentendido.

Pero también hay otra chica dentro de mí. Que está cansada. Asustada. Sola. Enojada. Devastada. Herida. Se pone de pie, pero no va detrás de su hermano.

No tiene un hermano.

Va hacia la ventana y la levanta. Escucha cómo se abre y se cierra la puerta del garaje, ve alejarse a un auto gris con su familia adentro. Sin duda, para festejar la libertad de Owen. Esa chica siente una puñalada de alivio por las noticias, pero es como si no se sintiera bien sobre su piel. Es como un abrigo demasiado pequeño que intenta abotonarse sobre caderas demasiado anchas. Sale por la ventana y se sienta en el techo, mira al cielo negro sobre ella. No busca a los gemelos. En cambio, busca a Andrómeda, una chica hecha de estrellas cuya madre no podía evitar hablar de su belleza, entonces su hija fue castigada. Poseidón la recluyó en unas rocas costeras, donde fue desfigurada por un monstruo. Ahora vive en el cielo, un homenaje por el tiempo que pasó encadenada y por casi ser sacrificada por la decisión de otra persona, la obsesión y el egoísmo de otra persona.

Miro al cielo, vuelvo a sentir mi piel alrededor de mis huesos.

Andrómeda es difícil de encontrar, por lo general está demasiado al sur para poder ser vista. Pero está allí en algún lugar, atrapada y sola, esperando su propia liberación.





C20

Lanzar piedritas a una ventana del segundo piso de una casa que pertenece a una familia que probablemente me odia no es mi mejor idea, pero Hannah no responde mis mensajes y no hay forma de que toque el timbre.

Cortinas traslúcidas enmarcan la ventana tenuemente iluminada. Lanzo otra piedrita y rebota sobre el vidrio. Unos segundos después, una sombra irrumpe en el brillo ámbar. El rostro de Hannah se asoma. Mira hacia abajo, donde estoy yo, sin expresión alguna. Le devuelvo la mirada, pero finalmente, logro alzar una mano para saludarla y hago señas para que baje. Desaparece y camino en círculos en su jardín lateral, evitando mirar al lago y respirando los rastros del aroma de hojas quemadas.

Pasan demasiados minutos y estoy a punto de volver a mi auto, estacionado en la calle, cuando escucho el chirrido de la puerta del porche trasero. Al costado de unos arbustos juníperos, veo la figura de Hannah cerrar la puerta con extremo cuidado detrás de ella. Se

lleva un dedo a los labios y asiento con la cabeza al mismo tiempo que ella se congela y escucha. Luego, baja las escaleras en puntas de pie y camina detrás de mí. Tiene puestos unos jeans y una sudadera, su cabello está recogido en una pulcra cola de caballo. Ni siquiera sabía que Hannah tenía jeans. Rayos, ni siquiera sabía que tenía una colita para el cabello.

Sin mediar palabra, nos alejamos del lago y del césped bien mantenido al costado de su garaje. No hablamos hasta que no estamos dentro la seguridad de mi auto.

–¿Vas a meterte en problemas? –le pregunto.

Se encoje de hombros, mientras suspira y apoya su cabeza en el respaldo.

–Le dije a mis padres que me iba a dormir, luego me escabullí por las escaleras. No importa.

–Creo que tus padres no estarían de acuerdo.

–Últimamente no están de acuerdo con muchas cosas.

–Lo lamento –las palabras se me escapan, pero se sienten bien. Realmente lo lamento, y siento como si necesitara decírselo, una y otra vez, incluso si no sé bien por qué estoy pidiendo disculpas.

–¿A dónde vamos? –pregunta. Sus ojos encuentran a los míos en la oscuridad, y no sé por qué, pero siento que me relajo cuando nos miramos. A decir verdad, no vine con ningún tipo de plan. Solo quería verla, algo dentro de mí está llamandoa algo dentro de ella. Al

sentarnos en silencio, con el cansancio y la impotencia pesando físicamente sobre nuestra piel, sonrío.

–Creo que sé a dónde podemos ir –digo.

Pasamos con el auto por el pequeño centro de Frederick, lleno de faroles con luces suaves y aceras empedradas, el aire es engañosamente tranquilo y soportable. Estaciono en una calle lateral de la iglesia presbiteriana centenaria y caminamos hacia el sur, evitando la calle principal. Nos alejamos del centro de la ciudad y de las personas que salieron a cenar.

Finalmente, nuestro destino aparece frente a nosotras, un fantasma blanco sobre el cielo negro. Una marquesina vacía, salvo por el nombre The Menagerie, en la parte superior, envuelve el frente del viejo teatro abandonado. La fachada frontal luce casi como una catedral, piedra blanca y una torre que se alza hacia los cielos.

Hago una curva con mis manos alrededor de mis ojos para espiar a través de las puertas enmarcadas con latón. Dentro, veo una alfombra roja rasgada cubierta de polvo y tapada de boletos de teatro viejos y envases de palomitas. Este teatro existe desde que las películas eran llamadas largometrajes, pero lo cerraron hace un par de años para repararlo, a pesar del disgusto de la gente. Alberga un auditorio, que tenía cortinas al costado de la pantalla, butacas acolchonadas de terciopelo, y acomodadores vestidos como botones de hoteles lujosos. Solían tener en cartel películas viejas y vender helados italianos y malteadas de chocolate. Vi El Mago de Oz por primera vez en este teatro, sentada junto a Owen, mis pies inquietos se balanceaban de un lado a otro y ni siquiera tocaban el suelo.

–¿Qué estamos haciendo aquí? –pregunta Hannah.

Me giro para enfrentarla, esperando encontrar un brillo travieso en sus ojos, como la primera vez que la conocí y salió corriendo con mi mano en la suya, arrojándonos al lago.

Pero sus ojos muestran cautela, van de mi rostro a nuestros alrededores.

Vuelvo sobre mis pasos hasta ella y entrelazo mis manos con las suyas lentamente, me muevo despacio, asegurándome de que vea todos mis movimientos. Cuando no se aleja, estrujo sus dedos.

–Vamos a irrumpir en este teatro y vamos a explorar y recordar los días en que éramos pequeñas y mirábamos películas en blanco y negro. Vamos a hacer algo estúpido, salvaje y divertido.

–¿Por qué?

–Porque todavía podemos.

Me mira unos largos segundos y pienso que va a decir que no. No podemos. Tal vez nunca podremos. Pero luego, una pequeña sonrisa alivia la tensión en su boca, y sus ojos destellan brevemente de la misma forma que la Hannah de antes. La sonrisa se hace más grande, me contagia y se intensifica hasta que las dos terminamos riendo. Mantenemos las manos unidas mientras vamos hacia el costado del edificio, buscando una manera de entrar. No podemos parar de reír.

Finalmente, en la parte trasera del edificio, en un callejón con cestos de basura apilados y con un contenedor de basura lleno de butacas de teatro y de sogas de terciopelo mordisqueadas por ratas, vemos una ventana abierta. Está abierta apenas unos centímetros. Está a un buen par de centímetros sobre nuestras cabezas, pero con la ayuda del contenedor, estoy bastante segura de que podemos llegar hasta ella.

–¿Me das impulso? –le pregunto a Hannah, y pongo un pie sobre sus dedos entrelazados. Me alza con tanta fuerza que casi sigo de largo y caigo adentro del maldito contenedor. Logro sujetarme y mantener mi estómago en el borde, y entonces, me alzo sobre mis pies.

–Oh, por Dios –se ríe Hannah–. Lo lamento.

–Sí, me imagino –le sonrío.

Balanceando mis brazos hacia arriba, logro alcanzar la ventana, cuya base está cubierta de polvo, tierra y algo perturbador que luce como el esqueleto de un pequeño animal. Lo hago a un costado con una manga y forcejeo con la ventana. Pedacitos de pintura vieja caen al piso, pero logro abrir la ventana lo suficiente para pasar. Hannah encuentra un viejo cajón de leche detrás del contenedor de basura y escala detrás de mí. En poco tiempo, estamos las dos trastabillándonos en un baño de hombres.

–Ugh –dice Hannah, poniéndose de pie y arreglándose el cabello–. Huele a orina.

–¿Acaso no todos los baños de hombre huelen a orina?

–Exactamente, ¿en cuántos baños de hombres estuviste, Mara?

–Puff, en un montón.

Me regala una sonrisa y se siente como una victoria.

Se supone que la ciudad va a renovar el teatro, por lo que aún hay electricidad y agua corriente y ya podemos ver algunas luces iluminando los pasillos. Encuentro unos interruptores y el resto de las luces se encienden, bañando el lobby frente a nosotras de un brillo sepia. Deambulamos un rato, pisamos porquerías imposibles de identificar, miramos carteles de películas viejas que recuerdo ver colgados en las paredes cuando era niña. Hasta hay una pequeña pila de objetos olvidados hace tiempo: un paraguas andrajoso con lunares blancos y negros, una gorra de beisbol desteñida de los Atlanta Braves, uno de esos celulares con tapa del siglo pasado. Es como si estuviéramos recorriendo el interior de un fantasma, viendo todas las cosas que solían convertirlo en una persona viva. Por algún motivo, me hace sentir triste, pero una especie de tristeza purificadora, una enfermedad que necesitaba expulsar.

Después de un rato, encontramos una escalera. El techo del auditorio es abovedado y con textura, pintura oscura se filtra a través de adornos de yeso color crema. Están desgastados y parece que estuvieran mudando de piel, como un pájaro renovando su plumaje. Nos paramos una junto a la otra en el borde del balcón, el vasto teatro se expande delante de nosotras.

–¿Soy yo o esto es depresivamente hermoso? –pregunta Hannah.

–No eres solo tú –aplaudo una vez y escuchamos el eco repetir el sonido como mínimo cinco veces–. Y esta noche, toda esta hermosura depresiva es solo nuestra.

Lo digo como un chiste, pero ninguna de las dos se ríe. Porque esto se siente bien, estar aquí con Hannah. Este lugar demacrado, pero todavía de pie. Lleno de historia, pero casi olvidado.

–Me enteré de la decisión del fiscal –digo.

–Sí –Hannah toma aire.

–¿Estás bien?

–No lo sé. No quería un gran escándalo, ¿sabes? Pero... el hecho de que un extraño decida si otras personas van a creerme o no, o que decida si realmente pasó o no, es simplemente... horrible.

–Sí.

–Me dijeron que encontraron algunos cabellos púbicos durante esa examinación espantosa, pero ¿sabes qué? El fiscal dice que ni siquiera van a analizarlos porque Owen usó un condón.

–Oh.

–Te conté que dije que no cuando las cosas ya estaban bastante avanzadas.

–No, lo sé.

–El fiscal también dijo que, aunque los cabellos puedan probar que tuvo sexo conmigo, el condón es un problema. Eso es lo que dijo: un problema. Como si estuviéramos hablando de una opinión política o algo así.

–Eso es retorcido.

–Sí. Todos creen que cuando vio… –traga fuerte y respira profundo–. Que cuando violan a alguien es algo rápido, que es algo espontáneo, siempre con violencia y moretones y ojos morados. Pero supongo que no siempre es el caso, ¿sabes? ¿Hasta mi muñeca? Un problema. Porque estábamos al aire libre en un banco de piedra y claro, es obvio, adolescentes teniendo sexo en lugares extraños.

–Dios.

Se encoje de hombros, pero el movimiento es rígido. Está exhausta.

–El hecho de que era mi novio y que habíamos pasado la noche juntos antes es un gran obstáculo. Por supuesto que nadie me creería.

–Yo te creo.

Sus cejas se unen.

–¿Por qué? Es tu hermano. Son cercanos. Él te adora, Mara. Y tú lo adoras a él, sé que es así.

No respondo inmediatamente. En cambio, me siento en un escalón del pasillo y me recuesto, siguiendo con la mirada los intrincados patrones del techo. Hannah también se recuesta, entrelazando sus manos sobre su estómago.

–Algunas veces, no sé por qué –digo–. Hasta odio creerte. Es decir, es mi hermano, ¿verdad? Es mi gemelo. Me he sentido mal desde que todo esto pasó y no puedo evitar pensar que me siento así porque él también se siente mal. Siento que, en cualquier minuto, va a sentarnos a todos y nos va a explicar qué pasó. Que va a confesar. Que va a hacer algo para que esto no sea lo que es.

El espacio entre nosotras se cubre de silencio y lágrimas obstruyen mi garganta, pero luego lo digo. Lo digo porque necesito decirlo, porque tengo que hacerlo, porque es la verdad.

–No quiero creerte.

Silencio total.

–Yo tampoco quiero creerme.

–Pero no puedo no hacerlo. Al principio, lo intenté. ¿Quién quiere creer una cosa así sobre su propio hermano? Pero... no pude. Odio las dos opciones.

–Yo también –toma mi mano y la estruja.

Nos sentamos allí un rato, mientras asimilamos lo que dijimos.

–Todavía lo quiero –digo, como si estuviera confesándome.

–Mara, por Dios, por supuesto que lo quieres.

–Pero no deberías tener que decir eso –me duele la garganta, un manantial de lágrimas ahogan a todas mis células–. Deberías poder odiarlo y dejar que todos tus amigos lo odien contigo.

Pasan un millón de segundos antes de que vuelva a hablar. Cuando lo hace, su voz es suave, casi un susurro.

–¿Puedo contarte algo retorcido?

–Sí.

–Lo extraño. El chico que conocía antes de esa noche. El chico que creo que amaba. Era un poco malcriado, un poco arrogante, pero así era...

–Así era Owen.

–Sí. Era lindo, ¿sabes?

Asiento con la cabeza y, de repente, se me seca la boca.

Hannah se refriega los ojos.

–Dios, es como si él fuera dos personas distintas. Y debería haberlo sabido. Maldición. Debería haberlo sabido.

–¿Cómo podrías saber que esto iba a pasar?

–Bueno, no esto. Pero él es de Géminis. Yo soy Escorpio. Aire y agua, dos elementos distintos intentando unirse. Pensé que podríamos desafiar a las estrellas, ¿sabes? Quiero decir, sé que muchos piensan que la astrología es una tontería, pero a mí me gusta. Me gusta el balance cósmico y que todo tenga un propósito. Y pensé... No sé lo que pensé. Creí que funcionábamos. Hasta el momento en que no lo hicimos.

–Está bien que te guste la astrología, Hannah. A mí también me gusta –pienso en Owen y en mis historias en el techo. Gemelos aventureros en el cielo. Nunca le prestamos mucha atención a nuestro horóscopo o a cómo nuestro signo podría influenciar nuestras vidas, como Hannah. Pero las estrellas siempre han sido parte de nosotros.

–Y nada de esto es tu culpa –digo–. Por favor, dime que sabes eso.

Asiente con la cabeza y vuelve a presionar sus manos sobre sus ojos.

–No creo que sea retorcido que lo extrañes.

Hermano y muchacho. Familia y extraño. Amigo y enemigo. Es retorcido, pero no porque estemos dividiéndolo en dos en nuestras mentes. Es retorcido porque debemos hacerlo.

–Solo a ti puedo decirte que lo extraño, Mara. Entonces, no te sientas mal ¿de acuerdo? Por sentirte... como te sientes respecto de él.

Encuentro su mano y la sostengo tan firme como puedo.

–Gracias –dice.

–¿Por qué?

–Por eso –alza nuestras manos y estrujo sus dedos.

–¿Le hubieras contado a alguien? –pregunto–. ¿Si Charlie no te hubiera encontrado esa noche?

Suspira sonoramente.

–No lo sé. De verdad, no lo sé. Una gran parte de mí piensa que no lo hubiera hecho, aunque sé que es la respuesta equivocada. Debería contarlo, ¿no es verdad? Es un delito y nunca seré la misma después de lo que pasó. Muchas personas no volverán a ser las mismas. Mi mamá me dice todo el tiempo que soy muy valiente, pero no lo soy. Solo intento sobrevivir, llegar del amanecer al atardecer. Pero... nunca lo había entendido antes, ¿sabes? Todas las historias que escuché sobre mujeres contando cuánta vergüenza sienten al ser las que lo sufren. Pero existe. Existe este peso de responsabilidad, de... Dios, ni siquiera lo sé. De solo existir. Como si de alguna manera, si dejara de respirar, todos estarían mejor. Y no quiero decir que quiero dejar de existir... es solo que... no lo sé. Como si no debería. Me siento estúpida por existir. Es retorcido.

Pequeña perra estúpida suena dentro de mí, un viejo compañero, demasiado cerca y demasiado nítido. Y luego, no puedo evitarlo. Comienzo a llorar desconsoladamente y a sollozar a todo volumen. Mis gemidos retumban en el teatro vacío. Hannah se apoya

sobre su codo y ni siquiera puedo mirarla. Cubro mi rostro, temblando.

–Mara, ¿qué pasa?

Sacudo mi cabeza porque esta no es su responsabilidad. No debería cargar con el peso de mi historia. Ella tiene la suya, más reciente, más cruda, más invasiva. La hermana de su abusador está acostada al lado de ella. Pero hay algo adentro de mí, polvo de estrellas y lágrimas silenciosas, que están pidiendo algo de ella, algo que compartimos, algo que solo nosotras dos podemos entender en realidad.

Y por eso escupo todo lo que pasó con el señor Knoll. No solo para recibir consuelo, sino también para darlo.

No habla cuando termino. Creo que ni siquiera respira. El silencio es opresivo, tan ruidoso que estoy a punto de gritar. Pero luego, Hannah se acurruca junto a mí, su brazo cae cuidadosamente sobre mi estómago. Apoya la cabeza sobre mi hombro y comienza a tararear suavemente. Es hermoso. Es tan perfecto. Lágrimas siguen cayendo sobre mis mejillas, uniéndose a las lágrimas que puedo oír en su voz. Hasta este momento, no me había dado cuenta cuánto necesitaba eso: que alguien me escuchara.

Poco después, uno mi voz de alto con su dulce tono de soprano. Tarareamos "Cántame hasta el cielo", una canción a capella que nuestro coro presentó en el concierto de primavera del año pasado. Es hermosa y poética, triste y poderosa. Las palabras aparecen entre las notas y en un momento estamos sentadas y luego, paradas, aunque no recuerdo haberme puesto de pie. Nuestros dedos

envuelven la baranda del balcón, nuestras voces encuentran el tono perfecto mientras llenan la habitación vacía.

En las cámaras recluidas de mi corazón yacen verdades desvestidas del brillo del poeta...

La letra fluye por nosotras, es surreal y demasiado real al mismo tiempo. El sonido es hermoso, nuestras voces se unen perfectamente hasta que no puedo distinguir quién está cantando la melodía y quién está armonizando. Nuestros dedos están entrelazados, se niegan a separarse cuando la emoción de la canción, que transmite cosas inexplicables, encuentra esta extraña liberación.

Cántame una canción de cuna, una canción de amor, un réquiem...

Pero mientras Hannah y yo cantamos, nuestras voces aumentan de volumen y se vuelven más atrevidas. Sonrisas iluminan nuestros rostros. Un par de risas mezcladas con lágrimas comienzan a escaparse cada alguna nota, y pronto nuestra canción es cualquier cosa menos respetuosa.

Es una batalla de llantos.

Cantamos la canción una y otra vez, nuestros brazos alzados sobre nuestras cabezas, nuestros cuerpos en puntas de pie y casi saltando, un eco musical nos rodea como si hubiéramos despertado a los muertos.

Y no puedo evitar desear que lo hayamos hecho.

En nuestra vuelta al auto, Hannah desarma su peinado y deja caer el elástico sobre el asfalto. Nunca se detiene, pero pasa sus dedos por sus mechones resplandecientes y los peina de manera menos suave y domesticada.

No es el desastre enmarañado que suele ser.

Pero se acerca.





C21

La mañana siguiente, abro los ojos y me quedo viendo el ventilador del techo, esperando sentir la habitual manta de plomo que he sentido las últimas mañanas.

Bueno. Los últimos años, en realidad. Me había acostumbrado tanto a ella, a veces me distraía Empoderar y Charlie. Como era casi feliz, dejaba de notar que ese peso raspaba mi piel y descansaba sobre mis hombros, haciéndome una bolita.

Pero esta mañana... no hay nada de eso. En cambio, siento tanta claridad que casi me asusta. El reconfortante sonido de la máquina de ruido blanco y los rayos de sol de otoño que se filtran por los listones de mis persianas intentan nublar mis pensamientos, pero no se dejan dominar. La noche anterior con Hannah hizo que todo se hiciera más nítido, liberó una ola de alivio dentro mío. Al fin contarle a alguien. Al fin saber que alguien me creería.

Ayer por la noche, Hannah parecía estar bien cuando la dejé en su casa. Las dos seguíamos al borde de las lágrimas y nuestras gargantas estaban adoloridas por haber cantado de forma impropia, pero había una especie de calma que nos rodeaba. Como si, al fin, nos hubiéramos quitado el peso de nuestros hombros. Justo antes de que me quedara dormida, me envió un mensaje.

Gracias.

Eso fue todo lo que dijo, pero en esa pequeña palabra reconocí su alivio por tener a alguien con quien llorar, gritar y reír, y entrar ilegalmente a un teatro solo para probar que seguimos vivas.

Me saco la manta de encima, me pongo un par de jeans y mi sudadera del coro de Pebblebrook. Ayer por la noche, justo después de que Hannah me enviara el mensaje, mamá asomó su cabeza por mi puerta y me informó que papá y ella esperaban que fuera al Festival de Otoño de mi escuela, este fin de semana, y que trabajara en el puesto de "Adivine la canción".

–El evento recauda dinero para la escuela –dijo–, y ni yo ni el director Carr creemos que sea apropiado que eludas tus responsabilidades. Especialmente, considerando que sé que fuiste a algún lugar con el auto y que técnicamente estás castigada.

–Está bien –respondí. Nos miramos un par de segundos. No iba a disculparme por haber salido de casa para salir con Hannah. No lo lamentaba. Después de un momento, me di vuelta en la cama y enfrenté a la pared. Mamá se quedó merodeando en la puerta y podía sentir sus ojos sobre mí. Esperé a que se acercara, se sentara a mi lado y acariciara mi espalda hasta que me quedara dormida.

No lo hizo, pero tampoco recuerdo cuándo se fue. Me debo haber quedado dormida con ella parada allí, el rancio aroma de The Menagerie seguía aferrado a mi piel.

Ahora mis manos tiemblan mientras recojo mi cabello en un rodete no muy arreglado y me pongo algo de máscara de pestañas y brillo labial. Siento como si me hubiera tomado una bebida energizante en ayunas, mis nervios no se calman.

En general, el Festival de Otoño es uno de mis eventos preferidos de la escuela. Es chocolate caliente y quemar hojas y paños rojizos y dorados que envuelven fardos de heno y juegos tontos que hacen que me ría y me comporte como una niña pequeña. El año pasado, Charlie y yo nos encargamos de la aburrida venta de pasteles, que hicimos más interesante pidiéndole a los clientes no solo que pagaran por sus brownies, sino que también adivinaran la canción que Charlie tocaba en su guitarra y que yo tarareaba a todo volumen de forma molesta. Hicimos enojar a muchos padres privados de chocolate, la señorita Rodríguez sugirió que nos encarguemos de un puesto musical este año, pero sin pasteles.

Mi estómago se dio vuelta cuando vi todos los mensajes de Charlie que ignoré ayer, seguidos de silencio. El Festival de Otoño significa normalidad, y si hay algo que Charlie y yo necesitamos en este momento es normalidad.

En la cocina, mis padres preparan huevos con tocino y se ríen como cualquier otro sábado a la mañana. Mi papá bebe té y mi mamá seguramente va por su cuarta taza de café. Llena un plato con huevos dorados y luego corre con la cintura a mi padre del fregadero para

poder limpiar la sartén. Papá responde dándole un latigazo en el trasero con un paño de cocina. Los miro durante un minuto, respirando hondo. Algo de esta escena se siente mal, como si intentara ponerme un par de jeans demasiado pequeños. Luego, entra Owen por la puerta principal sudado y con las mejillas sonrojadas por haber corrido, y mi cuerpo entero se paraliza. Mi pulso entra en modo pelear o huir.

Pero algo más acompaña al pánico. Algo nuevo y resplandeciente.

–Hola, cariño –lo saluda mamá, dejando dos platos sobre la mesa donde Owen y yo solemos desayunar a la mañana antes de ir a la escuela–. Oh, Mara. Tú también estás aquí. Papá y yo tenemos que ir a la tienda, así que estarán por su cuenta en el festival.

–Espera –digo–. ¿Vamos a ir juntos en auto?

–Por supuesto –mamá levanta una ceja.

–Me voy a bañar, lo prometo –interviene Owen, y me da un empujoncito en el brazo cuando pasa a mi lado para tomar una botella de agua del refrigerador.

Helada, solo lo miro. Se mueve como siempre, con gracia y fortaleza, cómodo en su propia piel. Durante la última semana, algo estuvo fuera de lugar, su cuerpo cargaba una tensión que nunca había visto en él, y eso ayudaba a ponerlo en otro lugar en mi cabeza. Pero ahora, lucía simplemente como mi hermano, y no puedo evitar observarlo mientras destapa la botella y toma un par de tragos, sus ojos encuentran los míos y veo una suavidad familiar.

Géminis.

Pero luego desvía la mirada y cae un rayo. Es una canción resonando en un teatro abandonado. Nada es igual. Nada volverá a ser como antes.

Mamá debe ver el conflicto oscureciendo mi expresión, porque pone sus brazos sobre mis hombros y me guía desde la cocina hasta la sala de estar, donde me da vuelta para quedar cara a cara. Estruja mis brazos y me mira a los ojos por primera vez en días.

–Cariño. Sé que todo lo que pasó con Owen fue escalofriante. Pero él está bien. No van a pre- sentar cargos y necesitamos dejar esto atrás. Por nosotros. Por nuestra familia –arregla un mechón de cabello detrás de mi oreja–. Te extrañamos, cariño.

Las lágrimas de Hannah de ayer a la noche pasan por mi cabeza, un fuego artificial explotando en el cielo oscuro.

Pero la noche de ayer fue más que tristeza. Fue más que enojo. Fue la forma en que nos aferramos la una en la otra. Nuestra canción. La forma en que mi confesión se combinó con su historia y se convirtió en algo más que lo que me pasó a mí y lo que le pasó a ella. Se convirtió en lo que nos pasó a nosotras. Juntas.

Anoche, después de que le conté todo a Hannah y cuando derramamos nuestras voces en ese viejo teatro con paredes destartaladas y alfombras tapadas de basura, sentí algo que no sentía en años.

Libertad.

Liberación.

Una especie de desmoronamiento que se sentía como superación. Y tal vez eso era lo que necesité todos estos años. Lo que ella necesitaba. Solo que alguien nos escuchara. Hay una calidez en mi sangre por haber hablado, por Hannah, pero me preocupa que sea una llamarada de fuego en un océano de hielo.

Miro hacia abajo a mis pies descalzos, el barniz de uñas verde que me puso Charlie hace semanas sigue dejando rastros en mis cutículas. La verdad es que extraño horrores a mi familia. No solo a Owen, a mis papás también.

Y sé que Hannah está cansada. Que todos estamos listos para que esto termine. En, realidad, he estado lista por tres años. Todos quieren seguir adelante. El problema es que creo que todos tienen ideas distintas de lo que significa seguir adelante.

No sé qué decirle a mi madre, así que caigo hacia adelante y abrazo su cintura con mis brazos y presiono mi rostro sobre su hombro.

Mamá suelta un sonido de sorpresa, pero me abraza inmediatamente. Pasa sus manos sobre mi cabello, y por mis brazos de la manera que quise que me sostuviera la semana pasada y durante los últimos tres años.

–Te amo, cariño –dice.

La estrujo todavía más fuerte, respiro una loción familiar con aroma a hibisco y jabón Dove. Lo hago por el consuelo, por la conexión, porque quiero que este momento con mi madre se sienta como una victoria.

Un cambio.

Incluso cuando adentro de mí sé que todavía queda mucho por decir.





C22

Owen y yo conducimos en silencio hasta el festival. No para de inhalar ásperamente y de aclarar su garganta, luego elije otra canción en su teléfono y repite la rutina otra vez. Me recuerda a Charlie, ambos son inquietos por naturaleza, así que sé que quiere decir algo. No puedo decidirme si quiero que lo haga o no.

Ese momento con mi mamá en casa fue real. Estoy lista para seguir adelante. Cargos criminales ya no son una posibilidad. Lo del señor Knoll fue hace demasiado tiempo, es demasiado difícil de probar. ¿Qué más queda por hacer? ¿Qué más puede hacer una chica, cuando, todos menos ella, pueden olvidarse de todo como si hubiera sido un mal sueño? No tengo idea cómo se oye seguir adelante, cómo se ve. He pasado los últimos tres años intentándolo y, decididamente, no superé nada.

–Así que –digo, tragando fuerte–, ¿cómo viene la primera silla?

Puedo sentir que me echa un vistazo y me obligo a mirarlo a los ojos.

–Bien –responde–. Es mucho más intenso a medida que se acerca el concierto de otoño. Sabes, tengo que salir al escenario yo solito y liderar a la orquesta. Es raro.

–Oh, por favor –fuerzo una risa–. Te encanta y lo sabes.

Se encoje de hombros y una sonrisa se asoma en su boca.

–¿Qué puedo decir? Nací para hacer grandes entradas… antes que todos los demás.

–No acabas de comparar ser primera silla con nuestro nacimiento.

–Los certificados de nacimiento no mienten.

–¿Estás bromeando? Por supuesto que mienten. Se llama error humano. Alguna enfermera exhausta y sobrecargada de trabajo claramente invirtió nuestros horarios de nacimiento y… tal vez…

Mis palabras pierden intensidad, se me cierra la garganta. Esto se siente mal, este ida y vuelta entre nosotros. Se siente como si estas no fueran las palabras que debería estar pronunciando.

–¿Mar?

No le respondo. Unos minutos después, Owen estaciona el auto en la escuela y caminamos hasta el área de césped junto al estadio,

donde el festival ya está celebrándose. Titubea cerca del puesto a su cargo: una colección de los mejores conciertos de la escuela.

–Bueno, aquí me quedo yo –dice.

Asiento con la cabeza, pero no digo nada.

–Mara, ¿qué pasa?

–Nada. Estoy bien.

Es una mentira y lo sabe. Alza su ceja, esperando a que siga hablando, pero ya me estoy alejando antes de poder decir algo más. Cuáles serían mis palabras, no tengo ni idea. Son amorfas en mi cabeza, remolinos oscuros con bordes afilados. No son placenteras, ni ocurrentes, ni cariñosas.

No estoy bien, no estoy bien, no estoy bien.

Mientras camino por el festival, las palabras se arremolinan en mi cabeza, mis piernas se deslizan por el césped siseando, siento que hay una docena de ojos sobre mí. No he visto a nadie de la escuela, excepto a Hannah, desde que intenté arrancarle los ojos a Jaden y, honestamente, el recuerdo casi me calma un poco. Levanto mi mentón cuando un par de los amigos de orquesta de Jaden me miran con odio. Pero luego recuerdo que también son amigos de Owen y que todo ese espectáculo lamentable fue por Owen, sin importar si los incitó o no.

No estoy bien.

Disminuyo un poco la velocidad, pero tenso mi mandíbula y mantengo los ojos clavados en la tienda con un tope rojo que tiene una banderita de

adivine la canción

agitándose al viento.

–¡Mara!

Giro al escuchar mi nombre, me preparo para enfrentar a algún idiota, pero casi caigo de rodillas al ver a Alex saludándome desde detrás de una familia cargada con algodones de azúcar rosa y azul.

–Hola –digo, tan aliviada de verlo que, de hecho, logro sonreír.

–¿Estás bien? Siento que no hemos hablado en un tiempo.

–Solo pasó un día.

Agita una mano y sonríe, pero su sonrisa se desvanece rápidamente.

–Lamento cómo se dieron las cosas en la escuela.

Es mi turno de desestimar con la mano.

–Ya pasó. Estoy bien.

No estoy bien.

–Así que ¿tus padres te liberaron?

–Solo para trabajar –hago comillas en el aire cuando digo esta última palabra–. Pero lo acepto.

–Yo también. Ey, ¿quieres venir a mi casa esta noche?

Levanto mi ceja y se sonroja.

–Solo para pasar el rato –agrega–. Mis padres siempre preparan la cena y podríamos… no sé. Jugar a la Wii o algo así.

–¿A la Wii? ¿Mario Kart?

Sonríe.

–Sí. Siempre y cuando pueda ser la Princesa Peach.

No puedo evitar reírme. Cuando los tres jugábamos a Mario Kart, Owen siempre elegía a la Princesa Peach. "¡Es ruda!" decía, y siempre amé que la eligiera. Cuán cool era que mi hermano popular no tuviera miedo de elegir a la chica y asegurarse de que siempre ganara.

El recuerdo es un golpe fuerte en mi pecho. Hace que desborde todo lo que ha estado cocinándose e hirviendo dentro mío desde ayer a la noche y, por un segundo, no puedo respirar.

–Ey –Alex da un paso hacia mí–. ¿Estás bien?

Asiento con la cabeza, presionando mis manos contra mi estómago, intento forzar oxígeno dentro de mis pulmones.

Alex extiende las manos y pronto me está tocando por primera vez desde que nos besamos. No es la gran cosa, solo posa sus manos gentilmente sobre mis hombros, pero me sorprende lo suficiente como para tragar una bocanada de aire y luego otra y pronto, me siento más tranquila.

Hasta que veo a Owen observándonos desde su tienda, con la boca abierta. Hay una montaña de pasteles que se amontonan en la mesa detrás de él, como una fortaleza. Su frente está arrugada y sus cejas están amontonadas como cuando está confundido. Lo llamo su rostro de anciano. Él dice que es mi rostro de anciana, porque hago exactamente la misma expresión.

–¿Has hablado con Owen últimamente? –le pregunto a Alex.

–No. No mucho –frunce el ceño.

–Sí. Yo tampoco.

–Lo sé. Lo lamento.

Me encojo de hombros y sus manos caen de mis hombros. Palabras que no decimos pesan sobre nosotros –cargos criminales, creer, Hannah– pero no puedo lograr decir ninguna de ellas.

–Tengo que encontrar a Charlie.

–De acuerdo –asiente con la cabeza.

–Ey –tomo una manga de su suéter azul marino–. Te veo esta noche.

–¿En serio?

–Sí. Si mis padres me dejan.

–¿Seis y media? –sonríe, una pequeña sonrisa.

Asiento antes de caminar hacia la tienda de adivinar canciones. No miro en dirección a Owen, pero no puedo evitar imaginar que estamos sentados en el techo, observando las estrellas.

–Sabes que ahora tienes que casarte con Alex, ¿no? –diría.

–¿Por qué?

–Tocó tu hombro, eso es una propuesta de matrimonio en mi manual. Además, no puedo dividir mi lealtad. Es muy injusto.

–Ah, sí, me había olvidado de que mis amistades orbitaban alrededor de tu comodidad.

–Ya lo creo. Además, podría vivir en su sótano y podrían cuidar de mí de por vida.

–Los sueños sí se hacen realidad.

Esa sería nuestra conversación si nada de esto estuviera pasando. Si no se encontraran entre nosotros todas estas mentiras y el extraño que se esconde detrás de la cara de mi hermano.

El dolor en mi pecho es tan agudo que no puedo respirar. Quiero que esa conversación imaginaria sea real. Quiero una vida de risas cómplices bajo las estrellas. Nuestras estrellas. Pero estoy empezando a pensar que esa vida se terminó para siempre. Tal vez nunca estuvo allí. Tal vez perdí todo en el segundo que el señor Knoll me pidió que me quedara después de clases. Tal vez en ese momento perdí todo.

Sigo caminando, un millón de pensamientos y deseos mueren con cada paso que doy. Charlie entra en mi línea de visión y acelero el paso.

Al principio, no me ve. Está clavada en una banqueta detrás de la mesa, inclinada hacia un ovillo de lana dorada y blandiendo sus agujas de tejer, entrelazando la lana formando un bulto carmesí. Su labio inferior está atrapado entre sus dientes y puedo ver la articulación de una grosería al mismo tiempo de desarma un nudo accidental. Es tan linda que el hecho de que no hemos hablado en veinticuatro horas se desvanece de mi mente.

–Ey –digo mientras agacho la cabeza para pasar por abajo del toldo de la tienda.

La sorprendo, sus agujas de tejer caen sobre la mesa, y su ovillo de lana cae al suelo y rueda un
par de centímetros.

–Hola –saluda y se pone en movimiento, levanta las agujas y la lana y las guarda junto a lo que estaba tejiendo en su bolso. Se mete las manos en los bolsillos e intenta sonreír–. Hola.

–¿Estás bien?

–Sí. Solo… estoy feliz de que estés aquí –asiente con la cabeza.

Su mirada es tan intensa, sus pensamientos prácticamente sangran por sus globos oculares.

–Estoy bien –digo antes de que pueda preguntar–. En serio.

–¿Sí?

Asiento con la cabeza.

–Nunca respondiste mis mensajes –reclama.

–Dejaste de enviarme mensajes.

–Sí, porque nunca los respondiste.

–Estaba castigada y necesitaba pensar –respondo mientras aparto el cabello de mi rostro.

–Sabías que te iban a suspender por golpear a Jaden.

–En realidad, no lo pensé en el momento. Y el director Carr también me suspendió por mi falda.

–¿En serio?

–Sí.

–Que imbécil. Aunque lucías… –no termina la oración y se muerde el labio inferior.

–¿Cómo lucía?

Su sonrisa se asoma sobre su boca.

–Terriblemente sexy. Pero luces terriblemente sexy en cualquier cosa.

Se me cae el estómago a los pies.

–Lo lamento –dice, entrelazando sus manos–. No debería haber dicho eso.

–¿No tienes permitido pensar que soy linda?

–No. Solo que… no sé –frunce el ceño.

–Ah, cierto. Tess.

–No dije eso.

–De todos modos, ¿quién demonios es? Charlie suspira, pasa las manos por su cabello. Se levanta de todas formas, parecen montañas y valles oscuros, y es tan adorable que hace que me duelan los dientes.

–La conocí en la noche de pizza, hace un par de semanas, en la escuela de mi padre, donde su madre enseña Matemáticas.

–Que bien. ¿Están juntas?

–No hagas eso.

–¿Qué?

–Hablar como si estuvieras interesada cuando en realidad estás molesta.

–No estoy molesta, solo quiero saber quién es.

Charlie juega con el protector plástico que cubre la mesa y sacude la cabeza. Solo cuando deja de mirarme, me doy cuenta del latido en mis dedos causado por haber hecho un puño con las manos. Intento mantener los distintos pedazos de mi vida en una sola pieza. Pero se están desarmando.

–Tú querías esto –susurra–. Y tienes a Alex.

–No tengo a Alex. Solo somos amigos.

–Tienes algo con él.

Sus palabras están cubiertas de dolor, pero no sé qué decirle. Terminé con Charlie porque parecía inteligente y seguro para ambas. No creí que podría llegar a ser una buena novia para ella. Así que sí quise esto. Pero no quería esto. Paso mi mano por su espalda, siento su respiración sobre las yemas de mis dedos.

Los límites entre romance y amistad se desdibujan con Charlie y conmigo. Siempre ha sido así. Es difícil identificar la diferencia. Es

difícil darse cuenta cuál es más importante. Es todavía más difícil darse cuenta si alguno debe ser más importante que el otro entre nosotras. Pero Charlie y yo, siempre seremos algo más.

–Así que, ¿tienes una lista de canciones para dejar mudos a los participantes? –pregunto, inclinándome hacia la mesa de plástico. Necesito dejar de pensar en esto. Necesito dejar de pensar en todo.

Me mira por unos largos segundos, incontables emociones pasean sobre su rostro. Finalmente, presiona sus labios y mira hacia sus pies, asintiendo con la cabeza.

–¿Canciones? –pregunto otra vez.

–Sí –se estira debajo de la mesa y toma un recipiente de vidrio lleno de pedazos de papel doblados al medio. Después de apoyarlo sobre la mesa, saca su guitarra de la mesa, pasa sus dedos por las cuerdas y ajusta las clavijas–. Son todas bastante conocidas. No debería ser demasiado difícil.

Meto mi mano en el recipiente y tomo uno de los papeles, lo abro y pongo los ojos en blanco.

–*¿Let it be?* Si no puedes adivinar esa con las primeras tres notas, no mereces un brazalete que brille en la oscuridad o un collar comestible o las porquerías que hayan donado como premios este año.

Charlie se hace la ofendida.

–Todos merecen una oportunidad justa de ganarse un tatuaje de Wicked, Mara –toma una canasta de mimbre llena de Elphabas y Glindas del tamaño de una moneda y la apoya junto al recipiente con canciones–. Todos.

Me río, feliz de estar bromeando con mi mejor amiga otra vez.

Pronto, empezamos a tener algunos participantes y Charlie rasguea las cuerdas de su guitarra mientras yo tarareo *Hotel California y Billie Jean*. Entre cliente y cliente, me enseña algunos acordes en la guitarra.

–Parece que le estoy haciendo un gesto obsceno a alguien –digo mientras ella ubica mis dedos en los trastes.

–Eso es sol.

–Sigue pareciendo que le estoy haciendo un gesto obsceno a alguien.

–Bueno, probablemente lo merezcan.

Suelta mi dedo anular e inmediatamente se mueve de su lugar.

–Maldición –digo–. Mis dedos no se doblan de esa forma.

Charlie se ríe.

–Sí lo hacen. Solo tienen que aprender cómo –pone su banqueta detrás de la mía y todo adentro mío se da vuelta cuando siento su respiración en mi cuello. Apoya su pecho sobre mi espalda,

al mismo tiempo que envuelve sus brazos a mí alrededor para poder manipular mis manos sobre la guitarra y coloca sus piernas a mis costados. Me aclaro la garganta mientras ella se concentra, espía sobre mi hombro cuando coloca las yemas de mis dedos en la guitarra.

–Ay –apenas susurro.

–Necesitas dedos más duros. Los tuyos son demasiado suaves.

–Mis dedos son los suficientemente duros cuando es necesario. Además, ¿qué tienen de malo los dedos suaves?

Cuando no responde, giro mi cabeza hacia ella y casi colisiono con su rostro. No había registrado cuán cerca estaba, pero mi boca está a centímetros de su cuello ruborizado, lo que me confunde completamente hasta que repito nuestra conversación en mi cabeza.

–Dios, qué manera de generar incomodidad, Mara –digo, fingiendo hablar conmigo misma para cubrir mi vergüenza.

Charlie se ríe y su rubor se potencia. Es tan linda. Tengo que dejar de mirarla, quitar mis manos debajo de las de ella. Desearía que esto desapareciera, este deseo constante de retractar lo que dijimos sobre lo que queríamos, lo que dijimos que era lo correcto para nosotras.

Siento el cabello de Charlie en mi mejilla, como si estuviera sacudiendo su cabeza, e inhala profundamente. Sigue del color de una remolacha, pero toma mi mano otra vez y pone sus dedos sobre los míos colocándolos en los trastes una vez más.

–Esto es sol –dobla mis dedos con cuidado y gentileza en una nueva posición–. Esto es do –su voz es suave en mi oído y las puntas callosas de sus dedos se deslizan sobre y por debajo de los míos, moviéndolos con facilidad–. Esto es re –vuelve a doblar mis dedos, otro toque ligero–. Y esto es mi menor.

Contengo la respiración y mi sangre late con cierto ritmo por mis venas. No estoy segura qué está haciendo Charlie, pero esto no es solo una clase de guitarra. En algún lugar existe una Tess, pero aquí, solo existe una Mara y una Charlie.

Y esto, nosotras, es mi normalidad.

–Aprende esos cuatro acordes y ya tienes una canción –dice Charlie, su boca sigue cerca de mi oreja.

–Ok –me quedé sin aliento, sin pensamientos–. Practicaré esos cuatro.

–Haz eso –su voz tiene cierto tono de coqueteo y no sé qué hacer con eso.

Charlie y yo nos separamos cuando una madre que luce cansada escoltada por dos niños pequeños se detiene en nuestro puesto. Tarareo You are my sunshine, y entregamos un par de tatuajes. Varios padres y estudiantes visitan nuestro puesto, todos adivinan las canciones sin problemas. Hasta el director Carr se acerca y se gana una Glinda, aunque podría jurar que se inclinó sobre la mesa para inspeccionar el largo de mi falda. Básicamente tosió con disimulo cuando vio mis jeans.

Cerca de las cinco, comenzamos a guardar todo. Siento que me estoy encendiendo. Estoy guardando el recipiente de vidrio en una caja de cartón llena de cosas que debemos guardar en la escuela, pero no puedo parar de pensar en los dedos de Charlie sobre los míos en la guitarra, guiándome, ayudándome. Su voz en mi oído. Una voz en la que siempre confié.

Mi voz preferida en el mundo. Mi persona preferida en el mundo.

Me refriego los ojos para contener las lágrimas, para mantener el estoy bien en su lugar, y luego, como siempre, Charlie está justo allí.

Le estoy dando la espalda, pero ella toca mi codo.

–Ey –dice con suavidad–, ¿qué pasa?

Porque no puedo esconderme de ella. Nunca pude hacerlo. Es solo porque me conoció después de lo del señor Knoll que nunca supo que le estaba ocultando algo. Pero ahora ese algo no quiere seguir oculto. Está cansado de la oscuridad. Le di un poco de luz ayer por la noche con Hannah y ahora ese algo está hambriento. Está famélico. Distraerme con la clase de guitarra y con cenar con Alex no es suficiente. Esas cosas son como una linterna de bolsillo y este algo quiere el sol. Necesita luz y aire y quizás, quizás, quizás si le cuento a Charlie, a mi persona en el mundo, ese algo se tranquilice. Tal vez ese algo pueda finalmente recostarse y dormir.

–Ey –repite Charlie. Mis hombros están temblando. Mis piernas. Mi corazón. Mis pulmones.

Me doy vuelta y me siento en una banqueta, mi respiración es tan ruidosa y profunda que me mareo.

Charlie se sienta a mi lado.

–Mara, me estás asustando.

Suena completamente aterrorizada, así que tomo su mano. Respira. Respira.

–Sin importar lo que esto sea, déjame ayudarte –agrega. Se inclina hacia mí, apoya su mejilla en mi hombro. Es tan natural. Tan seguro. Tan correcto. Tan nosotras.

Recuesto mi cabeza en la de ella, quedándome sin energía. Niñas pequeñas con dedos llenos de algodón de azúcar y labios recientemente adornados con brillo labial, lanzan miradas a los chicos del secundario. Chicas de mi edad en jeans, en faldas, en pantalones cortos de gimnasia, en franelas, con cabello largo, con cabello corto, con cabello teñido, caminan por el césped, buscando, cazando, necesitan una conexión, una opinión. Necesitan validación. Necesitan *algo*.

Algo por lo cual sentirse valiosas. Para sentirnos como nosotras mismas.

–Mara –dice Charlie. Levanta su cabeza y limpia las lágrimas de mi rostro con sus pulgares–, ¿es por Owen?

Pienso en su pregunta, porque todo parece ser por Owen últimamente. Pero luego me doy cuenta de que no es por él. Esto no es por Owen en absoluto. Esto es por mí. Esto es mío.

Y luego, abro la boca y me doy un poco más de luz a mí misma.





C23

Los dedos de Charlie me estrujan con más intensidad, sus ojos están ensombrecidos con preocupación. Pero no dice ni una palabra. Solo espera, se mantiene cerca mientras le cuento todo. No tiene nada que ver con valentía o fortaleza. Tiene que ver con no tener nada que perder. No pude hacer que todo funcionara, ya no tengo a Charlie. Ya no tengo a mi hermano. Ni siquiera me tengo a mí misma. Ahora, ese día con el señor Knoll sale a la luz en una mezcla de apuro, lágrimas y mocos, mientras tiemblo y siento vergüenza. Sale proyectado a la luz, como un depredador determinado y dejo que logre su propósito.

–Oh, por Dios, Mara –suelta Charlie cuando termino.

–Es por eso que nunca pude... cuando estábamos juntas, por qué no te dejaba... no te tocaba... –un sollozo queda atascado en mi garganta y lo único que puedo hacer es agitar mi mano entre nosotras dos, esperando que entienda lo que estoy diciendo.

–No, no, no –dice–. Shhh, ni siquiera pienses en eso. Está bien. Sabes que eso siempre estuvo bien por mi parte.

–Yo quería –sigo, mi voz se quiebra y la luz se filtra por todas las grietas–. Realmente quería.

Luego estoy entre sus brazos y me está sosteniendo tan cerca de ella que puedo escuchar el errático latido de su corazón, puedo sentir cómo tiembla levemente, puedo notar sobre mi mejilla unas lágrimas calientes que no son mías. Me aferro a ella, sintiéndome vacía y llena a la vez, el hambre fue reemplazado por nutrición.

–Por eso estabas tan triste cuando te conocí –dice.

–¿Lo estaba? –pregunto. Se aleja para poder verme y asiente con la cabeza.

–Quería hacerte sonreír con todas mis fuerzas.

–Me hiciste sonreír. Todos los días.

Lágrimas caen por sus mejillas, imitando a las mías, y las hace a un lado con sus manos.

–Dios, lo lamento tanto. Lo lamento tanto –dice.

No sé qué decir. No sé cómo reaccionar ante nada. Solo quiero quedarme aquí, donde Charlie sabe mi secreto y no tengo que pensar en nada más que en el aroma punzante del desodorante para chicos que usa y en la presión de las yemas de sus dedos sobre mi espalda.

Nos quedamos así un rato, inhalaciones cortas y suaves caricias. Siento que ese algo hambriento recula y suspiro aliviada. Comienzo a sentir que retrocede. Comienzo a sentir que tiene sueño, saciado por mi confesión.

–¿Por qué no le contaste a nadie? –pregunta suavemente, y todo se despierta otra vez. Ese algo se pone de pie y vuelve al acecho.

Me suelto de ella.

–¿No tenías pruebas de que no habías hecho trampa? –continúa–. Cuando presentó el papeleo para justificar su desaprobado, ¿nombró a la persona que te había acusado?

La miro perpleja, pequeña perra estúpida es un eco en mi cabeza.

–Él... no lo sé –respondo–. La administración llamó a mis padres un par de días después y les dijo lo que pasó.

–¿Y tus padres nunca lo cuestionaron?

–Yo... yo no... –trago. Pero no puedo terminar la oración. No puedo decir nunca les di un motivo para hacerlo, aunque es verdad. En *Empoderar*, Charlie me ha visto hablar sobre tantos problemas, sobre tantas chicas y chicos *queer*. Pero nunca sobre mí. Por lo menos, no directamente. Hice las paces con mis etiquetas (*chica, bi, queer*), pero siento que todavía no puedo aplicar una de ellas a la persona que veo todos los días frente al espejo. Esa chica sigue sin tener voz, sigue asustada.

–Mara, tienes que contarles ahora –dice.

–¿Qué? No.

–¿Por qué no? Necesitas… Dios, Mara, necesitas contarles. Necesitan saber, hacer que despidan a ese imbécil y lo metan en prisión.

–Yo…

–Oh, por Dios, ¿todavía trabaja allí? ¿Todavía enseña?

Presiono mi frente con las dos manos, intentando calmar mis pensamientos.

–¿Enseña? –pregunta Charlie, y lo único que escucho es estúpida, estúpida, estúpida. La verdad es que sé que todavía trabaja en Butler. Enseña Pre-Álgebra y entrena al equipo de baloncesto masculino. Lo vi fugazmente, a través de cortinas aterciopeladas, la primavera pasada cuando todas las primarias del condado fueron invitadas a ver nuestra producción del musical Guys and Dolls. Lucía exactamente igual y estaba hablando con una estudiante femenina sonriente mientras eran ubicados en el auditorio. Durante el espectáculo, perdí su rastro entre la multitud y las luces. Nunca estuve tan feliz de no haber obtenido el rol principal en un musical como ese día.

Ahora, lo único en que puedo pensar es en esa chica sonriente. Su estudiante. Seguro confiaba en él, le gustaba, pensaba que era lindo. Tenía cabello castaño rojizo ondulado. Era largo, caía por debajo de la mitad de su espalda. Justo como el mío.

Me pregunto si ella estuvo en la escuela de verano este último verano.

–Mara.

Me pregunto si estuvo asustada.

–Mara, mírame.

Me pregunto si se defendió.

–Mara, tienes que...

–¡Cállate, Charlie!

Empalidece boquiabierta. Una madre y su pequeño hijo pasan por delante de nuestro puesto y nos echan un vistazo de alarma, sus brazos están tapados de animales de felpa y de bolsas de palomitas de maíz con mantequilla.

Charlie se acerca a mí y baja la voz.

–Solo estoy intentando...

–Ayudarme. Ya lo sé. De hacer lo correcto. También lo sé. Pero no es fácil, no es blanco y negro.

–Lo lamento. Es solo que... Mara –frunce el ceño–. Estoy preocupada por ti. Esto es realmente importante y has lidiado con

esto sola por tres años. Y sí, es blanco y negro. Él es una basura y un abusador infantil.

–Sé lo que es. Y sé que no soy la imbécil aquí. Lo que él hizo es blanco y negro, sí, pero lidiar con eso no lo es. ¿Sabías que le dieron el premio de Maestro del Año esa primavera? Maestro del maldito Año. Ni siquiera se cruzó por la cabeza de mis padres que podría estar mintiendo. Porque ¿por qué diablos el maestro el año mentiría sobre los exámenes de una pequeña estúpida? Nadie me hubiera creído. No lo hubieran hecho en ese momento. Seguramente, no lo van a hacer ahora.

–Yo te creo. Y le creo a Hannah. La gente sí cree.

Sé que tiene razón. Pero no importa cuánto intente convencerme a mí misma de lo contrario, mi propia convicción está tan mezclada con lo de mi hermano que no puedo ver la situación con claridad. No puedo dilucidar qué debo hacer al respecto. No puedo ayudar a Hannah, no puedo odiar a Owen, no puedo decir nada que tenga relevancia. Sin importar lo que haga, estoy traicionando a los míos: a mi amiga, a mi hermano, a mí misma. Creer no es fácil, no es blanco y negro.

–Solo quiero seguir adelante –digo. Hundo mis manos en mi cabello, mis dedos se atascan en mis rizos–. Solo quiero dejarlo atrás. Puedo seguir adelante.

–No así. Lo lamento, Mara, pero no creo que puedas.

–¿Por qué no? Le conté a Hannah. Ella lo entiende. Ella puede ayudarme. Yo puedo ayudarla. Te conté a ti. Eso es todo lo que necesito. Ustedes dos son todo lo que necesito, es suficiente.

–Entiendo eso –el labio inferior de Charlie tiembla–, pero eso no cambia el hecho de que tus padres no tienen idea de lo que te pasó, que él sigue allí afuera, trabajando con niños. Por eso mismo no puedes dejar esto atrás.

–¿Entonces Hannah tampoco puede? –replico, y Charlie empalidece–. Owen va a salir impune de todo esto como si fuera una mala ruptura. ¿Ella no va a poder seguir adelante?

–Eso es distinto. Ella lo intentó. Dijo la verdad. Y va a comenzar a ver a un psicólogo, está intentando superarlo.

–¿Entonces yo soy una basura porque solo quiero olvidarlo y seguir adelante?

–No –los ojos de Charlie se ensanchan–. Por supuesto que no. No quise decir eso en absoluto.

Lágrimas caen por mi rostro, cada gota cargada de desesperación, enojo y agotamiento. Tanto agotamiento.

–Solo di la verdad –dice Charlie con suavidad. Demasiada suavidad y me hace enojar–. Eso es lo único que debes hacer, te ayudará.

–Ah, porque tú eres tan buena diciendo la verdad, ¿no? Basta con preguntarle a tus padres.

Las palabras caen de mi boca antes de que pueda detenerlas. Charlie hace una mueca de dolor significante.

–Yo…

–Tienen a la hija perfecta, ¿no? Una hija que nunca iría a tocar en un escenario en Nashville a escondidas. Una hija que nunca se sentiría como una maldita extraña en su propio cuerpo, ¿no es cierto?

–Diablos, Mara.

Sé que estoy siendo una imbécil, pero no puedo detenerme, no puedo callarme.

–¿Tus padres te preguntaron alguna vez por qué todos tus amigos te llaman Charlie? Ah, espera. Me olvidé. Por supuesto que lo han hecho. Pero tú mientes con buenas intenciones.

Me mira boquiabierta, y una gran lágrima cae por su mejilla. La hace desaparecer antes de que pueda decidir si realmente estuvo allí o no.

–Eso no es lo mismo –susurra–. Ellos ya saben que me gustan las chicas. Y puedo hablar con mis padres de mi maldito cuerpo cuando yo esté lista. No estoy lastimando a nadie.

–Yo tampoco estoy lastimando a nadie.

–Estás lastimándote a ti misma. Y quién sabe si ese imbécil…

–Necesito tiempo –digo sin mirarla. No puedo soportar ver la decepción en sus ojos, el enojo, y la odio un poco por eso, por haberme arrebatado mi espacio seguro. Por haberse robado este momento cuando pensé que mi confesión sería suficiente–. ¿Puedes dejarme sola?

–Mara...

–Por favor.

–Diablos. Sé que estás molesta y no quiero presionarte. Yo solo...

–Maldita sea. *¡Vete!* –un par de personas que pasaban por nuestro puesto se sorprendieron por mi grito, abrieron grande los ojos y susurraron.

Charlie retrocede como si le hubiera dado una bofeteada. El espacio entre nosotras se hace más grande y necesito hacer algo. Charlie hace lo que le pido, me deja sola en el taburete con nada más que la gentil brisa nocturna para tranquilizarme.

Finalmente, me pongo de pie y, de alguna forma, llego al estacionamiento medio enceguecida por lágrimas silenciosas. Nuestro auto no está por ningún lado, pero apenas advierto su ausencia. Comienzo a caminar, el movimiento me distrae y es bienvenido. Pero se siente como si los kilómetros que hay entre donde estoy y donde sea que termine nunca serán suficientes para silenciar la voz en mi cabeza.

Porque no hay forma de seguir adelante, en realidad. Ninguna canción, ni amigo comprensivo, ni todo el amor que tengo por mi hermano podrá cambiar eso, y yo era estúpida, estúpida, estúpida por pensar que podría hacerlo. No hay vuelta atrás.





C24

PEQUEÑA PERRA ESTÚPIDA

Pequeña perra estúpida

Pequeña perra estúpida

Estas palabras retumban, es imposible silenciarlas, a pesar de los autos que pasan mientras me dejo llevar por la acera, aturdida . Ni siquiera sé dónde estoy, cuán cerca estoy de casa, cuál es la próxima calle o por qué simplemente no llamé a Owen para que me venga a buscar.

Esta última idea me hace sentir un escalofrío en la columna. Ni siquiera sé por qué. No sé si es porque me dejó en el festival sin decirme nada o si es por la idea de él, por el hecho que exista y que compartimos sangre, cumpleaños y las estrellas sobre nosotros. La idea de que esté tan cerca de mí, pero de alguna forma esté perdido.

No puedo entender nada, no puedo dilucidar mis pensamientos nublados.

A mi lado, un auto disminuye la velocidad y me pongo rígida. Al instante, me doy cuenta de que el cielo está oscuro y mis ojos buscan en mis alrededores una ruta para salir corriendo o algún lugar en el que pueda esconderme.

¿Cómo? Pienso. ¿Cómo llegué a esto?

–¡Mara!

Oír mi nombre solo hace que aumente la velocidad y potencia la ola de pánico en mi pecho.

–¡Mara! ¿Estás bien?

La voz femenina hace que me detenga, hace que respire hondo. Giro en sentido de la camioneta verde oscuro que avanza lentamente a mi izquierda. La ventanilla del pasajero está baja y veo a Greta inclinarse hacia mí, su cabello rubio casi brilla en la oscuridad.

–¿Necesitas que te lleve a casa?

La miro por un momento antes de responder. Prácticamente me echó a las patadas de mi propio club, pero, en este momento, su voz es suave y está posponiendo sus planes de sábado por la noche para asegurarse de que esté bien.

–Sí. Gracias.

Me deslizo en su auto justo cuando un camión negro gigante disminuye la velocidad detrás de ella y comienza a tocar bocina.

–Seh, seh –masculla entre dientes–. Vas a recalentar el motor, imbécil.

Algo sobre ese comentario me hace reír. Greta me sonríe y le pone los ojos en blancos al camión que me parece que es uno de esos conductores que abusan de la bocina.

–¿Estamos compensando otra cosa? –exclama.

Vuelvo a reírme mientras abrocho mi cinturón, Greta vuelve a acelerar para alejarse de la curva y, de repente, me siento exhausta. Es como si esa risa hubiera agotado lo último de mi energía. Descanso mi cabeza contra la ventana mientras conduce por la ciudad –de alguna forma, termino en la avenida cerca de The Menagerie– y deseo quedarme dormida o desaparecer, lo que sea que ocurra primero.

–¿Estás bien? –pregunta.

–No. No realmente.

No responde nada. Probablemente, no era la respuesta que esperaba. Diablos, ni siquiera es la respuesta que yo esperaba darle. Greta y yo no somos el tipo de amigas que intercambian algo más que el obligatorio ¿cómo va todo? y el muy bien, gracias.

–Mira –dice finalmente–, quería hablar contigo.

–Ah, ¿sí? –pregunto inexpresiva–. ¿Sobre qué?

–Sobre *Empoderar*. Lamento cómo se dieron las cosas. Me siento mal. Es solo que no sabía cómo manejar toda la situación. Dios, era tan raro –dobla por mi calle y sigue hablando–. Pero estuviste increíble, gritándole a Jaden y todo eso.

–Hice un poco más que gritarle –suelto una carcajada.

–Lo sé y eso debe haber sido difícil.

–¿Acaso estás justificando mis actos de violencia, Greta?

–Está mal, ¿no? –sonríe–. No debería ser así, pero sí, supongo que lo estoy haciendo.

–Bueno, Jaden es un imbécil.

–Ya lo creo. Detiene el auto en frente de mi casa, pero no me bajo. El auto de Owen, nuestro auto, no está en el garaje, pero las ventanas de casa brillan con calidez, falsamente simulan amor y aceptación y fe.

–Tenías razón.

–¿Tenía razón? –gira para enfrentarme.

–Sobre *Empoderar*. No estaba en una posición para liderar. Tal vez nunca lo estuve.

–No creo que eso sea verdad.

–Lo es.

–Mara, haces un gran trabajo. Tienes ideas realmente buenas y tus artículos son increíbles. Son importantes y realmente eres una gran escritora. La gente los lee. Casi toda la escuela, de hecho. Eso es enorme.

Hace un par de semanas, hubiera recibido sus palabras con entusiasmo al mismo tiempo que sonreía y me ponía colorada, tímida y orgullosa a la vez. Especialmente, viniendo de Greta, alguien que siempre creí pensaba pobremente de mí.

Ahora, solo siento vergüenza.

–¿Puedes llevarme a la casa de Alex Tan? –le pido.

Puedo sentir su vacilación, así que agrego un por favor. Accede y seguimos en silencio el resto del viaje.

Cuando estaciona en lo de Alex, el auto de Owen y mío está allí, estacionado tan casual y benignamente que no hay ningún motivo para experimentar esta ola de terror que me pasa por encima.

Ningún motivo en absoluto.

La casa de Alex es estilo victoriano y luce como algo salido de una historia de fantasmas. Es blanca brillante, tiene tres pisos, un porche

con cerramiento y altas columnas frente a una entrada para autos circular. Junto a La Luciérnaga amarilla de Alex, mi propio auto está estacionado torcido, como si Owen hubiera estado apurado cuando llegó.

Me despido de Greta y le agradezco con tanta sinceridad como me es posible a través de mi voz temblorosa. Luego, espero hasta que su auto se aleje antes de caminar hacia el costado de la casa, deseando encontrar a los chicos jugando al baloncesto cerca del garaje. La red, inmóvil, cuelga sobre las puertas gastadas por el tiempo. Con las manos en los bolsillos de mi sudadera, bordeo la fachada y me dirijo hacia las escaleras del porche.

Apenas pongo un pie en el primer escalón, escucho a la voz de mi hermano.

–... idiota sobre esto.

–No lo soy. Yo solo...

–Sí lo eres. Te has estado comportando como un imbécil por una semana y ahora, ¿mi hermana? ¿En serio, Alex? Es mi maldita hermana.

–Solo estamos pasando tiempo juntos.

–Sí, seguro. Nunca quisiste pasar tiempo con ella antes. No sin mí.

Me petrifico, mi corazón late fuerte en mi pecho.

–Nunca lastimaría a Mara –dice Alex.

–Ese no es el punto. Que mi mejor amigo se acueste con mi hermana es sencillamente raro.

–Por el amor de Dios, Owen. ¡Solo somos amigos!

–Sabes que es bi, ¿verdad? No puede decidirse.

Contengo la respiración, mi mano vuela hacia mi boca para contener el sollozo repentino que ahoga a mis pulmones. ¿Mi hermano acaba de decir eso sobre mí? Owen habla de más cuando está molesto, no puede cerrar la boca. Eso ya lo sé. Pero su palabrerío nunca fue direccionado hacia mí de esa forma, y sus palabras se sienten como un cuchillo que nos divide en dos.

Por un par de segundos, no hay nada: ni sonidos, ni aire, ni luz.

Luego, Alex habla en voz baja.

–¿Acaso te estás escuchando en este momento? Tú no eres así.

Silencio.

–Tú no sabes cómo soy, porque ya no te importa lo que me pase.

Alex dice algo que no puedo entender. La puerta del porche suelta un alarido y alguien se pone de pie.

–De acuerdo –dice Owen–. Vete al diablo.

–Owen, por favor.

–No, no, está bien. Es bueno saber que, básicamente, piensas que soy un mentiroso.

–Eso no es lo que...

La puerta que lleva al porche cerrado se abre bruscamente y golpea la baranda de la escalera. Mi hermano sale hecho una furia, Alex corre detrás de él. Owen se queda congelado cuando me ve. Hay un destello de tristeza en sus ojos. Arrepentimiento. Pero luego algo duro cubre su rostro y su mandíbula se tensa.

–Quién lo hubiera dicho –masculla, luego pasa junto a mí y por poco me tira al suelo. Me aferro a la baranda, en shock, mientras veo a mi hermano y a su mejor amigo por más de diez años, desmoronarse.

Alex estruja mi brazo, pero es un segundo de consuelo, porque luego está persiguiendo a Owen. Lo alcanza en nuestro auto, toma el hombro de Owen y lo gira.

–¡Suéltame, maldita sea! –grita Owen. Su tono es como una cuchillada en mi estómago porque no hay solo enojo en su voz. Hay miedo y tristeza, pánico y soledad. Tal vez sea algo de gemelos, pero casi puedo saborear sus emociones, siento una amargura en mi paladar. Ya lo creo que puedo sentirlas.

–No hagas esto, hombre –dice Alex–. Solo habla conmigo. Dime la verdad, eso es todo lo que pido. Todo lo que siempre pedí.

Mis dedos se clavan en la pintura blanca de la baranda, algo de metal me corta debajo de las uñas.

Porque ya no están hablando de mí.

Owen lo mira con odio, su pecho se infla y desinfla.

–No quieres la verdad. Solo quieres hacer como si nada hubiera cambiado. Como si no me hubieras abandonado completamente cuando las cosas se pusieron difíciles.

Su mirada se posa en mí. Hay un brillo en sus ojos que hace que me aleje de las escaleras y me acerque a él. Ya se pueden ver las estrellas y quiero meter a mi hermano en nuestro auto, llevarlo a casa, sentarme junto a él en el techo y contar historias.

Contar mentiras.

Me paro en seco y él hace una mueca de dolor. Cierra la boca, pero puedo ver cómo tiemblan sus labios y me paralizo. Estoy a la deriva, flotando por el espacio.

Luego, entra en el auto, hace rugir al motor y rechina las llantas cuando retrocede para salir del camino. Alex se tropieza hacia atrás y pasa las dos manos por su cabello, viendo como Owen se aleja.

Se queda allí por algunos segundos, con las manos en su cabeza, mirando a la calle. Finalmente, se da vuelta y, sin decir una palabra, toma mi mano. Me guía por las escaleras que llevan a su casa. Entramos en un espacio abierto, el vestíbulo lleva a la cocina que, a

su vez, lleva a la sala de estar. Sus padres están cocinando y toda la casa desborda sabrosos aromas y sonidos burbujeantes, pero cuando nos ven, se quedan quietos, sus rostros colmados de preocupación.

–Bajaremos en un minuto –grita Alex. Apenas puedo saludarlos con la mano antes de que me arrastre por otra tanda de escaleras hasta su habitación.

–Lo lamento –se disculpa mientras me suelta y se sienta en su cama. Deja caer su cabeza sobre sus manos–. Necesito un minuto. Yo solo...

Sus hombros tiemblan y deja escapar un lamento como si se estuviera rompiendo. Lo miro, completamente hipnotizada mientras todo lo que siento sale a la luz a través de él. Lo conozco de toda la vida y apenas lo conozco. Se está desmoronando delante de mí y no puedo evitar sentir una especie de alivio, porque ahora no estoy tan sola en este proceso en el que caen una por una todas las partes de mí.

Camino hacia él, apenas lo alcanzo antes de caer en mis rodillas. No me importa esta línea que no podemos cruzar, no me importa a quién amo ni a quién necesito. No me importa. Lo único que me importa ahora mismo es hacer que todo esto desaparezca. Todo lo que le acabo de contar a Charlie. Todo lo que acaba de pasar entre Alex y Owen. Todos los días, todos los minutos, todos los segundos, preguntándome por qué, cómo y ahora qué.

Necesito que todo desaparezca.

Alex también necesita que desaparezca.

Me acerco a él, sus piernas están a cada lado de mi cadera y paso mis manos por sus brazos hasta sus hombros. Sigue temblando y una lágrima cae sobre su nariz y marca un punto oscuro en sus jeans. Deslizo mis manos hasta su cuello, y luego tomo su rostro antes de pasar mis dedos sobre su cabello. No puedo parar de tocarlo, de mezclar mi pérdida con la suya.

Su respiración se tranquiliza y levanta la cabeza, sus ojos enrojecidos y cansados examinan mi rostro. Abre la boca para hablar, pero no emite ningún sonido. En cambio, toma mi cintura y me acerca a él.

Nuestras frentes se tocan. Siento las lágrimas en su rostro y se sienten tan bien que acerco mi boca a la de él. Separa sus labios para mí, la desesperación y el hambre colisionan. Mis pensamientos se vuelven borrosos, como si estuviera soñando y el sentimiento es como una droga, morfina para un corazón roto. Desabrocho los primeros botones de su camisa y paso mi mano por su piel. Él tiembla y me sostiene con más fuerza. Me pongo de pie, pero solo para poder subirme a su regazo, mis rodillas se encierran alrededor de sus caderas.

Estoy temblando y no puedo darme cuenta si es algo bueno o no. Todo es piel y adrenalina. Sonidos, saliva, dientes y un gentil rasguño mientras nuestras camisetas caen al suelo. Los labios de Alex están sobre mi cuello, sobre mi clavícula, en todos lados. Mis manos tiran de su cabello y nos hace girar en la cama y termina sobre mí. Sus dedos luchan con el cierre de mi sostén y me es- tiro para ayudarlo.

–¿Esto está bien? –pregunta.

–Sí.

La palabra explota en mis labios, me siento empoderada y sexy, y no puedo sacarme el sostén tan rápido como quisiera. Sus padres están abajo, pero no me importa. Mi corazón se pulveriza en mi pecho, pero el resto de mí está vivo, al fin. El resto de mí necesita, desea.

Luego, sus caderas se mueven sobre las mías y mi visión se oscurece. Puedo sentirlo a través de sus jeans y no puedo respirar, el bulto rígido sobre mí es demasiado, demasiado foráneo y familiar al mismo tiempo.

Hannah. Acostada con frío y en estado de shock sobre un banco.

Yo. Temblando y deseando desaparecer.

Todo mi cuerpo se congela y luego se adormece, mi pecho siente tanta presión que apenas puedo respirar cuando me invaden los recuerdos.

Mi mano donde nunca la quise.

Mis lágrimas cayendo delante su sonrisa.

Mi voz demasiado sorprendida y asustada y pequeña como para decir "no".

Para decir "detente".

Para gritar.

–Detente –logro susurrar–. Detente. Detente.

Alex se aparte de mí y está en la otra punta de su cama tan rápido que es como si nunca hubiera estado encima de mí.

–Diablos, lo lamento –dice, respirando con dificultad–. Diablos, lo lamento tanto.

Niego con la cabeza y me ovillo, envolviendo mis rodillas con mis brazos para cubrirme y dejar de temblar. Estoy mareada, demasiado oxígeno y poca capacidad en mis pulmones.

–Alex –digo casi ahogada–, no hiciste… no hiciste nada malo.

–Sí, lo hice. Diablos. Soy un imbécil.

Quiero gatear hasta él, pero no me puedo mover, no puedo logar que mis pensamientos dejen de gritarme.

Pequeña perra estúpida.

Pequeña perra estúpida.

Pequeña perra estúpida.

Cierro los ojos con fuerza y llevo una de las almohadas a mi pecho, intentando aferrarme a algo. Nunca había estado con un chico

de esta forma. Nunca había estado con Charlie de esta forma. Solo habíamos llegado cierto nivel de contacto íntimo e incluso eso tomó meses y fue solo sobre la tela del sujetador o sobre la faja de Charlie durante más tiempo aún. Nunca había tocado a alguien de mi edad por debajo de la cintura. Y no es porque no quisiera, sí quería. Quise hacerlo con Charlie. Dios, lo deseaba, pero cada vez que mis dedos rozaban el botón de sus jeans, me congelaba y era como si una fuerza, que no podía controlar, estuviera alejando mi mano. Sus manos también bajaban despacio, y siempre preguntaba si estaba bien, y cada vez, me ponía dura y llevaba su mano a mi cintura. A ella no le molestaba, sus besos seguían siendo igual de gentiles, el suspiro que soltaba cuando presionaba mis labios sobre su clavícula seguía siendo tan alegre y satisfactorio como siempre.

Ahora mismo, quiero esto con Alex, aunque sea por todos los motivos equivocados. Pero mi cuerpo y mi mente están en guerra, miedo y recuerdos trituran el deseo.

–Lo lamento, Mara –dice Alex, y suena completamente destruido.

–Alex mírame.

Lo hace, pero sigo sin poder moverme hacia él, y cuando hablo, no reconozco mi voz. O tal vez lo hago. Tal vez esa pequeña niña está cansada de estar escondida.

–Está bien. Solo me asusté.

–Esto no está bien, Mara. Esto es cualquier cosa menos eso. No puedo hacer esto... no puedo.

Lo miro, pensando en él y en Owen en la entrada de su casa, en sus lágrimas sobre esta misma cama hace unos minutos y algo se mueve dentro mío. El recuerdo de una noche distinta, un Alex distinto, una Mara distinta.

–¿Encontraste a Owen?

–Sí. Está bien. Está bien, está con Hannah.

–Alex, ¿por qué le pediste a Owen que te dijera la verdad? ¿Qué quisiste decir?

Alza su cabeza para encontrar mis ojos, pero no puede mantener la mirada. Cierra fuerte los ojos y respira hondo.

–Pero tú lo viste con Hannah en el lago, ¿no? Cuando fuiste a decirle que me ibas a llevar a casa.

–Sí, lo vi.

–Y estaba bien, ¿no? ¿Hannah estaba bien?

–Estaban... estaban bastante enfrascados el uno con el otro. No quise interrumpirlos.

–Alex.

–Solo quería que hablara conmigo. Hablar de verdad.

–Qué...

–Los vi. Esa noche. En el lago, los vi.

–Ya me habías contado eso –digo. Pero no lo hizo. No me lo contó de esta forma. Con miedo y culpa en los ojos, con lágrimas cayendo por sus mejillas–. ¿Qué viste?

–Yo… no lo sé. Estaban en el banco y estaba oscuro y podía darme cuenta de que se estaban besando, pero cuando me acerqué…

–¿Qué? ¿Qué pasó?

–No parecía estar bien. No estaban… completamente desnudos ni nada, pero el vestido de Hannah estaba levantado y Owen estaba… como… sosteniendo sus brazos –da una bocanada de aire literalmente y arrastra una mano por su rostro–. Hannah miraba hacia el lado opuesto a mí. Owen también. No podía… no podía darme cuenta. Salí de ahí bastante rápido y pensé que solo estaban… ya sabes. Pero cuánto más pensaba en eso, solo no parecía estar bien. No parecía estar bien en absoluto.

–Pensé que solo los habías visto besándose.

–Yo…

–Creí que me habías dicho eso.

–Le dije al fiscal lo que vi. El día después de que pasó, nos citó a mis padres y a mí en su oficina porque quería hablar con todos los amigos de Owen. Le dije porque no podía… no podía sacarlo de mi cabeza, ¿sabes?

–Sí, lo sé, Alex.

Hace una mueca de dolor e inhala profundo.

–El fiscal ni siquiera parpadeó, Mara. ¿Sabes qué fue lo que dijo? Dijo que no probaba nada. Dijo que la defensa diría que a algunas chicas les gusta que sean duros con ellas y que arrastrarían a Hannah por el barro para probarlo. Dijo que era un escenario típico de él dice/ella dice.

–Eso es porque algunas personas son imbéciles, Alex, no porque no hayas visto algo importante.

–¡No hizo ninguna diferencia, Mara!

–Hace una diferencia para mí. Para Hannah. Diablos, hasta tal vez para mis padres. ¿Cómo pudiste no decirme nada? ¿Incluso después de saber cuán devastada está Hannah? ¿Incluso después de que vieras cuán destrozada estoy yo? ¿Y después de ese espectáculo horrible que Owen y sus amigos hicieron en la escuela?

Alex lleva su mano a su cabello, pero la vuelve a quitar igual de rápido.

–Es mi mejor amigo, Mara. Es el chico que mandó al diablo a todos esos idiotas que me molestaban en primaria cuando se burlaban de la forma de mis ojos. Es el chico que se preocupó por mí y que me preguntó cosas sobre mi ascendencia en vez de tratarme como si fuera algo exótico. ¿Crees que es fácil pensar que violó a su novia? ¿Crees que es fácil de admitir?

–¿Cómo te atreves? –salgo de la cama, con la almohada sobre mi pecho. Todas mis extremidades tiemblan mientras busco mi camiseta y la paso por mi cabeza, dejando caer la almohada. No sé dónde está mi sujetador, ni me importa–. Es mi hermano gemelo. ¿Quieres hablar de lo que es fácil?

–Lo sé –cierra los ojos con fuerza–. Diablos. Lo lamento. No sabía cómo manejarlo.

–Me doy cuenta –inspecciono la habitación en búsqueda de mi bolso y lo veo cerca de la puerta, la mitad de su contenido está desparramado en el suelo, donde lo dejé caer en mi desesperación de aferrarme a este chico que es un maldito mentiroso como todos los demás.

–Por favor, no te vayas.

Pero ya estoy abriendo la puerta.

Pequeña perra estúpida.

Y lo soy. Soy tan, tan estúpida.

–Por lo menos, déjame llevarte a casa –dice, poniéndose de pie.

–Estoy bien.

–Mara, *por favor.*

El quiebre en su voz hace que me detenga. Me doy vuelta para mirarlo a los ojos y todo en mí se desmorona. Él no es una amenaza. No me está sonriendo con malas intenciones o manipulándome. Está parado en el medio de su habitación, sin su camiseta, su panza y sus hombros casi parecen marchitarse mientras se dobla a la mitad.

Está tan roto como yo.

–Lo lamento –dice, lágrimas vuelven a caer por sus mejillas–. Por favor. Demonios, lo lamento tanto. Hablaré con Hannah. También le diré que lo lamento. No sabía qué hacer.

Mi respiración es entrecortada y rápida, pero Dios, no puedo alejarme de él. Porque yo tampoco sé qué hacer.

Dejo caer mi bolso al suelo, pero no suelto la correa.

–Yo también lo lamento. Esto es… no esperaba esto.

–Tampoco quería ocultártelo. No estuvo bien de mi parte.

–Eso no. Quiero decir, sí, deberías habérmelo contado, pero no me refiero a eso –miro al suelo, sigo con los ojos las pequeñas fisuras en las tablas de madera de más de una década. Agito la mano entre nosotros–. Esto.

Su expresión se desarma, y con eso caen sutilmente sus ojos. Sé que él tampoco lo esperaba.

–Probablemente, deberíamos llamarlo por lo que es, Alex.

–¿Y qué es?

–Dos personas realmente solas con muchísimo dolor.

–Eso no es verdad –suspira y se frota la frente.

–¿En serio? Y entonces, ¿por qué nunca me invitaste a salir? ¿Por qué nunca pasamos tiempo juntos sin Owen o Charlie? No es solo por ellos. Es porque nunca se nos cruzó por la cabeza antes de ahora. Hasta que éramos lo único que el otro tenía. Incluso después de que nos besamos en el cementerio, no sabíamos qué hacer al respecto. No queríamos hacer nada al respecto.

–Siempre he pensado que eres hermosa y talentosa. Te lo he dicho.

–Eso no es lo mismo que querer estar con alguien.

–No te estoy usando –su voz es tensa.

–Sí, lo estás haciendo. Y yo te estoy usando a ti. Está bien admitirlo. No te hace un imbécil.

–Sí, bueno, ¿y qué me hace?

–Humano.

Presiona sus labios, su mentón está inestable.

Algo me rasga por dentro.

–Sabía que estaba mintiendo –dice, mirándose los pies–. Y sabía que tú también lo sabías, y… no sabía qué hacer. Solo… me ayudaba. Estar cerca de ti.

–Lo sé –mi garganta duele.

–Pero esto no es sólo eso –dice.

–No. Pero así es cómo empezó. Y no es suficiente, ¿sabes?

Asiente con la cabeza y se muerde el labio inferior.

–No quiero perderte como amigo –agrego–. Todo esto significó mucho para mí, pero no estoy lista para esto. No creo que alguna vez pueda estar lista. Para ti y para mí. Por muchos motivos.

–Mara…

–Tengo que irme.

–En serio, déjame llevarte.

–Pediré que me vengan a buscar –sacudo con la cabeza y levanto mi bolso del suelo.

–¿Estás segura?

–Sí. Adiós, Alex.

Levanta una mano y puedo ver un manto de tristeza y arrepentimiento sobre sus hombros, como un abrigo de invierno.

Cuando bajo las escaleras, encuentro a sus padres y les ofrezco una pobre excusa sobre tener mucha tarea. Son muy amables, sonríen y me invitan a volver en otra ocasión. Creo que les devuelvo la sonrisa, pero algo dentro de mí está quebrándose, el recuerdo de la sensación del cuerpo de Alex sobre el mío era tan acogedora y horrible al mismo tiempo. Solo necesito salir, necesito aire, necesito alejarme de Alex, quien me gusta y a quien deseo por todos los motivos equivocados. Quien no me gusta ni deseo lo suficiente.

Logro una despedida civilizada y salgo por la puerta principal. Todos mis nervios vibran y lágrimas obstruyen mi visión mientras bajo los escalones, camino por su jardín y doblo en la esquina. Colapso sobre un banco parcialmente cubierto con ramas de magnolia, mis pulmones están tirantes, caen lágrimas, demasiados miedos y pensamientos se arremolinan en mi cabeza.

Saco mi teléfono y envío un mensaje de texto. Diez minutos más tarde, Hannah me encuentra llorando en el banco y me lleva a casa.





C25

Sé que Hannah quiere acompañarme hasta mi puerta. También sé que no puede moverse físicamente de su auto. Se detuvo por completo una calle atrás antes de lograr estacionar en la entrada de mi casa y ahora estamos aquí sentadas. Ambas miramos hacia mi casa mientras intento calmarme.

Siento que las lágrimas secas quebraron mi rostro y sigo temblando. No puedo dejar de temblar.

–Está bien –digo, cuando creo que tengo suficiente oxígeno. No estoy ni remotamente tranquila, pero mi estado actual tendrá que ser suficiente.

–No puedo avanzar más –dice, sus ojos están clavados en las ventanas del segundo piso de la casa, mi hermano está en algún lugar detrás de esas cortinas. Sus dedos envuelven el volante–. Soy una amiga mediocre.

–No lo eres. Eres increíble y te quiero –la abrazo como puedo mientras mis huesos se golpean entre sí y le doy un beso en la frente–. Gracias por venir y salvarme.

Se ríe, pero su risa es muy suave.

–No te salvé. No puedo salvar a nadie.

–Puedes. Lo hiciste.

–Odio que tengamos este dolor, ¿sabes?

–¿Qué quieres decir? –toma mi mano y la estruja.

–Pienso en las cosas de las que hablábamos en *Empoderar*. En los artículos que he leído sobre todas las chicas descartadas por chicos como si no significaran nada. Todas las veces que la voz de una chica pareció importar menos que la de un chico. Todas las veces que la justicia decidió resolver los casos de violación tirándolos a la basura. Nunca me había impactado realmente, ¿sabes? Quiero decir, sí me impactaba, pero nunca así. Nunca pensé que sería mi historia. O la tuya. Nunca quise dejar que esta sea nuestra historia.

–No dejaste que sucediera, Hannah. Confiaste en Owen. Hay una diferencia. Y en cuanto a mí… –inhalo profundamente–. Yo tampoco lo dejé. Él simplemente tomó.

Asiente con la cabeza y aprieta mi mano todavía más fuerte.

Quiero contarle lo de Alex, lo que vio, y lo haré, pero ahora mismo siento algo en mi interior que no puedo explicar. Estoy o

muriendo o renaciendo, mis articulaciones se dividen en dos o se fusionan entre sí, toda mi sangre está abandonándome o hinchando mis venas. Le doy un beso a Hannah en la mejilla y logro bajar del auto. Prometo enviarle un mensaje más tarde y entro en mi casa.

Escucho el balbuceo proveniente de la televisión en la sala de estar, pero me dirijo directamente a las escaleras. Necesito mi habitación, mi cama, mi máquina de ruido blanco para drenar mis pensamientos y escuchar hasta quedarme dormida.

–Mara, ¿eres tú? –grita mamá, pero no le respondo. Apenas pongo un pie en el segundo piso, casi corriendo, casi me choco con Owen en el pasillo.

Está de la mano con Angie.

Extiende el otro brazo para estabilizarme. Instintivamente, me alejo. Ve mi retirada, y una parte desesperada de mí quiere disculparse. Otra parte de mí quiere gritar, golpear y rasguñar.

–Hola Mara –dice Angie, pero Owen ya la está guiando por las escaleras. Le grita algo a nuestros padres que no puedo entender y luego salen por la puerta principal. Escucho que enciende nuestro auto, pero no sigo avanzando hacia mi habitación. Ese algo ruge y acecha, sigue hambriento, sigue insatisfecho.

El cabello de Angie está lleno de rizos, es salvaje y grueso. Sus mejillas estaban sonrojadas y su mano entrelazada con la Owen con tanta confianza. Ama los conciertos de Mozart para flauta, recuerdo eso por Historia de la Música. Una vez, en segundo año, me había olvidado el almuerzo en casa y mi estómago no soportaba la comida

de la escuela, y ella compartió conmigo su sándwich de miel y mantequilla de maní. Ni siquiera recuerdo por qué estábamos sentadas juntas. Charlie debería haber faltado o tal vez su almuerzo también era horrible. Es todo borroso, pero ahora mismo, de pie en el pasillo, todos estos pequeños momentos de ir a la escuela con Angie durante los últimos tres años, se asoman en mi cabeza.

Sufre un agudo pánico escénico y nunca se presenta para solos.

Tiene un promedio excelente.

Tiene un hermano bebé de solo seis meses. Recuerdo que todos los miembros de la banda sinfónica le regalaron un globo verde el día en que nació, la primavera pasada. Ese día, se fue de la escuela con un montón de globos, muchos de ellos se escaparon a la salida y se alejaron en el cielo.

Vino una o dos veces a las reuniones de Empoderar. Dijo que quería venir más seguido, pero que el horario se superponía con sus clases privadas de flauta.

Angie no es estúpida.

Angie no es estúpida.

Mamá vuelve a gritar mi nombre y algo se fractura en mi pecho. O tal vez en mi cabeza, mis brazos, mis piernas. En todos lados, algo se quiebra y se separa, como si las estrellas se estuvieran alejando.

Casi me caigo cuando bajo por las escaleras intentando llegar a mi madre. Debe escuchar mis pasos frenéticos porque me encuentra al pie del primer escalón, con los lentes de leer sobre su cabello.

–Cariño, ¿qué pasa?

Se acerca hacia mí con una expresión de preocupación. Ni siquiera me doy cuenta de que yo también me acerqué a ella, pero debo haberlo hecho porque casi colisiono con ella. Me aferro a sus brazos y ella pone sus manos sobre mi rostro, limpia las lágrimas que comenzaron a caer sin que me diera cuenta.

–Mara, me estás asustando.

–¿Dónde está? ¿A dónde fue Owen con Angie?

–Solo la llevó a casa, cariño –frunce el ceño.

–¿Estás segura? ¿Va a volver directo a casa?

–Creo... creo que sí. Eso fue lo que dijo.

–¿Puedes llamarlo? Necesito que lo llames y le pidas que venga a casa.

–Mara, qué...

–¡Por favor!

–¿Qué está sucediendo? –pregunta papá, saliendo de la sala de estar y entrando al vestíbulo–. ¿Qué pasa?

–No sé exactamente –responde mamá. Sus manos se desplazan hasta mis hombros y ejerce una mínima presión sobre ellos, como si tuviera miedo de que salga flotando en cualquier momento. Y creo que puedo llegar a hacerlo, porque ese algo hambriento no es nada fuera de mí.

Soy yo.

–Necesito que Owen venga a casa. No... no puede estar con ella. No puede hacer eso. No quiero que sea esa persona. Ella no es estúpida. No lo es. Y él es... él es mi hermano. Lo es.

Estoy llorando, moléculas explotan, polvo de estrellas cubre la tierra.

–Cariño, lo que dices no tiene sentido –replica mamá mientras papá saca suavemente los cabellos que caen sobre mi rostro.

–Sí, tiene sentido. Tú lo sabes, mamá. ¿Por qué no me crees? ¿Por qué no puedes hacerlo?

Sus ojos se expanden, pero más por la confusión que por el shock o por haberme entendido. Porque dije me. Quise decir le, pero dije me y no estoy segura por qué o cómo arreglarlo o qué significa.

–No soy estúpida –susurro y mi mamá se encoge de miedo–. Hannah. No es estúpida. No es una mentirosa.

–Ya hablamos sobre eso. Se terminó, cariño.

–¡No es estúpida!

Mamá empalidece completamente mientras mi grito rebota en el vestíbulo. Toma mi rostro con sus manos, las yemas de sus dedos delicadas.

–¿Y tu hermano sí lo es? No es tan simple, cariño.

–No, mamá. Quieres decir que no es fácil. Porque lo que pasó es simple –y en ese momento, sé que tengo razón. Es un caos enmarañado de hechos simples, un caleidoscopio de bien y mal. Las repercusiones, eso es lo que es complicado.

Mamá investiga mi rostro, sus ojos están húmedos y bien abiertos. Pero antes de que pueda decir algo, se abre la puerta, entra mi hermano y lanza las llaves en la mesita del vestíbulo con un chasquido de sus dedos. Me invade una sensación de alivio, pero no tan intensa como mi enojo. Todo esto me hace delirar: las mentiras, los hombres, las chicas, las hijas y las estrellas.

Se para en seco cuando nos ve a los tres en un nudo de lágrimas y pánico.

–¿Qué está pasando? –pregunta.

Me libero de mi madre y empujo a mi hermano en el pecho. Retrocede unos pasos, con la boca abierta al mismo tiempo que se estampa contra la puerta.

–¡Mara! –gritan mis padres, pero no los escucho, en realidad. No dejo de darle empujones, mis dedos rebotan sobre los hombros de Owen y vuelven una y otra vez, empujo y empujo, aunque ya está contra la puerta.

Le grito. Todas las palabras que nunca pude decirle a nadie.

Creer. Validación. Miedo. Dolor. Espacio. Cuerpo. Mío.

No.

No.

No.

Las palabras caen de mi boca mientras lo golpeo en el pecho, lloro, y me sacudo cuando mis padres intentan alejarme de él. Doy rienda suelta a la energía detrás de cada estrella en el cielo sobre mi otra mitad.

Y Owen me deja.

Solo se queda allí parado, absorbiendo mi furia, hasta que la luz y el fuego se apagan.

Cuando finalmente retrocedo, se quiebra. Un sonido ahogado escapa de su garganta y su rostro se desmorona, sangra lágrimas. Se desploma sobre la pared y cae hasta quedar sentado en el suelo. Mi madre se cubre la boca con las manos, pero no va hacia él. No lo envuelve con sus brazos y ni le hace mimos mientras llora. Papá solo mira a su hijo, la sorpresa se robó todo el color de su rostro.

Veo a Owen desmoronarse, todo lo que probablemente nunca dirá se ve con claridad en cada sollozo destructor. Espero a que algo también se quiebre en mí, pero no, ya no tengo nada más. Mi fractura ya sucedió. ¿Cuándo exactamente? No estoy segura, pero sé que ya sucedió. Me siento libre y ligera.

La mitad de una constelación.

Porque este chico llorando en el suelo, hundiendo su rostro entre sus manos, con vergüenza, culpa y silencio no solo es Owen McHale.

Es mi hermano gemelo.





C26

–Había una vez…

Instintivamente, mis labios se curvan en una sonrisa cuando Owen se sienta junto a mí en el techo. Ha estado pendiente de mí, me pregunta sobre la escuela de verano y sobre cómo me siento sobre iniciar las clases en otoño y siempre intenta hacerme sonreír. Ayer en la cena se arriesgó a despertar la furia de nuestros padres y deletreó groserías con sus rigatoni. De hecho, logró hacerme reír al reemplazar algunas letras con pedazos de tomate.

–Un hermano y una hermana que vivían con las estrellas. Eran felices y tenían aventuras salvajes explorando el cielo. Pero últimamente, la hermana había estado sintiéndose triste y sola, como si no hubiera nadie más con ella en el cielo, pero por suerte para ella…

–Ah, aquí vamos.

–Cállate. Por suerte para ella, tenía un hermano encantador, apuesto, caballeroso…

–"Caballeroso". Oh, por Dios.

–Ey, es mi historia.

–Solo digo que la precisión importa.

Golpea suavemente mi codo y puedo sentir su sonrisa intentando contagiarse en mi rostro.

–De todas formas –continua–, ella tenía un hermano gemelo encantador, apuesto y caballeroso, quien solo quería hacer feliz a su hermana.

–Así que ayer, cuando te comiste la última porción de nuestro pastel de cumpleaños, ¿lo hiciste con el propósito de hacerme feliz?

–Sí. Te salvé de un viaje al dentista.

–Ah. Muchas, muchas gracias.

–Cuando quieras. Así que un día, el hermano decidió juntar a un montón de estrellas y hacerle una corona a su hermana, para recordarle cuán bonita, amable e increíble era.

Me pongo rígida al escuchar la palabra bonita, pero si Owen se da cuenta, no lo demuestra.

–Volaron juntos a través del cielo mientras ella señalaba a sus estrellas preferidas. Algunas eran azules, algunas eran verdes, algunas eran violetas, y cuando ella las tocaba, se transformaban en parte de su corona.

–Apuesto a que el hermano estaba celoso de lo asombrosa que era su hermana.

–Completamente. De todas formas, cuando su corona se llenó, siguieron volando por un rato, pero algo raro ocurrió.

–¿El hermano le robó sus estrellas?

–No. No es tan desgraciado –replica Owen con los ojos en blanco y suelto una carcajada–. ¡Cállate y déjame terminar la historia!

–De acuerdo, está bien.

–Como decía –sigue, cruje sus nudillos–, las estrellas seguían adhiriéndose a la hermana. Pronto, tenía un collar y un brazalete, y un cinturón, y zapatos, y una camiseta, y era como si estuviera brillando.

–¿Brillando?

–Sí, porque está hecha de estrellas, ¿entiendes?

–Pero si estoy hecha de estrellas, entonces ¿dónde estoy? ¿Dónde está mi yo verdadero? –las preguntas salen de mi boca antes de poder contenerlas, pero no puedo evitar quererlo aún más por

intentar distraerme, incluso si no sabe de qué. Sin embargo, reflexiono sobre su historia, sobre la chica cubierta en las estrellas.

–Ves, ese es el asunto –dice Owen–. Cuando llegaron a casa, ella estaba muy feliz, pero cuando intentó quitarse las estrellas para irse a dormir, no pudo hacerlo. Los gemelos pensaron que las estrellas solo la estaban cubriendo, pero eso no era lo que estaba pasando.

–¿Por qué no?

–Porque, cuando pensaron que las estrellas se estaban adheridas a ella, en realidad toda la soledad y la tristeza se desmoronaban. Las estrellas yacían debajo.

–¿Debajo de qué? –giro en su dirección con un susurro respetuoso.

–De todo lo demás. Todas las cosas malas. Solo tenía que recordar quién era ella debajo de todo lo demás. Ella brilla, siempre brillará. Por supuesto, necesitaba a su hermano para ayudarla, porque él es asombroso.

Su comentario me hace reír, pero rápidamente siento lágrimas caer sobre mis mejillas hasta mi cabello. En la oscuridad, no creo que Owen las pueda ver, pero incluso si puede, lo único que hace es tomar mi mano mientras miramos hacia el cielo.

–Seguimos siendo tú y yo, chica estrella –dice con seriedad–. Siempre será así, sin importar lo que suceda.

Aprieto su mano.

–Sin importar lo que suceda.





C27

La mañana del martes es pesada y brumosa. Mi mente se despierta, pero mis ojos permanecen cerrados, desesperados por algunos minutos más de olvido. Después de que Owen se desmoronara, después de que todos lo hiciéramos, el resto del fin de semana y el lunes, el último día de mi suspensión, estaba borroso. Nunca explicó su crisis nerviosa o por qué me dejó golpearle una y otra vez, tampoco esperaba que lo hiciera. Pero mis padres parecían estar completamente alterados. Cuando Owen se puso de pie y trastabilló hasta su habitación sin decir una palabra, lo dejaron ir. Mi madre mantuvo las manos presionadas sobre su boca, como si estuviera intentando mantener un grito dentro de sus pulmones. No estoy segura de qué pasaba por sus cabezas. Qué sospechaban. No les pregunté. Estaba completamente drenada. Me desmoroné sobre mi cama y no me desperté hasta la tarde del domingo.

Cuando abrí los ojos, mamá estaba en mi habitación, sentada sobre mi cama, masajeando círculos sobre mi espalda. Ninguna de las dos dijo nada. Solo mantuvo la suave palma de su mano y las yemas

de sus dedos sobre mis hombros hasta que volví a quedarme dormida. En mis sueños, le contaba cosas. Por qué había estado tan distante durante los últimos tres años, por qué el hecho de que no le creyera a Hannah se sentía como si no creyera en mí.

Lo que le había pasado a su hija en un aula silenciosa.

Ahora, mi habitación está vacía y me obligo a salir de la cama y a meterme en la ducha. Todos los movimientos que una chica normal con una familia normal cuyas únicas preocupaciones son la cantidad de tarea que tiene, las solicitudes para la universidad y las peleas con su mejor amiga.

Pero ya no soy esa chica. Ella me ha sido arrebatada hace un largo tiempo y nunca la recuperaré. Pero tengo que ser alguien. Tengo que ser algún tipo de chica. Me miro a mí misma en el espejo: pecas sobre mi nariz, cabello salvaje que cae sobre mis hombros y enmarca mi rostro, manchas oscuras debajo de mis ojos. El reflejo luce correcto. Luce como yo. Exhausta y triste, pero todavía aquí.

Casi me río, pensando en todos esos epitafios que buscaba en el cementerio de Orange Street. ¿Qué diría el mío? Era un pensamiento tan cliché, pero la pregunta era un puño en mis entrañas.

Mara McHale, cierto tipo de chica.

Tal vez soy el tipo de chica al que le gustan las faldas cortas.

Tal vez soy el tipo de chica que gusta de chicos y chicas, y de aquellos que, a veces, se sienten como ambos o como ninguno.

Tal vez soy el tipo de chica que abofetea a un chico en el rostro cuando hace algo despreciable.

Tal vez soy el tipo de chica que se esconde y llora sola en su habitación, recordando un día aterrador que le robó todo su control y confianza.

Tal vez soy el tipo de chica que ha intentado esconderse y llorar sola.

Tal vez soy el tipo de chica que se da cuenta de que no está sola.

Tal vez soy el tipo de chica cuya persona preferida del mundo hizo algo imperdonable.

Tal vez soy el tipo de chica que finalmente lo acepta.

Tal vez no soy una chica estúpida.

Tal vez soy solo una chica, sencilla y real.

Estoy mirando fijamente a mi armario, mi corazón da un salto cuando alguien golpea la puerta.

Toc. Toc toc toc.

No es su golpeteo.

Es el de ella.

Aparece Charlie, sus ojos buscan y encuentran los míos en menos de un segundo.

–Hola –saluda.

–Hola.

–¿Puedo pasar?

Asiento con la cabeza y peino mi cabello hacia atrás, aunque quiero cubrir mi rostro con él, escondiendo toda expresión, todo pensamiento, miedo y necesidad.

Cierra la puerta detrás de ella, luego deja su bolso en el suelo, cerca del escritorio. Todos sus movimientos son lentos y cuidadosos, perfectamente planeados y ejecutados.

–Hannah me contó que tuvo que ir a buscarte la otra noche –dice–. ¿Estás bien?

–Estoy... no lo sé.

Asiente con la cabeza, sus dientes presionan su labio inferior.

–Charlie –digo–, lamento lo que te dije en el Festival de Otoño. Fui una imbécil y entiendo si estás enojada conmigo. Lo que le digas

a tus padres y cuándo depende de ti y sabes te apoyo en eso. Siempre lo haré, decidas lo que decidas.

–Lo sé –responde con suavidad–. No estoy enojada.

–Ah. Bueno, bien.

–Al menos, ya no –sonríe sarcásticamente.

–Supongo que me merecía eso.

Su sonrisa se debilita un poco y entrelaza los dedos de sus manos.

–¿Podrías sentarte? –pregunta, haciendo una seña hacia la cama.

–Tenemos que ir a la escuela.

–Estoy al tanto –responde–. Esto no tomará mucho.

Toma la silla de mi escritorio y se sienta, une sus manos y luego se sienta sobre ellas. Su postura es tensa, sus hombros abrazan a su cuello.

Mis rodillas se sienten débiles y camino hacia atrás hasta que llego a la cama y me hundo en el colchón. El pecho de Charlie sube y baja lentamente, al mismo tiempo que respira profundamente.

–Invité a mis papás a mi próxima presentación –dice.

–¿Qué?

–Mi próxima presentación. Es en Nashville, en un pequeño café en Gulch. No es la gran cosa, a decir verdad.

–Charlie. Guau. Lo es. Es algo enorme –mis ojos se expanden y ella se encoje de hombros.

–De todas formas, les conté a mis papás que escribo canciones y... bueno, que todo lo que quiero hacer relacionado a la música no tiene nada que ver con armonías para cuatro voces y coros.

–¿Y? –me río.

–Estaban emocionados. Mi papá hasta... –sonríe–. Mi papá hasta subió corriendo por las escaleras hasta mi habitación y bajó con mi guitarra. Me pidió que tocara alguna de mis canciones para él y para mamá.

–¿Lo hiciste?

Asiente con la cabeza.

–Pero no la canté. Solo tarareé.

–Bueno. Poco a poco, ¿no?

–Sí. De todas formas, van a venir a mi próxima presentación.

–Charlie –levanta la cabeza para mirarme, su expresión es puro nerviosismo y deseo de aprobación–, eso es increíble.

–Sigo un poco nerviosa al respecto. Quiero decir, tú conoces mis canciones. Son...

–Son Charlie.

Suspira y pasa una mano por su cabello, pero asiente.

–Estoy orgullosa de ti –digo en voz baja–. Realmente orgullosa.

–Sabía que lo estarías –sus ojos encuentran los míos–. Y voy a hablar con mis padres sobre –agita una mano señalando a su cuerpo, cubierto de jeans negros y una camisa a cuadros–, bueno, todo esto. Sobre mí. Solo necesito un poco más de tiempo.

–Por supuesto. Es algo muy importante.

–Sí, lo es, pero estoy lista para hacerlo. O estoy llegando al punto de estar lista. Y hay algo más que necesito decirte.

–Bueno.

–Te mentí –dice después de una gran exhalación.

–¿Qué?

–Te pedí que dijeras la verdad, que seas valiente, pero yo no he dicho la verdad y no he sido valiente. Supongo que hablar con mis padres sobre mi música fue un avance, pero hay más cosas.

–¿Sobre… sobre qué mentiste? –una ráfaga fría de miedo pasa por mis venas, porque no creo poder soportar más mentiras. No creo poder soportar que otra persona que quiero con el alma me diga que está llena de basura.

No responde inmediatamente. De hecho, no responde por un largo rato. Solo respira lento y parejo. Finalmente, se pone de pie y se acerca a la cama. Se sienta sobre una de sus piernas mientras toma mis manos.

–Te quiero, Mara.

–Sé que me quieres.

–No, no lo sabes. Te quiero de verdad. Estoy enamorada de ti. Nunca quise que termináramos. Solo acepté porque me di cuenta de que estabas alterada y no sabía qué decir para que cambiaras de opinión. Y, sí, parte de mí pensaba que, si me resistía, también te perdería como amiga. Pero, Mara, nada puede cambiar esto –agita una mano entre nosotras–. Sabemos eso ahora. Estamos bien siendo mejores amigas y estando juntas. También estamos bien si no estamos juntas, pero eso no es lo que yo quiero.

Abro la boca, pero no puedo distinguir si es para decir algo o por la sorpresa. De todas formas,
Charlie presiona un dedo sobre mi labio inferior, deteniendo todos mis pensamientos.

–No hace falta que digas nada ahora mismo. No vine aquí para que volvamos a estar juntas. Sé que estas confundida y que te sientes perdida en este momento y no quiero sumarte más preocupaciones.

Solo vine aquí para decirte la verdad, porque la mereces y porque no puedo pedirte que lo hagas si no lo hago yo. Sé que no es ni remotamente parecido y que no puedo comparar, pero quería que tuvieras esto. Esta parte de mí, sin importar lo que hagas con ella. Siento que tal vez te gusta Alex y no quiero...

–No me gusta. Quiero decir, no de esa forma –respiro profundo, mis pensamientos se arremolinan–. Es un buen amigo, eso es todo. Sí, nos besamos, pero... no estamos juntos. Nunca lo estaremos.

Cierra los ojos con fuerza y asiente.

–¿Qué... qué pasa con Tess? –pregunto y Charlie se ríe suavemente.

–Tess es una amiga. Quería que fuéramos algo más, pero no pude hacerlo.

Mis dedos estrujan los dedos de Charlie. Pero antes de que pueda decir algo, se aleja de mí y se mueve hacia su bolso. Busca algo en su interior y saca una bufanda brillante con los colores de Gryffindor, dorado y borgoña. Debe ser lo que estaba tejiendo en el Festival de Otoño, salvo que ahora está terminada. Es larga, suave y perfecta. Acercándose a mí, la envuelve alrededor de mi cuello.

–¿Es para mí? –pregunto, mientras acaricio los hilos aterciopelados.

–Es para ti.

–Pero… soy de Ravenclaw.

Se ríe y acaricia mi cabello con su mano.

–Fuerza y belleza –susurra.

–¿Esa… esa canción es sobre mí? –mis ojos se agrandan.

–Esa canción es acerca de nosotras. Todas nosotras.

Se inclina hacia adelante y me da un beso en los labios, el susurro y el roce familiar de su boca desaparece antes de que pueda sumergirme en él. Da un paso hacia atrás y sé que está intentando darme espacio.

Pero no quiero que Charlie me de espacio. Nunca lo quise, incluso cuando era aterrador, y probablemente sea aterrador por mucho tiempo. No sé cuándo estaré lista para algo más que besarme, con quien sea, y sé que necesito ayuda, que necesito hablar con alguien sobre esto. Pero desde que la conocí, siempre quise estar lo menos alejada posible de Charlie. Y en este momento, veo a otro tipo de chica, el tipo de chica que termina con la persona que ama porque está asustada.

Asustada de entregar su confianza.

Asustada de estar dañada, de no ser suficiente.

Asustada de darle a alguien más el poder de lastimarla, de tocarla, de mentirle, de hacer algo tan sorprendente e inesperado que nunca podrá recuperarse.

Y no estoy segura si alguna vez podré recuperarme de lo que hizo el señor Knoll. No completamente. Me cambió para siempre, pero cambió no tiene que significar quebró. Sé que mi familia nunca volverá a ser la misma. La conexión que tenía con mi hermano ha sido alterada, nunca partida, pero enroscada en algo que nunca hubiera imaginado, ni deseado. Ya no somos los gemelos en el cielo, y tendría que aprender cómo vivir con eso. Cómo ser su hermana gemela y, al mismo tiempo, odiar lo que hizo.

Pero puedo tener esto.

Puedo ser honesta sobre esto.

La espalda de Charlie se apoya en la pared mientras ve cómo todo esto pasa por mi cabeza. Me pregunto qué verá cuando me mira, una chica fracturada juntando sus pedacitos para volver a armarse. Este proceso de volver a estar completa no es por Charlie y por el hecho de que me quiera, pero tampoco no es a causa de ella. Porque me cuida. De la misma forma en que cuidó a Hannah y que yo quiero cuidarlas. Eso es lo que hacen las amigas.

Los ojos de Charlie no se despegan de los míos mientras camino hacia ella. Tomo su rostro con mis manos y una lágrima cae por su mejilla. Sonrío cuando la limpio con mi pulgar. Mis propios ojos están secos, nunca había visto a Charlie llorar sola. Pero tal vez, después de todo lo que pasamos, juntas y separadas, ella también sea un nuevo tipo de persona.

–Yo también mentí –digo–. Sobre nosotras.

Jadea, asiente con la cabeza y deja caer más lágrimas. Pero sus hombros se relajan un poco y lib- eran a su cuello. Por primera vez en semanas, me doy cuenta cuán pesada era mi mentira. Mi miedo. Charlie llevó ese peso encima como una bufanda de lana alrededor de su cuello en verano. La herí. Mi mejor amiga en el mundo. La herí y me herí a mí misma.

–Lo lamento tanto –le digo. Y no estoy segura si estoy hablando sobre nosotras o sobre otra cosa completamente distinta. No sé si me estoy disculpando con Charlie, conmigo misma o con una chica con cabello ondulado, a quien no conozco, que le sonríe a su profesor.

Charlie sacude la cabeza y acomoda un mechón de mi cabello detrás de mi oreja.

–No lo sientas. No estabas lista. Lo entiendo.

–Gracias –apoyo mi frente sobre la de ella, tampoco estoy segura de qué o quién está hablando.

–¿Por qué?

–Por creerme.

–Siempre.

Presiona su nariz contra mi cuello. Su aliento es cálido, sus manos están en mi cintura y se siente perfecto, suave y seguro. Incluso a pesar de todo lo que está pasando, hay un pequeño lugar en el universo donde todo está bien. Todo está hecho de estrellas.

–¿Me enseñarías a escribir canciones? –pregunto y ella sonríe sobre mi piel.

–Te ayudaré. Pero ya sabes cómo, Mara. Ya lo sabes.

Y lo increíble es que, en este pequeño rayo de sol, le creo.

–Me voy a escribir una canción de amor cursi a mí misma –digo–. Y luego, escribiré una para ti.

Se aleja lo suficiente como para mirarme con una sonrisa.

–Sabes que eres una chica que persigue lo mismo que mi corazón, ¿no?

Sus palabras envían una pequeña vibración de energía a mis venas y la beso, sonriendo sobre su boca. Ni siquiera es un momento sexy. Ambas estamos medio llorando y nuestros huesos son frágiles debajo de nuestra piel y no sé en qué condiciones estoy de ser una novia otra vez, o si puedo ser una novia en este momento, pero ella está aquí. Me quiere, la quiero y no es una manera de negar todo lo demás. Es un pequeño paso, pero es la verdad. Es aceptación.

Mara McHale, chica que persigue lo mismo que el corazón de Charlie Koenig.

Sin duda, sé definitivamente que soy ese tipo de chica.





C28

Cuando Charlie y yo bajamos las escaleras, Owen está sentado en la barra para desayunar, comiendo cereal. Me muevo a través de la cocina, lleno mi botella de agua y tomo un par de barras de cereal, pero mis ojos siempre terminan en él. Absorbo cada parte de él, las partes que amo, las que odio. Incluso esas nuevas partes de él, partes que nunca creí que existieran y que me asustan. Ya no puedo esquivar a ese miedo.

Así que observo.

Después de unos segundos, siente mis ojos sobre él y levanta su cabeza. Su mirada es tan suave, siento la incomodidad de Charlie detrás de mí. Porque esta cuerda floja de amor y enojo, compasión y odio, es extraña y precaria. Tal vez sea así por un largo tiempo.

Mientras paso junto a Owen en dirección a la puerta, estiro mi brazo –es instintivo, como alzar la cabeza hacia el cielo cuando estamos juntos– y dejo que mis dedos deambulen cerca de su

espalda. Me estiro, pero no lo toco. En cambio, me despido con un susurro y luego me ahogo en lágrimas en el viaje a la escuela, Charlie sostiene mi mano todo el tiempo.

Hannah nos está esperando en las escaleras principales. Su cabello es salvaje y no está peinado, es una hermosa masa ondulada con pequeñas trenzas alrededor de su rostro. Cuando la veo, no puedo evitar tragarla con mis brazos. Se ríe bajito y luego se aleja para mirarme, sus ojos suben y bajan por mi cuerpo, al mismo tiempo que yo hago lo mismo.

Ambas tenemos puestas faldas muy cortas, no tan corto como para terminar en la oficina del director, pero lo suficientemente corto como para levantar una ceja.

Lo suficientemente corta como para hacerme sentir sexy y empoderada y en control de mi vida. Es algo tan pequeño, esta falda. Para otras chicas, tal vez sea el maquillaje o un deporte o tener sexo o no tener sexo. O tal vez sea escribir o cierta música o sobresalir en la escuela o peinarse imitando los rayos del sol. Creo que todas las chicas tienen una o dos pequeñas cosas, pequeños detalles que dicen: esta soy yo. Me cansé de esconderme. Me cansé de sentirme avergonzada.

Y, tal vez, no estoy en esa instancia todavía. Tal vez Hannah tampoco lo está. Pero lo estamos intentando y lo estamos haciendo juntas. Estamos haciendo esto sobre nosotras y no sobre ellos.

–Oh, por Dios. Al fin –dice Hannah mientras aplaude y da unos saltitos.

–¿Qué? –pregunto.

–¿Qué? ¿Hablas en serio? –sacude con sus manos a Charlie, quien está medio apoyada en mi costado y cuyos dedos se deslizaron otra vez sobre los míos sin que me haya dado cuenta.

–¿Ves? –replica Charlie, y mueve su otro brazo para abrazar mi cintura.

–¿Qué quieres decir con "ves"? –pregunto y Hannah pone los ojos en blanco.

–¿Con quién diablos crees que Charlie se ha estado lamentando el último mes? –une sus manos y tira la cabeza hacia atrás–. *Oh Mara. Mi Mara. Mi bebé. Oh, mi corazón. ¿Qué haré?*

–No era tan patética –replica Charlie.

–¡Ya lo creo que lo eras!

–Bueno, estoy convencida de que nunca dije *"Oh, mi corazón".*

–Estuviste cerca –Hannah desestima el comentario de Charlie con su mano–. Además, eres de Libra. Géminis y Libra son una pareja nauseabundamente perfecta.

–Bueno, eso explica todo –dice Charlie secamente, pero está sonriendo.

–Aww, estabas afligida –digo y empujo a Charlie hacia mí para que nuestras caderas queden alineadas. Algunos chicos nos miran

cuando pasan, con las mandíbulas en el suelo. Les muestro el dedo por detrás de la espalda de Charlie. Porque si hay algo de lo que ya no tengo miedo, es de mis brazos alrededor de Charlie.

–Es mentira –replica y me saca la lengua–. Bueno, tal vez un poquito.

–Bueno, tal vez yo también. Solo un poquito.

Sonríe y le devuelvo la sonrisa y se siente tan condenadamente bien. No quiero salir nunca de este lugar de la escuela, el resto del mundo se arremolina a nuestro alrededor.

–¿Listas? –pregunta Charlie rompiendo el hechizo, sus ojos van de Hannah en mí. Inmediatamente, mi sonrisa se desvanece y Hannah suspira.

–No –responde.

–Ni siquiera cerca –agrego.

Charlie toma la mano de Hannah y estruja la mía un poquito más fuerte.

–Están listas.

Y es así como entramos a la escuela, faldas y camisas a cuadros, y dedos entrelazados. Ojos y susurros nos siguen, pero intento ignorarlos.

Hasta que veo a Alex esperándome en mi casillero.

–Mmm... vuelvo en un minuto, ¿sí?

Charlie sigue la línea de mi visión y se pone tensa, pero estrujo su mano antes de liberarla.

–Seguro –dice Hannah, y luego envuelve su brazo alrededor de los hombros de Charlie y avanzan en dirección al casillero de Hannah un par de filas más adelante.

»Está bien –escucho a Hannah decirle a Charlie, y se me forma un nudo en la garganta. Es in- creíble cuánto necesitamos la una de la otra, cuánto intentamos cuidarnos y ser honestas entre nosotras, sin importar quién esté más dañada o más herida. Ayer por la noche, llamé a Hannah para contarle lo que Alex pensó que pudo haber visto esa noche en el lago y lo que el fiscal había dicho al respecto.

Me sorprendió escuchar que Alex ya la había llamado.

Estaba enojada, pero no creo que estuviera enojada por Alex. Estaba molesta con nuestro mundo y todas las maneras en las que nos ignoraba día a día. Sin embargo, era el tipo de enojo que ambas acogíamos. El tipo que nos hacía sentir sólidas y visibles.

–Hola –digo cuando llego a Alex. Él sube la mochila sobre su hombro y mira a sus pies.

–Hola.

Luego nos quedamos parados, una nube de incomodidad y errores sobre nosotros.

–No... No sé qué decir, Mara. Estoy realmente apenado.

–Lo sé.

–No quise usarte. Pero tienes razón. Estaba mal.

Lo miro, tan gentil y sincero. Me consoló cuando nadie más pudo hacerlo.

–No estaba mal. Era lo que necesitábamos. Los dos.

Asiente con la cabeza, respira profundo y mira a la multitud de chicos corriendo entre sus casilleros y sus clases. Sus labios están pegados con tanta fuerza que estoy segura de que está conteniendo lágrimas. Él también perdió mucho. Su amigo de toda la vida y, también en cierto nivel, su capacidad para confiar en otra persona, al igual que Hannah y yo. Y no quiero que sea otra víctima del error de Owen. Simplemente, me niego.

–¿Tú y Charlie? –pregunta.

Trago saliva, mi boca se seca de repente.

–Creo que siempre habrá un Charlie y yo.

–Sí –respira profundo y le asiente con la cabeza a las baldosas del suelo–. Lo entiendo, en serio.

–Ey –digo, extendiendo mi brazo para tomar su mano–. Tú me has ayudado mucho. Lo hiciste. Y sigo necesitando eso y sigo

queriendo pasar tiempo contigo. Lo que sea que hayamos sido el uno para el otro, era algo, ¿sabes? Y no quiero perder ese algo, la parte de la amistad. ¿Eso estaría bien?

Encuentra mis ojos y me mira mientras se asoma una ínfima sonrisa en un rincón de su boca, está allí y luego desaparece.

–Estaría perfecto.

Lo abrazo, luego le doy un beso inocente en la mejilla. Cuando me suelta, su sonrisa es leal y pura. Me saluda con la mano y se une a un grupo de estudiantes, algunos de los miembros menos despreciables de la orquesta. Desaparece en la esquina y siento una extraña amalgama de alivio y tristeza. Hannah se acerca y su hombro empuja al mío.

–¿Todo está bien?

–Todo está bien –asiento con la cabeza.

Suena la campana y busco a Charlie.

–Tenía que reunirse con su profesora de guitarra. Te verá en clase.

–Ah.

–Ella está bien.

–¿Soy una mejor amiga mediocre?

Hannah sonríe. Sigue siendo hermosa, incluso con las bolsas violetas debajo de sus ojos.

–Creo que eres una mejor amiga muy humana que ha soportado mucha basura.

Engancho mi brazo con el de ella, y la acerco a mi lado.

–Eres muy buena conmigo.

Apoya su cabeza sobre mi hombro mientras caminamos por el pasillo.

–Somos buenas la una con la otra. Tenemos que serlo, ¿no?

–Sí –susurro débilmente porque es toda la voz que puedo exteriorizar.

Más adelante, veo a Owen. Casi olvido lo alto que es, me lleva casi una cabeza y media, toda la altura de nuestro padre recayó en sus huesos. Está caminando con Jaden, pero no está sonriendo, sus ojos están en blanco mientras Jaden balbucea algo estúpido, seguramente.

Siento que Hannah se tensa a medida que nos acercamos, puedo escuchar a su respiración detenerse en su garganta. Quiero alejarla de la multitud, presionar su rostro contra mi cuello para que no pueda verlo ni escucharlo, pero no hay tiempo. De repente, él está justo allí, a centímetros de nosotras y siento un desgarro violento dentro de mí.

Porque también quiero alejarlo de la multitud. Esconderlo. Abrazarlo mientras llora.

El cuerpo entero de Hannah tiene un escalofrío cuando él pasa a nuestro lado, pero sigue caminando. Es él quien desvía la mirada. Toda la situación dura solo unos segundos, pero me siento literalmente aplastada por la fuerza y la bella ira de Hannah y por el hermano que sé que perdí, en algunos sentidos, para siempre.

Pero estaba equivocada, pensando que no puedo seguir adelante. Puedo, todos podemos. Simplemente no caminaré por el mundo de la misma forma en que lo hacía antes. Algunas partes de mí desaparecieron. Algunas otras han cobrado vida, fueron despertadas por la necesidad de luchar, de importar, de ser oída. Algunas partes están recelosas, otras enojadas, otras desconsoladas. Pero sigo siendo yo. Sigo caminando. Todos seguimos, de alguna forma u otra.

Charlie tenía razón. No estaba lista en ese momento. No lo estaba hace tres años. No lo estaba hace tres semanas. Aprendí a ignorar esa hambre, ese algo al acecho. Pero ya no puedo ni quiero ignorarlo.

Ahora estoy lista.





C29

Unos días más tarde, Owen está en el techo. Más temprano esa noche, apenas me alejé de la cena silenciosa y me retiré a mi habitación, fui hasta mi ventana. Corrí las cortinas para ver las estrellas.

En cambio, vi a mi hermano, una figura oscura contra el cielo oscuro.

Ahora mis manos abren la ventana, mi cuerpo se arrastra hacia afuera, mi mente me grita que me quede adentro, mi corazón extraña a mi otra mitad.

Es increíble. Todas estas partes de mí, todo este amor y odio enmarañados y coexistiendo.

Avanzo hacia él. Gira para verme y encuentro sus ojos por medio segundo antes de levantar la cabeza para observar los pequeños hoyuelos de luz manchando el cielo. Siento que desvía la mirada, su mentón se apunta hacia arriba, como el mío. Ni siquiera

estamos hablando, pero las lágrimas llegan rápido y con intensidad y silencio. No hay una forma sencilla de hacer esto. No hay palabras mágicas que puedan mejorar la situación. Él no puede devolver lo que tomó.

–Había una vez –dice, y mi respiración titubea en mis pulmones. No digo nada y él continúa, su voz es un susurro quebrado–. Había una vez un hermano y una hermana que vivían con las estrellas. Eran felices y tenían aventuras salvajes explorando el cielo. Un día...

–Un día el hermano rompió el corazón de su hermana.

Se queda callado, pero no por mucho tiempo. Owen nunca pudo quedarse callado.

–Yo no...

–No. No te atrevas.

Resopla y cruza los brazos, niega con la cabeza mirando al suelo.

–Quiero que las cosas vuelvan a la normalidad.

Lo miro. Finalmente, lo miro. Su rostro y sus facciones son tan familiares, tan parecidas a mí.

–No existe la normalidad, Owen. Ya no más. Solamente podemos hacer algo distinto a esto.

–¿Cómo…? –frunce el ceño.

–Di la verdad.

Lleva una mano hasta su labio, sus dedos están tranquilos. Pero luego, todo su cuerpo se pone rígido cuando deja caer su brazo, apoyándolo sobre su costado.

–Lo hice.

–No sabes lo que hiciste. Lo que sigues haciendo. ¿No lo entiendes? Violaste a una chica, Owen.

Reacciona sobresaltado, pero yo no me inmuto. Puedo llamarlo por su nombre ahora. Por lo que siempre será.

–Le robaste sus decisiones Owen –sigo–, su cuerpo, su poder. Robaste su capacidad de confiar, su capacidad para estar con un chico, tal vez por años. Y, ¿ves lo que está sucediendo? ¿Ves qué tan rápido el mundo se pone en contra de ella? ¿Ves cuán fuerte está siendo en la escuela a pesar de todo eso? No vas a arruinarla. No te lo voy a permitir. Ella no lo permitirá.

Lágrimas caen por mis mejillas y sé que ya no estoy hablando solamente de Hannah. No estoy hablando solo de Owen.

–Pero ¿dejarás que nos arruine a ti y a mí? –agita su mano entre nosotros, su voz tiembla tanto como la mía. Su respiración al mismo compás que mi respiración.

–Te quiero tanto, Owen –y sé que es verdad. Es mi gemelo, mi otra mitad, para siempre. Nada podrá cambiar eso. Siempre lo querré–. Pero ¿en este momento? No lo sé, desearía saberlo, pero no lo sé. No puedes devolver lo que quitaste…

–No lo hice. Por el amor de Dios, no hice nada de eso –refriega su frente con las dos manos, escondiendo su rostro de mí. Luego, sus hombros comienzan a temblar–. No hice eso. No lo hice.

Me alejo de él, mis brazos duelen de las ganas que tengo de abrazarlo. Incluso ahora. Después de todo lo que pasó. Pero no puedo hacer eso.

–No puedo ser la responsable de arreglarnos –digo–. Primero tengo que arreglarme a mí.

Me mira con una pregunta en sus ojos enrojecidos.

–Había una vez un hermano y una hermana que vivían con las estrellas. Eran felices y tenían aventuras salvajes explorando el cielo.

Owen inhala… exhala. Lo siento relajarse, como si esta historia de alguna forma simbolizara que volvemos a la normalidad.

Está equivocado. Este es un tipo de historia completamente diferente.

–Un día –continúo–, alguien a quien la hermana admiraba, un hombre importante en la comunidad de las estrellas, le pidió que se quedara después de clases. Y ella lo hizo. Todos lo respetaban, y la

hermana creía en su protección, en sus buenas intenciones. Creía que nunca la lastimaría.

–Mara. ¿Qué…? –Owen se paraliza.

–El hombre le sonrió y le dijo que no se preocupara, pero que tenían que hablar sobre un serio problema. Algo que podría arruinar su futuro y decepcionar a sus padres. Para enmendarlo, le pidió a la hermana que… –se me hace un nudo en la garganta, pero trago un par de veces, repasando la historia de la forma en que la había practicado en mi cabeza por días. A mi lado, Owen respira agitado y sé que sus manos están cerradas en puños.

Porque las mías también lo están.

–Le pidió a la hermana que hiciera cosas que ella no quería hacer. Cosas que ningún hombre adulto debería pedirle a una chica.

–Mara, detente.

–Cuando no obedeció, la obligó a hacer lo que él quería.

–Mar, por el amor de Dios. ¿Qué es esta historia?

–La hermana logró escaparse del hombre. Corrió a casa y lloró y nunca le dijo a nadie. Nunca pensó que alguien podría creerle. El hombre la castigó por haber huido, convenció a sus padres de que ella merecía el castigo. Sin embargo, la hermana nunca dijo una palabra.

–¿Qué es esto? Estás… estás hablando de… ¿De qué estás hablando? Mara, por favor.

Está llorando.

Sé que está llorando, porque yo también estoy llorando.

–Nunca le dijo una sola palabra a su familia –sigo, sobreponiéndome a las lágrimas–. Hasta ahora.

Owen se estira y toma mi mano, sus dedos tiemblan mientras se curvan alrededor de los míos. En vez de alejarme bruscamente, lo dejo aferrarse a esa pequeña parte de mí porque necesito que escuche esto. Necesito que me escuche. Que nos escuche a todas nosotras.

Inhalo.

Exhalo.

Me doy vuelta para mirarlo y me aseguro de que me esté mirando. Nuestros rostros son un reflejo del otro: ojos rojos y bien abiertos, lágrimas errantes sobre nuestras mejillas y narices salpicadas con pecas.

–Esta –le digo y él frunce el ceño. Traigo nuestras manos idénticas hasta mi rostro, presiono el dorso de su mano sobre mi mejilla–. Esta es una chica que pensó que nadie le creería. Esta es una chica que no está mintiendo.

Ahora llora desconsoladamente, sus sollozos se elevan y se depositan en el cielo.

Desenredo nuestras manos y me alejo de él.

–Finalmente, la hermana se dio cuenta de que tenía que contar su historia. Porque esa historia era de ella. Porque su historia valía la pena.

–Mara…

Pero no termina la oración. Solo hunde su rostro entre sus manos, un pequeño chico hecho de estrellas.

Y en ese momento, la hermana respira en un universo lleno de constelaciones, llevándoselas con ella cuando se marcha. Porque sabe que es tiempo de que el hermano y la hermana dejen el cielo para siempre.





C30

Andrómeda fue encadenada a una piedra cerca del océano y condenada a ser devorada por un monstruo. Pero no fue así. Fue salvada por un hombre, Perseo. Pero solo la rescató porque sus padres le prometieron que se casaría con ella.

Incluso las chicas hechas de estrellas eran cautivas, las ataban de las muñecas y las trataban como objetos. Incluso a las chicas hechas de estrellas no se las consultaba. No se les creía, no se consideraba que valieran la pena a menos tuvieran algo para ofrecer a cambio.

Incluso las chicas hechas de estrellas a veces creen esas mentiras.

Siento electricidad en mi piel cuando golpeo la puerta de mis padres esa noche. No estoy segura si son los nervios o la adrenalina o las estrellas despertándose, saliendo a la superficie y escapándose.

Pero no soy una chica hecha de estrellas.

Solo soy yo, solo una chica, solo Mara.

Charlie espera en mi habitación. La llamé después de mi conversación con Owen en el techo y estacionó en mi casa menos de diez minutos después. Pasamos el resto de la noche acurrucadas en mi cama, con las cortinas bien cerradas. Sus dedos peinaron pequeñas trenzas en mi cabello, nuestras extremidades entrelazas, susurros en voz baja y algunas lágrimas y besos. Nunca nada más que eso, siempre es exactamente lo que necesito.

–Puedes hacer esto –me dijo cuando la casa se tranquilizó y todos se fueron a sus habitaciones para dormir. Escuché los suaves pasos de mi madre en el pasillo detrás de mi puerta. Se ha estado yendo a dormir bastante temprano estas últimas noches, armada con una taza de té y un libro. A veces, mi padre se le une y puedo escuchar el murmullo gentil de sus voces en la noche avanzada. Últimamente, todos han estado muy callados, los movimientos entre nosotros son cautelosos y precavidos.

–Sigo sin querer hacerlo –le dije a Charlie.

–Lo sé.

–Y al mismo tiempo, quiero hacerlo.

–También lo sé.

–Es solo que nunca quise ser esa chica, ¿sabes?

–¿Qué chica?

–La del cuento de advertencia, supongo. La víctima.

–No eres una víctima. Eres una sobreviviente. Tú y Hannah lo son. Hay una diferencia.

Sobreviviente. La palabra se hundió en mi piel hasta descansar sobre mis huesos.

–Estoy feliz de que estés aquí –le dije.

–¿Estarías conmigo cuando les cuente a mis padres lo que siento?

Pasé mi mano por su cabello, despeinándolo más de lo normal.

–Sabes que sí.

Sonrió y acaricié su frente con mis labios, luego sus ojos y su nariz, y luego nos besamos por lo que pudieron haber sido horas. Seguras y escondidas en nuestro pequeño mundo.

Pero finalmente, teníamos que salir.

El toc toc en la puerta de mis padres rebota por todo el pasillo y solo quiero arrastrarme hasta mi cama otra vez, abrazar a Charlie y desaparecer.

Tal vez, una pequeña parte de mí siempre querrá esconderse, grité sobre cualquier cosa menos sobre lo que realmente necesitaba gritar. Siempre intenté encadenarme a una piedra. Pero luego pienso

en el aula llena de chicas de catorce años, con los ojos abiertos y confiadas. Pienso en Hannah en la escuela, devastada y fuerte al mismo tiempo.

–Adelante –dice mi mamá.

Abro la puerta y veo a mis padres en su cama. Papá está recostado sobre las sábanas todavía vestido con jeans y suéter, la revista The Atlantic está abierta sobre su regazo. Mamá está cerca de él, luce pequeña y vulnerable acurrucada debajo de su manta de satén.

–Hola, cariño –dice, sentándose erguida. Hay cierta hambre en sus ojos, me mira y casi podría alejarme de la habitación en ese momento, porque estoy a punto de servirles a mis padres un plato de conmoción y tristeza.

–¿Todo está bien, cariño? –pregunta papá.

No puedo responder, un sollozo corta mi voz. Sacudiendo mi cabeza, me arrastro hasta la cama y me acomodo entre mis padres. Mi madre respira entrecortadamente, pero sus manos me abrazan y acarician mi cabello. Mi padre descansa su mejilla encima de mi cabeza. Solíamos hacer esto todo el tiempo. Los sábados a la mañana, en la enorme cama de mis padres solo había risas y bostezos holgazanes y caricias en la espalda, un cuarteto feliz con el día para desperdiciar.

Excepto que Owen no está aquí y su ausencia es un golpe otra vez, lo que hizo, cuán impotentes nos sentimos al respecto. No podemos volver atrás, y el camino hacia adelante parece tan

desalentador. Tal vez si Owen dijera la verdad. Incluso si lo hiciera, no tengo idea qué significaría legal- mente. Todas las opciones son aterrorizantes. De todos modos, no estoy segura si alguna vez volveremos a ser ese cuarteto feliz otra vez.

Los pensamientos vienen en olas, me dan vuelta, el agua salada entra en mis ojos.

–Cariño –susurra mamá y presiona sus labios sobre mi frente. Me siento tan segura aquí, y durante unos pocos segundos de felicidad, me olvido por qué golpeé en su puerta en primer lugar.
Hay otra verdad que nos acecha, una que me pertenece a mí.

–Mamá... papá... tengo que contarles algo.

Por Hannah.

Por Charlie.

Por todas las chicas cuyos nombres nunca conoceré.

Por mí.

Chica hecha de carne y hueso.







Agradecimientos

Primero, a ti. Comencé este libro por ti y lo terminaré de la misma forma.

Infinitas gracias a mi agente, Rebecca Podos, sin quien no podría funcionar tan bien comolo hago. Me inspiras todos los días y tengo suerte que seas parte de mi equipo.

Gracias a mi editora, Elizabeth Bewley, como así también, a Nicole

Sclama, Alexandra Primiani, y a todos en Houghton Mifflin Harcourt por su pasión y fe en la historia de Mara. No podría haber contado su historia sin ayuda, y me alegra no haber tenido que hacerlo. Gracias a ti, Susan

Buckheit, por tus asombrosas habilidades de edición y por tu ojo entrenado.

Gracias a mis inigualables compañeros de críticas: Lauren Thomas, Paige Crutcher, Sarah Brown y Alisha Klapheke. Ustedes tuvieron fe cuando yo no la tuve y se los agradezco desde el fondo de mi corazón.

Gracias a mis lectores beta: Dahlia Adler, Keiko Furukawa, Becky Albertalli y Ami Allen-Vath. No puedo agradecerles lo suficiente por su tiempo y sus contribuciones, especialmente cuando aporta-ban contribuciones dolorosas. Gracias por ayudarme a entender no solo a Mara, Hannah y Charlie, sino también a ustedes.

Gracias a Court Stevens por escuchar mis quejas mientras caminamos debajo de los árboles.

Gracias a Carla Schooler por escribir la canción de Charlie conmigo, no podría haber capturado lo que deseaba que ella dijera y cómo quería que lo dijera sin ti.

Gracias a Christa Desir por responder mis preguntas sobre procedimientos y cuestiones legal.

Gracias a Lily Anderson, quien proporcionó la respuesta perfecta a mi tweet: “¿Qué cosa única pueden compartir dos chicas de noche?” Mara y Hannah encuentran mucho consuelo en ese teatro abandonado gracias a ti.

Gracias a mi familia en Parnassus Books y a Stephanie Appell por ser una defensora incansable de historias y de niños.

Gracias a Benjamin y William, mis pequeñas estrellas. Deseo que algún día, lean este libro y se enojen. Deseo que algún día, lean

este libro y sientan esperanza. Sé que un día serán hombres que sepan escuchar, que sepan defender y que sepan preguntar.

Y gracias a Craig, gracias por escuchar, por defender y por preguntar.



Nota de la autora

Cuando decidí escribir este libro, estaba enojada. Estaba lista para prender fuego al mundo. Siendo sincera, sigo enojada y sigo lista para prender fuego al mundo. Pero mientras escribía la historia de Mara y Hannah, comprendí que no podía escribir el libro que realmente deseaba escribir. Uno en el que todos los enemigos eran derrotados y la justicia rectificaba todos los males sufridos.

Ese no es el mundo en el que vivimos.

Sin embargo, Mara y Hannah me enseñaron algo invaluable, algo precioso, algo que me ayuda a dormir un poco mejor por las noches. Me enseñaron que siempre hay esperanza. Me enseñaron que siempre hay personas allí afuera dispuestas a luchar por ti y contigo, que existe camaradería y consuelo en el dolor compartido. Me enseñaron que hay poder en decir la verdad y en dejar que los otros nos amen.

En permitir que los otros nos valoren.

Tal vez, este no sea el libro que querías. En muchos sentidos, no fue el libro que yo quería. El libro que de- seaba no tenía un

Owen o un señor Knoll, y si lo tuviera, tendría a un Owen y a un señor Knoll castigados por la justicia por los crímenes que cometieron.

Sin embargo, este es el libro que necesitaba y espero que, en algún sentido, sea el libro que tú necesitabas también. Este libro me recordó que, a pesar del sistema y de la cultura que está siempre en nuestra contra, que deja libre a nuestros opresores, que no cree nuestras palabras, hay esperanza. Hay amor. Hay consuelo. Hay sanación.

Hay vida después del abuso. Una buena vida. No es una vida fácil. No es igual a la que llevábamos antes. Pero sigue siendo nuestra. Y nada ni nadie nos quitará eso.

Nuestra historia vale la pena. Vale la pena que luchemos. Merecemos una buena vida y merecemos amor después del abuso.

Centros de información

Línea Directa de Abuso Sexual para Estados Unidos: 1-800-656-4673

RAINN (Red Nacional de Violación, Abuso e Incesto, en inglés): www.rainn.org

Fundación *Take Back the Night*: www.takebackthenight.org

Proyecto *The Voices and Faces*: www.thevoicesandfaces.org

Chat *Yes I Can*: www.yesican.org/chat/chatroom.htm. Este servicio está disponible para quienes deseen intercambiar experiencias acerca de sobrevivir al abuso infantil y al abuso doméstico y parental. Los chats son moderados por personas capacitadas.

Proyecto Pandora: www.pandys.org. Este servicio provee apoyo a víctimas de violación y a sus familiares, también ofrece un chat y un muro de mensajes.

Sobreviviente Masculino:

www.malesurvivor.org

Fundación It Happened to Alexa: ithappenedtoalexa.org. Esta organización provee apoyo específicamente a víctimas que lidian con el trauma asociado a un juicio criminal.

Si tú o alguien que conoces vive una situación de abuso, similar o no a la que narra este libro, por favor ¡no te quedes callado! Desde VR YA te alentamos a pedir ayuda. A un familiar, a un amigo, a un profesional, a alguien en quien confíes. O a través de estos medios oficiales durante las 24 horas, los 365 días del año:

ARGENTINA:

Atención a víctimas de violencia familiar y sexual – Línea 137.

Atención para mujeres en situación de violencia – Línea 144.

BOLIVIA:

La Paz – 800-10-1545

El Alto – 800-14-2031

Cochabamba – 800-14-0195

Santa Cruz – 800-14-0225

CHILE:

Comisarías de Carabineros, Cuarteles de PDI y en Fiscalías de todo el país.

COLOMBIA:

Instituto Colombiano de Bienestar Familiar – Línea 141

ECUADOR:

Policía – 0800 DELITO opción 4/ ECU 911.

MÉXICO:

Vive segura, denuncias on-line – vivesegura.cdmx.gob.mx

Inmujeres – 5512-2836 ext. 146 y 154

PANAMÁ:

Fiscalía Primera de Circuito del Primer Circuito Judicial – 507-2989.

Fiscalía Sexta de Circuito del Primer Circuito Judicial – 507-3144 / 507-3145.

División de Delitos Contra la Libertad e Integridad Sexual – 512-2232.

PARAGUAY:

Oficina de Denuncias Penales de la Fiscalía o Comisaría más cercana, o al 0800 11 4700.

PERÚ:

OEFA – alzatuvoz@oefa.gob.pe

Secretaría Técnica de los Procedimientos

Administrativos Disciplinarios – Av. Faustino Sánchez

Carrión 603, 607 y 615, Jesús María.

URUGUAY:

Libre de Acoso, denuncias on-line – www.libredeacoso.uy

Sobre la autora



Ashley Herring Blake
es lectora, escritora y madre de dos niños bulliciosos.

Vive en Nashville, Tennesse, tiene una maestría en enseñanza, ama el café, organiza sus libros por color y le gusta comer la mantequilla de maní directamente del frasco.

Es autora de Cómo pedir un deseo, también publicado por VR YA.

¡Visítala!

www.ashleyherringblake.com